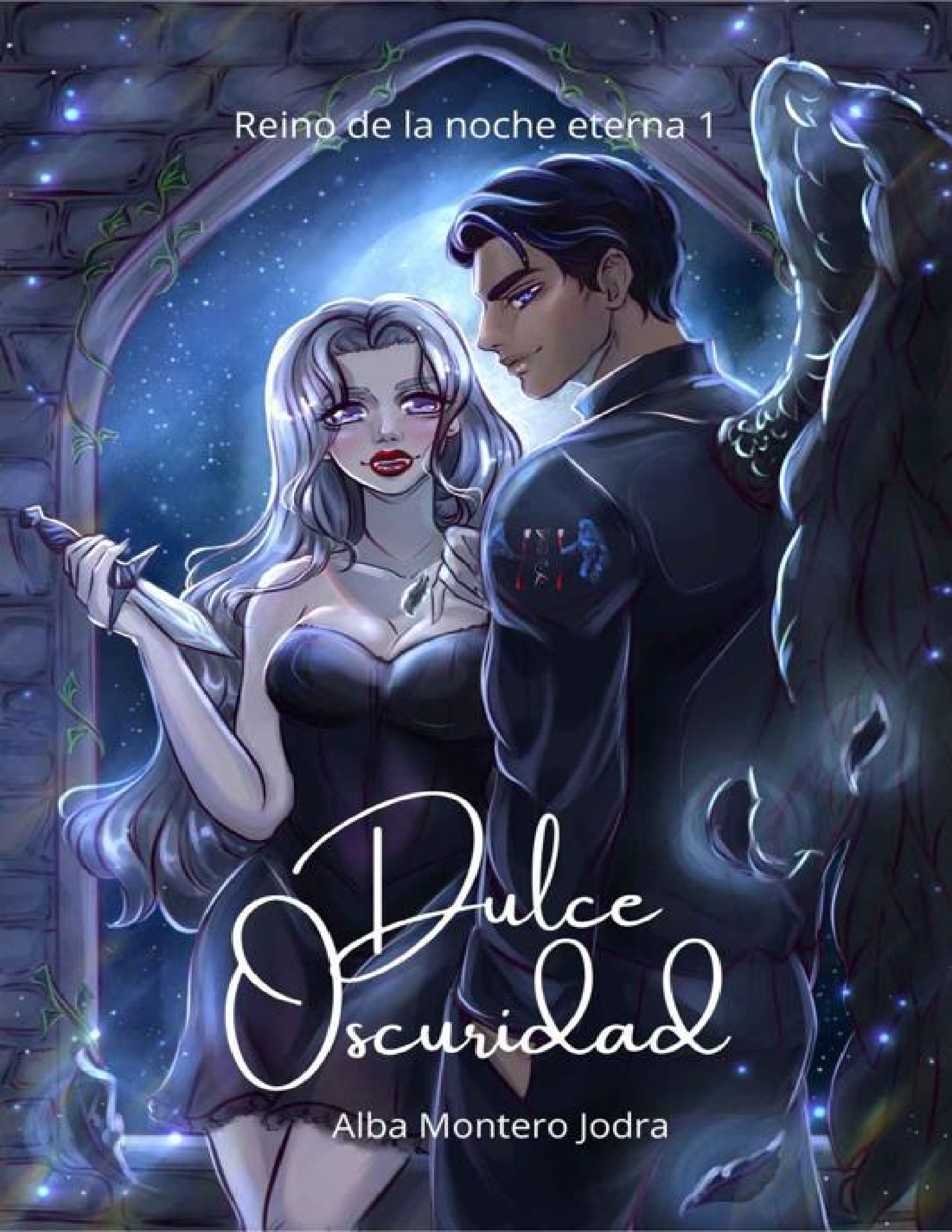
Reino de la noche eterna 1



Dulce Oscuridad

Alba Montero Jodra

DULCE OSCURIDAD

Reino de la noche eterna 1

Alba Montero Jodra

DULCE OSCURIDAD

Primera edición: junio de 2024

Título: **Dulce Oscuridad**

© Alba Montero Jodra

Libro: Alba Montero Jodra

Portada: Lorena Cabot González (@alsaces_art)

Ilustraciones interiores: Raúl Santamaría Andrés y Alba Montero Jodra

Mapa: Alba Montero Jodra

Edición y corrección: Julio David Pizarro Llano

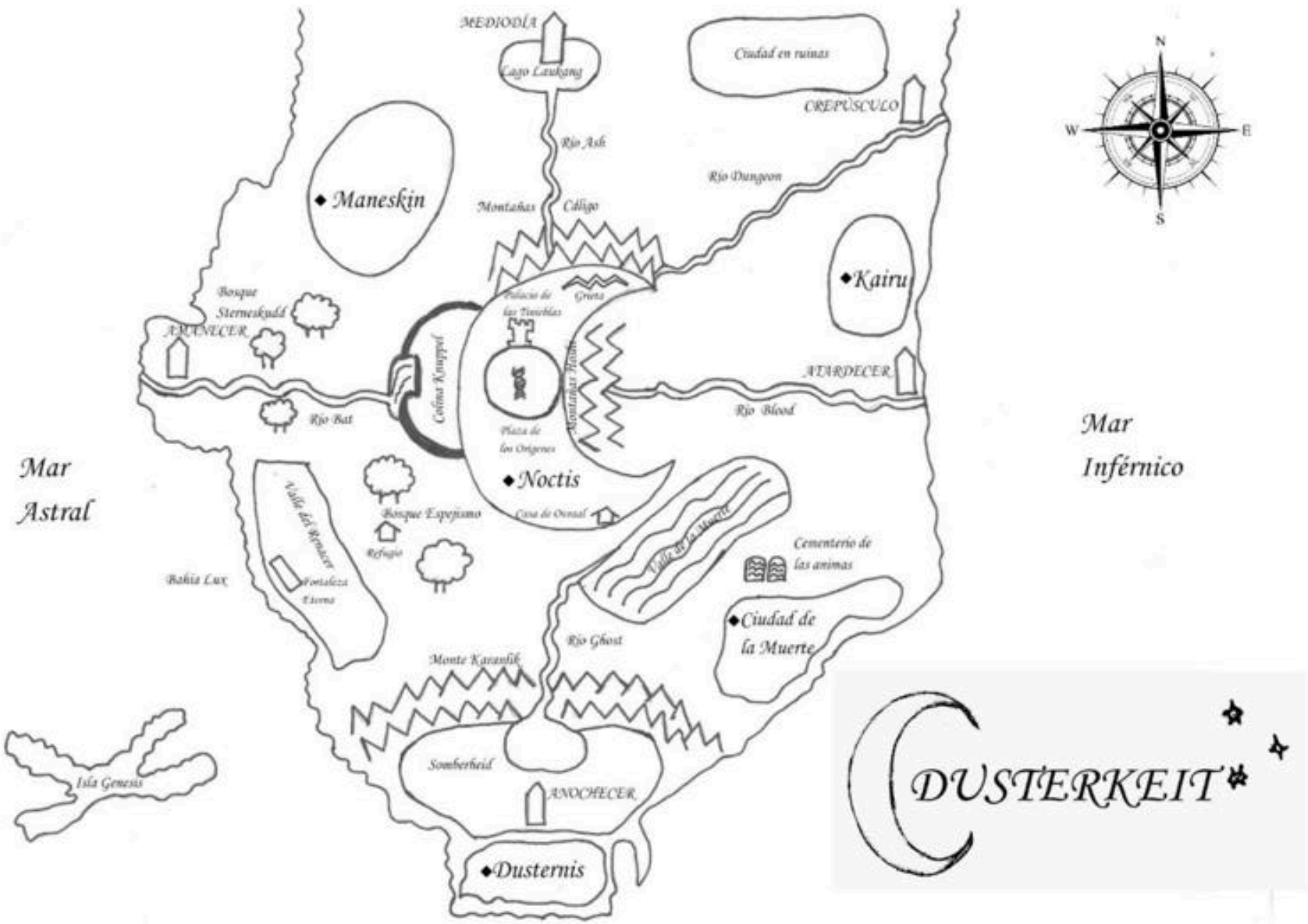
ISBN: 9798328656030

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

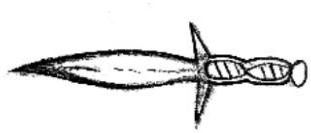
A mi hermano Raúl, que este año ha cumplido sus 18 años.

ecuerda que los tiburones muerden varias veces a sus grandes presas antes de poder comérselas, y es esa persistencia la que los lleva a lograrlo.

Los vampiros de Dusterkeit, como depredadores, también tienen sus problemillas.


MEDIODÍA
Lago Laukang
Ciudad en ruinas
CREPÚSCULO
Río Ash
Río Dungeon
Maneskin
Montañas
Cálligo
Kairu
Bosque Sternenkuddl
AMANECER
Palacio de las Tinieblas
Gruta
Colina Knuppel
Montañas Negras
ATARDECER
Río Bat
Río Blood
Plaza de los Orígenes
Noctis
Mar Astral
Mar Inférnico
Valle del Rocío
Bosque Espejismo
Casa de Osmal
Valle de la Muerte
Cementerio de las animas
Refugio
Bahía Lux
Fortaleza Esema
Ciudad de la Muerte
Río Ghost
Monte Kazanlik
Somberheid
ANOCHECER
Isla Genesis
Dusternis
N
W
E
S
DUSTERKEIT

Prólogo



Ahrienia

Había llegado el día. Lo sabía y lo sentía hasta en la última fibra de mi cuerpo. Él lo había dejado muy claro la última vez que nos vimos, el día en el que mi hija cumplió un año. Irrumpió en casa de un portazo, que dejó la puerta casi arrancada de sus goznes. El susto del ruido me hizo ponerme alerta, y me abalancé al suelo, donde mi pequeña descansaba junto a su preciada bola de pinchos. Me aferré a ellos, sabiendo que no tenía nada que hacer contra él. Me miró con sus ojos fríos y penetrantes y dijo:

—Cuando las auroras boreales del mundo humano sean visibles en nuestros cielos oscuros, iré a por ti. No intentes esconderte, porque te localizaré estés donde estés. No puedes escapar a su destino Ahrienia.

Agarró mi muñeca con fuerza para mostrarme el tatuaje que me había condenado; recordándome que era eterno. Imborrable. Mi poder no tenía nada que hacer con esa horrible marca. Había intentado deshacerme de él por todos los medios, había contactado con toda clase de vampiros y ángeles negros. Nadie quería ayudarme por temor a posibles represalias o por desconocimiento. Hasta que encontré a un mago que juró ayudarme.

—Escóndete en este refugio cuando llegue el día. Lo he protegido con magia ancestral. No puedo asegurarte que no romperá las barreras; pero es todo lo que puedo ofrecerte.

Corrí y corrí. Mientras echaba fugaces miradas al cielo oscuro, los fragmentos de mi pasado no dejaban de desfilar por mi mente. La aurora boreal iluminaba la negrura en la que se sumía nuestro mundo. Éramos seres de oscuridad, y eso era lo correcto. Pero esas

marcas de colores: azul, verde, rosa… iban a hacer que él me arrebatase a Camille si no me daba prisa.

Llevaba a mi hija de tan solo tres años en brazos, abrazada a su inseparable bola de pinchos, Seika. Me había cubierto con una capucha para que nadie me reconociese, y a ellos los había envuelto en una manta de terciopelo negro.

«Tengo que protegerlos. Ya queda menos para llegar al refugio» pensé.

—Mamá, ¿por qué corremos? ¡Quiero jugar con Seika!

—Tenemos que llegar a esa casita de la que te hablé, pequeña. Todo saldrá bien si nos refugiamos allí, ¿vale? —le expliqué, mientras esquivaba a duras penas a un grupo de ángeles caídos.

—Vale —respondió contenta; su estado habitual. Sin rechistar a mis negativas.

Me detuve en seco frente a la puerta del refugio. Era un gran edificio oscuro con las ventanas blindadas por magia. Una energía de color azul fluía por su fachada llena de marcas protectoras. La magia primigenia podía respirarse desde ahí. Toqué la puerta, ante la mirada curiosa de Camille y Seika.

—Ostium apertum —murmuré sin despegarme.

Comenzó a abrirse y pasé apresuradamente sin darle tiempo a terminar su recorrido.

—¡Claude!

La puerta se cerró a la velocidad del rayo. Toqué la pared con la mano libre hasta sentir uno de los candelabros, que ya me conocía de tanto haber practicado simulacros en aquel lugar. Encendí la llama que alumbró tenuemente la estancia. Caminé con mi hija hasta el rincón más alejado de la puerta y la deposité en el suelo con cuidado. En cuanto la manta se desplegó, Seika se activó y comenzó a corretear a su alrededor.

— ¡Ay pinchitos! ¡Siempre tan inquieto! —exclamé, dejando escapar una carcajada.

—¡Seika! ¡Seika! —exclamó Cam contenta de poder jugar a perseguirlo con la mano. Agradecí que su magia aún no se hubiese desarrollado, si no quién sabe lo que sería capaz de hacerle al pobre erizo con la mejor de las intenciones.

De pronto, un fuerte estruendo me borró la sonrisa de la cara.

«Ya viene» pensé.

—Sei, pase lo que pase la cuidarás, ¿verdad?

El erizo asintió y yo me coloqué delante de ellos. Solo por si acaso lograba romper todas las defensas. Aunque no tenía claro qué haría para defenderlos. Yo solo podía crear vida, sanar. Los ruidos eran cada vez más fuertes, pero el muro parecía infranqueable. Me miré el tatuaje sin reacción a su presencia, con una gota de esperanza.

— Sé que estás ahí Ahrienia. Ábreme si no quieres sufrir las consecuencias de mi ira. Sabes que no tienes nada que hacer contra mí —Amenazó.

No pensaba ceder. Protegería a mi hija con mi propia vida. Jamás me rendiría ante él.

—¡Mamá! —Exclamó Camille asustada.

Me giré para decirle que todo saldría bien. Y justo en ese instante, algo se partió con la facilidad de una cáscara de huevo. Volví a mirar al frente para darme cuenta de cómo la pared se había resquebrajado. La magia había fallado. Me llevé las manos a la boca asustada y los colmillos asomaron por mis labios. Podría morderlo, pero no serviría de nada.

—No olvides que te quiero Cam —respondí, echándole una última mirada. Sabía lo que tenía que hacer.

—¡Conmovedor! —se burló el asesino—. Ahrienia, sabes que mi magia es tan antigua como la que cubría este edificio cochambroso.

El tatuaje comenzó a brillar reaccionando a su presencia. Le miré en silencio, evaluando mis posibilidades.

—¡Deja de intentar protegerla de que ocurra lo inevitable! Entrégamela ahora mismo —se impacientó. La ira brillaba en sus ojos rojos.

—¡Nunca!

Camille comenzó a llorar y se me partió el alma. Pero no podía hacer más que susurrarle palabras tranquilizadoras. Sanar, ese era mi poder, no podía hacer nada que hiriese. Saqué la daga que tenía escondida en la capa y mi capucha cayó con el movimiento. Dejando al descubierto mi pelo blanco como la nieve.

—¿Con eso pretendes hacerme algo? No seas ridícula, Ahri.

—No me llames así —respondí acercándome con cuidado en posición amenazante—. Te volaré la cabeza si hace falta, con tal de que nos dejes en paz.

—Sabes que eso no es posible.

Cansada de sus palabras lancé la daga con todas mis fuerzas en dirección a su corazón. El zafiro de la empuñadura emitió un brillo activando el veneno que contenía. Me quedaban tres. Camille no paraba de llorar. Y él, a pesar de no esperárselo, agarró el cuchillo por la punta a unos centímetros de su pecho.

—¡Buen intento! —se jactó—. Ahora es mi turno, ¿no crees? Estoy harto de tus tonterías Ahrienia.

Alzó la mano y un rayo de destrucción salió de su mano. Me aparté de un saltó. En mi lugar, lo recibió el suelo que había a mis pies que quedó perforado. Lo miré con determinación, desde el rincón en el que había caído agachada. Con una mano en el suelo, lancé otra daga. Volvió a esquivarla.

No quedaba otra opción. Camille tenía que irse, aunque pagase el precio. Era mejor que quedarse aquí.

—¡Llévatela! — le ordené a Seika. El erizo la agarró, a pesar de la resistencia de Cam—. ¡Eres fuerte hija!

Esas fueron mis últimas palabras, antes del grito de mi hija.

—¡Mamá! —gritó aterrorizada.

Me giré justo a tiempo de ver como el rayo destructor de él alcanzaba mi cuerpo. Sentía como el dolor mataba mis células, como se extendía por mi tórax. Era insoportable. Y era demasiado para mis poderes curativos. Sabía que no iba a poder salvarme. Lo último que vi antes de caer inerte al suelo fue como Seika se marchaba con Camille por un portal de única dirección que desaparecía tras el uso.

—¿A DÓNDE NARICES VA? —gritó enfadado—. ¿QUÉ HAS HECHO, ESTÚPIDA?

Me pegó una patada, pero ya no sentía dolor. Era mi fin, pero Camille y Seika se habían salvado. «No volverá a Dusterkeit. Ya no podrá tocarla».

Cerré los ojos para descansar en paz.

Capítulo 1. Aurora boreal



Camille

Cerré el libro al escuchar el sonido de la alarma, que me devolvió a la realidad. El fastidio, por no poder saber lo que pasaría a continuación con el vampiro que protagonizaba la novela, se me pasó en cuanto recordé el motivo de la alarma. Hoy era un día muy especial en Noruega, ya que podrían contemplarse desde algunas zonas del país las famosas auroras boreales. No pensaba perderme el espectáculo.

Me vestí rápidamente, con todas las capas de abrigo que encontré. Me puse la capucha, dejando escapar mis mechones gris platino entre los pelitos del borde. Cogí a Seika, que emitió un sonido disconforme en cuanto lo levanté de su siesta. Le puse el abriguito que yo misma le había confeccionado y salí de mi habitación con él en mi hombro.

—¡Mamá, papá! Voy a ver la aurora boreal —anuncié, pasando por el salón.

—Hija, ¿estás segura de que no quieres que te acompañemos? —preguntó mi madre, inquieta.

Ambos me miraban expectantes.

—No, de verdad. Hoy quiero ir sola con Seika; es mi día de contemplarla en soledad. Mañana iré con vosotros —les aseguré, dándoles un beso en la mejilla a cada uno.

—Está bien —contestó papá, no muy convencido—. ¡Qué te diviertas!

Justo cuando me disponía a salir por la puerta, mi madre llamó mi atención.

—Hija, ¿puedes sonreír un momento?

La miré extrañada. Pero no tenía ganas de que me retuviesen más tiempo, así que sonreí. Tras su visto bueno me marché. Estaba impaciente, y ellos llevaban unos días con un comportamiento particularmente extraño. No tenía ni idea de qué mosca les había picado, pero pronto lo descubriría. Siempre que estaban así terminaban contándomelo todo.

Cogí el coche y comencé a conducir en la soledad de la noche. Mientras recordaba la primera vez que mis padres habían parecido afectados por algo; el día en el que me confesaron que era adoptada. Según ellos, cuando me fueron a buscar al orfanato la mujer a mi cargo les dijo que yo había aparecido en la puerta, abandonada con una única manta y agarrada a un erizo que no soltaba, ni aunque me diesen un juguete.

Ella se había enternecido con nuestra relación y se había quedado con los dos, con la esperanza de que a la nueva familia no le importase acogernos a ambos. Con solo cuatro años mis padres me llevaron a su casa y me cuidaron como si fuese su propia hija; ellos eran los únicos a los que había conocido, y para mí lo eran todo. Aunque a veces echaba en falta no saber quiénes eran mis progenitores con mi misma sangre.

No tenía muchos amigos, ya que para mis compañeros era la chica rara de pelo gris y ojos púrpura con un erizo que no se moría nunca. Seika debía de tener alguna clase de mutación por la cual era el erizo más longevo conocido; pues yo ya tenía 21 años y aún seguía a mi lado. Yo solo deseaba que fuese inmortal y nunca se fuese de mi lado.

Cuando empecé la universidad las cosas cambiaron e hice algún que otro amigo. Pero no me sentía tan unida a ellos como a Seika. Algo pasaba en aquel país, en el que tenía la sensación de encajar más bien poco. No le daba importancia, yo era feliz igual con todo lo que tenía a mi disposición.

Tras un rato conduciendo por unas carreteras en condiciones pésimas a causa de la nieve y el hielo, llegué a mi destino. No dude en sacar del coche todas las mantas que había dejado preparadas en el maletero el día anterior, ya que el termómetro marcaba unos cuantos grados bajo cero. A pesar de ser las seis de la tarde, ya era de noche, debido a la ubicación de mi ciudad.

Me tumbé envuelta en mantas, con Seika en mi pecho, y esperé pacientemente a que la primera aurora hiciese su aparición en el cielo nocturno. El erizo, cansado de esperar, empezó a rodar por debajo de las mantas, clavándome sus pinchitos.

—¡Seika, para! Me haces cosquillas —me reí.

En ese momento la aurora boreal comenzó a vislumbrarse en el cielo. Dejé escapar una exclamación de sorpresa y Seika se asomó por la manta para ver el espectáculo. Dos corrientes de brillo verde recorrían el cielo, ondeantes como serpientes. Respiré, sintiendo la paz que acompañaba al ambiente nevado.

Y, de pronto, escuché un sonido que me hizo estremecerme. Era como si alguien estuviese rasgando el cielo. Me levanté de golpe, echando a Seika sobre las mantas, e instintivamente miré a mi alrededor en busca de la procedencia del sonido. No había nadie, estábamos solos. El erizo, notando mi tensión, se colocó delante de mis piernas adoptando una pose defensiva a dos patas. Siempre hacía eso, en lugar de hacerse una bola de pinchos como el resto de los de su especie.

Levanté la vista al cielo, al sentir una corriente de aire sobre mi cabeza. Un chico se precipitaba desde una grieta abierta entre las dos cortinas luminosas verdes, directo hacia mí. Me quedé en shock contemplando que, desde el agujero del que provenía, asomaba algo que parecía un mundo oscuro poblando nuestros cielos. ¿Es que estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba con las novelas de fantasía? Seika tiraba de mi pantalón intentando moverme; pero no reaccioné.

La siguiente pregunta era si estaba soñando. En ese momento el chico se estampó contra mí, lanzándome al suelo con menos fuerza de la que cabría esperar desde tanta altura. Tenía los ojos verdes y el pelo negro como el carbón. Me miró desconcertado y al poco

sonrió, dejando entrever unos afilados colmillos del tamaño de los de un vampiro. Definitivamente: me había quedado dormida en la nieve y moriría de hipotermia.

—¿Pero tú quién narices eres y de dónde sales? ¿Qué es todo esto y por qué me aplastas? —pregunté, suponiendo que era uno de esos sueños en los que tenía el control de la situación.

—Lo mismo podría decir de ti, pelo gris —respondió, levantándose y sacudiéndose la nieve de sus ropas oscuras y extrañas—. ¿A ti te caen seres vivos en la cabeza y no te apartas? Me ha tocado frenar para no matarte con el impacto.

—Si partimos de que esto es un sueño y…

—Un momento —me interrumpió negando con la cabeza—. ¿Un sueño? Ovraal es cien por cien real, pelo gris.

—Sí, ya. Y ahora me dirás que tienes esos colmillos porque eres un vampiro.

Me miró divertido y se llevó los dedos a la boca, acariciando uno de sus afilados dientes.

—¡Chica lista! Eso es lo que soy. Y no estás soñando; pero no tengo tiempo de explicártelo, no aquí. Nos vamos a Dusterkeit.

Me agarró como si fuese una pluma y me colgó de su hombro sin pedir permiso.

—¡Eh! ¡Oye! ¿Qué te crees que estás haciendo? —pregunté, golpeándole para que me soltase.

Seika se hizo una bola. Antes de que sus pinchos tocasen los pies de Ovraal, este le lanzó algo que lo dejó tonto. Comenzó a moverse a los lados como si estuviese borracho; el vampiro lo agarró con la mano libre. Me pellizqué la muñeca, y sentí dolor. Entonces me di cuenta de que quizás no estaba soñando; quizás todo era cierto. Por más que lo intentaba no podía abrir los ojos a otra realidad en la que esto fuese un sueño. Palidecí.

—¡Suéltame ahora mismo o te juro que…!

Mi voz se cortó de golpe cuando se elevó del suelo. Sentí vértigo al ver la velocidad con la que nos alejábamos de la nieve. Dejé de oponer resistencia, ya que no me apetecía caerme. En lugar de eso miré hacia arriba aterrada. Comprobé que aquella grieta oscura

seguía, bordeada por cortinas luminosas ahora amarillas y azuladas, y que nos dirigíamos hacia ella.

—En serio, ¿a dónde vamos? —pregunté con un hilo de voz.

—Te lo he dicho, a Dusterkeit. Allí te explicaré todo lo que quieras saber, Camille.

¿Sabía mi nombre? ¿Cómo era eso posible? No respondí. No sabía qué era ese lugar, ni sabía si quería averiguarlo. Tenía que admitir que tenía cierta curiosidad, pero a la vez me daba miedo. Eché un ojo a Seika, que se había quedado dormido en el otro hombro de Ovraal. Y vi como pasábamos la línea entre el cielo y esa ciudad oscura. En ese momento saqué la mano para tocar las luces boreales, permitiéndome algo de diversión.

Ver mi mano atravesada por aquellos rayos verdes me sacó una sonrisa. Ovraal se dio cuenta y me miró enseñando los colmillos.

—Veo que sabes ver rápido lo emocionante de cada situación. Ya casi hemos llegado. ¡Agárrate!

—Siempre he querido tocarlas —respondí, ruborizándome. Me aferrándome a él, haciendo caso de su advertencia.

En ese momento aterrizamos en un suelo oscuro, que parecía hecho de obsidiana. Desde allí podía ver todas las auroras boreales de Noruega y como poco a poco se iba cerrando el agujero hasta desaparecer por completo. Dejando un cielo completamente estrellado y una ciudad que para nada parecía de la Tierra.

—Hemos llegado —anunció.

Me bajó al suelo y volvió a lanzar un rayo al erizo que no tardó en volver a intentar atacarlo.

—¡Quieto! —le pedí, cogiéndolo en brazos. Miré al chico esperando una explicación.

—¡Bienvenidos a Dusterkeit! Nos encontramos en la ciudad de Noctis, capital del país.

—No he oído ese país en mi vida —Lo miré confusa.

—Eso es porque no está en la Tierra. Veo que es real que perdéis toda la memoria al cambiar de mundo.

—¿Cambiar de mundo? Oye, ¿tú estás chalado o algo de eso?

—Cuanto antes lo aceptes mejor, Camille. Voy a explicártelo todo; pero tienes que confiar en mí.

En ese momento un ángel negro pasó caminando a sus espaldas. Abrí la boca de par en par, sin creer lo que estaba viendo. Entonces pasó un vampiro con los colmillos chorreantes de sangre, como si acabase de comer, acompañado de una vampira y una ángel negro. No supe si por la impresión o por la sobrecarga de información, pero me desplomé. Y lo último que vi fue como Ovraal me cogía de la cintura con gesto preocupado.

Entreabrí los ojos, recordando la pesadilla tan horrible que había tenido, en la que un chico con pintas de vampiro me llevaba a un lugar con un nombre que ya ni recordaba. Extendí el brazo en busca del despertador y sentí una mano fría. Abrí los ojos de golpe y me levanté dando un respingo.

Ovraal me observaba sentado en una silla junto a mi cama. La pesadilla era real. ¡Muy real!

—Tranquila, Camille. No te haré daño.

—¿Qué eres? —pregunté tratando de calmarme.

—Un vampiro. Pero tú también lo eres.

Lo miré con los ojos como platos, buscando la broma en su mirada; pero nada en él me indicaba que no fuese en serio. Más bien parecía preocupado.

—¿Nunca te has preguntado por qué tienes el pelo gris y los ojos púrpura? ¿O por qué tu erizo goza de ese récord Guinness en esperanza de vida de su especie? —Lo miré tratando de encajar alguna pieza—. No encontrarás una explicación científica del mundo humano que te ayude a comprenderlo. Pero tú eres una vampira, Camille. Y Seika, es un erizo oscuro.

Quité las sábanas de golpe y analicé la habitación en busca de algún espejo. Tenía una pared repleta de estanterías con libros que parecían antiquísimos con títulos como *La Guerra Mundial de Ángeles Negros y Vampiros* o *Recetas para chuparse los dedos. No chupes solo sangre*. Me estremecí; pero no dejé de caminar.

Llegué hasta un rincón de la habitación en el que había una mesa poblada de artilugios extraños y un gran espejo con un gato negro tallado en la parte superior. Mi reflejo era el mismo que el del mundo humano; pero a la vez había pequeñas diferencias. Mi piel pálida

parecía ahora marmórea y reluciente, habían desaparecido los rasgos característicos de la piel humana. Mis ojos habían adquirido un tono púrpura más intenso y en mi pelo se había realzado el gris platino.

Sin poder evitarlo, sonreí recordando la frase de mi madre: «Hija, ¿puedes sonreír un momento?». En ese momento, supe que era real y que, de algún modo, mis padres lo sabían. Contemplé mis colmillos afilados a la luz de los candelabros. Era un vampiro y había vivido creyendo que era una humana todo este tiempo.

Me volví hacia Ovraal en busca de explicaciones; sintiendo que era el único que podría ayudarme. Al cruzar nuestras miradas comprendió que lo había entendido. Que mi vida acababa de cambiar por completo.

—¿Té? —preguntó, acariciando la barriga de Seika, quien ya parecía contento en sus brazos.

—Vale —respondí, tratando de ser amable.

Seika bajó de sus brazos, y me di cuenta de que él también había cambiado. Ahora sus espinas eran negras y su cuerpo era más bien negruzco. Lo cogí y me senté con él en la cama, mientras esperaba a que Ovraal regresase. Con mil dudas en la cabeza, tratando de asimilarlo todo. Sintiéndome algo saturada.

El vampiro no tardó en volver, con una gran sonrisa. De sus colmillos goteaba algo que parecía sangre disuelta en agua. Alzó la bandeja con una gran jarra trasparente, en cuyo interior había un líquido rojo, y me dijo.

—El té señorita Camille.

El té… ¡ERA SANGRE CON AGUA!

Capítulo 2. El príncipe oscuro



Zephyran

Dirigir el gran ejército real y cumplir a la vez con las labores que conllevaba ser un príncipe a veces se volvía realmente complicado. Como primogénito de los Oakleaf, sería el heredero del trono, como marcaba la tradición dusteriana. Pero a mí me había tocado vivir una mala época para el país. Los ataques a Palacio por parte de criaturas desconocidas, que se marchaban antes de que cualquiera de mis soldados pudiese detectarlas, estaban aumentando cada vez más. Terminaría pillando a alguno de esos seres, y lo haría pedacitos.

Me erguí ante las puertas del salón, donde se encontraba mi padre atendiendo a los ciudadanos. Dejé que mis alas negras se extendiesen de lado a lado, mostrando todo su esplendor. Siempre había alguno que se pasaba de listo, aprovechando la bondad de mi padre; y ahí tenía que intervenir yo. Éramos ángeles negros, y no todas las razas de criaturas mágicas estaban de acuerdo con nuestro reinado. Para prueba, los rebeldes desconocidos que no paraban de darme trabajo.

Podía escuchar las voces a través de la puerta oscura, hecha de madera de ébano con incrustaciones de zafiros, rubís y esmeraldas.

—¡Majestad! Los cultivos bajo la grieta no prosperan —se lamentaba un vampiro agricultor, arrodillado en las escaleras que conducían al trono.

Avancé lentamente por la alfombra hecha de plumas negras, hasta llegar a las delicadas escaleras de mármol. El trono de mi padre era de obsidiana, recubierta en parte con terciopelo rojo; mientras que el de mi madre lucía terciopelo verde. Ella había salido a hacer recados; aproveché que no estaba para tomarme la licencia de sentarme pensativo en su trono. La ausencia de reposabrazos era muy útil para dejar mis alas a ambos lados y sentarme con comodidad.

El dusteriense hizo una reverencia al percatarse de mi presencia y se quedó callado unos segundos.

—Lo siento Majestad, no sabía que vendría el príncipe. Me retiro. Volveré más tarde a que me dé su veredicto.

Padre asintió, y el vampiro desapareció dejando un fuerte viento a sus espaldas.

—¿Qué quería? —pregunté, fijándome en su corona negra con incrustaciones de zafiros.

—Lo de siempre. Desde que esa grieta partió en dos el cielo en esa zona del norte de Noctis, la mayoría de los campesinos vienen pidiendo permiso para trasladarse a un área más fructífera. Buscaba también la aprobación real para la explotación de las nuevas tierras. Es una familia de vampiros que depende de los animales que caen en la trampa de las plantas que cultivan.

Vampiros y su obsesión con la sangre. Suspiré. Como buenos chupasangres se dedicaban a cultivar plantas venenosas con potentes atrayentes para los animales del lugar. Estos caían en la trampa y eran desangrados por sus depredadores, o sometidos a un proceso de extracción sanguínea. Despensas llenas de sangre; eso era lo normal en las casas vampíricas.

—Esa grieta… es el mayor problema de la ciudad. Cada vez son más los que se mudan para salir de su zona de influencia.

Escuché los pasos de alguien entrando al salón sin pedir permiso. Me volví, dispuesto a poner orden, cuando me encontré cara a cara con mi madre. La reina llevaba un vestido azul eléctrico, con una cola de purpurina que semejaba un cielo estrellado serpenteando por la alfombra, bajo sus alas negras. El vestido dejaba su estómago al descubierto bordeado por dos tirantes que partían de sus pechos

y acababan en su cintura, haciendo un cuadrado alrededor de su ombligo. Se llevó una mano al pecho al verme y esbozó una amplia sonrisa.

—Zwarteziel —llamó a mi padre—. He terminado mi ruta antes de lo previsto. Dos sirvientes insistieron en acompañarme. Registramos el palacio, los asaltantes no se llevaron nada de valor.

Otra vez. Siempre que entraban sucedía lo mismo. No sabíamos cuál era su finalidad. No había muertes, ni tampoco desaparecía ningún objeto. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¡Maldita sea, Sereen! —exclamó el rey, apretando los puños enfadado—. Hay que averiguar qué quieren esos malnacidos. Buscan algo, estoy convencido.

Asentí, dándole la razón. Mi madre se llevó una mano a la boca separando sus labios ligeramente. Su corona era plateada con las fases de la luna en cada punta. Entre las incrustaciones de aguamarina había multitud de materiales brillantes, como pequeños astros. La corona relució con el reflejo de las estrellas. Los grandes ventanales, extendidos a cada lado de la sala, permitían una visión del cielo estrellado de lo más espectacular.

—Hijo —me llamó la reina, devolviéndome a la realidad. La miré de nuevo—. Tus soldados te están buscando para una expedición nocturna por la ciudad.

Recordé que habíamos acordado ir aquella noche a la grieta, para analizar los peligros que parecía estar ocasionando a los ciudadanos. En ese momento, una atracción magnética de gran calibre, captó toda mi atención. Sentí que algo tiraba de mí, impulsándome hacia el sur. ¿Qué estaba pasando?

—Papá, mamá, me retiro para dejaros hablar. Voy a salir de patrulla con la tropa. Gracias por el recordatorio, mamá.

Me levanté, dejando el trono libre para que la reina se sentase. Tras despedirme, volé hacia la salida del palacio. Mientras, trataba de ignorar ese constante magnetismo que no me dejaba pensar con claridad. Quizás la grieta comenzaba a afectarnos a todos de una manera o de otra. Una posible explicación me vino a la mente, pero la descarté en seguida. ¡No podía ser!

Me fijé en los jarrones decorados que se asentaban contra las paredes oscuras del palacio. Escenas de diferentes momentos de la historia poblaban las cerámicas. Ángeles y vampiros luchando, el resurgimiento de la familia real entre el caos. Incluso el asesinato de Ahrienia, una de las vampiras con poderes primigenios que más había contribuido con Noctis, aportando sus poderes curativos. Desde entonces nadie había vuelto a ver a su hija, ni a su erizo.

Llegué a las grandes puertas, vigiladas por dos guardias vampiro con lanzas y los colmillos asomando en su boca. Respondí a su saludo, dejando que me abriesen en silencio. Alcé la vista contemplando la luz de la luna. En Noctis el cielo siempre estaba oscuro, pero llamábamos noche al período de doce horas en el que la luna, en sus diferentes formas y colores, era visible en el cielo. Y antelunio a las doce horas restantes en las que tan solo las estrellas poblaban los cielos.

Un gruñido me hizo devolver la vista al adoquinado que conducía a la Plaza de los Orígenes. Bajé la vista al suelo para encontrarme cara a cara con Cardan, mi fiel anátida oscura. Me acompañaba siempre que le apetecía; y cuando no, nadaba por los lagos oscuros del palacio, entreteniéndose con las cosas más inverosímiles.

—¡Vamos!

Me siguió sin rechistar. Conforme me iba acercando a la plaza, escuchaba cada vez más nítidas las voces de los habitantes de Noctis. A pesar de que eran las dos de la madrugada, la ciudad estaba viva, en todo su esplendor. Extendí las alas al alcanzar la plaza, dispuesto a comprobar que no había anomalías en los alrededores. Los ciudadanos me iban saludando al percatarse de mi presencia. La Plaza de los Orígenes estaba como siempre.

Sin entretenerme mucho, les devolví el saludo y eché a volar en dirección a la parte trasera del palacio. Dispuesto a rodear los jardines a vuelo con Cardan, para verificar que tampoco había nada de lo que preocuparse en los alrededores de mi hogar. No sucedió nada destacable, aparte de que volví a sentir aquel magnetismo tirando de mi cuerpo hacia el sur.

Aterricé lo más cerca que pude de la grieta que había causado tanto revuelo. Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que muchas

casas habían sido abandonadas tiempo atrás.

—¡Alteza! —me llamó Kurai, el segundo al mando del ejército real.

—¿Novedades? —Quise saber, volviéndome hacia ellos.

—Hemos llegado hace poco, Señor. La única información que hemos recopilado hasta ahora es la que veis a simple vista. ¡Saludos, Cardan! —exclamó al percatarse de la presencia de la anátida. Este parpó en respuesta—. Hay bastantes casas vacías. Os estábamos esperando para comenzar una inspección a fondo, tal y como nos ordenasteis.

—Bien, investiguemos entonces.

—Os seguimos —anunció Kurai, colocándose a mi lado con los colmillos fuera.

El resto caminaba a nuestras espaldas. Yo mismo me había encargado de que el ejército estuviese compuesto por una cantidad de vampiros y ángeles negros más o menos equivalente; porque cada raza teníamos nuestras fortalezas y defectos. Y la igualdad entre especies era lo que quería promover para todos aquellos renegados que se negaban a colaborar entre seres alados y chupasangres. Miré al cielo, mientras Kurai hablaba sin parar. Lo cierto es que la grieta tenía muy mal aspecto; corrientes oscuras desfilaban en un vacío que nadie sabía a dónde conducía. Era peligroso arriesgarse a entrar sin saber qué encontraríamos. Me pareció escuchar un lamento desgarrador y mis alas se extendieron involuntariamente.

—¡General Kurai! ¿Has oído eso? —pregunté, dejando que las corrientes oscuras que formaban parte de mi ser se extendiesen alrededor de mi cuerpo. Cardan me imitó y dejó que finas corrientes de plumas negras recorriesen su cuerpo.

Kurai frenó en seco y afirmó lentamente. Antes de que pudiese dar ninguna orden, una fuerza de succión comenzó a tirar de nosotros.

—¡Retirada! —ordené, echando a volar para escapar del territorio bajo la grieta. Cardan volaba por delante de mis ojos.

—¡Ya habéis oído! ¡Corred o volad! —repitió mi orden Kurai.

El ejército me siguió. No miré atrás hasta que no hube llegado a zona segura. En ese momento vi como una criatura oscura salía por la grieta, mostrando sus afilados colmillos de los que goteaba un líquido negruzco. Su mano en descomposición se lanzó a por uno de los ángeles negros.

—¡Cuidado! —exclamé, lanzando una corriente oscura en dirección a la mano enemiga.

El ángel saltó y lanzó fuego hacia la mano tratando de escapar. La mano comenzó a arder y eso le dio el tiempo suficiente para huir de la zona de peligro. Ladré órdenes sin parar, tratando de organizar a las tropas en posición de ataque. Sin que pudiese evitarlo, vi como la mano agarraba a uno de los vampiros. Este le clavó los colmillos, pero no sirvió de nada. La mano le abrió el cuerpo, entre chillidos agónicos. Estaba demasiado lejos para que pudiese llegar a tiempo. Vi como la vida escapaba de sus pupilas y como la mano lo lanzaba a las corrientes oscuras, mientras otra mano salía de ellas dispuesta a atraparme. Cardan pasó su ala por mi espalda, tratando de calmarme. Acababa de perder a un soldado; lo que no había ocurrido, en todos los años que llevaba dirigiendo el ejército, hasta la aparición de esta maldita grieta. Nos enfrentábamos con una criatura que no tenía ni la más remota idea de cómo vencer.

Recordé lo que dijeron aquellos vampiros videntes con poderes primigenios cuando fui a visitarlos:

«Ella es la Salvación y la Perdición del pueblo al mismo tiempo.

»Encuéntrala antes de que lo haga el enemigo.

»Encuéntrala antes de que sea demasiado tarde.

»Del caos al orden hay tan solo un paso».

Capítulo 3. Nada es como lo conocía



Camille

Cuanto antes asimilase que aquella ciudad era real, y con ella todos sus habitantes, mejor. Hice un esfuerzo y me llevé a los labios el vaso de té sangriento que Ovraal me había ofrecido. Mis colmillos asomaron por las comisuras sin que pudiese evitarlo. Lo olí ante la atenta mirada de Ovraal, que parecía estar disfrutando con la situación. Había que admitir que el aroma era delicioso.

—Vamos, pruébalo. No te arrepentirás —me aseguró el vampiro, sentándose en el borde de la cama.

No lo pensé más y me mojé los labios. Sabía… ¡delicioso! Me lo bebí de un trago y extendí el brazo con la taza vacía; esperando impaciente a que el vampiro me sirviese más.

—¡Vaya! ¡Sí que es verdad que los nuestros presentan astenia tras un largo periodo sin probar la sangre! —exclamó riéndose, mientras me servía otra taza.

—Perdón.

Me llevé la mano a la mejilla, dándome cuenta de que me había comportado como una maleducada.

—No te disculpes, pelo gris. Es el instinto vampírico.

En ese momento pensé en que jamás me acostumbraría a que me hablase como si fuera una de su especie. Pensativa, di otro

sorbo al té sangriento, esta vez tratando de controlarme.

—Oye Ovraal... Mis padres…, ¿lo sabían?, ¿sabían que era una vampira?

—No voy a mentirte —aseguró en tono sincero—. Lo sabían. Pero no podían decirte nada. No hasta que llegase el día señalado. Han cuidado de ti lo mejor que han podido, aun sabiendo que algún día tu verdadero hogar podría reclamarte.

—Pero después de que me expliques todo, podré volver con ellos, ¿verdad?

—No, lo siento Camille. Tienes que permanecer en Dusterkeit, te necesitamos. Ellos sabían que llegado el día podrían no volver a verte jamás.

La cabeza me daba vueltas. No volver a verlos jamás. Las palabras retumbaban en mi cabeza. No quería aceptarlo. Les ayudaría a lo que hiciese falta. Pero no pensaba separarme de mi única familia. Aquí solo me quedaba Seika, que parecía feliz rodando por la moqueta. ¿Y Ovraal?… Acababa de conocerlo.

—¿Es que te has vuelto loco? —respondí levantándome de golpe, dejando la taza de té sobre la mesilla—. Llévame de vuelta a casa ahora mismo. Puedo ayudaros, pero no seré vuestra prisionera.

—No puedes regresar. Ni aunque quisiese llevarte de vuelta, Camille. Lo siento —se disculpó, poniéndose a mi altura.

Vi como una chispa de culpabilidad cruzaba sus ojos verdes.

—¿Por qué? —pregunté, sintiendo que me desmoronaba.

—La Tierra y Dusterkeit solo pueden conectarse en el momento en que las auroras boreales comienzan a poblar los cielos en los países del norte del globo. Solo tengo la facultad de hacer el viaje una vez por cada temporada de auroras boreales; y ya la he agotado. ¡Perdóname, Camille!

Lo miré, empezando a asimilar poco a poco la realidad; tratando de buscar algún resquicio de esperanza para volver a casa.

—¿No puede llevarme otro que no haya agotado su viaje?

—Camille, soy el único capaz de cruzar entre ambos mundos sin perder la memoria. Para cruzar hace falta magia primigenia; pero aquel que lo logre perderá todos sus recuerdos. Yo soy la excepción por eso fui a por ti.

—Así que, si regreso, ¿volveré a perder la memoria? —Lo miré, sintiendo como se me emborronaba la visión.

—Sí…

Se acercó y agachó la cabeza para mirarme. Era más alto que yo. De algún modo sentía que me entendía, que quizás en él podría encontrar a un amigo. Me eché a llorar y él me abrazó en silencio. Me apoyé en su pecho, como si aquello pudiese protegerme de lo que presentía que se me venía encima. Acarició mi espalda, susurrando en mi oído que todo iría bien. Sentí los pinchos de Seika aferrándose a mi pierna, como si hubiese notado mi malestar.

Tras un tiempo que se me hizo eterno, me despegué del vampiro. Algo más calmada que al principio.

—Gracias —alcancé a decir.

—No hay de qué, pelo gris. ¿Qué tal si descansas un rato y mañana te lo cuento todo?

Negué con la cabeza. No quería dormir, quería saber más sobre Dusterkeit y sus habitantes.

—Antes quiero que me hables de lo que sabes. Y que me digas dónde dormiré.

—Como quieras. Vamos entonces a un sitio más cómodo —Me indicó con la mano que lo siguiese.

Seika se subió a mi hombro. Lo seguí en silencio; observando el largo pasillo que conducía al salón. Se sentó en un amplio sofá de terciopelo negro, y apoyó los pies sobre la mesa de enfrente.

—¡Ven, Camille! ¡Siéntate!

Le hice caso. El sofá era bastante cómodo; parecía que estuviese flotando en una gran nube. Acaricié el terciopelo, y me volví hacia él para comenzar con el interrogatorio. No sin antes percatarme de que a sus espaldas había una gran ventana de aspecto gótico que daba al exterior.

Abrí la boca para hablar. Antes de que pudiese decir nada se me adelantó.

—Le juré a tu madre que te protegería y te enseñaría a usar tu poder, si alguna vez era necesario que regresases.

—¿A Freya?

La mirada que me echó me hizo comprender que se refería a mi verdadera madre.

—¿Conoces a mi verdadera madre? —pregunté asombrada.

—Conozco a ambas. Hace unos años le hice una visita a Freya y Erik y les conté la verdad sobre ti. Y que probablemente terminaría yendo a buscarte.

—¿Cómo sabías que podías confiar en ellos? Que no se lo contarían al resto de humanos.

—Por mi poder, Cam. Todo a su tiempo. Solo quería aclararte que no estarán preocupados. Sabían que esto pasaría.

Suspiré algo más tranquila.

—¿Y qué hay de mi verdadera madre? ¿Qué sabes de ella? No es verdad que mis padres murieron en un accidente de tráfico, ¿verdad?

—No —Negó con la cabeza, pasándose la mano por su pelo oscuro—. Tu madre biológica se llamaba Ahrienia. Era una gran sanadora; pero, desgraciadamente, fue asesinada.

—¿Quién la mató? —pregunté nerviosa. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—No lo sé —admitió—. Ella vino a mí, preguntándome si conocía a alguien capaz de utilizar magia primigenia contra un ser cuyo nombre se negó a revelar. Decía que aquel que conociese su auténtico nombre sería, probablemente, asesinado.

»Mis poderes no servían para lo que ella quería. Así que le recomendé a un ángel negro amigo mío. Este, haciendo uso de su magia espacial, creó un portal para que tú pudieses escapar. Pagando el precio de perder todos tus recuerdos. Pero era necesario para tu madre protegerte y esconderte de él, fuese como fuese. Así que le construyó un refugió bañado en magia primigenia de protección espacial; sellado con palabras que solo ella conocía y con un portal en su interior.

»Cuando él viniese a por ti. Ella se escondería ahí.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo sabía cuándo vendría a por mí? —pregunté, tratando de hacer memoria sin éxito.

—Él dijo que vendría a por ti cuando las auroras boreales del cielo humano, poblasen los cielos de Noctis y tu hubieses alcanzado

los tres años de edad. Tu madre vivió contigo, dedicándote todo el tiempo que pudo, antes de que apareciese esa señal.

»Muchos afirman haberla visto por última vez, corriendo por las calles de Noctis, en dirección al suroeste, contigo en sus brazos. No hay duda de que se dirigía al refugio. Pese a todo el esfuerzo, las barreras de magia primigenia fallaron. Y todo lo que los habitantes de Noctis pudimos encontrar, después de aquel trágico suceso, fueron las ruinas de aquel refugio y la evidencia de que allí se había abierto un portal al mundo humano y había desaparecido.

»Lo siento mucho, Cam. Tu madre fue una gran mujer y la ciudad de Noctis nunca la olvidará.

—¿Y tu amigo? —pregunté sintiendo un nudo en el pecho.

—Murió…

—Lo siento… —respondí, sintiéndome culpable por toda la que se había organizado por protegerme—. Si yo no hubiese…

—No sigas. Tú no tienes la culpa; ellos fueron responsables de sus propias decisiones —me cortó—. Toda persona merece ser protegida de indeseables, Cam. Pero tú en concreto, eres un arma muy valiosa. No quiero ni pensar lo que sucedería con la ciudad si se hiciese contigo. Mi amigo, Blagden era consciente de que ponía en peligro su vida si ayudaba a tu madre. Aun así, lo hizo. El último día que lo vi me dijo que Ahrienia le había revelado el nombre de su perseguidor para poder hacer más poderoso el hechizo contra él. Aunque no sirvió de nada, y este lo persiguió hasta matarlo.

—¿Y mi madre te pidió que me protegieses?

—Exacto, esa fue la tarea que me encomendó. Protegerte hasta que pudieses defenderte por ti misma. No es seguro que pases mucho tiempo sola, estando las cosas como están. Dormirás en mi casa.

—¿En tu casa? —pregunté extrañada a la vez que caía en la cuenta de que no tenía hogar.

—Necesitas un techo donde dormir. Y, en estos momentos, darte una casa para ti sola es una muy mala idea.

—¿Y vas a decirme por qué me buscan y por qué soy tan especial?

—No; demasiada información por hoy. Vamos a dar un paseo. Te enseñaré un poco la ciudad. Y después hablaremos de poderes —dijo sonriendo.

—¿Qué? ¿Por qué? —protesté— ¿Y si me atacan? Debería saber usar mis poderes.

—No aprenderás a defenderte nada más saber en qué consisten. Ni tampoco aprenderás a manejarlos por ciencia infusa. Te llevará un tiempo poder usarlos como defensa personal. Así que no cambiará mucho las cosas que hablemos de ello cuando te familiarices con la ciudad.

—¿No hay forma de convencerte de lo contrario verdad? —pregunté movida por la curiosidad.

—No —respondió alegremente, negando con la cabeza.

—Eres de lo que no hay… —me quejé, dándole un golpecito en el hombro.

—Anda, ¡no seas impaciente! Hace unas horas creías que me había vuelto loco y no sabías de la existencia de este mundo.

—Está bien —acepté—. Enséñame mi nuevo hogar entonces.

En el fondo tenía curiosidad de saber cómo era la ciudad en la que iba a vivir a partir de ese momento.

Capítulo 4. La ciudad de Noctis



Camille

Ovraal me estaba conduciendo por una avenida de calles oscuras. Yo me mantenía en silencio, analizando cada rincón; y él parecía comprender que tenía que procesar demasiadas cosas nuevas. Caminamos en silencio. Esa ciudad, en la que sin duda primaba el color negro, era asombrosa. Las fachadas estaban decoradas al estilo de cada uno. Incluso había un gran edificio en cuya cima se alzaba la estatua gigante de un murciélago de mármol. Sus alas envolvían la construcción, llegando hasta la repisa de las ventanas del ático.

Observé que había un vampiro apoyado en el alféizar de la ventana. Mis conocimientos de anatomía me permitieron diferenciar que lo que tenía entre sus dedos era la parte tubular de un hueso, o diáfisis. La médula ósea estaba prácticamente intacta. No pude evitar preguntar cuando vi que se acercaba un extremo a los labios.

—¿Qué hace ese?

Ovraal me dedicó una sonrisa y miró hacia arriba.

—¡Ah!, está aprovechando la parte comestible de los huesos. La sangre de los vasos sanguíneos óseos está excelente ¿Sabes?

—¡Puaj! —respondí sacando la lengua—. Parece que estuviese fumando.

—La sangre no tiene nada que ver con el tabaco humano, pelo gris.

Entonces recordé que en todas las novelas de vampiros que había leído estos solo podían alimentarse de sangre. Y temí por mi futura dieta. Tenía que admitir que en el mundo humano prefería la carne poco hecha para poder sentir algo el sabor de la sangre y que adoraba comer morcilla. Pero no quería renunciar a una buena hamburguesa con patatas fritas.

Como si fuese cosa del instinto natural, sentí como mi estómago rugía ante la visión de los colmillos manchados del «fumador» de sangre. Aun así, tenía que preguntarle, me negaba a sucumbir a una dieta hematófaga.

—Ovraal —lo llamé alzando la cabeza.

—¿Sí? Cam.

—Los vampiros… —Pensé en cómo preguntarlo sin ofender sus hábitos alimentarios—, ¿solo os alimentáis de sangre?

—La sangre es como una droga para nosotros. Es adictiva y aunque trates de resistirte tu cuerpo terminará pidiéndotela. Si has podido vivir en el mundo humano sin ella, ha sido porque perdiste el conocimiento de lo que eres. Y gracias a que te has alimentado de cosas que la contenían con asiduidad, ¿verdad?

Asentí, sin saber qué decir. Y lo miré expectante, aguardando respuesta a lo que me preocupaba.

—Tranquila, puedes alimentarte de más cosas —Dejé escapar un largo suspiro—. Pero tendrás que acostumbrarte a estos cambios. Tu propio cuerpo te lo pedirá, y ahora más con la abstinencia. Hazle caso —Me señaló el estómago, y le di un golpecito en la mano, pasando por delante de él.

—Vamos, dejémonos de comidas. Quiero seguir viendo la ciudad —Puse los brazos en jarra y me volví hacia él.

—Como ordenes —respondió contento, colocándose a mi altura.

Recorrimos caminando unas cuantas calles más, mientras me hablaba de la cultura y las tradiciones de aquella sociedad, que parecía basarse en la convivencia entre vampiros, ángeles negros y animales mágicos. Conforme nos acercábamos a lo que Ovraal

denominó el centro más importante de la ciudad, las casas iban adquiriendo un aspecto más regio y llamativo.

Me percaté de una forma extraña reflejada en la fuente de una de las casas. Fijé la vista. Era un precioso caballo negro plata; su pelaje era como el azabache y sus crines blancas brillaban, compitiendo con las estrellas, y se deslizaban por las aguas de la fuente. Un cuerno iridiscente salía de su cabeza. No era un caballo, ¡era un unicornio! Aquello me hizo frenar en seco y mirar a Ovraal buscando una explicación.

—¿Qué es eso? —Señalé, sorprendida por la belleza de la criatura.

—¿El qué? —preguntó, siguiendo la dirección de mi dedo.

—Me refiero a…. —empecé a responder girándome. Y me callé al darme cuenta de que la criatura había desaparecido. ¿Debía contárselo a Ovraal?— la fuente. Es muy bonita, ¿no?

Ovraal puso los ojos en blanco. No parecía que se lo hubiese tragado a juzgar por su expresión, pero su respuesta parecía indicar que sí.

—¿Nunca has visto una fuente en una mansión humana?

—Sí…, me gustó la decoración —improvisé—. Queda bien con esa casa que más bien parece el castillo del Conde Drácula.

—Creo que la única coincidencia con el hogar de Vlad, es que en esa mansión también habita un vampiro —se mofó de mi comentario—. Sigamos con el recorrido turístico. Ovraal aún no te ha enseñado el lugar más emblemático de la ciudad.

Asentí en silencio, mientras me preguntaba si su tono sonaría así de alegre siempre. Llegamos a una plaza circular, cuya belleza detuvo mis pensamientos. No sabía ni a donde dirigir la vista. Las casas tenían fachadas de lo más variopintas. Una parecía hecha de puntitos de luz de color blanco, otra estaba decorada con plumas gigantes, una tercera envuelta en llamas azuladas; e incluso había una por cuya fachada caminaban arañas oscuras. Acercarme a la última no entraba en mis prioridades.

En el centro, una gran fuente con una escultura que captó rápidamente mi atención. Representaba una estructura de ADN en negro. En sus hebras parecía que brillasen las estrellas. Sentí algo en

mi interior, una sensación indescriptible, como si aquella fuente me llamase. O la propia plaza. ¿Qué me estaba pasando con ese lugar?

Lo cierto es que llevaba un rato notándola, pero en aquella plaza se había intensificado. Tenía que causarla la fascinación por aquella ciudad, Noctis. No estaba tan mal mudarse aquí; aunque una punzada de dolor me recordó que echaba de menos mi hogar, al que no podría volver…

—Observo que te has quedado maravillada por uno de mis lugares favoritos. Después de mi casa, claro —Aquello me sacó una sonrisa. Al menos con Ovraal no iba a aburrirme—. Te presento la Plaza de los Orígenes, donde la magia de todos los que habitan la ciudad confluye en el maravilloso ADN oscuro de la fuente.

—Plaza de los Orígenes…—repetí, dando un giro de trescientos sesenta grados mientras contemplaba las fachadas. Un gran palacio, aislado del resto de construcciones, destacaba junto a la fuente.

—¡Oh! Ese es el Palacio de las Tinieblas. En él habita la dinastía de los Oakleaf. Las leyendas cuentan que, cuando cae la noche, puedes perderte en sus jardines oscuros entre las neblinas que se forman en ciertas ocasiones. ¡Qué incluso una anátida oscura puede devorarte! Bueno esto último es broma —respondió riéndose. Lo miré con el ceño fruncido. Pensando que estaba como una cabra, jugando con algo así—. Pero a mí todo eso me parecen tonterías.

No sabía si eran tonterías o no; pero no iba a pararme a discutírselo. Lo agarré del brazo y tiré de él en dirección al palacio. Me siguió dando pasos lentamente, sin soltarse de mi agarre. Hasta que mi pregunta le hizo frenar.

—¿Podemos entrar? Me da curiosidad. Desde aquí apenas se aprecian los jardines y la fachada.

—Pelo gris, ¿te has vuelto loca? Aunque Ovraal, el temido vampiro, es bienvenido en todos los lugares de Dusterkeit, no puede entrar como Drácula por su casa en el hogar de la realeza.

—Eres tonto —respondí, dándole un golpecito amistoso y partiéndome de risa—. Pero dime por qué. ¿Qué hay de malo?

—¿Que por qué? Ninguna criatura sin sangre real fluyendo por sus venas puede entrar ahí sin una autorización o un muy buen motivo para hacerlo.

—¡Oh! ¡Qué pena! Al menos quiero acercarme un poco más para ver el edificio, ¡porfa!

—Está bien, está bien. Eso sí puedes hacerlo —respondió con una amplia sonrisa, enseñando sus afilados colmillos.

¿Cuándo iba a acostumbrarme a vivir rodeada de criaturas oscuras? O peor, ¿a que yo era una de ellas? Con poderes de los que Ovraal aún no quería hablarme. Caminé hacia el palacio, sin mirar por dónde iba, con la vista fija en el vampiro para dispararle mi próxima pregunta.

—¿Y cómo se llama la familia que vive aquí? ¿Quién es el rey si se puede saber?

En ese momento choqué con algo duro como una piedra, y Ovraal se soltó, riéndose ruidosamente. Antes de girarme, una voz suave y aterciopelada, pero totalmente desconocida, me respondió.

—El rey y la reina son Zwarteziel y Sereen Oakleaf. Y yo soy su hijo, el príncipe Zephyran.

Me ruboricé en el instante en que fui consciente de que el príncipe me había oído preguntar de esa manera por su familia. Alcé el rostro para verlo, apartándome mecánicamente hacia atrás.

—Perdón Alteza —me disculpé, colocándome a la altura de Ovraal, que parecía contenerse la risa con una mano en la boca—. No quería ofenderle. Soy nueva aquí y…

Me analizó mientras buscaba las palabras, y aproveché para observarlo. Era un ángel negro; de eso no me cabía duda al ver las grandes alas plumosas que partían de su espalda y casi parecían envolver todo su cuerpo. Sus ojos eran de color azul oscuro como dos zafiros, y por ellos parecían proyectarse pequeñas corrientes negras provenientes de sus pupilas. Tenía el pelo corto y de color negro, con algunas mechas muy finas azul marino.

—Tranquila, no necesito explicaciones. No me ofende la curiosidad por mi estirpe. Puedes visitar el palacio si quieres; pero antes necesito saber algo.

Lo miré extrañada. Que querría saber un príncipe como él de una simple ¿inmortal? (en eso me convertía ser una vampira, ¿no? Nota mental, tenía que preguntárselo a Ovraal) como yo.

—¿Sí? Alteza.

—¿Cómo te llamas y qué haces con Ovraal?

—¡Eh!, ¿qué hay de malo en mí? —refunfuñó.

—Camille, soy… una vampira. Y él es mi amigo, supongo. Vivo con él —Resumí. Suponía que al príncipe Zephyran no le interesaba lo más mínimo si Ovraal y yo acabábamos de conocernos o cuánto tiempo llevaba viviendo en su casa.

—Entiendo, ¿eres su mascota, preciosa? —preguntó, dedicándome una amplia sonrisa burlona.

Ovraal parecía igual de sorprendido que yo, porque no contestó. ¿Pero de qué iba ese príncipe? Seguro que se creía que por tener el cuerpo tan definido y pertenecer a la realeza podía hacer ese tipo de comentarios. Además, tenía pinta de ser el típico que se creía que tenía a todas las chicas detrás. Si se pensaba que iba a caer en sus redes con esos adjetivos, lo llevaba claro. Sobre todo porque yo era demisexual, o sea que solo podía sentir atracción sexual por alguien con quien hubiese establecido previamente un vínculo afectivo. En resumen, que la belleza del príncipe me traía sin cuidado.

—No soy su mascota. ¿Y tú? ¿Eres idiota? —respondí, perdiendo las formas.

—Cam… —intervino Ovraal—. Disculpadla Alteza. Llevamos mucho tiempo caminando y está muy cansada.

—¡Oye! —me quejé, cruzándome de brazos.

—No hay de qué preocuparse mi querido Ovraal. No todos los días se ve un dusteriense que se atreve a hablarte de esa manera. Me gusta.

Ovraal pareció suspirar aliviado.

—¿Os conocéis? —pregunté más calmada.

—Claro, tu amigo ha ayudado a mi familia en cantidad de ocasiones. ¿No te lo ha contado?

Negué con la cabeza.

—Ya veo… —respondió pensativo—. Bueno, mi oferta de visitar Palacio sigue en pie. Pero el tiempo se te está agotando, pequeña chupasangre.

—No me llames así —respondí enfadada.

—Está bien, Camille —respondió alzando las manos en son de paz—. Veo que has perdido los formalismos conmigo. Aunque así lo

prefiero. Se hace tedioso que te llamen alteza o príncipe todo el tiempo, ¿sabes?

Lo miré sorprendida, aquello le hizo parecer más humano por unos segundos. Pero, sin lugar a dudas, seguía siendo un creído insoportable. Aunque la curiosidad por ver un palacio de ángeles negros era superior a mí.

—Vale, tomaré nota. Yo no te llamo alteza y tú no me llamas preciosa.

—Trato hecho —respondió seguro de sí mismo—. No lo preguntaré más veces, ¿vienes?

—Voy —respondí, soplando un mechón gris que se coló por delante de mi cara.

Me acerqué a él, y me di cuenta de que Ovraal no me seguía.

—¿No vienes? —pregunté confundida.

—Tú también puedes entrar si lo deseas, Ovraal —añadió el príncipe.

—Gracias, Alteza. Pero no es necesario. Os dejo con Cam a solas porque entráis dentro de mi exclusivo catálogo de gente de fiar.

—Debería sentirme halagado supongo.

—¿Por qué no vienes? —Quise saber, no muy convencida de separarme del vampiro. ¿Cuántas criaturas conformarían ese catálogo?

—Voy a aprovechar para hacer unas compras. Se me está acabando la sangre en la despensa. Luego pasaré a recogerte —respondió alegre, y se volvió hacia el ángel caído—. No la dejéis sola, ¿vale?

—Tranquilo, chupasangre. No me separaré de ella. Y la acompañaré a casa para que no tengas que venir a recogerla. Sé dónde vives.

Ovraal asintió y, sin necesidad de verificar si sus palabras eran ciertas o si acaso yo estaba de acuerdo, desapareció corriendo a alta velocidad.

—Parece que nos hemos quedado solos —rompió el silencio mirándome a los ojos.

—Eso parece —Lo lamenté en mi fuero interno. Menudo día llevaba—. ¿Vamos?

Conforme nos fuimos acercando me di cuenta de lo mágico que era el lugar en el que vivía el príncipe Zephyran. Nada más llegar pude contemplar la amplia extensión de hierba verde azulada que conformaba los jardines del palacio, entremezclándose con los senderos. El sonido de los búhos, o búhos oscuros más bien, transmitía una sensación de calma.

—Veo que te gustan mis jardines —presumió el ángel. Me volví para mirarle a los ojos—. No todo el mundo tiene el privilegio de pasear por aquí, ¿lo sabías?

Negué con la cabeza. No se me ocurría qué responderle, ya había sido demasiado desagradable con él hacía escasos minutos. Retomé la marcha hasta encontrarme con una gran esfera negra que daba luz, haciendo que brillase la hierba a sus pies.

—¿Qué es esto? —pregunté movida por la curiosidad.

El príncipe sonrió. Parecía contento de que por fin le dirigiese la palabra desde que habíamos entrado a sus jardines.

—Esto es lo que da nombre a los jardines del Palacio de las Tinieblas—afirmó. Y apoyó su brazo sobre la bola, dándole palmaditas—. Representa a la luna en fase de luna nueva.

—¿El jardín se llama así? —pregunté incrédula.

—No —contestó riéndose.

Batió las alas ligeramente, y su cercanía hizo que mi pelo se elevase en el aire. Lo miré con cara de pocos amigos, esperando una explicación.

—Discúlpame, Camille. Es divertido cuando pones esa cara —añadió, recuperando la compostura—. El nombre de este lugar es Jardín del Plenilunio. Verás, hay cuatro esferas como esta que representan las cuatro fases principales de la luna: nueva, cuarto creciente, llena y cuarto menguante. Fueron un regalo de mi padre a mi madre y decidieron colocarlas aquí.

—¡Es preciosa! —admití—. ¿Puedo ver las demás?

—Claro, pero lamento informarte de que la extensión de este jardín no permite que se recorra a pie en poco tiempo. A menos que… —se detuvo unos instantes.

—¿Qué? —Me impacienté.

—A menos que un ángel negro te lleve volando por los jardines —completó, dándose la vuelta para que contemplase sus alas extendidas.

—¡Ni lo sueñes! —respondí indignada.

Había que admitir que sus alas eran preciosas. Seguramente tendrían el tacto de un peluche con tantas plumas. Pero no pensaba dejar que me llevase.

—Como quieras. Si cambias de opinión házmelo saber. Cuando te canses de pisar césped, podemos entrar a palacio.

Se volvió hacia mí, plegando las alas, y proseguimos la marcha. Tras un largo rato caminando, a lo lejos comencé a ver la luna en cuarto creciente. Incluso a esa distancia podía apreciar el realismo de la esfera reproduciendo los cráteres lunares. Caminé un poco más, hasta acercarme a la luna de luz para poder tocarla. Era curioso porque la original no tenía luz propia. Era rugosa al tacto, como si fuese piedra. Sentía los ojos de Zephyran fijos en mí a mis espaldas, seguramente se estaba divirtiendo a mi costa.

Me giré para verificarlo, y no se molestó en apartar sus zafiros de mí. Me dedicó una sonrisa burlona y lo ignoré. Eché a andar en busca de otra luna. Me entraron ganas de probar mi velocidad vampírica, pero ni siquiera sabía si era algo que todos los vampiros podían hacer, ni cómo se hacía. Y no me apetecía darle al ángel otro motivo para reírse de mí.

—¿Podemos entrar al palacio? —pregunté, tratando de no sonar desagradable.

—Claro, vamos.

Se colocó delante y me invitó a seguirlo. Me puse a su altura y me explicó quiénes eran el rey y la reina. Supuestamente no estarían por los pasillos en esos momentos, porque se hallaban en el salón del trono resolviendo asuntos importantes de los que no me dio detalles. Así descubrí más cosas acerca de sus padres, los reyes Zwarteziel y Sereen, ambos parecían pertenecer a un linaje de poderosos ángeles negros. Deseé que mi cara no delatase que no tenía ni idea de quiénes eran los que reinaban aquel que, supuestamente, era mi país, Dusterkeit. No habría sabido explicarle

que no solo era nueva en la ciudad, sino que también lo era en el país. Y que no tenía ni la menor idea de cuáles eran mis poderes.

Y lo peor era que tan solo estaba segura de que tenía un erizo llamado Seika y de que era una vampira. ¡Ah! Y de que no me quedaba otra que compartir piso con Ovraal el vampiro.

Capítulo 5. Entre ángeles y vampiros



Zephyran

No sabía qué le pasaba a la vampira para estar a la defensiva; pero tampoco si quería averiguarlo. Algo me decía que la chica llevaba poco tiempo en Dusterkeit. Si no fuese por sus colmillos habría pensado que era una humana extraviada. Aunque claro, los humanos no podían entrar a nuestro país. No en condiciones normales y sin pagar un alto precio.

Tenía un presentimiento, pero era algo que debía comentar con Ovraal cuando lo pillase por banda. Ese viejo vampiro siempre con sus misterios. Ella no parecía la criatura apropiada para indagar sobre sus propios poderes y funciones; probablemente me mandaría a freír murciélagos en cuánto le preguntase. Antes debería ganarme su confianza.

La intensificación de aquella sensación magnética que llevaba unas horas sintiendo tampoco me había dejado pensar con claridad. ¿Y qué podía decirle yo si tenía pinta de acabar de llegar a la ciudad? Probablemente cualquier pregunta se la tomaría como un ataque, así que decidí hablarle de mis padres y de lo que significaba la fachada del palacio de las Tinieblas.

Cuando llegamos, la pillé abriendo la boca de par en par, con los colmillos fuera por la sorpresa. Al verme, rápidamente se llevó las

manos a los labios, tratando de esconder su expresión. ¿Qué le pasaba?

—¡Eh!, todo dusteriense pone la misma cara cuando ve la fachada por primera vez. No hace falta que lo ocultes —Traté de sonar amable. Parecía que lo suyo no eran las bromas.

—No me ocultaba —replicó.

La dejé que contemplase el edificio en silencio. Tenía que admitir que su pelo gris platino era precioso a la luz de la luna, parecía brillar. Me volví hacia la fachada de mi hogar. Era del color violeta que en ciertas ocasiones adquiría el cielo nocturno. Y estaba poblada por todas partes por pequeñas estrellas que titilaban. Con frecuencia, pasaban estrellas fugaces, dándole más vida al edificio.

—Creo que podría acostumbrarme a vivir en un sitio así —añadió mirándome.

El púrpura de sus ojos hacía juego con la fachada. ¿De dónde había caído esa chica con el pelo como la luna y los ojos como la noche? Su rostro me resultaba familiar, pero no lograba averiguar por qué.

—¿Entramos?

—Vale —respondió contenta.

Parecía que había cambiado su humor. Las estrellas fugaces de la fachada afectaban hasta al más reacio a creer en la magia. Aunque en Noctis no eran una novedad.

La conduje hasta el gran portón de obsidiana que daba acceso a la entrada principal del palacio. Dos guardias la custodiaban, un ángel negro y un vampiro; proporciones equivalentes. Así me gustaba que fuese para evitar disputas y promover la igualdad; aunque a veces no era posible esta distribución, según los turnos de los guardias.

—¡Buenas noches, Alteza! —saludó el guardia alado, poniéndose firme.

El otro lo imitó, echándome una fugaz mirada de desconcierto que no me pasó desapercibida.

—Esta es Camille —la introduje—. Abrid las puertas. Vamos a hacer una visita.

—Como ordenéis Alteza —respondió el vampiro, desencajándolas para que se abriesen—. Es un placer ver por aquí visitantes de mi especie.

Camille le sonrió y saludó agitando la mano.

Se detuvo esperando a que pasase yo primero. El trato que me había dado hasta ahora, a pesar de ser un príncipe, pareció cambiar en cuanto puso un pie en la casa real.

—¿Aquí tampoco tengo que llamarte alteza? —susurró. Juraría haber percibido miedo en su voz.

—No, me gusta más que me llames Zephyran. Zep si lo prefieres.

Los guardias cerraron la puerta a nuestras espaldas. Estábamos casi a oscuras, de no ser por la tenue iluminación que entraba por los ventanales. Quizás no había sido una buena idea traerla a Palacio. Seres desconocidos lo asaltaban por la noche, y yo ponía en peligro a esa vampira pisando mis suelos. Pero… era demasiado tarde para arrepentirse.

Debía convencerme de que no pasaría nada. No mientras estuviese conmigo. Y entonces caí, ¿por qué Ovraal no quería dejarla sola bajo ningún concepto?

Capítulo 6. Oscuridad



Camille

Debía de haberme vuelto loca. Parecía que acababa de caer en la cuenta de que estaba en el palacio del príncipe, ¡con el propio príncipe! Y sus padres los reyes podían aparecer en cualquier momento ¿Se habrían encontrado más visitas? ¿Qué harían cuando me viesen paseando con su hijo? Sin olvidar que aún no había encendido ninguna luz. ¿Vivirían solo bajo la luz de las estrellas?

En ese momento vi como una corriente oscura pasaba por delante de mis ojos. Parpadeé varias veces, sin creer lo que veía. Pero era real; me sobresalté, y el ángel pareció notarlo.

—No hay nada que temer. Es mi poder —aclaró en tono suave.

Entonces vi como comenzaban a encenderse candelabros a lo largo del gran pasillo. Cuando hubo suficiente luz, me fijé en que de su cuerpo salían corrientes oscuras. Estuve a punto de echar a correr; la oscuridad no solía ser un buen presagio. Era el príncipe; tenía que ser de fiar. Aunque eso no era motivo suficiente como para presuponer que no me haría daño.

Recordé que Ovraal hacía tiempo que se relacionaba con Zephyran, y había decido dejarme a solas con él porque entraba en su ¡exclusiva lista! de seres de confianza. Era cierto que también acababa de conocer a Ovraal; pero era el único individuo en todo Dusterkeit en quién podía creer.

—¿Eso es tuyo? —Señalé la masa oscura que se arremolinaba en torno a su cuerpo.

Hasta entonces no me había fijado en sus ropas. Vestía un traje azul marino ceñido al cuerpo. En el pecho llevaba bordada una insignia con el símbolo de unas alas negras; en su centro se extendía un esquema de ADN y, justo encima, dos colmillos que goteaban sangre.

—Sí, la oscuridad es parte de mí. No tienes que temerla; nada es lo que parece —anunció, envolviéndome entre los humos oscuros.

Parecía estar poniéndome a prueba. Le mantuve la mirada en silencio, esperando a que parase. Deseaba que Ovraal no estuviese equivocado y supiera lo que había hecho dejándome con él.

—Me tienes miedo. Relájate —susurró con voz aterciopelada.

—¿Qué significa ese símbolo? —pregunté señalando al bordado de su traje. Ignorando el miedo que me causaba.

—¿Esto? —preguntó, pasando la mano por el ADN— Es el símbolo de la realeza de Dusterkeit. Representa la unión entre ángeles negros y vampiros —Indicó, pasando la mano por las alas y los colmillos respectivamente—. Y como, a pesar de nuestras diferencias, somos iguales —Dio unos toquecitos sobre las hebras del material genético—. Me gusta promover la igualdad. Y que mi gente esté a gusto en su tierra.

»Aunque últimamente…

Se interrumpió y su rostro mostró preocupación.

—Últimamente, ¿qué? —inquirí.

Olvidaba que seguía apresándome con su oscuridad. Esas palabras me parecieron humanas una vez más. Quizás lo había juzgado antes de tiempo. Aunque debía encontrar un calificativo mejor que «humano» ya que estábamos hablando de seres oscuros.

—Nada, no importa. Problemas que pronto resolveré —aseguró apretando los puños.

Lo miré esperando que cambiase de opinión; pero no lo hizo.

—Veo que ya te has despreocupado de mi oscuridad —Desvió el tema, retirando lentamente las corrientes de mi cuerpo. Me miró, mostrando bastante interés por mi respuesta.

—Si fuese peligrosa ya me habrías matado —contesté desafiante.

Era mejor que no me mostrase sorprendida ante las criaturas de aquel mundo. O pronto averiguarían que acababa de llegar y no conocía sus poderes. ¡Ni siquiera de eso me había hablado Ovraal! ¡Y me había dejado sola con el príncipe! Más me valía improvisar bien y dar el pego.

—Buena observación —repuso.

Traté de no parecer sorprendida de que hubiese encendido el pasillo entero gracias a la oscuridad de su poder. Y lo miré con fingida naturalidad. Cuanto menos pensase que estaba en el palacio, mejor. Yo sola me había metido en aquel lio.

—¡Buenas noches, Alteza! —Una voz a mis espaldas me sacó de mis pensamientos.

Y me volví, para comprobar que se trataba de un ángel negro armado que recorría los pasillos. Zephyran le respondió como si no estuviese varios escalones de la sociedad por encima. Aquello seguía sin cuadrar con la imagen de prepotente que había dado cuando me estrellé contra su pecho.

—¿Me lo vas a enseñar? —pregunté, impaciente por hacer algo que no fuese estar parada. Con estar perdida tenía suficiente.

—Estaba esperando a que me dijeses por dónde ir.

¿Estaba de broma? Pero no lo parecía, a juzgar por el tono que había usado.

—Tú eres el príncipe —contesté, como si eso explicase todo.

—No pensabas lo mismo ahí fuera cuando me llamaste idiota —respondió mofándose—. ¿Es que la importancia de mi posición social cambia para ti según la hora que sea? ¿Cuándo alcanzamos la media noche eres menos desagradable y fría?

—Mira quien fue a hablar. El que cambia de comportamiento todo el tiempo.

—¿Así me ves? Pues en ese caso, y según tu perspectiva, ya tenemos algo en común.

Me mordí la lengua para no volver a decirle un improperio. Y en lugar de eso volví con el tema que nos había traído allí.

—Bien, tú ganas. Ahora, ¿me vas a enseñar tu casa o me voy ya a la mía?

—Me gusta más la primera opción. ¡Vamos! —exclamó, echando a andar hacia la izquierda.

Dejé escapar un largo suspiro y lo seguí. La tenue iluminación me permitió entrever la decoración de las paredes. Toda parecía estar relacionada con la noche; espaciados en ella podían apreciarse ángeles negros volando entre volutas de oscuridad o vampiros enseñando los colmillos.

—Veo que las paredes han captado toda tu atención.

—Son bonitas —admití—. ¿Lo habéis pintado vosotros?

—¡Oh!, ¡por supuesto que no! Esto lleva aquí milenios. Mis antepasados, los que fueron artistas, comenzaron a pintar las paredes. Y, de vez en cuando, cuando nace entre nosotros alguien con el don de la pintura, deja su marca con un nuevo dibujo en consonancia con el resto.

—¿Tú pintas? —Me gustaba la historia. Necesitaba saberlo, no tenía muy claro por qué.

—A veces. Aunque no me considero digno de hacerlo en estas paredes.

Y su voz parecía una mezcla entre la humildad y la tristeza. El anhelo de alguien que necesita algo que no puede tener o de lo que cree que no es merecedor. Me compadecí de él; todos teníamos nuestros propios deseos y sueños.

—Seguro que no es para tanto. Estoy convencida de que tus pinturas terminarán acompañando a las de la pared —Traté de animarlo, y lo decía en serio—. ¿Alguna vez me enseñarás tus…

Me detuve dubitativa ¿Pintaban cuadros las criaturas oscuras?

—Cuadros —completó, ahorrándome una explicación. Asentí lentamente con la cabeza. Mi interés pareció agradarle—. Puede, si te ganas la suficiente confianza.

—¡Oh! —exclamé, sin saber que decir. ¿Era un reto?

Guardamos silencio hasta llegar al fondo del pasillo. No parecía haber nada más que decir. Él se había unido a mi contemplación del techo y las paredes. De vez en cuando, nos encontrábamos con algún ventanal que reflejaba la luz de las estrellas; así hasta llegar al último, por el que se vislumbraba el reflejo de la luna. Vi como sus

pómulos se iluminaban, como si absorbiesen el reflejo mismo y se volviesen del color platino de la luna.

Alcé la mano inconscientemente, tentada de comprobar si aquello era real o estaba perdiendo la cabeza. Pero rápidamente me arrepentí, y dirigí la mano hacia el vidrio de la ventana. Zep no pareció percatarse. Vi mi rostro reflejado en el cristal; la luna parecía un halo que salía de mi propia cabeza. El viento desplazaba suavemente las briznas verde azuladas que parecían brillar dando magia a todo el paisaje.

La misma sensación extraña, que había sentido amplificada en la fuente de la Plaza de los Orígenes, volvió a removerse dentro de mí. Era curioso que fuese reconfortante, aun sin conocer su origen. De pronto, sentí una fuente de calor irradiar de mi espalda, y vi como Zep iba tapando con su pelo oscuro el halo de luna que coronaba mi pelo gris.

—Veo que te has quedado atónita con las vistas —susurró a la altura de mi oído. Y aquello me hizo estremecerme.

—Sí, nunca había visto nada igual —admití sin pensarlo dos veces. Sin considerar que quizás así delataba que había pasado más tiempo siendo humana que otra cosa. O creyendo que lo era.

Podía sentir su cercanía, como también podía ver su rostro reflejado junto al mío. Como si fuésemos una fotografía de un mundo ficticio. Sus alas expandidas a ambos lados de mi cuerpo, desdibujando nuestros límites, casi parecían mías.

Entonces comencé a sentirme incómoda. No quería que el príncipe pensase lo que no era. Y me giré dispuesta a apartarme de él, a imponer más centímetros entre nosotros. Sin embargo, me topé con sus ojos como dos zafiros, y, por un instante, me pareció sentir que la oscuridad de su iris era más acuciante.

No me detuve a mirarlo más de un segundo. Extendí mi mano para darle un empujoncito. Él pareció darse cuenta de que se había acercado demasiado, y se apartó dejándome pasar. No dijo nada. Sentía la tensión en el aire. Quizás él también había actuado sin pensar, movido por la magia del paisaje. Aunque fuese algo propio de Noctis.

—Ya es tarde —anunció rompiendo el silencio—. Será mejor que te acompañe a casa.

—¿A casa? ¿Ya?

Capítulo 7. Prohibido



Zephyran

¿Cómo le explicaba que no era seguro para ella permanecer en el palacio a altas horas de la noche? Sabía que era nueva en Noctis; pues, además de haberlo dicho, no parecía tener conocimiento de la brecha que partía el cielo por la mitad. Aunque, a estas alturas, era extraño que alguien del exterior de la ciudad no supiese de la existencia de la grieta.

Su reacción cuando casi se me escapa… parecía la de alguien movido por una falsa seguridad. Y sus ojos a veces hablaban por sí solos, demostrando que la vampira era nueva en Dusterkeit. Cuando pillase a Ovraal iba a explicármelo todo; o lo reduciría a un puñado de oscuridad sin alma.

No quería presionar a la chica, pero tenía que sacarla de aquí. Ya me había arriesgado demasiado. En cualquier momento podrían volver aquellas criaturas que ni yo mismo había logrado atrapar. ¿Qué harían si se topaban con una vampira que no vivía en Palacio?

—Sé que aún no has visto ni la mitad del palacio —respondí. Y entonces di con la excusa perfecta—. Pero Ovraal ya debe de haber terminado de comprar sus reservas de sangre. Y tampoco quiero abusar de su confianza.

—Lo entiendo —respondió. Y la decepción se vio reflejada en su mirada púrpura.

Sentí como miraba a todas partes, como si tratase de absorber rápidamente lo que no le había dado tiempo a ver en la visita. Y tuve una idea.

—Si lo deseas puedes venir a Palacio más veces. Y te enseñaré el resto de dependencias.

—¿Lo harías? —preguntó esperanzada.

Y sus ojos me trasportaron otra vez a aquella escena en el ventanal. La luna reflejada en su pelo y en mis pómulos. Mis alas como prolongaciones de su cuerpo. Deseché rápidamente esos pensamientos. ¿Qué me pasaba?

—Claro. Díselo a Ovraal. Mañana pasaré a recogerte, cuando la luna se ponga en el cielo.

—¿No te importa? No quiero molestar. Tendrás cosas mejores que hacer que perder el tiempo conmigo.

—No, Camille. Los príncipes también tenemos ratos libres. Me vendrá bien despejarme.

—Vale, acepto —respondió con una fugaz sonrisa.

—Y ahora, regresemos a tu casa.

Me siguió en silencio, mientras me llevaba la mano a la cabeza. Ese magnetismo me estaba consumiendo. ¿Qué narices le pasaba a mi cabeza hoy? Ella me miró preocupada; y me di cuenta de que yo estaba frunciendo el ceño. Rápidamente me relajé y le dije que estaba bien, que solo estaba pensando en una reunión que tenía al día siguiente con el rey. Y ella pareció creérselo.

Le hablé de Noctis, puesto que parecía lo único que iba a revelarme que era nuevo para ella. No me pareció buen momento para preguntarle de dónde venía. Estaba seguro de que terminaría averiguando el misterio que envolvía a esa vampira. Aunque tuviese que ponerle una espada a Ovraal en el gaznate.

Y aquella sensación… Ese magnetismo… No dejaba de perforar mis sentidos. Una débil teoría comenzaba a formarse en mi cabeza; pero no podía ser. No era posible. Aquello estaba totalmente prohibido.

Capítulo 8. ¿Viva o muerta?



Camille

Me hallaba apoyada en el alfeizar de la ventana, contemplando la oscura calle de Noctis, en el antelunio. Ovraal me había explicado que así se le llamaba al «día» aquí. Las estrellas brillaban con fuerza en el cielo, como pequeños faros del firmamento. Los ángeles negros y los vampiros transitaban con tranquilidad. Aunque ya no se me hacía tan raro, no terminaba de acostumbrarme a vivir en un mundo de criaturas mágicas; y ser una de ellas. Deslicé los dedos por el terciopelo de mi vestido mientras pensaba en mis padres del mundo humano. ¿Me echarían de menos tanto como yo a ellos? Ya añoraba Noruega y no llevaba ni veinticuatro horas fuera de casa. La vista se me empañó y apreté el tejido, tratando de desviar mis pensamientos por otro camino.

Al menos las dos personas con las que había intercambiado palabras parecían gente de fiar. Aunque era incapaz de entregar mi confianza tan fácilmente a desconocidos, estaba acostumbrada a moverme en un ambiente familiar. Ovraal se había portado muy bien conmigo y me había dejado un dormitorio con vistas para contemplar la ciudad. Me había explicado que dormir, en cierto modo, no era necesario; pero a los vampiros nos servía en algunas ocasiones para recargar nuestros poderes, para mí completamente desconocidos. Yo, aunque lo había intentado, casi no había pegado ojo en toda la noche.

Entonces pensé en el príncipe. Había que admitir que el recorrido por el palacio había sido divertido. Tenía la sensación de que, con el tiempo, podría convertirse en un amigo en el que confiar, al igual que Ovraal. Al volver a casa había tratado de ser más amable con el ángel, para compensar mi comportamiento inicial.

—Bueno, Camille. Hemos llegado a tu destino. Espero que hayas disfrutado de la velada en Palacio.

Agarré el pomo de la puerta y me volví para responderle.

—¡Claro! Admito que no me lo he pasado tan mal —Esbocé una amplia sonrisa.

—¿Algún día me hablarás de tu tierra? Me despierta curiosidad saber dónde te has criado.

Su tono parecía sincero. ¿Y qué interés podía despertar en un príncipe el hogar de una plebeya como yo? Quizás era así de cercano con todos sus súbditos. Algún día se lo contaría, cuando nos conociésemos más; pero, de momento, no podía. Además, ni siquiera yo misma sabía dónde había nacido. Únicamente que me había criado en Noruega con mis padres adoptivos.

—Cada cosa a su tiempo, Zephyran —respondí; tratando de no sonar tan perdida como realmente estaba—. Pero sí, algún día hablaremos de ello.

Justo cuando despegó los labios para responder, la puerta se abrió de golpe. Me tambaleé, fulminando con la mirada a Ovraal. Recuperé el equilibrio rápidamente, antes de caer de cabeza sobre su cuerpo.

—¡Oh, disculpa! No sabía que estabas apoyada en mi puerta. Escuché voces y quería saludar al príncipe.

Me volví hacía el ángel y vi como ambos intercambiaban una mirada. Ovraal desafiante y Zephyran de desconcierto.

—Me debes muchas explicaciones —demandó este último con la voz pausada. No parecía enfadado—. Espero que pronto puedas hacer un hueco en tu apretada agenda para dármelas.

Me sorprendió que, a pesar de ser un príncipe, aquello no fuese una orden, sino una petición desinteresada. Me gustaba la gente que

no se aprovechaba de su poder y trataba a todos como iguales; su propio escudo lo indicaba.

—Veré que puedo hacer —respondió el vampiro, con una fugaz sonrisa que hizo asomar sus colmillos.

El príncipe se quedó conforme con su respuesta.

—¡Eh, Cam! —Me llamó Ovraal sacándome de mis pensamientos—. ¿Tienes por costumbre quedarte tan tiesa como una tumba para meditar por las mañanas?

Lo miré aturdida, volviendo a la realidad. Él se me acercó hasta quedarse a escasos centímetros. Se agachó y fijó sus penetrantes ojos verdes en mí.

—Vaya, parece que no has comido nada todavía. ¿No tienes hambre? Hay sangre fría de ciervo oscuro para desayunar. ¡Invita la casa!

Lo miré con cara de pocos amigos y le di un golpecito en el hombro.

—Tienes el don de amargarme las mañanas. ¡Puaj! ¿Sangre de ciervo oscuro? ¿En serio? ¿Y es que aquí todos los animales son oscuros? ¿No existe el arco iris?

—Veo que no soy el único que se despierta con humor. Lamento informarte de que aquí lo que prima es la oscuridad. De modo que sí; lo siento, pero la mayor parte de animales en esta ciudad son oscuros. No vas a ver un pingüino de colores como en la Tierra.

—Los pingüinos no son de colorines —refunfuñé.

—Tampoco tenemos animales fosforitos —añadió, incorporándose y escondiendo una sonrisa.

—¿Te lo pasas bien riéndote de mí? —Me levanté para no sentir tanto la diferencia de altura con él.

—Es divertido —opinó, andando en dirección a la cocina—. Anda, ¡Ven! Vamos a desayunar. Hoy tenemos mucho trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —Lo seguí, tratando de pensar lo menos posible en el desayuno.

—Sí, cuando tengas el estómago lleno hablaremos más a fondo.

—Está bien —accedí, suponiendo que no le convencería.

Seika, que se había quedado dormido en el pasillo, se levantó al escuchar nuestras pisadas, y nos siguió correteando hasta la cocina.

—¡Hola Seika!

Este emitió un ruidito y pasó de largo hasta llegar a Ovraal. Pronto comprendí su entusiasmo. El vampiro se desplazaba con agilidad, junto a un armario con puertas de cristal y amplios estantes de madera de ébano. Me acerqué para ver qué había en su interior. Frascos de cristal de todos los tamaños llenaban casi por completo las baldas. Contenían un líquido viscoso, mayoritariamente de diferentes tonalidades de rojo. Una etiqueta indicaba la especie a la que pertenecían, así como su fecha de recogida.

Agarró un tarro, que contenía hojas de manzanilla, y lo echó al suelo. El erizo comenzó a engullir la planta, así que por eso había seguido al vampiro.

—Has conquistado a mi erizo con la comida.

—Nadie dijo que no se pudiese —respondió, a la vez que cogía el frasco de sangre de ciervo. Lo dejó sobre la encimera, mientras buscaba quién sabía qué.

—¿No hay leche y cereales? —pregunté, con el estómago revuelto.

—Sí, pero es mejor que desayunes sangre. Si no podrías descontrolarte. Eres una novata. No quiero ser responsable de un vampiro chupóptero que seca a media ciudad por el síndrome de abstinencia de sangre.

—¿Un poco dramático no?

¿Me estaba tomando el pelo o hablaba en serio? Agarré el frasco con sangre y lo observé detenidamente. No era nada apetecible.

—Pero muy cierto. Los vampiros descontrolados no son buena compañía. Vamos; después, si te quedas con hambre, te daré leche con cereales —Me animó.

Lo miré, dudando qué hacer. Desplazaba la vista del frasco a sus ojos y viceversa. Pasados unos minutos me decidí.

—Está bien, lo intentaré. Pero no me hago responsable de mancharte el suelo de la cocina con el contenido de mi estómago.

—Tranquila, no lo harás. Está en tu ADN.

Y lo vi tan convencido que me decidí a destapar el frasco solo para olerlo; por si aquello lo hacía más llevadero. El aroma ascendió por mis fosas nasales, y, en ese momento, sentí como un instinto primigenio se apoderaba de mí. La idea de beber sangre de repente no me parecía tan mala. Los colmillos asomaron por mis labios sin que les diese permiso.

—Espera un momento, falta el vaso —Escuché la lejana voz de Ovraal, mientras me agarraba del brazo.

Siguió hablando, pero yo ya no le escuchaba. Solo podía pensar en esa necesidad de beber sangre, como la de un cazador por abatir su presa cuando está en su punto de mira. La boca se me hacía agua. Me llevé el frasco a los labios e ingerí el contenido a toda velocidad. La sangre chorreaba por mis labios, pero no me importaba. Necesitaba seguir bebiendo. Sentí como Ovraal soltaba mi brazo, resignado a no oponer resistencia a mis instintos naturales. Pronto dejé el recipiente vacío. Necesitaba más.

«Sangre, sangre, sangre». La palabra retumbaba en mi cabeza. Sin pedir permiso abrí de golpe la puerta del armario que contenía el resto de botecitos. Me relamí ingiriendo la sangre sobrante, y agarré otro frasco que rezaba «Jabalí oscuro». Lo destapé y me lo bebí frenéticamente. Lancé ambos frascos a mis espaldas.

—¡Cuidado! —exclamó Ovraal. Y escuché como se movía para esquivar los vidrios, que terminaron hechos añicos en la pared contraria.

Esa fue toda la atención que logró que le prestase, antes de agarrar el siguiente «Caballo». Me lo bebí de golpe. Por mi cabeza ya solo desfilaban etiquetas, «Cerdo, Pollo, Búho…», a la par que el líquido se deslizaba por mi aparato digestivo. «Sangre, sangre, sangre». Parecía una droga prohibida reclamada por mi cerebro. No podía pensar más que en ese líquido y su intenso sabor metálico. Más dulce en los ciervos, más amargo en el león, picante en las hienas…

—¡Cam! ¡Me escuchas! —chilló Ovraal, agitándome el brazo enérgicamente. Su voz era apenas audible a pesar de estar a mi lado—. ¡Eh!, ¡cálmate! Has vaciado el armario. Tengo reservas de sobra, pero…

Entonces me volví, y lo miré hambrienta. Mi pelo gris, ahora con gotas de sangre, se agitó con mi movimiento. Y ya no veía a Ovraal, sino a un contenedor de sangre gigante.

—¡Cam, contrólate! ¡Por favor!

Mi cerebro no procesaba sus palabras. Lo agarré del brazo y le hinqué los colmillos hasta el fondo. Su sangre era diferente, tenía una esencia legendaria, mágica, arcaica… Podía sentir su poder fluir por mis entrañas.

—¡Camille! ¡Ya basta! Voy a tener que usar mi propio poder contigo…

¿Usar su poder conmigo? ¿Qué estaba diciendo? Yo solo podía pensar en sangre, comida… Y, por más que ingería, mi estómago seguía necesitando más.

—¡Se acabó, pelo gris! —exclamó en tono serio.

Y entonces sentí como si una esencia penetrase en mi cerebro. Una cadencia, que mis pensamientos tenían que seguir y bailar a su compás. La calma comenzó a invadir mis terminaciones nerviosas al son de la melodía. Poco a poco, se me fueron pasando las ganas de ingerir sangre; de pronto no parecía tan apetecible. Cerré los ojos, tratando de seguir aquella sensación atrapante que danzaba por mi cabeza. Calma, paz, sosiego.

Abrí los ojos de par en par, volviendo en mí. Y me di cuenta de que tenía mis colmillos clavados en el brazo de Ovraal. Finas gotas de sangre desfilaban por su piel y manchaban la alfombra de la cocina. Lo había tirado contra el suelo y estaba sentada a horcajadas sobre él; ¿es que no había opuesto resistencia? Una de mis manos reposaba en su pecho, y la otra agarraba con fuerza su brazo, del que rápidamente saqué mis colmillos avergonzada. ¿Qué narices acababa de hacer? La culpa cayó como una losa sobre mí. Incapaz de moverme, alcé la cabeza analizando el desastre en el que había convertido la cocina del vampiro que tan desinteresadamente me había acogido.

Uno de los armarios estaba abierto de par en par, totalmente vacío. La pared de la derecha, negra como el azabache, ahora estaba llena de manchas de sangre, como si formasen parte del decorado. En el suelo estaban los restos de vidrio que quedaban de

mi inesperado arrebato de gula. Seika me contemplaba, milagrosamente ileso, entre los cristales. Sus ojos como platos.

—Yo… —conseguí articular—. Lo… lo siento. No sé qué me ha pasado. Era como si… como si estuviese poseída.

Ovraal me observaba analizando mi reacción. Agarré la manga de mi vestido y la deslicé suavemente por su herida, tratando de cortar la hemorragia.

—¡Perdón! De verdad. No tengo nada más a mano. ¿Qué hago para que esto deje de sangrar?

Sentí como la sangre de Ovraal manchaba mi piel a través de la tela del vestido. Y temí volver a atacarlo, haber cometido un error utilizando mi propia ropa. Sin embargo, mis ganas de beber sangre habían desaparecido por completo. ¡Milagrosamente!

—Yo… —comencé, sin saber qué decir.

Seika se acercó a olisquear la alfombra, con cautela. ¿Por qué Ovraal no hablaba? Y como si me hubiese leído la mente…

—Tranquila. Contaba con que algo así podría suceder.

—¿No estás enfadado? —pregunté preocupada.

Negó dedicándome una sonrisa.

—Gracias por cubrir mi herida.

Parecía tratar de rebajar la tensión del ambiente. Entonces me di cuenta de que aún continuaba encima de él, aplastándolo contra el suelo.

—No ha sido nada. Es todo culpa mía… —comencé, pensando en la forma de levantarme y, a la vez, seguir presionando la herida.

El vampiro me agarró de la cintura con la mano libre y en un rápido movimiento nos alzó a los dos del suelo. ¿Por qué parecía estar leyéndome la mente constantemente? Lo miré sin soltar su brazo. Pareció entender mi mirada.

—Puedes soltarlo. Ya no sangro. Ya sabes, superfuerza, supervelocidad… Y hace falta mucho más que el mordisco de una vampira novata para dañar a Ovraal, pelo gris.

Lo solté aún avergonzada. Miré la manga manchada de rojo, como un recordatorio por la que había liado. Me moría de ganas por saber cómo lo había hecho para frenarme; pues tenía la vaga sensación de que sus poderes habían tenido algo que ver. Aunque,

después de haber destrozado su cocina y de haberlo atacado, no me parecía el momento más adecuado para preguntar.

—Te ayudo a limpiar este desastre.

—No es necesario.

—Insisto. Es culpa mía.

—No te culpes tan fácilmente —Su mirada sincera pareció traspasarme—. La culpa es algo con lo que el ser humano está muy acostumbrado a cargar. Sin embargo, no todos los acontecimientos dependen de nosotros, pelo gris.

—Pensaba que no era humana. Y tú, ¿por qué sabes esas cosas? —pregunté con curiosidad.

—Y no lo eres, pero has pasado mucho tiempo viviendo como tal. Sé esos datos porque llevo milenios observando a los humanos. Ser inmortal da para mucho, ¿sabes?

—No lo dudo —respondí, con la duda en la punta de la lengua. ¿Lo sería yo también? Por mucho que dijese el vampiro, aún estaba arrepentida por la que había preparado en cuestión de minutos. Y no me sentía bien haciéndole preguntas justo ahora—. Aun así, ¿me dejarás ayudarte a recoger todo?

—Está bien, Camille. Si así te sientes mejor. Con todo, te aseguro que voy a recoger a una velocidad mucho más alta que la tuya. ¡Venga! ¡Vamos a ello! Que después tienes que empezar con tu entrenamiento. Luego te explicaré en qué consistirá.

Asentí, conforme de que hubiese accedido a dejarme limpiar.

Ovraal tenía razón. Mientras yo había limpiado a un ritmo humano, él había utilizado su velocidad vampírica para recolocar todo. Aunque, probablemente tan solo hubiese hecho el diez por ciento del trabajo, sentía que al menos le había sido útil. Me recogí el pelo en un moño, comprobando que ya habíamos alcanzado la mitad del tiempo del firmamento cubierto exclusivamente de estrellas o mediantelunio, equivalente al mediodía humano.

Al principio, me pareció extraño que mi reloj no se hubiese parado al entrar en Dusterkeit; pero el vampiro me explicó que se debía a que el tiempo corría de igual manera en ambos mundos.

Resulta que nos movíamos en un universo paralelo, en el que nuestro planeta rotaba en torno a una estrella equivalente al Sol, llamada Helios. Nuestro cuerpo celeste giraba sobre sí mismo a la misma velocidad que la Tierra, ocupando una posición idéntica a esta en el espacio.

Yo no era, ni mucho menos, una experta en física. Lo que ahora me preocupaba era saber cómo alcanzar la velocidad de Ovraal. Hasta ahora, las únicas pruebas que tenía de ser un vampiro eran mis afilados colmillos retráctiles y mi atracción por la dieta hematófaga.

Quizás también podría estar relacionado ese magnetismo que sentía con Dusterkeit. Y, en ese momento, me percaté de que aquella señal extraña se había hecho menos intensa que el día anterior.

«¡Qué raro! ¿Será debido a la fuente con el ADN? ¿Algún tipo de misticismo de la Plaza de los Orígenes?» pensé. Tenía anotadas demasiadas cosas en la cabeza, que debía preguntarle a Ovraal cuanto antes.

—La comida —anunció este, entrando en mi campo de visión—. Después de este desastre, necesito que repongas fuerzas de nuevo antes del entrenamiento.

Lo miré asustada, temiendo volver a atacarlo o lanzarme al vaso de sangre oscura que agarraba con firmeza.

—No te preocupes. No se manifestará otra vez esa necesidad acuciante de beber sangre.

Ovraal parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Sin embargo, yo no lo tenía nada claro. Me llevé las manos a la boca, sintiendo los colmillos rozar mis palmas.

—¡Vamos, acércate! No va a pasar nada —aseguró, dando un paso en mi dirección.

Lo miré, dudando si hacerle caso o salir corriendo en dirección contraria. Y, tras unos minutos de tenso silencio en los que mis instintos de cazadora no parecían desatarse, me acerqué hasta sentir el olor de la sangre. Escuchaba mi corazón latir frenéticamente por el miedo a volver a perder el control. Esta vez olía bien, no me daba asco, y…

—Oye, pensaba que los vampiros estábamos muertos y se nos había parado el corazón —comenté, tratando de desviar mi atención del líquido rojo.

Él comenzó a reírse y me dejó el vaso en las manos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirí, ignorando lo que acababa de hacer.

—Tu percepción de nuestra especie parece sacada de las típicas novelas de fantasía humanas. ¿Cómo puede uno ser inmortal, estar muerto y tener el corazón parado a la vez? Explícamelo, pelo gris.

Lo miré en silencio. Luego desvié mi atención al vaso y, con cautela, comencé a beber; a la vez pensaba una respuesta racional. Mis pulsaciones se fueron normalizando, conforme me daba cuenta de que aquella necesidad primitiva no volvía a apoderarse de mi ser.

—¿Somos seres vivos con anatomía similar a los humanos, y por eso tenemos corazón? —razoné, dándole el vaso vacío.

—Es mucho más sencillo, que todo eso —Lo cogió—. Para empezar, eres inmortal. Tu ADN ha sufrido las mutaciones genéticas necesarias para poder compaginar los genes de tus antecesores humanos con los de tus ancestros vampíricos. Entre esas modificaciones se encuentran las que permiten que tu anatomía se adapte a la magia y a la inmortalidad.

»Tu corazón late y te recuerda que estás viva. Bombea la sangre a través de tu cuerpo, al igual que pasa en los seres humanos. En realidad, nuestra anatomía se parece bastante; pero son esas potentes adaptaciones genéticas las que nos han permitido ser lo que somos. También que nuestro ADN, y el de los ángeles negros, ahora sea específico de nuestras especies oscuras; denominándose ADN oscuro. Hace muchos milenios que nuestra rama evolutiva divergió de la de los humanos. Si te hubieses quedado por más tiempo en el mundo humano, habrías creído falsamente que eres estéril.

Mi boca se abrió de par en par, como si acabase de ver un fantasma.

Capítulo 9. Siete cielos para un lugar



Camille

—¿Qué es eso del ADN oscuro? Espero que no te estés quedando conmigo. Esto cada vez se vuelve más enrevesado; y aún no hemos empezado a entrenar.

—El material genético de tus células —aclaró en tono alegre—. Anda, vamos yendo al lugar donde quiero empezar a enseñarte tus poderes. Y te diré más cosas por el camino.

Acepté, no muy contenta con la explicación. Tras decidir que Seika no correría ningún peligro si se quedaba en casa, y que era mejor eso a que le afectasen mis poderes, quién sabía de qué manera, abandonamos el lugar.

Observé que las calles estaban igual de concurridas que en el período de noche total. Ovraal me explicó que se debía a que la gente dormía más bien cuando le apetecía, aunque los ángeles negros solían hacerlo por la noche. Éramos muchos habitantes, tantos como para que la ciudad de Noctis nunca durmiese. Al pasar por la casa del vampiro fumador de hueso, no pude evitar mirar hacia arriba; y me topé con él, colocado exactamente en la misma posición que el día anterior.

—Ese ser no se cansa de «fumar sangre», como tú dices.

—Admíteme que lo parece.

—Quizás un poco sí —respondió, guiñándome un ojo.

—Supongo que me puedo conformar con eso —accedí.

Observé como las oscuras calles comenzaban a estar más llenas de nocteños conforme nos alejábamos de la casa de Ovraal. Las grandes alas de los ángeles negros hacían que no pudiese dejar de mirarlos; y también que me preguntara qué se sentiría al portarlas a las espaldas. ¿Pesarían como dos extremidades más? A pesar de estar recubiertas de mullidas plumas, el tejido parecía duro.

Los vampiros eran más difíciles de observar con atención. La mayoría parecía ir con prisas y moverse a elevadas velocidades, que nada tenían que envidiar a la que alcanzaban los guepardos, pues parecían similares, o incluso más altas. En ese momento me pegué un golpe con unas imponentes alas negras.

—¡Perdón! —Alcé la vista para ver de quién se trataba.

—¿Tu manera de saludar es siempre chocándote con la gente? —preguntó la conocida voz de Zephyran—. Menos mal que no soy un animalillo; habría salido volando.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Hola, príncipe. Muy gracioso.

—Me lo dicen mucho. Buen antelunio, Ovraal.

—¿Qué hay, Alteza? Si nos disculpáis, tenemos un poco de prisa. Vamos a entrenar.

—¿Puedo unirme? —preguntó dedicándome una mirada.

—Ni hablar. Con Ovraal me sirve —protesté. Estaba segura de que se reiría de mí en cuánto viese que no sabía usar mis poderes.

—Debo respetar la decisión de la dama —aceptó el vampiro.

—Como queráis. Ni siquiera lo decía en serio. Es divertido ver tu cara cuando te enfadas —comentó con una sonrisa pícara—. Bueno, aquí os dejo, que mis soldados me están esperando. Espero poder verte en acción algún día, Camille —Y su tono parecía el de un amigo sincero, con interés por lo que hacía su amiga. Aunque aún no éramos técnicamente amigos.

Lo miré en silencio sin saber qué decir. Hizo una reverencia apenas perceptible. Aunque fue suficiente para que la gente de alrededor se quedase mirándonos sorprendida, entre cuchicheos.

Claro, el príncipe no se podía inclinar ante una simple plebeya. Estaba segura de que lo había hecho para fastidiar.

—Lo dicho. Nos vemos esta noche. Y espero que esta vez me cuentes la verdad acerca de tu procedencia. Que ya sé que Dusterkeit no es —precisó, apuntándome con un dedo acusador.

Abrí la boca para replicar; pero, antes de que escapase cualquier sonido de ella, él ya había emprendido el vuelo. Levantó un pequeño vendaval con sus alas negras que hizo que mi pelo se elevase en todas direcciones, hasta terminar con mechones por delante de mis ojos. Resoplé indignada, mirando como se alejaba; como una mancha negra en la oscuridad de la noche. Estaba segura de que había utilizado parte de sus poderes para parecer un majestuoso cometa por el cielo estrellado. Pero, ¿cómo sabía que no era de Dusterkeit?

Perdí el interés en el príncipe rápidamente, y desvié la mirada hacia el vampiro.

—¿No me vas a decir nada? —pregunté, sin saber muy bien por qué se lo decía.

—Lo que se cueza entre el príncipe y tú no es de mi incumbencia, pelo gris —explicó divertido.

Debí suponerlo.

—No se cuece nada. No empieces con tus tonterías.

—Tienes razón. Dejémonos de tonterías —respondió, agarrándome del brazo y atrayéndome hacía él.

—¿Qué haces? —pregunté a escasos centímetros de su cara. Con su mano aferrada a mi muñeca, haciendo que mi brazo se sostuviese en el aire.

—Ahorrar tiempo. No soporto las multitudes, y empieza a haber demasiadas alas y colmillos por metro cuadrado. Es muy agobiante, ¿sabes?

Sin pedirme permiso, elevó mis pies del suelo y me sostuvo entre sus brazos. Me agarré a su cuello con fuerza de forma inconsciente; no estaba en mis planes caerme contra el pavimento.

—¿Cogiéndome en brazos ahorras tiempo? —pregunté incrédula.

—¡Qué cosas tienes, pequeña vampira!

Y, sin más respuesta que esa, sentí como Ovraal alcanzaba rápidamente la velocidad de un coche. Se me encogió el estómago por el cambio repentino; y me agarré más fuerte, temiendo no contarlo si me soltaba. Ahora sí que podría salir volando por los aires. Ya me imaginaba el titular: «Accidente mortal, una chica con el pelo gris sale volando al caerse de los brazos de un coche con forma de vampiro».

—¡No me sueltes! —supliqué.

—No te soltaré; pero tú tampoco lo hagas.

—Estaría loca si lo hiciese.

—Concéntrate en disfrutar del viaje, siente la velocidad. Algún día tendrás que ser tú misma la que lo haga. Vamos al Valle de la Muerte —reveló; como si acabase de decir que íbamos al cine. ¿Qué clase de lugar tenía ese nombre y estaba clasificado como seguro?

—¿Puedo saber por qué se llama así? —pregunté realmente interesada—. ¿No había otro sitio mejor?

—Es un espacio abierto que me pilla más o menos cerca de casa. Y muy tranquilo para entrenar. Yo no me preocuparía mucho por él. Me inquietaría más el Cementerio de las Ánimas que bordea el lado opuesto del valle o la Ciudad de la Muerte. No pondría la mano en el fuego a que esos lugares sean igual de seguros que el Valle.

—¡Oh, genial! ¡Qué nombres tan atrayentes!

—Aún te queda mucho por conocer de Dusterkeit, Cam. Todo a su tiempo.

El resto del camino lo realizamos en silencio. Prefería no saber mucho más acerca de ese Valle de la Muerte antes de llegar a él. Traté de concentrarme en sentir la velocidad. Ovraal había dicho que algún día sería yo la que alcanzase esa rapidez. Más me valía estar preparada para ello. Sin embargo, la tensión causada por el desconocimiento del lugar al que íbamos no me permitió disfrutar del viaje.

Supe que habíamos llegado porque el vampiro frenó en seco. Sentí un vacío en el estómago y el golpe del aire sobre mi rostro. Sin darme tiempo a acomodarme, Ovraal me depositó en el suelo, como si hubiese estado portando un saco de patatas.

—Gracias, supongo. Aunque casi haya echado el desayuno. ¿Es este lugar?

Asintió con la cabeza. La respuesta era obvia. Así que me volví para analizar el terreno. Se trataba de un espacio abierto y muy amplio. Mis pies estaban casi cubiertos de una arena roja de grano fino, que parecía bastante seca. Plantas rodaderas, o algo parecido a ellas, se desplazaban con el viento. Distinta vegetación, que parecía altamente resistente a terrenos áridos, crecía aislada por diversos puntos de la arena roja. El hecho de no observar, aparentemente, ninguna otra forma de vida presente pareció calmarme.

Lo que más llamó mi atención fueron dos cosas. La primera, que de vez en cuando, asomaban entre las hierbas flores de cinco pétalos, negros como el carbón, cuyos estambres parecían pequeñas llamas de fuego. Lo segundo fue el cielo, era de color anaranjado, amarillo y rosáceo, y, entre todas esas capas, brillaban astros dispersos y titilantes; parecía un atardecer terrestre en el que, erróneamente, hubieran colocado estrellas.

—¿Cómo es posible? Creía que en Dusterkeit siempre era de noche.

—Es una forma resumida de decirlo. En realidad, existen seis tipos de cielos posibles en nuestras tierras, sin contar con la isla Génesis; siete si la incluimos. La magia que conforma nuestro país es muy antigua, y fluye por sí sola sin que nadie la controle; hace que la radiación heliar varie según el sitio. Es como si un hechizo actuase a modo de pantalla de la radiación solar, según le convenga para cada lugar.

—Quiero saber más sobre esos tipos de cielos —supliqué. En parte porque me moría de curiosidad, y en parte porque me sentía como un murciélago al que acabaran de introducir en un mundo sin noche. Muy perdida, en resumidas cuentas.

—Bien, presta atención —respondió con una amplia sonrisa—. Noctis se encuentra en el centro de Dusterkeit; como ya sabes allí siempre es de noche. Sus cielos son los más cambiantes, la

tonalidad nocturna depende de muchos factores que ahora no vienen a cuento.

»Lo único que tienen en común los siete cielos es que siempre están poblados de estrellas y que la luna sale de noche y se esconde en el antelunio. Cinco ríos principales fluyen por nuestras tierras: Ash, Dungeon, Blood, Ghost y Bat. Estos constituyen la separación celeste, y en ellos puede verse como se fusionan los dos tipos de cielos que separan. Ahora mismo estamos entre el río Blood, al norte, y el río Ghost, al oeste; por eso los cielos son más típicos de un atardecer terrestre, con colores rosáceos anaranjados.

Siguiendo el sentido de las manecillas del reloj, entre el río Ghost y el Bat el firmamento es el típico de una noche total cerrada. Entre el Bat y el Ash, se encuentra el único lugar de todo Dusterkeit en el que podría parecerse al día humano con sus tonalidades de cian; salvo, como ya dije, que aquí siempre se ven las estrellas. Entre el Ash y el Dungeon es rojo anaranjado, semejante al caer de la tarde humano. Y, por último, entre el Dungeon y el Blood es una mezcla entre azul y morado, como el crepúsculo.

»Fuera del continente, tenemos la Isla Génesis, que tiene un cielo muy especial, ya que es de color azul verdoso. Su combinación con las estrellas hace que sea un paisaje que transmite mucha tranquilidad.

Lo miré sorprendida, mientras me prometía mentalmente visitar cada rincón de Dusterkeit para ver esos cielos con mis propios ojos. Le di las gracias. Volví a la realidad, y activé de nuevo mis sentidos de alerta, por si había alguien en aquel páramo. Me giré, pero todo parecía igual de vacío y calmado que cuando llegamos.

—Tranquila, ninguno de los monstruos que pueda habitar este lugar va a venir a comerte. Y menos estando con uno de los vampiros más temidos —se señaló a sí mismo, llevándose la mano al pecho.

—¿Monstruos? —pregunté con cara de pocos amigos, ignorando sus halagos a su persona.

—Nada que deba preocuparte ahora.

—Suena muy tranquilizador —ironicé.

—Debería serlo. Les gusta más salir cuando es de noche.

—Creía que este cielo no podía cambiar de aspecto —respondí señalando hacia arriba.

—Y no puede; aquí la noche es como un cielo de atardecer con estrellas y luna. Tal y como te expliqué antes, el concepto de noche no es el mismo que en el mundo humano. Noche es presencia de luna; antelunio ausencia de esta y presencia exclusiva estelar.

—Ya…—traté de asimilar sus palabras—. O sea, que esos monstruos solo salen a la luz de la luna, ¿no?

—Lo has cogido, ¡enhorabuena!

Le respondí dándole un golpe en el hombro

—Vaya, eso no ha tenido tanta gracia —refunfuñó.

—Para mí sí —Sonreí, satisfecha de haberle fastidiado con mi respuesta.

—Bueno, ¿tiene la vampira agresiva algún asunto más que preguntar que sea de vida o muerte?

—En realidad sí, señor orgullo —respondí mirándome las uñas de las manos; más pálidas, si cabía, a la luz del atardecer.

—¿Y bien? —preguntó, poniendo una mueca ante su mote.

—Las flores —anuncié señalando la más cercana—. ¿Qué son? No me transmiten buenas vibraciones con esos colores. Y si voy a entrenar con ellas cerca, más vale que las conozca.

—¡Oh! Son bellas, ¿verdad? E igualmente peligrosas —respondió divertido. Acercó sus pálidas manos a una—. Son flores de Shi o flores Mortis. Si las sabes utilizar, pueden ocasionar la muerte del que las ingiera.

—Así que vamos a pasar el día entre plantas letales —Arqueé una ceja con incredulidad.

Ovraal asintió.

—¿Y quién ha sido el ser tan inteligente que las ha plantado aquí?

—La madre naturaleza, por supuesto. Tienes demasiadas preguntas, pelo gris.

—Eso es lo que pasa por venir de mundos tan diferentes. O, al menos, por haberme criado en uno que lo es. Aunque sea de aquí, no me siento como tal —admití.

—Te terminarás acostumbrando —Su tono sonaba sincero—. Si te consuela, no cualquiera sabe aprovechar la habilidad letal de la flor de Shi. De lo contrario, habría muchas más muertes por envenenamiento.

»Si se te hace desagradable el entrenamiento, te reto a tratar de asesinarme con ellas. Entenderás por qué no es tan fácil usarlas.

Se levantó, soltando la flor como si fuese un frágil pajarito, y nuestras miradas se encontraron.

—Desafío aceptado —respondí con guasa.

Capítulo 10. Tres magias rigen el mundo



Camille

Ovraal extendió el brazo hacia delante. Su mano se abrió casi a la altura de mi cintura. Con una media reverencia, y sus ojos verdes taladrándome el pensamiento, despegó los labios con gracia:

—Ahora, si me permites, comenzaremos tu entrenamiento como vampira. ¿Estás lista?

Asentí. Él se incorporó y me miró pensativo.

—¿Has tenido ya algún contacto con tu poder desde que estamos aquí? ¿Algo que no me hayas contado?

Lo miré como si aquello fuese una broma de mal gusto.

—¿Esto es en serio? ¿Tengo pinta de haber usado poderes alguna vez en mi vida? —repliqué.

—Bien, eso es que no. ¿Sucesos extraños en tu falsa vida mortal en la Tierra?

Negué lentamente con la cabeza. Repasé mis recuerdos, por si había alguna trampa; pero no encontré nada fuera de lo común.

—Partimos de cero entonces.

—Parece que has llegado al mismo punto que había llegado yo hace un buen rato —me quejé.

—No me repliques y presta atención. Tenemos que conocer tu magia. Cada criatura de Dusterkeit tiene su propio don; y ha de ser

capaz de reconocerlo cuando se establece la llamada.

Lo miré como si estuviese charlando de fantasmas. Lo decía tan tranquilo que no había duda de que hablaba en serio. Aunque pareciesen tonterías.

—Para el entrenamiento de hoy necesito que conectes con tu interior. Y que te lo tomes en serio; esto no es ninguna tontería, Cam —La sonrisa se borró de su cara.

—¿Es que me lees la mente? —pregunté. Dándome cuenta de que eran demasiadas las situaciones en las que respondía a mis pensamientos, y no a lo que pronunciaba en voz alta. Demasiadas para tratarse de meras coincidencias.

—Saca tus propias conclusiones, pelo gris —Un escalofrío recorrió mi cuerpo al darme cuenta de que, quizás, no tenía ningún tipo de privacidad con él. No había afirmado que pudiese hacerlo; pero es que tampoco lo había negado—. No hablaremos de mi poder hasta que no te empieces a tomar en serio el tuyo. Es muy importante.

—Está bien —respondí en tono serio. Tratando de controlar mis pensamientos. Solo por si acaso.

—Así me gusta —Sonrió— Toma sitio en la arena. Vamos a comenzar.

Le hice caso. Sin rechistar. Preguntándome qué saldría de allí, ¿cómo volvería a la casa de Ovraal ese día? Tenía que admitir que tenía curiosidad por saber cuál sería mi poder. Me senté con las piernas cruzadas y esperé sus instrucciones. El vampiro se sentó frente a mí. En silencio.

—¿Y ahora qué tengo que hacer?

—Concéntrate en sentir tu poder. Puedes cerrar los ojos y adquirir una postura relajada. Busca en tu interior qué es lo que te está llamando. Qué te pide tu cuerpo que hagas.

—¿Así de simple? Cerrar los ojos no me da mucha confianza, en un lugar llamado Valle de la Muerte; la verdad.

—Mis ojos estarán abiertos y al acecho de cualquier cosa que pueda acercarse. Aunque dudo mucho que nada pase por aquí a estas horas, aparte de las plantas rodaderas.

Lo miré, no muy contenta.

—Tendrás que confiar en mí, Cam —pidió con un tono tranquilo, como el que emplearía un padre con su hija cuando tiene claro que no le va a pasar nada. Y quizás eso fue lo que más me convenció para hacerlo. Eso y que era lo más cercano a un amigo que tenía en aquel lugar mágico.

—Lo intentaré.

Entonces, cerré los ojos y traté de conectar con mis sentidos. Sin tener ni idea de qué era lo que debía de sentir, ni de si lo estaba haciendo correctamente. Noté un vacío, como una losa de piedra en mi interior; y, de alguna manera, estaba casi convencida de que no era eso lo que pretendía Ovraal. Traté de concentrarme en buscar. Silencio, silencio. El aire rozó mi cuello y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero seguía sin notar nada fuera de lo normal.

Sentí como algo frío y marmóreo agarraba mi mano y abrí los ojos como platos; dándome cuenta de que estaba demasiado tensa.

—Tranquila, soy yo —Me calmó Ovraal, cuya mano descansaba sobre la mía—. Intentaba transmitirte algo de seguridad. Estabas tan tiesa que parecías una lápida. Así no encontrarás aquello que ha de llamarte desde lo más recóndito de tu ser.

Lo miré en silencio. Él no dijo nada, parecía esperar pacientemente a algo.

Poco a poco, iba asumiendo que todo esto iba en serio y no había nada para tomarse a broma. Esta era ahora mi nueva vida, aunque fuese incapaz de asimilarlo al completo. Eché de menos la compañía de Seika por unos segundos; pero estaba mejor en casa de Ovraal que conmigo, sin saber lo que saldría hoy de mi interior. Estaba segura de que el vampiro me había llevado allí para que no hubiese heridos por mis patéticos intentos de invocar mi poder.

—¡Venga! inténtalo otra vez —me pidió con una amplia sonrisa—. No es nada fácil. Incluso la gente que vive aquí suele tardar en encontrar su propio poder. Sobre todo cuando…

Dejó las palabras en el aire. Como si cavilase si decirme lo que fuese.

—¿Cuándo qué? —Me impacienté.

—Cuando se trata de las criaturas con dones más poderosos —susurró, apretándome la mano con fuerza.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Qué era eso de dones más poderosos?

—¿Qué clase de dones existen? —pregunté; ya sin poder reprimir la curiosidad acuciante que me taladraba el cráneo.

Ovraal me dedicó una mirada; pude leer un destello fugaz de duda, que rápidamente desapareció, sustituida por su mirada despreocupada de siempre. Se sentó a mi lado, sin dejar de agarrar mi mano con fuerza, como si temiese que fuese a romperme en pedazos si me soltaba. Mis ojos púrpura no se despegaron de los suyos. No iba a rendirme hasta que no obtuviese algún tipo de respuesta.

—Camille, ¿quieres conocer ya los tres tipos de magias que rigen nuestro mundo? ¿Antes siquiera de tener contacto con la tuya?

—Sí, quiero saberlo —respondí con determinación, sin dejar de clavarle la mirada—. Cuéntamelo todo, por favor.

—Está bien. Pero después harás caso a todo lo que te diga.

Asentí lentamente, en silencio. Con miedo a que cambiase de opinión y perdiese la oportunidad de entender algo de aquel mundo desconocido, en el que supuestamente había nacido.

—Me gusta tu deseo de saber. Bien. En Dusterkeit existen tres tipos principales de magia que rigen el mundo. Cada criatura (ángel negro o vampiro) solo tiene derecho por nacimiento a uno de esos tipos de magia. El poder de los animales, como Seika, es diferente; no trates de englobarlo en ninguno de estos campos.

Me apretó la mano con fuerza, e instintivamente coloqué mi otra mano sobre la suya. Mis ojos suplicaban más información.

—Poderes elementales, superiores y primigenios —susurró con respeto—. Los poderes elementales son los más básicos y sencillos de manejar. Están relacionados con las fuerzas de la naturaleza: agua, fuego, aire, plantas y tierra. La mayoría de la población de Dusterkeit se engloba en este grupo.

»Después van los poderes superiores. Estos son más complejos y variados. No se rigen por elementos naturales. Entre ellos encontramos los de leer la mente o controlar el tiempo. La fuerza que a veces alcanzan estas capacidades hace que, muchas veces, la separación con los primigenios quede desdibujada. Es más, muchas

criaturas con poderes primigenios creyeron, erróneamente, tener los superiores. Pero lo que pasaba era que aún no habían desarrollado por completo todo su potencial.

»Y, por último, tenemos los poderes primigenios. Son los más antiguos y poderosos. La mayoría están directamente relacionados con la vida y la materia. Creación, destrucción y transformación. Los hechizos más antiguos se dan la mano con estos poderes. Una parte muy pequeña de la población pertenece a este nivel.

—¿Y yo a cuál pertenezco? —inquirí preocupada, aferrándome a su mano como si fuese un salvavidas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Quizás no había sido lo mejor, conocer la magia antes de sentirme segura pudiendo utilizarla.

—Eso es algo que tú misma tienes que descubrir.

—¿En serio? ¿Y tú no lo sabes?

—Tengo mis sospechas; pero no puedo decírtelo. ¡Vamos!, ¡levántate! Tenemos que seguir entrenando —Se levantó y, rápidamente, cambió de tema—. Me lo has prometido.

Sentí la ausencia en el hueco que había dejado su mano entre las mías. Me levanté apretando los puños. Tenía razón, se lo había dicho. Quizás ya había aprendido demasiado sobre este mundo por hoy.

—¿Qué tengo que hacer?

—Agudiza tus sentidos. Siente el lugar, el valle arenoso bajo tus pies.

Lo miré, sintiendo la tensión sobre mis hombros. ¿De verdad tenía que notar algo? El vampiro me agarró los brazos y, con delicadeza, me giró ciento ochenta grados.

—Cierra los ojos y no pienses en nada. Vacía tu mente.

Su voz calmada invitaba a hacerle caso, y traté de obedecerle. Cerré los ojos y me concentré. No estaba en un valle. Vacío. Oscuridad. Nada.

—Concéntrate en tu interior. Quizás algo esté llamándote —siguió susurrando, casi a la altura de mi oído.

Me mantuve en silencio. Buscando algo; pero estaba tan nerviosa que lo único que notaba eran los latidos de mi corazón. Podía aparecer un depredador en cualquier momento. No; tenía que

olvidarme de eso. Estaba con Ovraal, y él me protegería. Sabía más que yo.

Contaría para distraer la mente y relajarme «uno…, dos…, tres…, cuatro…». El vampiro me dio un pequeño apretón. Sentí como la calma iba apoderándose poco a poco de cada fibra de mí ser. Estaba allí y podía estar en cualquier otra parte. Daba igual. Solo tenía que comunicarme con mi interior «cinco…, seis…, siete…, …».

Entonces lo sentí. Algo se revolvía en mis manos. Como si tirase de mí hacia dentro, o hacia fuera. No, no solo eran mis manos; también mi costado. La misma sensación dispersa y punzante. Invitaba a ser usado, a transformarse, a moldearse… Y entonces, sentí como la sensación se propagaba por todo mi cuerpo. Como si fuese un impulso nervioso viajando desde el cerebro. Sentí como si todas mis células fuesen a explotar.

Abrí los ojos de golpe, asustada. Y chillé presa del pánico, deshaciéndome del firme agarre de Ovraal. Me volví hacia él. Sin saber que decir. Buscando una explicación en sus ojos verdes.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha sido eso? —grité.

—Lo has sentido. Tu poder.

—¿Mi poder? ¡Era como si mis células estuviesen descontroladas!

—Cam, cálmate. No puede hacerte daño tu propio don. Mírame y respira hondo —pidió, acercándose a mí.

Y, sin saber por qué, le hice caso. Traté de centrarme en su mirada. No entendía el motivo; pero de su cuerpo salía una sensación calmante que invitaba a observarlo. Olvidarse de las preocupaciones… Lo miré en silencio.

—Así me gusta. Mucho mejor —aprobó con una amplia sonrisa.

—Haces algo para que me calme, ¿verdad? —le acusé; sintiendo que el sosiego llegaba con demasiada rapidez para deberse sólo a mí. Y aun así, ya no sentía pánico.

—Todas las personas ejercemos una influencia sobre las demás que afecta directamente a sus sensaciones y a su percepción de la realidad.

—No, déjate de palabras extrañas y dímelo. Es tu poder, ¿verdad?

—Es pronto para hablarte de mis dones.

Sentía que estaba evitando decirme la verdad. Y no lo entendía. ¿A qué estaba jugando este vampiro?

Abrí la boca para replicar. Y, de pronto, un relámpago partió el cielo por la mitad, seguido de un trueno que retumbó en todo el valle. El agua no tardó en acompañar a la tormenta. Sentí como se deslizaba por mi rostro; pero no me importaba mojarme. Quería una respuesta.

—Tenemos que irnos ¡Ya! —exclamó; cogiéndome en brazos al ver que no reaccionaba.

—¿Por qué? —pregunté asustada.

Y entonces, a lo lejos, vi como se había formado una densa niebla que avanzaba hacia nosotros. El siguiente relámpago me permitió discernir entre la niebla un montón de puntos rojos, fijos en nuestra dirección.

—La tormenta despierta a los monstruos que habitan en esta área de Dusterkeit. Es el único momento en el que salen sin necesidad de luz de luna, que es la que los despierta.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, sintiéndome totalmente indefensa. Me agarré a su cuello y pensé en esconderme en su pecho. Sin embargo, no podía dejar de mirar a la densa niebla, que cada vez se extendía más a lo largo del valle.

—Son esos que están detrás, ¿verdad? —susurré.

—Sí, se esconden entre la niebla que crean ellos mismos. Y aprovechan cualquier distracción del enemigo para atacar.

—¿Y por qué no corremos?

—Estoy analizando la ruta de escape más segura, sin que se nos echen encima.

Miré a ambos lados, descubriendo que estábamos prácticamente rodeados.

—Ya vienen. Agárrate a mí; y no te sueltes por nada en el mundo.

En ese momento, una criatura se alzó en el aire entre las sombras. Tenía el rostro cadavérico y todo su cuerpo parecía piel negra colgante, prácticamente deshecha, adherida de mala manera a los huesos. Conforme se acercaba, el viento trajo a mis fosas nasales su olor a muerte y humedad.

De cerca, comprobé que sus ojos rojos en realidad eran pupilas negras de las que manaba sangre, que discurría a ambos lados de su cara. Alzó su mano, profiriendo un grito de guerra, y sacó unas uñas tan largas como sus brazos.

Temí que me fuese a partir la cabeza. Sus manos iban directas a mi cuello. Cerré los ojos, sintiendo mi final con el aliento putrefacto de la criatura cada vez más cerca.

—¡Pelo gris! —gritó Ovraal.

Abrí los ojos al notar como perdíamos el agarre con el suelo. Y me di cuenta de que la criatura estaba pasando por encima de nuestras cabezas. El vampiro se había escurrido por debajo de su cuerpo.

—¡Por los pelos! —exclamó mirando a la bestia.

Sus uñas, las que hasta hace unos segundos tenían como destino mi garganta, estaban clavadas contra el suelo. Y parecía tratar de sacarlas sin éxito. Sus horribles chillidos me hicieron daño en los oídos.

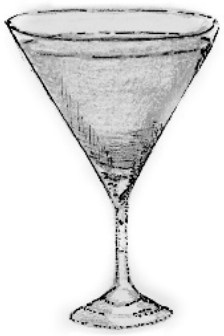
—¡Oh, otra vez no! —se quejó Ovraal—. ¡Qué molestas llegan a ser estas criaturas!

Me volví buscando una explicación. Una horda de monstruos se extendía frente a nosotros.

—¿Qué vamos a hacer? Estamos rodeados.

—Correr —zanjó Ovraal sin dudarlo.

Capítulo 11. Persecución



Ovraal

Cualquiera de mi especie me habría preguntado si había perdido la cabeza entrenando a una novata en el Valle de la Muerte. Pero ¿quién iba a pensar que, justo hoy, habría tormenta y se despertarían aquellos monstruos tan molestos? Había ido en el antelunio para no topármelos, ya que les gustaba salir a la luz de la luna. Y, para que mentir, la tormenta me había pillado por sorpresa.

Sentí el pulso acelerado de Cam, su corazón latiendo contra mi pecho. Casi podría decir que estaba temblando, muy asustada; y yo era el responsable. Tenía que admitir que, a estas alturas, un lugar desierto de Dusterkeit me parecía más seguro que cualquiera de las otras áreas situadas entre ríos. Y aun así había metido la pata.

Tenía que utilizar mi poder antes de que fuese demasiado tarde. Pero era bastante difícil controlar de esa manera a tantos monstruos y dar después una explicación a la vampira de pelo gris.

—¿Qué vamos a hacer? Estamos rodeados.

Sentí una nota de pánico en su voz. Y la vi tan asustada que decidí que tenía que pasar a la acción de inmediato.

—Correr.

Y comencé a coger velocidad. Las bestias se lanzaban contra nosotros, y las esquivaba saltando sobre ellas. La mano putrefacta de uno de ellos viajó en mi dirección. Y, en ese momento, fijé la

mirada en sus ojos encharcados en sangre. El espantajo me miró y obedeció. Sacó las garras y se rajó el cuello, cayendo desplomado.

—¿Por qué ha hecho eso? —gritó Cam, abriendo la boca de par en par.

No tuve tiempo de responderle. Dos engendros más se lanzaron hacia nosotros y salté, justo a tiempo para que sus cabezas chocasen. El ruido de dos cráneos rotos se escuchó entre la tormenta. Cada vez llovía más; teníamos que salir del Valle de la Muerte para estar a salvo. Los monstruos no podían pasar a la ciudad, habían sido sellados hacía milenios para solo poder habitar en el territorio entre el río Ghost y el río Blood. Razón por la cual apenas había vampiros y ángeles negros en aquel territorio.

Estaba a medio kilómetro de la ciudad de Noctis. Tenía que atravesar las defensas de aquellos espantosos seres para poder escapar. Miré la fila que se extendía ante nosotros.

—Estamos rodeados —susurró Cam asustada. Sentí sus dedos presionándome el cuello—. Ovraal, ¿qué vamos a hacer? Ni siquiera sé usar mi poder.

Escaneé el territorio, comprobando que tenía razón. Los monstruos hacían un círculo a nuestro alrededor y caminaban lentamente hacia nosotros. No había entrenado mi poder durante milenios para perder contra esos incompetentes. Aunque aquello significase que Cam me temiese. Pero lo primordial era que ella saliese con vida. La decisión estaba tomada.

Entonces, sin pensarlo más, los miré a todos. Uno a uno. Ejerciendo el control sobre sus mentes. Haciendo sus pensamientos míos. Sintiendo como sus sinapsis neuronales formaban parte de mí ser. Y activé el comportamiento que me interesaba.

—¿Qué hacen? —preguntó Cam—. ¿Qué les pasa a tus ojos?

Cuando me concentraba en emplear una gran parte del potencial de mi poder, su verde se tornaba reluciente; el color bosque se transformaba en esmeralda. Pronto tendría que darle explicaciones a Camille; ya le había revelado demasiado. Pero, en ese momento, contemplé como las bestias se despedazaban entre ellas. Presas de mi poder primigenio. Incapaces de controlar sus propios pensamientos.

—¿Por qué se están aniquilando entre ellos? Si querían matarnos. ¡Ovraal! ¿Me estás escuchando? Dime algo.

Me mantuve unos segundos en silencio. Cuando vi que no quedaba ninguna bestia que no estuviese bajo mi control, que el terreno era seguro, agarré con fuerza a Camille, que no había dejado de temblar. Era la oportunidad para escapar.

—Confía en mí; después te explicaré todo. Volvemos a casa.

Y corrí con todas mis fuerzas en dirección a Noctis.

Capítulo 12. Encajando piezas



Camille

Los monstruos se habían atacado entre ellos. No dejaba de dar vueltas a aquella idea. Totalmente aturdida. Iban a por nosotros, y habían cambiado su objetivo de manera repentina por ellos mismos. Lo peor era que Ovraal no había mostrado ni un atisbo de sorpresa ante su extraño comportamiento. ¿Qué estaba pasando? ¿Cuáles eran los poderes del vampiro con el que compartía casa? Tenía la gran sospecha de que él había tenido algo que ver en la mudanza de parecer de las criaturas. Si era así, ¿hasta dónde abarcaba su poder? El pánico de que me pudiese estar controlando incluso a mí, se instaló en mi garganta.

—Hemos llegado a casa —anunció Ovraal.

Me depositó con cuidado sobre la alfombra del salón. No opuse resistencia; estaba demasiado aturdida por los acontecimientos. Seika salió a recibirnos, pero no podía prestarle atención. Estaba ocupada, observando como los ojos del vampiro habían vuelto a pasar de una tonalidad esmeralda al verde bosque. Ahora que lo miraba cara a cara, parecía alterado. Alguien que estuviese dispuesto a controlarme en todo momento me miraría como a una presa, y no con miedo a mi reacción, ¿no? ¿Sería todo fingido? ¿Realmente podía confiar en él?

Sin embargo, me había salvado. Eso era un hecho...

—Pelo gris, te veo muy pensativa —Interrumpió mis pensamientos agarrando el mechón que se deslizaba por delante de mis ojos.

Le miré sin saber bien qué decir. Mientras observaba como lo colocaba detrás de mi oreja, en silencio. Un silencio sepulcral, que parecía el antecedente de algo más.

—Ovraal —No aguantaba callada un segundo más.

—¿Sí? —Su tono pausado parecía demostrar que tenía el control de la situación. Aunque su mirada indicaba lo contrario.

—¿Qué ha pasado? ¡Dímelo! Esos monstruos querían matarnos. Nos estaban persiguiendo… Y, de pronto, comenzaron a aniquilarse entre ellos.

Ovraal me miró mordiéndose el labio inferior. Sus colmillos asomaban.

—¿Es que no tienes nada que decir?

—Verás, Cam. No es algo fácil de explicar…

—Bueno, tengo todo el día para escucharte.

—Antelunio —corrigió con una ligera sonrisa. Como si tratase de rebajar la tensión del ambiente.

—No estoy para bromas, Ovraal. Dímelo, ¡ya!

—Si te lo digo, ¿prometes seguir confiando en mí?

—Eso depende de lo que tengas que decir —repliqué algo molesta.

—Está bien… Supongo que no puedo pedir confianza después de tan poco tiempo y con el expediente que llevo a mis espaldas. Pero necesito que me escuches hasta el final, Cam. ¿Vale?

Lo miré pensativa. No parecía algo difícil de cumplir.

—Vale, te escucharé —Me crucé de brazos a la espera de una explicación.

—Verás. Mi poder es uno de los primigenios. Soy capaz de controlar la mente de cualquier ser vivo. Por eso los monstruos comenzaron a matarse entre ellos.

Retrocedí instintivamente, sintiendo que quizás nada de lo que había vivido hasta ahora era real. Ovraal se dio cuenta y me agarró del brazo.

—Dijiste que me escucharías, por favor. No voy a hacerte daño; lo prometo.

No respondí, pero tampoco me moví.

—Quizás sea mejor que empiece desde el principio. Te contaré toda la verdad con respecto a mi poder. Fui a buscarte al mundo humano porque tengo control consciente de mi pensamiento y memoria, al igual que tú. Sin embargo, mi cabeza va más allá. Como soy capaz de controlar mi mente y las mentes ajenas, yo no puedo perder la memoria al hacer el viaje. Es por eso que fui a buscarte. Por eso y porque se lo prometí a tu madre, Ahrienia.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar el nombre de mi verdadera madre.

—Por eso confié también en los padres que te criaron. No dudo en que son leales a ti; pero tenía que asegurarme de que, pasase lo que pasase, la información no saliera de ellos, ni por error. Así que manipulé sus mentes para que no le pudiesen hablar de nosotros, ni de tu secreto, a nadie.

—¿Por qué? —pregunté asustada, con las lágrimas asomando en mis ojos.

—Lo hice para protegerte —confesó, recuperando la distancia que había ganado al separarme de él. Con un rápido movimiento, me secó las lágrimas. Sentí el fugaz tacto frío de sus dedos—. No llores, por favor. No les hice nada malo. No me gusta controlar los pensamientos de las personas, a menos que sea estrictamente necesario. No controlo los de mis amigos.

Entonces caí en todas esas veces que había cambiado de opinión de manera tan repentina. Cuando mis ganas de beber sangre habían desparecido disueltas en la nada, o cuando me había calmado con una rapidez sobrenatural. Apreté los puños enfadada, tratando de no mostrarle lo mucho que me afectaba lo que había descubierto.

—¿Me controlaste a mí?

—Cam… No creo que…

—Responde —le interrumpí.

—¿Por qué lo quieres saber?

Me alejé de él, chocando con la pared del salón. Ovraal dejó de intentar acortar la distancia. Me miró con pena. Odiaba que me

mirase así.

—Porque cambia muchas cosas —respondí en tono firme.

Silencio.

—¿Lo hiciste?

—Sí; pero solo cuando estabas al límite y sentí que de verdad necesitabas mi ayuda. No quería que lo pasases mal…

—¿Y era mejor mentirme y controlar mi cabeza sin pedirme permiso? También lees mis pensamientos, ¿verdad? No solo controlas la mente, también la lees —afirmé con la voz entrecortada.

—También puedo leer la mente. No te mentí; pensaba decírtelo cuando estuvieses preparada. Un vampiro descontrolado bebiendo sangre es muy peligroso. Tenía que ayudarte a dominar los impulsos…

—No quiero oír más.

Me despegué de la pared en dirección a la puerta. No tenía ni idea de qué hora era, pero necesitaba marcharme de allí. Para pensar; pensar en todo lo que el vampiro en el que confiaba me había estado ocultando desde que llegué.

—Cam, por favor.

Ovraal me agarró tratando de retenerme. Me zafé de su agarre sin dificultad; y no volvió a intentarlo.

—No, ¡déjame! Quiero estar sola.

Mirándolo con desprecio agarré el pomo de la puerta. Abrí de un tirón y me golpeé contra algo duro.

—¡Qué daño! —exclamé sin poder evitarlo, mirando hacia el frente.

—No es mi culpa que no mires por donde vas —se justificó el príncipe; un ala reposaba en la jamba de la puerta.

«¡Genial! Ya ni me acordaba que había quedado con el ángel» pensé.

—Buenas noches, Alteza —saludó Ovraal. No me giré, no quería ver los ojos del vampiro que me había mentido.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con mirada inquisitiva.

—No, nada —afirmé; pensando que quizás me había venido como anillo al dedo que Zephyran apareciese en ese momento. Quizás de

otra forma, Ovraal no me habría dejado marcharme sola—. Vamos a Palacio, ¿no?

—Chica lista.

—Perdona, siempre me golpeo contigo —me disculpé; cayendo en la cuenta de que aún no le había dicho nada al respecto.

—No pasa nada, chupasangre. Empieza a ser costumbre. Parece parte de un saludo secreto entre nosotros.

—No sé si es muy buen saludo —respondí, tratando de relajarme y olvidarme de Ovraal por una noche.

—Bueno, nos vamos. Te la devolveré intacta, ¿vale? —preguntó el príncipe, mirando en dirección al vampiro. Me permití solo ese momento para mirarle a los ojos. Él parecía el mismo de siempre, a pesar de haberme revelado su secreto.

—Puedes quedártela si quieres —contestó, guiñándome un ojo.

Lo fulminé con la mirada. Atravesé el umbral sin decir una palabra y Zep me siguió. Escuché como se despedían a mis espaldas.

Capítulo 13. Aishiteru



Zephyran

Sabía que había pasado algo entre los vampiros. Pero no me parecía apropiado soltarlo directamente, sin filtros. Camille estaba alterada y ni siquiera se había despedido. Aun así, me estaba hablando con normalidad, como si nada le importase. Y quizás aquello se me hizo todavía más extraño, después de lo que acababa de ver.

—¿Estás bien? —pregunté inocentemente, sin poder contenerme.

—Perfectamente.

Se notaba en su tono que no era cierto. No quise insistir. Me lo contaría cuando estuviese preparada y si lo veía necesario. Distraerse le sentaría bien, de modo que decidí contarle de nuevo mis «aventuras» por la casa real.

—Bien, te alegrará saber que ya he terminado todo el papeleo que tenía para hoy. Tengo la noche libre; así que podemos ver el rincón de Palacio que tú elijas. O la ciudad si lo prefieres.

Seguía sin darme seguridad llevarla a Palacio con esos malhechores sueltos. Aunque se notaba que disfrutaba tanto estando allí, que no quería quitarle la ilusión por ir.

—Prefiero ir al palacio. He visto suficiente por hoy.

Enarqué una ceja, extrañado.

—¿A qué te refieres? ¿No habéis estado entrenando?

Sus ojos púrpura se clavaron en los míos.

—Sí, en el Valle de la Muerte.

«¿Qué se le habría perdido a Ovraal para entrenar allí?» pensé, y me mordí la lengua. Era mejor no decirlo ahora. Pero en lugar de eso…

—Buen lugar, ¿eh? —ironicé, restando importancia al asunto.

Pareció pensarse su respuesta.

—Sí, supongo que sí.

No parecía tener muchas ganas de hablar, por mucho que tratase de demostrar lo contrario. De modo que decidí mantenerme en silencio el resto del camino. Ver cómo observaba la ciudad no hacía más que levantar mis sospechas de que procedía de tierras humanas.

Llegar a esa conclusión no había sido difícil. Principalmente por tres motivos. El primero era que residía en casa de Ovraal y este nunca había vivido con nadie más en sus milenios de vida. El segundo que el vampiro era el único que podía ir al mundo humano sin perder los recuerdos y siempre andaba metido en líos con personajes importantes; lo que también me hacía pensar que quizás Cam tenía un papel valioso para Dusterkeit. Y, por último, y mucho más importante que el resto, estaba el magnetismo que había comenzado a sentir. Sensación que sospechaba que llevaba presente en mí desde que ella había aterrizado en Dusterkeit con Ovraal.

Ella tenía que haberlo notado también, pero no quería preocuparla o sobrecargarla de información. En consecuencia, me había prometido introducirla al mundo mágico poco a poco. Por eso tenía el privilegio de visitar Palacio cuando ella quisiese; y quería que confiase en mí.

Mi corazón lo había sabido desde el principio, pero mi cerebro había tardado más en procesarlo. Camille era mi aishiteru.

Capítulo 14. Visita nocturna



Camille

Cuando llegamos a Palacio volví a quedarme igual de maravillada que la primera vez con su gran fachada estrellada. Frené en seco para poder contemplarla, y Zephyran se paró a mi lado. Habíamos ido en silencio la mayor parte del camino; pero, por algún motivo, no se me había hecho incómodo. Quizás estaba comenzando a acostumbrarme a su presencia. Y, por algún motivo, el ángel negro me había comenzado a transmitir confianza.

—Si digo que a mí también me parece precioso, sería como presumir de mi propia casa, ¿verdad? —Me dedicó una sonrisa.

—Puede ser; quizás te salve que es difícil no quedarse boquiabierto ante ella. Creo que, aunque viviese aquí, nunca me acostumbraría a verla.

Sus ojos parecieron centellear en la oscuridad. Y juraría haber visto la luna reflejada en sus pupilas. Desvié la mirada nerviosa; pero él no pareció notarlo. O, si lo hizo, no dijo nada.

Me invitó a pasar al interior y lo seguí, mientras me hablaba de sus labores en el ejército. Por las paredes acristaladas de los pasillos parecían danzar las estrellas al compás de nuestros pasos. Nada que ver con la contaminación de Noruega. Parecía algo casi mágico. Lo era.

Los sirvientes pasaban entre nosotros. Saludaban a Zep, con tal cercanía que no hacía más que fomentar la idea del escudo que portaba en su pecho: igualdad. Tras un rato caminando por pasillos interminables, se volvió hacia mí y se detuvo. Lo imité.

—¿Has decidido ya qué parte del palacio te gustaría visitar? —preguntó en tono servicial.

—¿Cómo puedo elegir si no conozco el lugar, alte…, Zep? —me corregí rápidamente.

—Veo que no has olvidado mi petición. Muy considerado por tu parte.

—No podría hacerlo.

—Para saber a dónde ir, solo necesito saber qué cosas son de tu agrado.

—Mmmm…

Dudé por unos segundos que se me hicieron eternos. ¿Qué podía responder?, si no tenía ni la menor idea de cuáles eran las aficiones de los habitantes de Dusterkeit. ¿Tendrían algo en común con los humanos? Y, por algún motivo, sentí que Zep notaba mi inquietud. Me miraba expectante. En un arrebato de confianza, estuve a punto de confesarle que no me había criado en sus tierras; a pesar de ser de allí. Pero él se me adelantó, sacándome del apuro.

—¿Tocas algún instrumento?

Una pregunta fácil, suponiendo que existiesen los mismos que en la Tierra. Me la jugaría y daría explicaciones después. Solo si metía la pata.

—El arpa.

Recé porque existiese. Sentí como el corazón se me aceleraba, conforme Zep me analizaba con un leve gesto de sorpresa.

«Ya está, me ha pillado» pensé.

—¡Qué casualidad, porque es mi instrumento favorito! —exclamó contento—. ¡Ven!, te enseñaré la sala de música.

Comenzó a andar y lo seguí. Sentí como volvía a respirar, tras la tensión del momento. No sabía por cuánto tiempo más podría librarme.

—¿Sabes tocarla?

—¡Oh, no! ¡Ojalá supiese! Llevaba tiempo buscando a alguien con esa habilidad, para que me deleitase con sus notas.

Me guiñó un ojo y le dediqué una sonrisa, sin saber que decir. Desde pequeña siempre me había gustado la música, llevaba desde los siete yendo a clases particulares. La profesora decía que era un prodigio; pero yo nunca lo había creído. Nunca me animé a tocar en público, prefería disfrutar de mi música en privado. Y con Zep iba a hacer una excepción. Esperaba no decepcionarlo.

Estuvimos hablando animadamente camino de la sala de instrumentos; el tiempo se me pasó volando. Hasta que llegamos a unas escaleras de mármol que parecían tener incrustado polvo estelar. El ángel me contó que era parte de un hechizo que un mago había realizado hacía mucho tiempo. Sobre los cimientos del edificio había querido construir una escalera recorrida por polvo de auténticas estrellas fugaces; para que nunca se olvidasen de dónde venían, a pesar de sus poderes.

Ese era el motivo de que casi todos los pasillos estuviesen acristalados, y desde ellos pudiese contemplarse la noche estrellada. Pues lo mismo pasaba con los corredores de la primera planta. Supe la sala que era, sin necesidad de que Zep me dijese nada, por la inscripción que estaba grabada en la puerta:

«La música es el sonido del alma, cuando el corazón no puede hablar»

Estaba escrita en dorado sobre la obsidiana de la puerta. Zephyran agarró el pomo con delicadeza y me invitó a pasar. Entré, dándome cuenta de que no había ninguna luz; me detuve por miedo a tropezar y romper algo valioso. Sentí a mis espaldas el fluir de la oscuridad del ángel, y supe lo que iba a hacer sin necesidad de preguntar. Esta vez no me asusté.

La oscuridad se bifurcó detrás de mí y fue encendiendo las luces de la estancia, como si se tratase de una llama propagando un incendio por la habitación. Así pude contemplar la belleza de aquel cuarto acogedor. Las paredes eran negras como la noche y estaban pobladas de puntitos blancos, que parecían formar constelaciones en el firmamento.

Al fondo había un pequeño escenario hecho de marfil. Me acerqué y, por un momento, sentí que nuestros mundos no eran tan diferentes. No cuando compartíamos los mismos instrumentos. Un piano reposaba en uno de los ángulos, el otro estaba ocupado por el arpa más bella que había visto nunca.

Era de color blanco, destacando sobre la pared de fondo. Sus cuerdas parecían hechas de purpurina gris. El capitel estaba poblado por flores rosas, y en ellas finalizaban tallos de color verde que se enroscaban a lo largo de la columna hasta llegar a la base de la que partían. Invitaba a ser utilizada. Me acerqué lentamente, sin poder evitarlo. Para mí ya no existían el resto de los instrumentos de la habitación.

Subí las escaleras de mármol, hasta quedarme a unos centímetros de sus cuerdas. Me detuve, recordándome a mí misma que no era mía. Que debía esperar el permiso del príncipe.

—¡Adelante! Toca para mí, Camille. No te cortes —Su voz sonó aterciopelada.

Cruzamos fugazmente las miradas. Sus ojos zafiro parecían relucir de emoción. No tenía ni idea de por qué, pero lo sabía. Quizás era parte de los instintos inmortales. Puede que estuviera comenzando a sentir el mundo como ellos. Entonces asentí lentamente con la cabeza y me moví hasta el delicado asiento que acompañaba al arpa. El cojín era una onda de diferentes tonalidades de azul, enroscándose en bucles abstractos. Me senté y tomé aire, recordando lo que había aprendido en Noruega.

Acerqué los pies a los pedales y sentí como mi vestido caía por la silla, dejando parte de mi pierna al descubierto. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Y no supe si fue de nervios o por la temperatura de la estancia; tampoco sentía frío. Ignoré los latidos desenfrenados de mi corazón mientras acercaba los dedos a las cuerdas.

Me concentré en deslizarlos por ellas, como si fuesen pájaros a los que había que acariciar con delicadeza para no dañarlos. A pesar de su aspecto de purpurina, el tacto era suave. Opté por tocar *Claro de Luna*, mi pieza favorita de Beethoven, un famoso músico de la Tierra que vivió siglos atrás.

Y me dejé llevar por la música; una melodía tranquila y relajante, que invitaba a desconectar. Ya no estaba en la Tierra. Ni en Dusterkeit. No pertenecía a ninguna parte en ese espacio temporal. Estábamos solo la música y yo. Mis dedos sobre las cuerdas del arpa, haciendo que cada nota reverberase en el espacio inmenso en el que estábamos.

Casi podía tocar con los ojos cerrados; conocía las cuerdas de memoria, como si fuesen prolongaciones de mi propio cuerpo. Durante unos minutos no pude ni siquiera mirar al ángel negro. Él tampoco me interrumpió. Hasta que abrí los ojos de nuevo y comencé a volver a la realidad. Que apropiada parecía la melodía para una sala poblada por constelaciones.

Desde el escenario pude ver como había más instrumentos a ambos lados de la estancia: guitarras, violines… Y entonces fijé la vista en Zep, sin dejar de tocar las cuerdas. Parecía sorprendido. Más de lo que ya estaba yo, que había sentido la magia inmortal sobre las cuerdas del arpa. Aquello sonaba aún más bello que en el mundo humano, si cabía.

Cuando me di por satisfecha, paré de tocar. Mirando al ángel negro; expectante.

—¿Y bien? —pregunté, inquieta por lo que pudiera responder.

—¿Y bien? Como uses tus poderes con la misma maestría con la que tocas el arpa, querida Cam, los dejarás a todos KO.

—Vamos, no exageres. No es para tanto —respondí, tratando de quitarle importancia. Pasando por alto que no tenía ni idea de cuáles eran mis poderes.

—¿Puedes volver a tocar? Es que me gusta mucho —pidió, levantándose y subiendo al escenario.

—¿Y es necesario que estés más cerca?

—Sí, así puedo oírte mejor.

Se sentó en el banco del piano y se quedó quieto observándome. Parecía esperar una respuesta. Y algo en su cara me hizo ceder y volver a regalarle una parte de mí.

—Está bien, ¿la misma pieza u otra?

—La misma, por favor. No sé de dónde la has sacado, pero es maravillosa.

Retomé la sonata sin responderle. Él me miraba maravillado. Y sentí que le debía algo. Que no estaba siendo justa con él después de todas las facilidades que me estaba dando. Que me había enfadado con Ovraal por haberme ocultado las cosas, y yo le estaba haciendo lo mismo a Zep. Yo no quería eso. No quería ser el espejo de lo que odiaba en los demás. El ángel negro me había demostrado la suficiente confianza.

Como movida por la melodía, despegué los labios suavemente para hablar; sin perder de vista la mirada zafiro del príncipe.

—Zep —Mis dedos seguían paseándose entre las cuerdas.

—¿Sí?

—Tenías razón. No soy de Dusterkeit. Vengo de la Tierra. Esta sonata, se llama *Claro de Luna*. Es de un compositor que vivió en los siglos XVIII y XIX en el planeta en el que me crie. Se llama Beethoven. Y no tengo ni idea de cuáles son mis poderes.

Sentí como si me hubiese quitado un gran peso de encima, que me oprimía el pecho al respirar. Lo había soltado todo; de golpe, sin miramientos. Solo esperaba no arrepentirme más adelante.

Zep se levantó de un salto. Abrió la boca ligeramente, sin decir nada.

Levanté los dedos de las cuerdas. La melodía se detuvo en el acto. Y mis ojos se fijaron en los suyos. Esperando una respuesta. Aterrada.

Capítulo 15. El príncipe de la oscuridad



Zephyran

Lo sabía. Mis suposiciones eran ciertas. La chica no era de Dusterkeit. O, para ser más técnicos, no se había criado aquí; ya que en la Tierra no había vampiros. Había visto un destello de terror en sus ojos púrpura, como si hubiese confesado su secreto más preciado. Quizás porque le daba una cierta seguridad pasar desapercibida como uno más. Acababa de revelarme que estaba indefensa ante mí, al no conocer sus poderes. Era, prácticamente, como una humana en el cuerpo de una vampira.

Y yo quería que ella confiase en mí, y quitar de un plumazo ese atisbo de terror en su mirada.

—Cam, no pasa nada —respondí con voz calmada.

Sus facciones parecieron relajarse ligeramente. Me acerqué lentamente a su lugar en el escenario. Se aferró al arpa como si aquello le diese seguridad; pero sus ojos ahora mostraban curiosidad. Me detuve a escasos centímetros de ella.

Ella levantó la cabeza para poder mirarme a los ojos. Sin pensar, extendí el brazo y posé la mano sobre su mejilla. No se apartó. Nos observamos en silencio y las palabras salieron solas.

—Yo te ayudaré.

—Pero, te he mentido. Te dije que era de Dusterkeit y…

—Acabamos de conocernos. —Deslicé el pulgar por su mejilla, haciendo círculos. Aquello pareció reconfortarla. Bajé el brazo—. En este mundo es normal que seas cauta. Nunca sabes quién irá a por ti. Pero te aseguro que puedes confiar en mí, Cam. Déjame ayudarte a encontrar tus poderes. Pero antes, cuéntame tu historia. Quiero saber cómo has llegado hasta aquí.

Ella asintió lentamente y se quedó pensativa. Imaginé que tendría muchas ideas que ordenar. Mientras tanto, me acerqué al piano y cogí el taburete para sentarme junto a ella. Así podía estar a su altura. Me di cuenta de que seguía aferrada al arpa. Ella pareció sentir mi mirada sobre sus manos y la soltó de golpe.

—Es toda tuya.

—Gracias, pero bueno… Creo que hablaré mejor con las manos desocupadas —Me dedicó una sonrisa nerviosa—. Verás, he nacido aquí, pero he pasado más tiempo en la Tierra, por eso siento que esa es mi casa.

—Tiene sentido, si te has criado allí. Aunque tu lugar de nacimiento explica que seas una vampira.

Ella asintió y me explicó que la habían dejado en un orfanato, diciendo que sus padres murieron en un accidente de tráfico. Luego vivió con sus padres adoptivos, a los que quería como si fuesen los de sangre.

—Ovraal me contó que mi verdadera madre murió protegiéndome —añadió con la voz apagada.

—Lo siento mucho…

—No pasa nada. No tengo recuerdos de ella… Es como si nunca hubiese conocido a mi verdadera madre. Y de mi padre, ni siquiera tengo datos —Se calló con gesto pensativo—. Mejor, ¿podemos cambiar de tema? Prefiero no pensar mucho en todo esto.

—Claro, podemos hablar de lo que quieras.

—Tú, ¿cuándo descubriste tus poderes?

—Desde que tengo uso de razón han estado conmigo. La oscuridad es una parte de mí, tan profunda que si me faltase sentiría que he perdido un órgano vital.

—¿Desde pequeño los usabas? —Ella pareció sorprendida.

—Sí, aunque, afortunadamente, no tenía la misma fuerza que ahora. Si no, los habitantes de Palacio habrían pasado mi infancia volando en corrientes de oscuridad.

—¿Habitantes de Palacio? ¿Te refieres a tus sirvientes?

—Sí. No me gusta llamarlos así. Quiero que todo el que me sirva sea por voluntad propia y se sienta uno más en este gran palacio.

—¡Qué bonito! Supongo que te juzgué mal al principio —admitió avergonzada—. Lo siento

—No hay nada que perdonar.

—Bueno, y… ¿qué me estabas contando de tus poderes? —Trazó círculos con los dedos sobre el taburete.

—Poco a poco he ido haciendo más mía la oscuridad. Y he desarrollado otras habilidades de las que algún día te hablaré.

—¿Ahora no? —Me miró intrigada.

—Más adelante, pequeña Camille. Si revelo todas mis cartas al principio de la partida, dejaré de parecer un ser misterioso —Sonreí.

Me dio un golpecito en el hombro.

—No tienes remedio.

Era mejor así. Porque no podía decirle que mi oscuridad no solo servía para pasearse por las habitaciones del palacio y atacar a personas, usándola como simples rayos. Sino que también era capaz de manejar los sentidos de las personas. Que, si penetraba muy adentro, era capaz de destrozar almas, de partirlas en pedazos. Aquello sonaría realmente aterrador para alguien que acababa de aterrizar. Y tenía mucho tiempo por delante para contárselo.

—Oye, ¿y por qué crees que yo aún no he tenido contacto con mis poderes?

Ahí estaba. La preocupación que le estaba acechando durante todo ese tiempo.

—Cada ser mágico desarrolla sus poderes a su debido tiempo. No te preocupes, aparecerán.

—¿Y si no lo hacen? Ovraal me ha dicho que no puedo volver a casa; perdería mis recuerdos —Sentí una punzada en el pecho al oírle hablar de su verdadero hogar con ese anhelo—. Hemos estado practicando.

—¿Ovraal tiene alguna idea de cuáles pueden ser tus poderes?

—No me ha dicho nada. Y no sé cuándo volveré a hablar con él.

—¿Qué pasó en vuestra práctica? Supongo que era para encontrar tu don.

Asintió. Sentí una presencia y me volví para comprobar qué estaba pasando. No había nadie. Y la sala estaba vacía.

—¿Pasa algo? —preguntó

—No, a veces estoy demasiado alerta. Tengo que relajarme.

La sensación había desaparecido. Me extrañó, pero no quise darle más importancia. Agudicé mis sentidos, solo por si acaso, mientras prestaba atención a Cam.

—Puedes seguir contándome eso de la práctica para encontrar tu don. Me interesa.

Ella me dedicó una sonrisa.

—Está bien. Intenté sentir mi poder varias veces. Quizás no me concentraba, o no lo estaba haciendo bien. No lo sé. Pero una de ellas… Fue horrible. Sentí como si todas mis células me estuviesen llamando. Creía que me iba a volver loca. No podía soportarlo. No sé si seré capaz de volver a intentar invocar eso.

Ese tenía que ser su don. Uno que causase tales sensaciones, solo podía ser algo muy grande; difícil de controlar. Solo los poderes primigenios eran capaces de hacer creer a sus usuarios que perdían la cabeza hasta el punto de cogerles miedo. Y Camille parecía aterrada. Pero ella llevaba poco tiempo en Dusterkeit; también podía ser una reacción normal, debido a que no estaba acostumbrada a este mundo.

—Ese era tu poder llamándote, Cam —Traté de sonar calmado—. No puede hacerte daño, eso te lo aseguro.

—Ovraal dijo lo mismo. ¿Por qué lo tenéis tan claro? Era horrible, Zep. Esa sensación…

—Tranquila, cuéntame cómo le hiciste frente. ¿Qué pasó después?

—Me relajé de golpe… —Su voz sonó apagada, resentida.

Conocía el don de Ovraal. Y supe, sin necesidad de que me dijese nada, que había sido él el causante del brusco cambio en su estado.

—Cam.

—¿Sí?

No parecía buscar explicaciones. Ella ya lo sabía. Mi cabeza rápidamente encajó todas las piezas.

—Por eso estás enfadada con Ovraal. Controló tu mente sin tu permiso.

Ella abrió la boca sorprendida.

—Tengo muchos años de vida, y el instinto inmortal es muy útil. No hace falta que me hables de ello si no quieres.

—Gracias por tu comprensión. Sin apenas conocerme eres muy amable conmigo —admitió.

—Me has caído bien. Es lo menos que puedo hacer —le di un rápido apretón en la pierna—. ¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Sé que no es agradable que controlen tu mente. Pero estoy seguro de que Ovraal lo hizo con la única finalidad de ayudarte. No lo habría hecho de no haberlo considerado bueno para ti. Pero sí, tenía que haberte pedido permiso.

—Eso es lo que me hace daño. Confié en él. Es la persona que más tiempo lleva conmigo desde que estoy aquí.

—Te entiendo. Pero recuerda que todos podemos cometer errores. Seguro que Ovraal está arrepentido de lo que ha hecho. Y es un buen vampiro, lo conozco desde hace muchos años. Yo le daría una oportunidad y hablaría con él.

—Pensaré en ello.

Entonces un crujido captó mi atención. Escudriñé la estancia en busca de algo sospechoso. No había nada. Dos veces en una misma noche no podían ser meras coincidencias.

—Oye, ¿qué está pasando? —insistió Cam—. Estás muy tenso; y es la segunda vez que analizas la sala como un depredador en busca de amenazas.

—Creo que no estamos solos —confesé. Incapaz de ocultarle nada, después de lo que me había contado de Ovraal. Crucé las alas por no asustarla demasiado.

—¿Qué hay? No veo nada.

Se acercó más a mí, como si buscase protección.

—No lo sé. Eso intento averiguar. Pase lo que pase, estás conmigo. Estás a salvo.

Extendí mi oscuridad para envolverla. Teníamos que salir de allí. Quizás habían vuelto las criaturas que recorrían Palacio por las noches.

—Tenemos que irnos.

Otro crujido. Y, esta vez, acompañado de un fuerte chirrido que hizo que Cam se tapase los oídos.

Venía del techo. Miré hacia arriba. Entre mis volutas de oscuridad, pude ver los ojos de un ser con las cuencas oculares vacías que se abalanzaba sobre nosotros. Cam chilló. Y yo la abracé instintivamente, mientras dirigía corrientes de oscuridad hacia la criatura.

Capítulo 16. Monstruos



Camille

Cuando vi el rostro a aquella criatura deforme chillé presa del pánico. Sus cuencas oculares no tenían ojos, pese a ello se precipitaba hacia nosotros desde el techo sin un margen de error. Sus alas eran oscuras y medio desgarradas, pero perfectamente funcionales. Sus garras parecían poder perforar carne sin ninguna dificultad.

Noté el duro pecho de Zep contra mi cuerpo, sus brazos me envolvieron, al igual que su oscuridad, protegiéndonos. Observé cómo danzaba la oscuridad de Zep hacia el monstruo. Sintiéndome el ser más inútil de Dusterkeit, al no poder usar mis poderes para ayudar. ¿Qué podía hacer yo contra aquello?

El monstruo, gris como un tejido que ha poseído vida y que ya la ha perdido, frenó al ver el ataque de Zep y viró hacia la izquierda, esquivando su oscuridad por los pelos. Emitió un agudo chillido que me hizo taparme los oídos.

—Camille, yo me ocuparé de él. Tú no tienes que hacer nada —aseguró Zep; como si pudiese leer el terror en mi mirada.

Y nuevas corrientes salieron de la gran masa de oscuridad que hacía de barrera entre nosotros y el monstruo.

—Si supiese usar mis poderes…

Otro chillido me dejó con las palabras en la boca. El monstruo esquivó una vez más las corrientes de Zep. Estaba cada vez más cerca. Tenía que detectarnos por el olor. Zephyran me agarró de las piernas y me levantó del suelo. Me miró a los ojos, sabía que me estaba pidiendo permiso para algo sin necesidad de que dijese una palabra.

—¿Puedo cargar contigo? Necesito moverme y tener un mejor ángulo para hacer pedazos a esa cosa.

—Haz lo que tengas que hacer. Confío en ti, Zep.

Asintió con la cabeza. Y saltó esquivando al monstruo, que caía en picado hacia nosotros, aprovechando la distracción. Se oyó un fuerte estruendo. La cabeza oscura de aquel ser había colisionado contra el escenario de mármol. Los instrumentos estaban intactos, pero no lo tenía tan claro si hablábamos de su cráneo. ¿Cómo de frágiles eran los monstruos?

Zep se acercó con cautela; sentí que su agarré sobre mi cuerpo se intensificaba. La criatura no se movía. Las corrientes de oscuridad, que danzaban en torno a nosotros, se bifurcaron y comenzaron a rodear al monstruo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, ¿y si seguía con vida? Miré sin perder detalle; quería hacer algo, quería ayudar al príncipe. ¿Cómo? Tenía miedo de mi poder, pero también necesitaba ser útil y no estar mirando como una humana indefensa y sin magia.

Busqué en mi interior de la forma que me había enseñado Ovraal, sin atreverme a cerrar los ojos. Otra vez esa sensación. Algo bullía en mi interior. Se propagaba por todo mi cuerpo. Se movía dentro de mis células, invitando a ser usado. Cada vez tenía más fuerza, me reclamaba, tiraba de mí. La sensación era cada vez más fuerte, el corazón me latía frenético; estaba asustada. Y entonces el príncipe captó mi atención.

—¿De dónde has salido? ¿Qué es lo que estás buscando y quién te dirige?

El monstruo estaba flotando frente a mis ojos. Envuelto en tanta oscuridad que lo único que podía ver era su horrible rostro medio descompuesto. No eran sus alas las que lo hacían volar; estaban

fuertemente pegadas a su cuerpo, sin posibilidad de moverse. Era el príncipe el que lo mantenía en el aire.

No había signos del golpe en su cara. Y observaba al príncipe en silencio. Tampoco había chillidos molestos. ¿A qué venía tanta calma?

—Voy a bajarte —avisó; dejándome en el suelo con delicadeza—. Esto va para largo, no pienso soltarlo hasta que no descubra qué demonios está pasando en este lugar por las noches. No ahora que por fin he descubierto a un culpable.

—¿No es nuevo? —pregunté, al percatarme de lo que significaban sus palabras.

—Cuando termine con él te contaré todo, Cam.

Asentí, sabiendo que no era el momento para ponerse a hablar de nada. Contemplé a la criatura, descartando la idea de tratar de usar mis poderes a lo loco, pues ya estaba atrapada y no podía hacernos nada. Pero aquella sensación dentro de mí… por todos los rincones… había sido horrible.

Entonces, sentí una corriente de aire a mis espaldas y me giré instintivamente. Una especie de vampiro, que parecía sacado de una pesadilla, me miraba fijamente. Sabía que era un vampiro por los colmillos asomando entre sus labios. Aunque no lo tenía tan claro si me fijaba en que su piel no era marmórea, sino gris como las nubes de tormenta. Y su ropa estaba en muy mal estado; al igual que su piel, que parecía que se estaba deshaciendo.

—¡Zephyran! —grité.

El aludido giró la cabeza; sentí la sorpresa recorrer su rostro.

—¿Pero que narices…?

Lanzó una corriente de oscuridad en su dirección, y él la esquivó con facilidad.

El espantoso ser se acercó aún más a mí y sus ojos rojos se detuvieron en mis pupilas. Una voz rasgada y tétrica salió de entre sus labios.

—Camille, eres tú.

Antes de que Zep pudiese hacer nada, el vampiro dio media vuelta y desapareció ante nuestros ojos. El príncipe se giró hacia el monstruo que tenía atrapado en el aire. Pareció llegar en un

milisegundo a la misma conclusión que yo. Aquella criatura se había mantenido en silencio esperando a que el otro se acercase. Tampoco tenía pinta de saber hablar. Ahora emitía chillidos tratando de zafarse de su agarre. En un visto y no visto una de las corrientes de oscuridad se metió dentro de sus fauces. Emitió un grito agonizante mientras se escuchaba cómo algo se partía dentro de él.

Las corrientes de Zep lo soltaron y cayó sin vida al suelo. Lo miré con la boca abierta ¿Qué es lo que acababa de hacerle?

—¡Vamos! Tenemos que salir de aquí —apremió, agarrándome del brazo. Corrí tras él hasta llegar a la puerta de la sala de música, dónde gritó sin importarle quién pudiera oírlo—. ¡Guardias!

Rápidamente tres vampiros aparecieron ante nuestros ojos, remarcando el saludo militar con un sonoro taconazo. A pesar de la tensión del momento, sentí como al príncipe le incomodaba aquel gesto.

—Los atacantes de Palacio han vuelto, hemos visto a dos de ellos. Mandad limpiar la sala de música. Me he deshecho de uno de ellos; el otro era un vampiro de piel oscura. Peinad cada rincón del edificio buscándolo, a él o cualquier indicio de algo fuera de lo normal. Seguramente ya habrá huido muy lejos… pero no podemos perder la oportunidad…

—Sí, Alteza —respondieron al unísono. Y desaparecieron de mi campo de visión.

Ahora que todo había pasado, si es que se podía denominar así, no podía dejar de darle vueltas a algo. Aquel vampiro conocía mi nombre, ¿cómo era eso posible? Y, lo que era más extraño todavía, había venido por nuestras espaldas; podía haberme atacado perfectamente entre las rendijas de la oscuridad de Zep, aprovechando nuestra distracción, ¿no? Sin embargo, se había limitado a observarme de cerca y se había marchado a toda velocidad.

—¿Por qué conocía mi nombre? —le pregunté al príncipe, mirándolo fijamente a los ojos.

No había olvidado como había destrozado a aquella criatura. Como había crujido y se había ido ante nuestros ojos. Pero no me daba miedo; lo había hecho para defendernos.

—Eso me gustaría descubrir a mí también. Tranquila, tarde o temprano encontraremos las respuestas —aseguró. Parecía pensativo—. Pero ahora tenemos que irnos. Tienes que volver a casa. Mis guardias se encargarán de registrar todo de arriba abajo.

Aunque no lo conocía de mucho, estaba segura de que no había ido detrás de aquel vampiro por mí, por no dejarme sola. La determinación en sus ojos zafiro lo decía todo. Aunque odiaba sentirme una carga, en cierto modo entendía que era peligroso para mí ir sola por las calles de Noctis sin tener ni idea de cómo usar mis poderes; así que no repliqué.

—Tienes razón; volvamos a casa. ¿Me contarás lo que te dirán tus guardias cuándo regreses? —pregunté, con miedo a que me ocultase información.

Y no vi duda en sus ojos cuando respondió.

—Por supuesto que sí, Cam. Te contaré todo lo que sepa.

—Gracias; y gracias por haberme salvado.

—No hay de qué. Lo volvería a hacer las veces que hiciera falta. No te tocarán un pelo. Y pronto podrás usar tu poder y defenderte tú misma también; ya lo verás.

Una sensación cálida se instaló en mi interior. Era como si él entendiese perfectamente mi estado de ánimo. Y aquello me reconfortaba. Mucho.

—Eso espero —asentí esperanzada.

Después de lo que había presenciado, entendía un poco más a Ovraal. Al igual que el príncipe, solo había tratado de protegerme de mí misma o de los demás. Hablaría con él cuando llegase a casa. Y le haría saber que lo perdonaría. Pero no volvería a controlarme ni una sola vez más sin mi permiso.

Capítulo 17. Así que eras tú



Zephyran

De camino a casa de Ovraal, intenté que Cam pasase un rato agradable después de todo lo ocurrido. Había tocado el arpa de maravilla; y quería recordárselo para que lo tuviese siempre presente. Ella no parecía ser consciente de ello. De la magia que hacía cuando sus dedos entraban en contacto con las cuerdas.

Pero mi mente no dejaba de dar vueltas a lo ocurrido. Me había visto forzado a usar el poder más terrible del que estaba dotado por la madre naturaleza; y delante de Cam. No me agradaba utilizarlo; pero no pude soportar lo que estaba sucediendo, y tuve que hacerlo. Se habían reído en nuestras caras, y aquel monstruo sí parecía haber tenido intenciones claras de atacarnos. Tendría que explicárselo a la vampira pronto. No lo dejaría para más adelante; no después de haberlo visto ella con sus propios ojos.

Mis sospechas cada vez cobraban más fuerza. Una teoría comenzaba a formarse en mi cabeza. Los atacantes de Palacio jamás se habían dejado ver, y justo les veía los rostros cuando estaba Camille presente. El vampiro que nos sorprendió por detrás podía haber aprovechado los recovecos entre mi oscuridad para atacarnos; pero tan solo se había limitado a decir el nombre de Camille y largarse sin dejar rastro. Sospechoso; todo era muy sospechoso.

—Gracias por acompañarme —dijo, ya ante la puerta de la casa, sacándome de mis elucubraciones—. Quitando el momento en el que dos criaturas, que parecían salidas de una pesadilla, nos han aguado la noche, el resto del tiempo ha sido agradable.

—Lamento la parte de los monstruos —respondí con sinceridad—. Por lo demás, también para mí ha sido una buena velada. Gracias por haberme confiado ¿tu pequeño secreto?

—Mi pequeño secreto. Me gusta como suena —Sonrió ampliamente, y sus iris púrpura brillaron a la luz de las estrellas—. Lo de esos seres no es culpa tuya, no te disculpes. Míralo por el lado bueno; te he visto en acción.

—Tómalo como una pequeña muestra de mis capacidades —Le guiñé un ojo.

¿Seguiría mirándome de la misma forma cuando supiese todo lo que podía llegar a hacer? Sabía que me había ganado su confianza en muy poco tiempo. Mis sentidos inmortales no captaban el nerviosismo y la tensión del principio. Y no quería que aquello se estropease.

—¿Una pequeña muestra?

En ese momento la puerta se abrió dejando paso a un Ovraal sonriente. Sentí como sus ojos verde bosque analizaban rápidamente la situación. Se detuvo en los ojos de Cam el tiempo suficiente para que me diese cuenta de que estaba tanteando su enfado. La vampira lo miró con algo parecido al arrepentimiento en los ojos, pero no dijo nada. Él lo captó en silencio.

—Mi sentido del oído vampírico me confesó que estabais teniendo una agradable charla en la puerta de mi morada.

—Buenas noches, Ovraal —saludó ella.

—Te traía a tu amiga de vuelta.

—Muchas gracias por cuidarla, ¿quieres pasar, alteza?

—Llámame Zep, por favor

Ovraal sabía que odiaba los formalismos, y aun así a veces seguía llamándome de esa manera. Pero estaba agotado con tantos acontecimientos; no me apetecía cumplir con la etiqueta, tratándose de un viejo amigo.

—Zep, pues. ¿Entras? —preguntó, señalando al interior de la casa.

Y entonces lo vi. La pequeña criatura que correteaba en dirección a la vampira. Ese erizo oscuro.

Todas las piezas encajaron en mi cabeza. Por eso ella había dicho que su madre murió protegiéndola, por eso no recuerda nada de su madre; era un bebé cuando aquello sucedió. Fue en el mundo humano donde la escondieron. Camille es la hija perdida de Ahrienia, y la bola de pinchos es su inseparable erizo, desaparecido del mapa junto a ella tantos años atrás. Su rostro me resultaba familiar porque tiene rasgos de su madre. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—¡Seika! —exclamó Cam, cogiendo al animal entre sus manos—. Un día tienes que venir conmigo. Estar todo el día encerrado con este vampiro no puede hacerte ningún bien.

Pero Ovraal y yo no dijimos nada. Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Él podía leerme la mente. Nunca sin que le diese el permiso, por lo que estaba evitando hacerlo. Y, aun así, tenía que saber lo que estaba pensando solo por mi mirada.

—Chicos, ¿qué os pasa? —pregunto Cam, mirándonos al uno y al otro. El erizo emitió un pequeño ruidito, sin enterarse de qué iba la película.

—¡Es ella! —exclamé, sin poder evitarlo.

—¡Eh! Vamos dentro. Aquí no sabemos quién puede estar escuchando; aunque, aparentemente, no haya nadie a nuestro alrededor.

Asentí lentamente. Tenía razón.

—¿Alguien me puede explicar qué es lo que os tiene tan alterados? —preguntó la chica.

—Vamos adentro y hablamos de todo lo que quieras, Cam. Te lo prometo —aseguré, poniéndole el brazo por la cintura para que pasase.

Ella asintió en silencio y dejó que la guiase al interior, aún con el erizo en sus manos. Ovraal cerró la puerta y nos condujo a su salón.

—Sentaos, por favor —Nos pidió, señalando su enorme sofá negro de terciopelo—. Voy a por algo de té, vampírico y para

ángeles negros. No te preocupes, príncipe.

Cam se sentó en el sofá y dejó al erizo en el suelo para que corretease libremente. Este se acercó a olisquearme los pies.

—Parece que le gustas —afirmó.

Parecía tratar de rebajar la tensión que había en el aire. Y decidí imitarla.

—¿Lo puedo acariciar?

—Claro, siempre y cuando te acepte y no te ataque —Me guiñó un ojo.

No sabía si lo decía en serio o me estaba tomando el pelo. Así que acerqué la mano con cuidado hacia el erizo. Este se puso boca arriba mientras me observaba expectante. Todo su vientre, de pelo negruzco, había quedado al descubierto, libre de pinchos. Le rasqué la tripita con cuidado. Emitió un ruidito que parecía de alegría.

—Definitivamente, te adora —concluyó Cam con una amplia sonrisa.

— ¿Y quién no? —Le vacilé elevando ligeramente las cejas.

Cam suspiró ruidosamente y se llevó una mano a la cara en un claro gesto de «lo que hay que aguantar». En ese momento Ovraal reapareció con una gran bandeja de plata y tres grandes tazas humeantes; cada una con un animal oscuro diferente trazado en la porcelana.

—Toma Zephyran, una gran taza de té de frutos del bosque para ti, con ciervo incluido —Dejó la taza, con el elegante ciervo en su porcelana, apartada a un lado en la mesa—. Y para Camille, té sangriento procedente del mismísimo cérvido en un recipiente de zorro.

—¡Maravilloso! —exclamó Cam, mientras dejaba la bebida junto a ella. Y no me pasó desapercibido cómo se había tensado por unos segundos.

Ovraal se acomodó en el sofá, junto a Cam, con su propia taza en las manos. Me senté en el lado que había quedado libre y le di un sorbo al té; sin olvidar nada de lo que quería comentarle a aquel vampiro. Reparé en que ella no había tocado el suyo; quizás estaba nerviosa o tenía miedo. Debía de haber pasado mucho tiempo sin beber sangre, y ahora tenía que estar sufriendo las consecuencias.

—Delicioso, muchas gracias —Miré a Ovraal y me giré hacia Cam—. Si has tomado sangre recientemente, no deberías de tener ningún problema ahora.

—Hazle caso al príncipe. Ha leído mucho sobre las razas que pueblan este mundo.

La vampira dudó unos instantes. Hasta que finalmente mojó los labios en la taza. Comenzó a beber, sin incidentes.

—Gracias. Y ahora, ¿podéis explicarme qué es lo que está pasando?

Se recuperaba rápido. Y yo iba a aprovechar para mantener con Ovraal la charla que teníamos pendiente; aunque Cam ya me había resuelto por sí misma parte de las incógnitas que habían habitado en mi cabeza.

—Camille me ha confesado que llegó hace poco a Dusterkeit. Agradezco mucho su plena confianza en mi persona —Vi como ambos intercambiaban una mirada fugaz—. Y, después de lo que he visto, estoy prácticamente seguro de que ella es la hija perdida de Ahrienia y él —Señalé a Seika, que estaba haciéndose una bola de pinchos y rodando de un lado a otro del sofá—. Es el erizo que desapareció con ella.

—Estás en lo cierto príncipe, ella es su hija. Y yo prometí a su madre que la protegería. Por eso, cuando llegó el día, fui a buscarla al mundo humano, donde estaba oculta; y ahora está conmigo.

Aunque no me quedaban dudas, la confirmación de mi teoría hizo que me volase la cabeza. Llevaba casi veinte años desaparecida; y ahora la tenía ante mis ojos. La hija perdida de Ahrienia; la salvadora de la que me habían hablado los vampiros videntes: «Ella es la Salvación y la Perdición del pueblo al mismo tiempo. Encuéntrala antes de que lo haga el enemigo». Sus palabras retumbaban en mi cabeza como un mensaje grabado a fuego. Por eso ella sentía que se iba a volver loca cuando intentaba usar su poder; tenía que ser uno de los grandes, un poder primigenio. Era la heredera de la magia de Ahrienia, aunque la suya propia aún estaba por descubrir.

Y encima era mi aishiteru. Algo en lo que intentaba pensar lo menos posible; no estaba preparado para asimilar lo que aquello

conllevaba. Aquel magnetismo seguía poblándome hasta las entrañas. Más adelante; pensaría en ello más adelante.

—Lo sabía —expresé lentamente—. Hay que cuidarla bien. Es peligroso que ande por ahí ella sola.

—Bienvenido a mi mundo, querido. Has llegado a la misma conclusión que llegué yo antes de que pusiese un pie en estas tierras —respondió Ovraal en tono serio.

Capítulo 18. Cambio de planes



Camille

Dos chicos sobrenaturales empeñados en protegerme. Sonaba tanto a las novelas que antes podía leer; y se había convertido en mi vida real. Sé que muchos dirían, ¿por qué narices no les preguntas la razón de que seas tan importante? No era capaz, me daba miedo la respuesta. Ovraal había dicho que no podía regresar a casa y que ellos me necesitaban. Y yo aún no sabía ni cuáles eran mis poderes. Tan solo era una vampira con problemillas de autocontrol con la sangre, que no tenía ni idea de cómo usar su propia magia.

Sí, le había dado un sorbo al té, bastante largo, y no había habido consecuencias. Pero, ¿hasta cuándo? La voz de Zep me devolvió a la realidad.

—Ovraal, deberías saber que, desde hace un tiempo, he comenzado a tener visitantes no deseados en Palacio; algunas noches se presentan. Nunca les había visto la cara; no se dejaban ver, ni tampoco se llevaban nada. Era como si nos estuviesen vigilando, espías quizás. Pero hoy, eso ha cambiado…

—Así que, por eso dijiste que no era nada nuevo. Ya había sucedido más veces. Y nunca los habías visto, ni habían hecho nada… —contesté asustada.

Un escalofrío me recorrió la columna. Llegué a una terrible conclusión, la misma que el príncipe verbalizó a continuación.

—Creo que estaban buscando a Camille. Saber que es la hija de Ahrienia me lo ha dejado aún más claro. Uno de ellos, un monstruo, nos atacó; pero el otro, un vampiro negruzco que más bien parecía un muerto viviente, se acercó hasta ella y pronunció su nombre sin conocerla de nada. Después se esfumó, sin atacarnos. Muy sospechoso. He mandado a mis guardias inspeccionar el palacio de arriba abajo; aunque no confío en que descubran nada, vistos los antecedentes.

Ovraal le dio un gran trago al té antes de responder.

—Estoy de acuerdo contigo principito; están buscando a Camille. Y ahora saben que ha regresado —Apretó con fuerza la jarra; la ira empañaba su tono, casi siempre alegre—. Desconocía que había visitantes indeseados en Palacio. De haberlo sabido, te habría instalado salvaguardas mágicas. Ahora, más que nunca, debería hacerlo. Hay que evitar que vuelvan a entrar.

Salvaguardas mágicas. Sí, por favor. Eso sonaba muy bien. No quería volver a sentirme así de indefensa. Esperé en silencio a ver que decía el ángel.

—Me parece perfecto. Perdóname por no habértelo dicho antes. He estado muy ocupado en los últimos días. ¿Cuándo vendrás?

—Si solo vienen de noche, es mejor no enseñar nuestras cartas. Mañana en el antelunio, si te parece.

—Hecho. Daré parte esta noche a todo el mundo de que irás. Así te dejarán pasar y hacer lo que creas pertinente. Por cierto, ¿en qué estabas pensando al entrenar a Camille en el Valle de la Muerte?

No quería volver allí. Se me puso mal cuerpo al recordar a los monstruos y a las horribles flores de aquel desierto.

—Estaba desértico, era ideal para que no hubiese daños colaterales. Fue un fallo grave no contar con la posible tormenta. Aunque ahora, sabiendo que la están buscando en estos momentos, no me agrada lo más mínimo llevarla ahí.

—Los infernios se sellaron hace milenios en el territorio entre el río Ghost y el río Blood por algo. Un vampiro mago experimentado, como tú, puede campar a sus anchas por allí sin ningún problema; pero no parece el lugar ideal para una vampira novata que aún debe conocer su propio potencial.

Así que aquellos monstruos se llamaban infernios y estaban atrapados en esa área. Nota mental: «no volver a acercarme nunca más al territorio entre aquellos dos ríos». Aunque, pensándolo mejor, si ya antes no me dejaban sola, después de los recientes acontecimientos mis probabilidades de estarlo eran nulas.

—A mí tampoco me gusta la idea de entrenar allí —Intervine por primera vez, en un tono apenas audible.

—Por eso quiero haceros una propuesta, ¿qué os parece que a partir de ahora Camille entrene en el Palacio de las Tinieblas? Tengo salas de entrenamiento bastante grandes; podemos usar una de ellas y nadie más nos molestará.

Ovraal me miró, como si quisiese saber primero mi opinión.

—A mí me parece que suena muy bien. Mucho mejor que el Valle de la Muerte.

—Pues no se hable más. ¿Cuándo puede ir allí a entrenar? Las salvaguardas seguramente funcionen sin ningún tipo de problema; pero, en lo que comprobamos que es así, creo que lo mejor es que pelo gris solo pise el palacio en el antelunio, por si los murciélagos.

—Me parece bien. Hasta que verifiquemos que las salvaguardas son seguras, los entrenamientos tendrán lugar únicamente en el antelunio. En principio, podemos entrenar por las mañanas; si a Cam le parece bien.

—Un segundo, ¿podemos? ¿Voy a entrenar contigo?

—Claro. Yo mismo te entrenaré, si no te supone ningún problema. Como te dije, quiero ayudarte a encontrar tu poder.

—Pero alteza, ¿estás seguro? Tú tienes muchas obligaciones de las que ocuparte en Palacio. ¿Y quién va a enseñarle a manejar los poderes vampíricos? Porque, no te ofendas, pero tú eres un ángel negro y, por ejemplo, careces de superfuerza y supervelocidad.

—No me ofendes —aseguró Zephyran con una amplia sonrisa. Aquello parecía divertirle—. Yo le ayudaré con los poderes que no son específicos de vampiros; para eso no hace falta ser de su especie. Con respecto a los otros, una amiga vampira de confianza de la familia le ayudará. Hablaré con ella; estoy seguro de que no tendrá ningún problema. Últimamente, cada vez que la veo, me comenta que le falta diversión en sus días en Palacio.

—¿Vive allí? —pregunté perpleja, sin poder evitarlo. No es que me importase. Hasta hace nada ni siquiera soportaba al príncipe; pero quería saber con qué clase de persona iba a entrenar.

—Claro, tiene su propia habitación dentro del palacio de las Tinieblas. Es la que se encarga de diseñar y tejer los vestidos de mi madre, la reina.

Abrí la boca de par en par. Era lo último que esperaba oír.

—Vale, entrenaré con vosotros. Yo confío en ti.

—¿Seguro que es de fiar? —preguntó Ovraal.

—Por supuesto. Me tomo la seguridad de Cam tan en serio como tú. Bueno, después de lo del Valle de la Muerte, es cuestionable —agregó. Y capté el tono burlón con el que lo dijo.

—Muy bien —aceptó el vampiro—. Queda en vuestras manos. La quiero de vuelta cada día de una pieza.

—Eso está hecho, brujo.

Acababa de llegar a la ciudad de Noctis, y ya iba a pasar más tiempo con el príncipe del que seguramente pasaban muchos de sus habitantes. Además, iba a conocer a una de sus amigas que vivía en Palacio. ¿En serio? No daba crédito a cómo estaban sucediéndose los acontecimientos. Aunque lo que me inquietaba, y revolvía el estómago, era el hecho de pensar que me estaban buscando.

—Ah, una cosa más y ya os dejo descansar —añadió el ángel—. Ovraal, me gustaría contar con toda la información que tengas acerca de los poderes de Cam, para así prever con qué podemos encontrarnos. Tengo la sospecha de que sabes algo; y por eso la llevaste al Valle de la Muerte, donde nadie podía sufrir las consecuencias.

No tenía claro si estaba preparada para la respuesta, pero la curiosidad era más fuerte que otra cosa. Por tanto, me mantuve en silencio esperando la contestación del vampiro. Tardó en llegar, como si estuviese eligiendo las palabras adecuadas. Le di un trago al té; la sangre ya se había enfriado, como un presagio de lo que estaba por venir.

—Es solo una teoría —comenzó, rompiendo su silencio por fin.

—Son mis favoritas —habló el ángel, con una nota de comicidad en su voz.

—Bien. Sospecho que Camille tiene el don de modificar sus células; pero no solo las suyas, sino también las de los demás. Cuando sintió su poder por primera vez… —Parecía que le costase revelar lo que iba a decir a continuación, y sabía por qué; me había leído los pensamientos—, le leí la mente. De verdad que lo siento, pelo gris; pero quería saber lo que tenías dentro para poder entender a qué nos enfrentábamos. Incluso antes de leértela, intuía que tu poder sería algo grande, ya que eres la hija de Ahrienia; pero, cuando entré a tus pensamientos, la fuerza de lo que había dentro…, me dejó sin palabras.

—¿Y, cómo leyéndome la mente supiste todo eso? No es algo que yo pensase —Intervine, evitando pensar demasiado en lo que había hecho. Era pasado, y ya había decidido que le perdonaría. Era una conversación pendiente para después.

—Porque eso que sentiste, como si todas tus células te llamasen al mismo tiempo, era el ADN de cada una de ellas invitándote a usarlo, a modificarlo. En otras palabras: creo que tu poder es la modificación del ADN celular.

—Todas te llamaban, porque todas tienen ADN —Caviló el príncipe.

Ovraal asintió lentamente. Yo aún estaba procesando lo que me acababan de soltar sin ningún tipo de filtro. El ADN, el material genético de las células, el que dicta cómo han de ser. ¿Estaba diciendo en serio que yo era capaz de modificar eso? Traté de centrarme en sus palabras, a pesar de lo que estaban causando en mí.

—¿Y por qué dices que también puedo modificar el material genético de los demás?

—Eso es solo una suposición.

—¿En serio crees que puedo manejar algo tan importante, y ya no en mí, sino en los demás, a mi antojo?

Me negaba a pensar que yo pudiese jugar con eso. Al menos, no hasta que lo viese con mis propios ojos. Mis colmillos asomaron entre mis labios como en un acto reflejo, recordándome que ahora todo había cambiado. Era una vampira. En realidad, siempre lo había

sido; otra cosa era que acabase de descubrirlo hacia, relativamente, poco tiempo.

—Sí, eso mismo he dicho, pelo gris. Tampoco esperaba menos de ti siendo la hija de Ahrienia, cuyo poder primigenio fluía con fuerza por sus venas. No es algo hereditario; pero estaba escrito en los hilos del destino de alguna manera.

—¿El poder de mi madre era primigenio? —pregunté, totalmente sorprendida.

—Así es. Sus dotes de curación alcanzaban una magnitud de poder envidiada por muchos. Mientras estuvo viva hizo grandes cosas por la gente de este país. Ningún sanador ha igualado su magia jamás.

Sentí como una espina se me clavaba en el pecho, al no recordar cómo era mi verdadera madre. Era muy pequeña la última vez que la había visto. Por más que me esforzaba, ninguna imagen venía a mi mente.

—Y, si tan poderosa era, ¿por qué no se curó, impidiendo que la matasen?

—Querida, hay heridas tan profundas que ni siquiera la magia de curación más poderosa puede restaurar.

Aquello me tocó el corazón. Algún día descubriría quién había sido el ser que la había matado. Algún día aprendería a usar mis poderes y yo misma iría a por él, para hacerle pagar por lo que le había hecho a Ahrienia, a mi verdadera madre. Una nueva oleada de pena me recordó lo mucho que echaba de menos a mis padres en Noruega, a los que no volvería a ver jamás.

—Creo que quiero descansar un poco —admití.

Sabía que los vampiros no necesitaban dormir; pero yo me había creído humana hasta hacía muy poco tiempo. En esos momentos, lo único que me apetecía era encerrarme en el cuarto que Ovraal me había prestado, y que podía empezar a llamar mi habitación, para darle vueltas a lo que me habían contado hasta quedarme profundamente dormida. Sin olvidar que tenía una conversación pendiente con el vampiro, que tendría lugar en cuanto se fuese el príncipe. Después podría dormir.

—Es normal. Este mundo, y sus complicaciones, son nuevos para ti —opinó Zep, que llevaba un buen rato callado—. No te preocupes; descansa. Mañana empezaremos con el entrenamiento.

—Gracias por todo. No tenías por qué ayudarme; debes de tener mejores cosas que hacer, y aun así…

¿Por qué no me había dado cuenta antes de lo bueno que parecía el príncipe en realidad? No volvería a hablarle como al principio, no se lo merecía.

—Es un placer para mí —Hizo una pequeña reverencia.

¿Y por qué tenía que inclinarse ante mí? La última vez todo el mundo se nos quedó mirando en medio de Noctis. Ovraal, que era el único espectador, sin contar con Seika, dejó escapar una risita por lo bajo. En realidad, el erizo no contaba; en algún momento de la conversación se había hecho una bola y parecía dormir plácidamente. Este mundo también debía de ser nuevo para él. Lo que daría por saber qué estaba pasando por su cabeza.

Tras una pequeña conversación, aclarando exactamente cuándo nos reuniríamos al día siguiente en la entrada del palacio, el ángel negro abandonó la casa de Ovraal. Sentí una especie de pequeño vacío en mi interior en ese momento. Rápidamente lo ignoré y decidí dejar resuelta la conversación pendiente con el vampiro; estaba demasiado cansada como para pensar en algo más.

—Antes de irme a la habitación, me gustaría hablar contigo.

Ovraal había fijado sus ojos verde bosque en mí, expectante. No contestó nada, así que seguí hablando.

—Quería decirte que tenías razón. Sé que hiciste todo por mi bien, intentabas protegerme y proteger a los demás de…, ya sabes…, una vampira descontrolada.

El brujo me dedicó una amplia sonrisa; sus colmillos asomaron.

—Actué en caliente y no me paré a pensarlo; solo podía ver que habías profanado mi privacidad.

—Es entendible, Camille —Su voz sonaba sincera—. No debí habértelo escondido, ni tampoco haberte controlado sin tu permiso. Pensé que, si no te contaba mis poderes de entrada, sería menos intimidante para ti y facilitaría que confiases en mí y en que no iba a hacerte daño.

—Quizás con eso último tengas razón —admití—. Si hubiese sabido desde el minuto cero que podías colarte en mi mente y controlarme, no habría podido llegar a estar cómoda contigo. Ahora que confío en ti, es diferente.

Algo parecido a la tristeza pareció empañar sus ojos por unos segundos. No pude vislumbrar qué era, porque sus iris rápidamente recuperaron su brillo de comicidad característico. Tener tanto poder, para alguien con un carácter como el suyo, debía de ser difícil de llevar a la hora de relacionarte con los demás.

—Eso es, pelo gris.

—Tengo que admitir que no me gusta nada que me controlen. Aunque si se hace necesario, porque crees que voy a hacerle daño a cualquier criatura o destrozar una ciudad… —Aporté, tratando de sonar graciosa—. ¿Me prometes que no volverás a controlarme sin pedirme permiso primero?

—Te lo prometo.

Alzó la mano y la dejó en el aire a escasos centímetros de la mía. Capté lo que pretendía. Atrapé la suya con la mía y le di un ligero apretón.

—Tampoco volveré a leerte la mente sin señales de que quieres que lo haga —afirmó sin soltar mi mano—. Puedo elegir cuándo la leo y cuándo no, y sentía la necesidad de hacerlo para saber qué pasaba por tu cabeza y cómo ayudarte. Acababas de llegar; quería hacértelo todo más fácil.

Ya no volvería a entrar en mi cabeza sin que le diese permiso; eso me alivió mucho. También quedaba explicado el hecho de que no hubiese hecho comentarios de todos mis pensamientos; solo había leído algunos.

—Me parece bien —zanjé el tema—. Y oye, una cosa más, ¿por qué en el Valle de la Muerte tus ojos se volvieron verde esmeralda cuándo estábamos rodeados por aquellos monstruos?

—Ah, eso. Cuando controlo la mente de cualquier criatura, mis ojos cambian de color.

—¡Es increíble! Y hablando de controlar la mente, ¿puedes hacerlo siempre que quieras?

—Tengo que estar mirando fijamente a los ojos de quien quiera manejar, si no, no funciona. Todo poder tiene sus grietas, pequeña vampira.

—Cuando me viniste a buscar a Noruega, al mundo humano. Recuerdo que parecía que Seika se había quedado tonto, ¿lo controlaste?

—No, para nada. Usé un hechizo de aturdimiento con él. También puedo hacer hechizos. Por eso me llaman vampiro y brujo.

—Y vuelas, porque caíste del cielo —añadí. Dispuesta a desvelar las incógnitas que me quedaban en la cabeza.

—Algo parecido. En realidad, lo que hago es usar el poder de la mente para volar.

—¿Y eso lo pueden hacer todos los vampiros? ¿Yo también puedo? —pregunté, imaginándome volando. Cantidad de veces había soñado que volaba. Esa libertad… Me encantaría poder hacerlo.

—Lamento ser yo el que rompa tus ilusiones; pero eso es algo que va implícito con mi poder. Ya veremos las cosas que esconde tu magia, cuando aprendas a usarla.

—¡Oh, vaya! Tendré que aguantarme entonces. Ojalá llegue pronto ese día en el que pueda sentirme una más.

—Ya lo eres, Cam. Solo que tienes que aprender a usar tu poder. Todos hemos tenido que hacerlo alguna vez. Nadie nace aprendido.

—Supongo que lo que dices tiene sentido.

Un rápido vistazo a mi interior me recordó que, de alguna manera, ese mundo también me aceptaba como una parte de él. Este cálido magnetismo, de alguna manera, era reconfortante. Podría preguntarle a Ovraal al respecto, pero no le di ninguna importancia. Era algo mío.

—¿Ya he saciado toda tu curiosidad? Pensaba que estabas cansada. ¿O es que solo querías echar al apuesto príncipe Zephyran de casa? —preguntó con retintín.

—He terminado con mi interrogatorio. Al menos por el momento. Y yo no quería echar a nadie —Le di un golpecito en el hombro—. No podía irme a la cama sin hablar antes contigo de todo.

—Lo sé, solo me apetecía tomarte el pelo un rato. Vamos, te acompaño a tu habitación.

Se levantó y comenzó a andar. Recogí a Seika del sofá; ni se inmutó, seguía durmiendo. El vampiro me abrió la puerta del cuarto y se quedó sujetándola hasta que me senté sobre la cama. Dejé al erizo en un cojín gigante y mullido, con forma de murciélago, que era su cama.

Entonces reparé en el gran espejo. Me devolvía mi reflejo. Aún no me acostumbraba al aspecto marmóreo de mi piel. Me toqué con cuidado los colmillos, sintiendo como Ovraal me escrutaba con la mirada. Un momento; los vampiros no pueden reflejarse en el espejo. ¿Por qué yo sí y por qué no me he hecho esta pregunta antes?

Me acerqué hasta Ovraal y tiré de él hasta colocarlo justo delante del espejo, para ver qué pasaba. Junto a mi imagen estaba… No había nada. El brujo no se reflejaba en el espejo; y además tenía uno en su casa, ¿para qué? ¿Qué estaba escapándoseme? Fijé mis ojos en los suyos en busca de explicaciones.

—No me mires así. No tengo ni la menor idea de por qué puedes verte reflejada en el espejo.

—Sin embargo, tienes uno en casa, ¿por qué? ¿Y cómo que no tienes ni idea de por qué puedo verme reflejada?

—Porque puedo verme en el espejo por medio de un hechizo.

Dio un chasquido con los dedos, y vi cómo su figura aparecía al lado de la mía. Le cogí el brazo y comencé a movérselo para comprobar que su imagen hacía lo mismo que él. Y así era.

—Vale, pues tienes razón. ¿Lo mío no es parte de un hechizo?

—No hay ningún hechizo sobre tu cuerpo.

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —Insistí, señalando mi rostro en el cristal.

—Es raro sí. Los vampiros, de primeras, no pueden ver su reflejo. Pero no tengo la respuesta, pelo gris. Cálmate.

—No te sorprendiste cuando me vi reflejada en el espejo por primera vez.

—Después de milenios pocas cosas me sorprenden. Pero, si alguien te pregunta por ello, di que es un hechizo que Ovraal ha

puesto sobre tu cuerpo. Porque la gente teme aquello que no comprende, y no vamos a arriesgarnos a llamar más la atención.

No me podía creer que un vampiro que había vivido durante milenios no tuviese una respuesta para eso. Tenía la sensación de que me estaba ocultando algo; y no tenía pinta de querer contármelo. No tenía más que analizar sus últimas palabras para estar aún más segura de ello. No me apetecía discutir; ya había prolongado demasiado la hora de ir a dormir y acabábamos de hacer las paces.

Tras asegurarle que diría lo que me había indicado si alguien preguntaba, me despedí de él y me tumbé en la cama, dejando escapar un largo suspiro. Había tantas cosas en mi cabeza que no sabía ni por cuál empezar. Alguien con malas intenciones me estaba buscando; lo cual me preocupaba, y mucho. Cuando Ovraal me recogió, me dijo que ellos me necesitaban. No quería indagar en esa parte, me aterraba la respuesta.

Por otro lado, estaba mi poder. Según el brujo, podría modificar mi propio ADN y también el de las demás criaturas. Sonaba a una gran responsabilidad. ¿Sería esa de verdad mi magia? Hasta que no aprendiese a controlarla no obtendría la respuesta. Y lo del espejo…; definitivamente, no quería pensar en lo del espejo.

Al final caí en el reino del sueño. Esa noche soñé con monstruos sin ojos, como el que nos había atacado en el palacio. Multitud de ellos. Y vampiros de color oscuro, como si les hubiesen robado la vida de su cuerpo. Huía y chillaba todo lo que podía. Unas grandes alas negras emergieron de mi espalda; eran membranosas, y algo parecidas a las de los murciélagos. Me elevaron en el aire sin que yo tuviera control sobre mis movimientos, planeando de un lado a otro sin ningún rumbo. Mientras las criaturas bajo mis pies atacaban a Zep, que había aparecido de la nada. Chillé y chillé, hasta despertarme sobresaltada.

Me miré la espalda con el corazón a mil por hora. Ni rastro de alas extrañas. Y Zep; seguro que estaba bien. Solo había sido una horrible pesadilla.

Capítulo 19. Un reino de pesadillas



Haguddrac

En algún lugar de Dusterkeit, alejado, o no tan alejado como uno pudiera pensar, habitaba el ser cuya magia todos temían. Aquel cuyo nombre había sido diluido por el tiempo. Pocos lo conocían, pues poca era la gente que se atrevía a nombrarlo. La consecuencia solía ser la muerte. Los que aún conservaban su nombre en la memoria, no se atrevían a pronunciarlo en voz alta. El tirano perpetuaba el terror que inspiraba desde tiempos inmemoriales. Haguddrac.

Hasta ahora se había limitado a mantener su reinado de terror. En un reino de pesadilla ubicado en un lugar del mapa donde pocos se atrevían a poner los pies. Quien osaba hacerlo no regresaba jamás a su hogar. A este soberano le habría bastado con lo que tenía, pues nadie lo molestaba; sin embargo, no se había quedado de brazos cruzados. Había ideado su propio plan maestro, cuyos hilos ya habían comenzado a hacer sentir sus consecuencias sobre el país.

Un relámpago partió el cielo sobre el Castillo Finisternis e iluminó, por un momento, aquel lugar sumergido en las tinieblas; lo siguió un trueno, que hizo retumbar sus paredes de pirita. Bajo ellas se encontraba el hogar de un rey sin corona. En realidad, sí que tenía

corona; pero pocos eran sus súbditos, sus fieles seguidores, a los que había embaucado para seguirlo. Eso, si teníamos en cuenta solo a las criaturas con un corazón en el pecho. Las que no, las que parecían salidas de una película de terror…; esas eran otro cantar.

Haguddrac se hallaba sentado en su gran trono, hecho de mármol negro, con grandes incrustaciones de rubí a lo largo de toda su superficie. Si alguien se parase a observar aquellas piedras preciosas, podría ver cómo parecía haber caras agónicas encerradas en su interior. Como si fuesen el recuerdo de los perdidos rostros de las criaturas cuyos cuerpos había consumido con su poder de destrucción; cosa que a él no le importaba lo más mínimo.

El cruel rey observaba como su gran arácnido oscuro se paseaba por el salón del trono. Sus patas afiladas podrían dejar agujeros en el suelo, de no ser por la ligereza de la criatura. Tan ligera, sobre sus veinte pares de patas, como letal; tenía un ligero parecido con las arañas del mundo humano, pero estaba muy lejos de ser como ellas. Aburrido, atrapó a un murciélago oscuro que se había colado por la ventana, quizás huyendo de la tormenta, y se lo lanzó a la criatura.

—Amvrila, ha llegado la comida.

Su grave voz retumbó en la estancia, mientras lanzaba al pobre murciélago en dirección a las fauces del arácnido, como si de un bumerán se tratase. Con tal fuerza que el mamífero no pudo maniobrar para escapar. Los ocho negros ojos de la criatura se volvieron hacia su presa. Alzó una pata en el aire, la ensartó y se la llevó a sus enormes fauces. Se escuchó el eco de un crujido por toda la estancia.

Cuando se cansó de observar al animal, desvió su mirada al tatuaje que cubría su brazo por completo. Ese tatuaje… Esa tinta… Ahrienia había sido una ingenua. Dos golpes secos en el gran portón del salón del trono lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Quien quiera que sea, que pase! —exclamó. Tan alto que el eco retumbó por las paredes de la estancia.

Los dos guardias del otro lado de la puerta abrieron al instante; era mejor no pensarse dos veces una de sus órdenes. Un vampiro de piel negra como el carbón, una pequeña parte de su ejército de

pesadillas, apareció en el umbral. Caminó con lentitud en dirección al trono. El tirano comenzó a perder la paciencia.

—Ve a la maldita velocidad máxima que sé que puedes alcanzar en el tramo frente a ti. No tengo todo el día.

El vampiro aceleró y, en unos segundos, llegó lo más cerca del trono que a los súbditos se les permitía sin un permiso expreso. Alzó la cabeza para contemplar a su rey sobre las decenas de escalones que los separaban.

—¡Oh Gran Rey! —Le tembló la voz y se arrodilló ante él.

—¿Tienes algún dato que pueda ser de mi interés? Uno que justifique que hayas osado molestarme a estas horas de la noche.

—Sí, Gran Rey —respondió, aún con la cabeza contra el suelo.

—Bien, ahora lo valoraremos. Sube hasta quedarte a cinco escalones de mí —Ordenó.

El vampiro hizo lo que le decía.

—Gran Rey, mi compañero y yo hemos descubierto que Camille está en el palacio de las Tinieblas. Estaba acompañada del Príncipe Zephyran.

—¿Y dónde está el inútil sin cerebro que mandé como compañero tuyo? —rugió.

—El príncipe lo mató, Gran Rey.

Los ojos rojos del rey oscuro refulgieron; tanto que el magma parecía pasearse por sus iris. La ira pobló sus entrañas. Todas las criaturas del ejército de las pesadillas que mandaba al palacio a vigilar debían cumplir una norma que, para él, era muy sencilla: no ser vistos. Nadie debía sospechar nada de lo que estaba tramando, de a quién estaba buscando.

—¿Os han visto vampirucho? —preguntó, levantándose y dando un fuerte golpe sobre el mármol del trono.

El arácnido emitió un chirrido en respuesta.

—Sí, Gran Rey. Pensábamos que… —El cuerpo le comenzó a temblar.

—Pensabais nada —le interrumpió—. Sois una panda de incompetentes. Y sabéis que no tolero una sola desobediencia por vuestra parte.

El vampiro guardó silencio.

—Espero que la chica no se haya enterado de que la estabais buscando. ¡Amvrila! —llamó al arácnido.

La criatura correteó en su dirección. Las patas resonando fuertemente contra el suelo. El vampiro se tensó sabiendo que no podía mentir. Amvrila era capaz de sacar la verdad que cualquiera de ellos se atreviese a esconder; por métodos que podrían perfectamente clasificarse como tortura, incluso para seres sin corazón como él.

La verdad era mejor para aquel ser que dejar que Amvrila le pusiese sus afiladas patas encima.

—No he pronunciado una palabra, Gran Rey. Solo dije su nombre al verla.

—Veamos si es eso cierto. Amvrila, sácale la verdad de su interior.

En un visto y no visto, el arácnido empujó al vampiro sobre las escaleras y le ensartó las extremidades contra ellas usando cuatro de sus patas. Su presa no podía dejar de temblar, pero no pronunciaba palabra; sabía lo que pasaba si se desafiaba a su rey. Amvrila abrió sus enormes fauces y un líquido negruzco comenzó a caer en dirección a los labios del vampiro.

—Abre la boca, si no quieres que yo mismo te destruya —ordenó el otro.

El vampiro obedeció sin rechistar. Y el líquido penetró en su interior, hasta comenzar a caer por su garganta en dirección al estómago. Aquello era como saborear la muerte con la boca. Y entonces, la voz del arácnido, la que solo poseía cuando usaba su poder, retumbó por toda la estancia. Una voz rasgada de ultratumba que no provenía ni siquiera del interior del animal.

«Oh Gran Rey Haguddrac, este individuo dice la verdad. Su compañero sin ojos atacó primero al príncipe y a la vampira. Él llegó después, cuando ya tenían a su compañero atrapado en el aire con los poderes del príncipe. La chica no parecía saber usar su poder aún, no hizo nada de nada. Él apareció por detrás, aprovechando que estaban distraídos, para poder ver mejor a la vampira y asegurarse de que era aquella a la que buscas, Camille. Y no pudo evitar pronunciar su nombre en su cara. Después corrió a velocidad

vampírica para que nadie lo viese. No volvió a ver a su compañero y está seguro de que el príncipe lo mató».

—¿Ves cómo se relatan los acontecimientos? Así debiste haberlo hecho. Me habéis desobedecido. El otro desgraciado tiene suerte de haber muerto; pero tú, pagarás por ello.

El vampiro trató de escapar del amarre de Amvrila; sin éxito. Se escuchó como su piel se rasgaba con su propio movimiento. Sabía cuál era su castigo; la desobediencia en aquel reino infernal se pagaba con la muerte.

El rey se acercó lentamente en dirección al vampiro, hasta rozar el pelo de su súbdito con los pies. Amvrila comenzó a salivar; las gotas caían sobre el rostro del ser indefenso. Los guardias observaban la escena desde las puertas, impertérritos; ya estaban acostumbrados.

Haguddrac se agachó y tocó con sus manos la cabeza del vampiro. En ese preciso instante, un dolor agonizante cruzó su cuerpo indefenso y le hizo chillar durante el tiempo que duró la tortura. Todas sus células sucumbieron a la onda de poder destructivo que las había penetrado, muriendo una detrás de otra conforme eran alcanzadas. Hasta que solo quedó un guiñapo inerte a los pies del tirano.

—Eso es lo que pasa cuando me desobedecen —clamó. Otro trueno lo siguió. Sus ojos se encontraron con los ocho de su mascota infernal—. Puedes comértelo.

El bicho lo devoró en un santiamén. Y pronto comenzó a corretear de nuevo por la estancia, como si nada hubiese pasado. Sin pistas de aquel asesinato, que a muy pocos les importaría. De todas maneras, el vampiro de piel oscura era una criatura sin corazón, cuyo estado se asemejaba más al de un muerto viviente que al de un ser vivo. Una vez lo fue; y dejo de serlo, para dar paso a otra cosa en su interior.

Pronto todo iba a cambiar, pues la vampira a la que estaba buscando había vuelto a pisar las tierras de Dusterkeit. Hacía casi veinte años se le había escapado por un portal, gracias al sacrificio de Ahrienia, que había muerto protegiéndola. Eso le había costado

tener que esperar; sabía que volvería a pisar el país. Era necesaria para ambos bandos.

Antes, él mismo podría haberla instruido para que usase sus poderes. Cuando tan solo era una cría fácil de engañar, a la que no tendría que dar explicaciones. Sin embargo, ahora que había crecido e interactuado con sus enemigos, no colaboraría con él ni aprendería a manejarlos. No iba a conseguir nada de ella. Por eso, su estrategia hacía tiempo que había cambiado. Dejaría que los demás la instruyesen, que aprendiese a usar sus poderes, y, cuando estuviese preparada para él, iría a buscarla. La utilizaría para lo que él la necesitaba. Y de paso le sacaría información jugosa del príncipe y de los reyes.

Mientras llegaba ese día, tendría que vigilar desde las sombras.

Capítulo 20. Entrenamiento en el antelunio



Camille

Después de la horrible pesadilla que había tenido, se me revolvió tanto el estómago que opté por no desayunar, a pesar de la insistencia de Ovraal. Había dejado a Seika durmiendo plácidamente en su cojín de murciélago, con un cuenco con el desayuno a su lado para cuando despertase. Lo suyo siempre era dormir una maratón de horas seguidas.

Me encontraba de camino a Palacio, junto al vampiro, que no paraba de parlotear animadamente. Yo trataba de prestarle atención, de evitar que mi cabeza vagase a lugares a los que, en esos momentos, no me apetecía regresar. A la vez observaba las calles de la ciudad, que seguían siendo muy nuevas para mí.

No tardamos en alcanzar la Plaza de los Orígenes. Estaba repleta de vampiros y ángeles negros que caminaban en todas las direcciones. El ADN de la fuente se alzaba sobre todos nosotros; nunca dejaría de impresionarme aquella escultura, que parecía contener estrellas en su interior.

Cruzamos la plaza y llegamos a la entrada del palacio. Me paré, dudando si atravesar los jardines como si estuviese pisando

cualquier otra baldosa de Noctis. Ovraal se giró hacia mí y captó la duda en mi mirada.

—El príncipe nos ha dado el permiso para entrar, pelo gris. Podemos atravesar los jardines hasta llegar a la puerta. Seguro que nos está esperando allí; ya casi es la hora.

—Recibido. Tú primero —Insté moviendo las manos en dirección a la hierba verde azulada.

—Como desees.

Entró en los jardines y lo seguí; los guardias nos permitieron pasar sin problemas. Se me hacía muy raro estar ahí sin el príncipe. Pisar algo de su casa sin ninguno de los miembros de la realeza o, como mínimo, algún habitante de Palacio que nos condujese al interior. Pero, durante el trayecto, nadie vino a recibirnos. Caminé, tratando de vislumbrar alguna de las estatuas de fases lunares de las que me había hablado el príncipe, hasta que alcanzamos el gran portón de obsidiana. La fachada de estrellas titilantes.

—Como les gustan las estrellas a estos ángeles negros. Ya te habrás dado cuenta. El Castillo es una maravilla arquitectónica, eso hay que reconocérselo —comentó Ovraal.

—Creo que en este lugar a casi todos os gustan las estrellas. Vivís bajo su luz todos los días. ¿No te parece?

—Sí, tienes razón. Es una buena observación.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Llamamos a la puerta sin más?

—Efectivamente —contestó adelantándose.

El vampiro dio dos fuertes golpes sobre la obsidiana. Acto seguido, las puertas comenzaron a abrirse, dejando a la vista a los dos guardias, un vampiro y un ángel negro, que nos dieron la bienvenida.

—Su Alteza, el príncipe Zephyran, nos informó de que vendríais —dijo el ángel—. Camille y Ovraal, ¿no es así?

—Los mismos —contestó el brujo.

En ese momento, el propio príncipe apareció en el umbral de la puerta. Vestía un traje de cuero negro, que parecía específicamente

diseñado para combatir, con el escudo de Dusterkeit sobre el pecho derecho. Sus ojos zafiro se posaron en los míos.

—Buen antelunio —saludó con una amplia sonrisa. Y se volvió hacia mi acompañante—. Tengo que agradecerte, una vez más, tus servicios en Palacio. ¿Necesitas algo para instalar las salvaguardas?

—Solo mis poderes primigenios, Alteza.

El príncipe no dijo nada ante aquel apelativo, que tanto parecía odiar cuando venía de sus amigos. Tenía que ser por el escenario en el que nos encontrábamos. No estábamos en casa, era el mismísimo palacio de las Tinieblas, y delante de sus habitantes; quizás ese era el mejor trato.

—Buen antelunio, alte…

—Oh no, tú no por favor, Camille. Llámame Zep; no ha cambiado nada desde que te traje por Palacio anoche.

No me pasó desapercibida la mirada de perplejidad que le echaron los guardias. Aun así, quería que se sintiese cómodo conmigo; ya me había pasado con él bastante los días anteriores. Así que descarté la palabra «alteza» en lo más hondo de mi cerebro vampírico.

—Está bien, Zep —Le guiñé un ojo. Definitivamente, los guardias tendrían que acostumbrarse—. ¿Tus… guardias vieron algo anoche?

Para mí era apremiante en esos momentos saber si habían descubierto algo más de los ataques de la noche anterior. Eso y aprender a manejar mis poderes, para dejar de sentirme como una humana atrapada en el cuerpo de una vampira.

—Desgraciadamente no. No quedó ni rastro de lo sucedido. Al llegar, yo mismo peiné todo el edificio de arriba abajo en busca de pistas; pero estaba todo normal.

Después de lo que me habían contado anoche, tenía la corazonada de que me encontraría una respuesta similar. Aunque la esperanza es lo último que se pierde.

—Bueno no os preocupéis queridos —intervino el vampiro—. Me gustará ver si alguna de esas criaturas es capaz de sortear las maravillosas salvaguardas de Ovraal, una vez estén instaladas. Y hablando de ellas, será mejor que me ponga ya manos a la obra. Me

gustaría aprovechar para hacer unos recados por la ciudad, cuando termine.

—Te dejamos trabajar entonces; yo me llevo a Camille. Cuando finalicemos el entrenamiento, la acompaño a casa.

Uno de los guardias dio un respingo al escuchar la última frase. ¿Es que era tan raro? A todos ellos los trataba como a iguales. ¿Qué problema había con la confianza que tenía conmigo?

—¿Seguro? No quiero molestarte, ya estás haciendo bastante por mi pequeña amiga y por mí.

—Muy seguro.

—Está bien, te lo agradezco de todo corazón. Empezaré por esta fachada, así que me quedó aquí. Me va a venir bien la supervelocidad vampírica para recorrer todo el perímetro del palacio, e instalar las salvaguardas sin tardar una eternidad.

Nos despedimos de Ovraal, y el ángel negro me condujo al interior. Aproveché que no había guardias escuchando, y pegando respingos, para poder mantener una conversación normal con él.

—Oye, ¿seguro que no te importa acompañarme después? Todo esto de no poder ir sola a donde quiera es muy raro. Aunque no voy a oponer ninguna resistencia; entiendo que es peligroso para mí hacerlo.

—No me importa Cam, en serio. Cuando aprendas a manejar tus poderes podrás ser libre de ir sola dónde quieras. Por cierto, me da la sensación de que ya has solucionado las cosas con Ovraal.

—Sí, anoche hablamos. ¿Cómo lo has sabido?

—Percepción inmortal. Tenemos los sentidos más desarrollados, y captamos los detalles de la realidad de una forma mucho más aguda que los humanos.

—La verdad es que, en el tiempo que llevo aquí, lo he empezado a notar.

—Te acostumbrarás rápido; ya verás. Y luego te parecerá raro percibir la realidad de cualquier otra manera.

Continuamos hablando, mientras observaba las estrellas por los ventanales. ¿Era posible acostumbrarse a contemplar esa belleza de paisaje constantemente? Con Zephyran era sencillo comunicarse;

siempre parecía entender a la perfección cómo me sentía. El camino a la sala de entrenamiento se me hizo muy corto.

Se detuvo ante una puerta que parecía hecha de diamantes con grandes incrustaciones de zafiro, entre las que algunos minerales brillaban, como estrellas fugaces. Dos guardias custodiaban la entrada; nos saludaron y abrieron la puerta para nosotros.

—Bienvenida a la sala de entrenamiento más bonita de Palacio —anunció el príncipe, extendiendo el brazo hacia el interior para que pasase.

Atravesé el umbral y me quedé a escasos centímetros, sin saber muy bien a dónde moverme. La sala era enorme. Al fondo, una chica parecía estar esperándonos; estaba segura de que se trataba de la amiga de Zep. Pero no se movió al vernos.

Aproveché para mirar hacia arriba. Una gran bóveda llena de algo que parecían costelaciones, totalmente desconocidas para mí, cubría el techo de la antesala. Dos grandes columnas de un mineral azul lleno de puntitos, que parecían estrellas, presidían la entrada a la gran sala rectangular en la que estaba su amiga.

—El techo es precioso —suspiré sin poder contenerme.

—Son las grandes constelaciones que puedes observar en nuestro cielo, si prestas atención. Tómate el tiempo que quieras para verlas; no tenemos prisa.

E hice lo que me decía. Una de ellas, la más grande que estaba en el centro de la bóveda, parecía una hélice de ADN. También pude ver, dos alas, un pájaro, un colmillo, una flor y un lobo. Un sonido grave me sacó de mis pensamientos. Me volví, buscando su origen.

—Tranquila, es la puerta cerrándose, para mayor privacidad. Cuando queramos salir, la abrimos nosotros desde dentro.

—Ya veo —respondí volviéndome.

Frente a mí se encontraba la chica que hasta hace un momento estaba en el fondo de la sala.

—¡Buen antelunio, chicos! Me aburría esperando, prefiero ir allá donde se encuentre la diversión —Me guiñó un ojo.

Al igual que Zep, ella también llevaba un traje de cuero negro con el escudo real. Tenía el pelo de color azul claro, como el cielo del mundo humano, y lo llevaba anudado en una larga trenza sobre el

hombro. Sus ojos eran de color rosa claro, de la misma tonalidad que el cuarzo rosa, y su piel tan marmórea como la mía. La palpable evidencia de que era una vampira, junto con los colmillos que le asomaban ligeramente entre los labios. A pesar de sus rasgos pastel, parecía una chica dura, a juzgar por el tono de voz que había empleado.

—Nunca cambiarás —Rio Zep tras estrecharle la mano—. Camille, te presento a mi amiga Kaia.

—Encantada. Me gusta tu pelo —añadí sin poder evitarlo. En Noruega estuve tentada de teñírmelo de ese color en numerosas ocasiones.

—Gracias —agregó, poniendo un brazo en jarra—. Supongo que en el mundo humano no es algo común; eso dicen los libros de historia. Aquí hay infinidad de colores de pelo y de ojos.

¿Por qué había mencionado el mundo humano? ¿El príncipe le había contado mi historia ya? Tampoco me sentía lo suficientemente cómoda como para preguntárselo. Acababa de conocerla y me costaba fiarme de las personas. Aunque con Ovraal y Zephyran había sido bastante rápido; algo en ellos me había invitado a confiar con una facilidad asombrosa.

—Lo tendré en cuenta.

El ángel negro pareció notar algo.

—Oye Cam, espero que no te importe. Le he contado a Kaia quién eres y dónde estuviste desaparecida. Para el resto es un secreto; de momento es mejor que no sepan nada. No quiero que te agobien, ni que te pidan ninguna cosa.

¿Y qué iban a pedirme? Suponía que esa pregunta estaba englobada dentro de la que rezaba el titular de «Me necesitan en Dusterkeit». Y eso había quedado apartado en mi cabeza a un segundo plano, por el momento. Si Zep decía que Kaia era de fiar, no iba a enfadarme porque le hubiese contado mis secretos. Aunque yo aún necesitaba poder sentirme a gusto con ella.

—Lo entiendo, Zep. Confío plenamente en ti.

—Puedes confiar también en mí —aseguró Kaia, mientras jugueteaba con su trenza—. Soy una tumba. Y estoy segura de que seremos grandes amigas; pareces de mi estilo.

Sus palabras me reconfortaron de algún modo.

—Cam, hoy entrenarás conmigo —anunció el ángel negro—. Irás turnando las sesiones con nosotros, según el día. Kaia solo ha venido hoy para presentarse; tenía ganas de conocerte.

La aludida dejó de juguetear con el pelo por un momento, y sus ojos rosa refulgieron. No parecía que le hiciese gracia que se revelasen sus intenciones. Se pensó su respuesta.

—Me apetecía tomarme un respiro entre diseño y diseño. Y no me costaba nada pasarme a saludarte. Cuando entrenes conmigo, te enseñaré las características que nos diferencian a los vampiros de los ángeles negros, y verás lo útiles que pueden llegar a ser.

Tras una pequeña conversación con ella, se marchó a sus aposentos; dejándonos, al príncipe y a mí, totalmente solos en una sala enorme, que parecía más grande que las dos plantas juntas de mi casa de Noruega. La estancia en que me encontraba tenía grandes ventanales en uno de los lados; a través de ellos podía verse el jardín del Plenilunio. Y, algo lejos en la distancia, parecía que la hierba se perdía en un gran lago con una bola, que debía de ser la escultura de la Luna Llena.

—¿Eso de ahí es un lago con una escultura dentro de sus aguas, o me está fallando la vista? —pregunté, volviéndome hacia Zep.

—Te funciona perfectamente. La escultura de la Luna Llena se encuentra en el centro del lago. Podemos ir a verlo cuando quieras, de cerca es precioso.

—¿Es que todo en este palacio es así?

—Puede ser. A mis padres les gusta el arte que deja a las criaturas sin palabras. Ese que puedes contemplar durante horas sin cansarte, así es como querían que fuese su hogar.

—Pues parece que lo han conseguido. Oye, ¿y todas esas espadas? —pregunté, reparando en la cantidad de ellas que se extendían a lo largo de toda la pared tras nosotros.

—Son para aquellos que no se sientan seguros con su magia y quieran usarlas. Otros las utilizan como complemento, hay gente que combina estocadas con poderes.

—Curioso.

—Bueno, creo que es un buen momento para empezar a entrenar.

Me miró en busca de aprobación.

—Empecemos pues —respondí, tratando de no sonar muy nerviosa.

La última vez que había intentado usar mi poder en un entrenamiento… y lo poco que había sentido de él en la sala de música, no me transmitían nada de confianza.

—Tranquila, Cam. Todo saldrá bien —aseguró el ángel, dándome un ligero apretón en el brazo—. No permitiré que pase nada malo.

Una descarga recorrió mi brazo con su contacto. Debían de ser los niveles de estrés que recorrían mi sistema circulatorio.

—Gracias. ¿Qué tengo que hacer?

—Ovraal dijo que tu poder es la modificación del ADN celular. Independientemente de cuál sea, todo el mundo tiene una especie de puente interno con su magia. Nacemos conectados desde el nacimiento; solo necesitamos aprender a sacarla. Empezarás comunicándote con ella; siéntela dentro de ti. Así verás que no puede hacerte nada, fluirá por cada parte de tu cuerpo que pueda abarcar.

—¿Y si está en todo mi cuerpo? La última vez la sentí por todas partes.

—Tiene un gran alcance; no pasa nada. Vamos a ponernos cómodos.

Se sentó en el suelo de mármol blanco con trazados negros y dorados; brillaba como si se hubiese limpiado unas diez veces en los últimos días. Lo imité, colocándome justo enfrente, con las piernas cruzadas.

—¿Por qué a todos os encanta sentaros en el suelo para enseñarme?

—Las grandes torres comienzan construyéndose desde su parte más baja.

—Bonita metáfora —Resoplé. No estaba segura de entender lo que quería decir.

—No es solo una metáfora, es una realidad. Encontrarás mejor tu magia estando sentada en el propio suelo, de donde todo emerge.

Colocó sus manos sobre mis rodillas y clavó sus ojos zafiro en los míos. A esa distancia apreciaba como unas corrientes de oscuridad desfilaban por sus iris; aunque aquello, lejos de asustarme, me parecía fascinante. Sabía que no me iba a hacer ningún daño; pero, ¿estaba igual de convencida respecto a las intenciones de mi propio poder?

—Vale, supongo que puedo entenderlo. ¿Y ahora qué?

—Cierra los ojos y concéntrate en sentirlo dentro de ti. Yo estaré aquí, a tu lado, esperando a que me digas lo que encuentras.

Sus manos aún descansaban sobre mis rodillas. De alguna manera aquello me transmitía una cierta seguridad. Al cerrar los ojos no iba a ver nada; pero podría seguir sintiendo su contacto, confirmándome que permanecía a mi lado, pasase lo que pasase. Así que eso hice, cerré los ojos.

Me encontré cara a cara con la oscuridad; pero nada más la acompañaba. Hice caso a las indicaciones del ángel negro y traté de buscar algún indicio de mi poder dentro de mí. Ya lo había experimentado antes, no podía ser muy difícil localizarlo. Controlarlo…, comprenderlo…; eso eran palabras mayores.

«¿Dónde estás?» Pregunté, sumergiéndome en mi interior en busca de la sensación que se propagaba por todo mi cuerpo. Y entonces lo sentí: un pequeño tirón proveniente de mi abdomen. Bullía como algo nuevo e inexplorado, a pesar de que siempre debía de haber estado ahí, oculto a mis sentidos.

«¿Viajas por mi cuerpo?», pensé. Un parpadeo sucedió a la pregunta. Y entonces comenzó a transmitirse por los laterales, arriba, abajo, en todas las direcciones posibles. Notaba como si todas mis células estuviesen latiendo, como si quisiesen moldearse en algo diferente o, simplemente, aceptasen quedarse tal cual estaban.

La sensación fue aumentando, hasta que empecé a notar como si me fuese a explotar la cabeza. Abrí los ojos de golpe, llevándome las manos a ella.

—Mi cabeza —jadeé. Pero la presión ya había comenzado a desvanecerse.

—¿Qué ha pasado, Cam? —preguntó el príncipe, con una nota de preocupación en la voz.

—Lo he sentido; estaba dentro de mí. Aunque, por un momento, me parecía que me fuese a explotar la cabeza.

—Es posible que estés concentrando el poder en esa parte de tu cuerpo. No puede pasarte nada; nuestro propio poder no puede hacernos daño. Confía en mí.

—Está bien —respondí, no muy convencida. Confiaba en él; pero esa sensación en la cabeza… Había sido horrible.

—Vuelve a cerrar los ojos, e imagina que tu poder viaja a tus manos.

Asentí y volví a cerrarlos. Tenía razón en que algo afectaba lo que yo estuviese pensando. Cuando había abierto los ojos asustada, la molestia en las sienes se había disipado. Hice cuatro intentos. El resultado había sido el mismo: esa sensación en el cráneo. Pero al quinto, traté de dejar la mente completamente en blanco; pensé tan solo en mis manos. Y entonces, una corriente, que parecía viajar a través de mis células, pasó a través de mí, hasta concentrarse únicamente en mis manos. No sentía nada en el resto del cuerpo; tan solo una especie de omnipresencia de algo que siempre había estado ahí, esperando a ser usado.

—Está en mis manos —susurré sin abrir los ojos.

—Bien. Sabía que podrías hacerlo. Mírame. Y no olvides que el poder sigue en tus manos. Mantenlo.

Me concentré en mis próximos pasos. Y abrí los ojos. Al mirar fijamente al príncipe, mi poder dejó de fluir por mis manos.

—Lo he perdido —me lamenté.

—No pasa nada. No iba a salir bien a la primera. Tienes que seguir intentándolo.

Sus manos, que todo este tiempo habían estado descansando en mis rodillas, viajaron hasta las mías; y me dio un leve apretón.

Así que volví a intentarlo. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces... Al vigésimo intento, ya había aprendido a dirigir mi poder a las manos, y había perdido el miedo a que mi cabeza explotase; pero seguía desapareciendo en cuanto abría los ojos. Pasada una hora, con seguramente más de cincuenta intentos, miré fijamente a

los ojos zafiro de Zephyran. Y me di cuenta de que la calidez de mi magia seguía en mis manos.

—¡Lo tengo!, lo sigo notando —exclamé eufórica, sin atreverme a hacer un solo movimiento.

—¡Estupendo! Has hecho un gran avance. Ahora camina por la sala y deja que tu poder te acompañe.

—¿Me levantó sin más?

—Sí. Para mantenerlo, solo has de hacer lo mismo que estás haciendo ahora, pero todo el tiempo. Cuando no quieras sentirlo más, deja de invocarlo, de llamarlo para que acuda a tus manos.

Me levanté concentrada en mi magia, aunque sin muchas esperanzas. Contra todo pronóstico ahí seguía, no se había movido de mis manos. Zephyran me miraba en busca de respuestas; asentí con una amplia sonrisa. Se levantó hasta quedar por encima de mi mirada; era más alto que yo, quizás unos diez centímetros.

—Camina; yo te acompaño.

Comenzamos a dar vueltas en círculo por la estancia. Y la magia seguía conmigo. Contemplé las vistas al jardín del Plenilunio, y ahí permanecía. Pasaron los minutos. Y observé la bóveda sobre nuestras cabezas. Miré después la cantidad de espadas que poblaban una de las paredes. Miré a Zephyran a los ojos y le dediqué una sonrisa. Lo estaba consiguiendo, Mi poder no me estaba abandonando.

—Es suficiente. Vamos a hacer un descanso —propuso el ángel, después de unos cuantos paseos.

Dejé de llamar a mi poder y paró su cosquilleo en mis manos.

—Vale, descansemos.

Zephyran fue hasta la puerta y mandó llamar a una tal Ehrie. Al cabo de unos minutos, una vampira apareció en el umbral con una gran bandeja que entregó al príncipe. Este le dio las gracias y la chica se marchó, antes de que yo pudiese decir nada.

—Nos han preparado algo para media mañana. Después de tanto entrenamiento, tienes que estar hambrienta.

—¡Oh, muchas gracias! No tenías que haberte molestado, Zep.

Mis tripas rugieron, recordándome que no había desayunado. Mis ojos se clavaron en la delicada bandeja de plata que reposaba en

sus manos. Había unas pastas y dos grandes vasos; uno de ellos era claramente sangre, por el color rojo, y el otro, de color morado, parecía un batido o un zumo de frutas. ¿Existía eso en Dusterkeit?

—Zumo de arándanos, sangre fresca y pastas hechas en las cocinas de Palacio —recitó el ángel, resolviendo mis dudas—. Vamos, hay una mesa en el rincón, junto al último ventanal, que tiene unas bonitas vistas de los jardines.

Nos sentamos en dos delicadas sillas, una a cada lado de una pequeña mesa que parecía hecha de lapislázuli. Miré a la izquierda; el príncipe tenía razón. El jardín del Plenilunio se veía mucho mejor desde la mesa. Me volví hacia él, que ya había colocado sobre ella los vasos y el plato con pastas. Le dio un trago a su zumo.

—Prueba las pastas, están deliciosas, son de mis favoritas.

Cogí una pequeña pasta redonda y le di un mordisco. No sabía como nada que hubiese probado en Noruega, y estaba riquísima.

—No sé de qué son, pero tienes razón.

—No tengo ni idea de la receta. Me alegra que te gusten. Coge todas las que quieras; necesitas reponer fuerzas.

Tomé unos cuantos dulces más y cogí el vaso de sangre con algo de miedo. Me lo acerqué lentamente a la boca y, entonces su olor me llegó a las fosas nasales. Dulce y atrayente; necesitaba bebérmelo en ese preciso instante. Mis colmillos asomaron y me lo llevé a la boca con brusquedad. Lo bebí de un trago, sintiendo como algo primitivo se apoderaba de mi ser.

Necesitaba beber más sangre. Mis venas la reclamaban como un cántico de lo que ha de ser desde el principio de los tiempos. Me levanté de golpe, y la silla emitió un estruendo al chocar contra el mármol. Mis manos firmemente agarradas a la mesa. Mis ojos se clavaron en el ángel negro.

—Cam, ¿qué es lo que te pasa?

Pero mi cerebro no podía trabajar en darle una respuesta. Necesitaba sangre y mucha. En esos momentos, él era la fuente más cercana de la sangre que tanto anhelaba. Le di un empujón a la mesa. Los reflejos de Zep le permitieron apartarse sin recibir el impacto.

—Cam, ¿me escuchas? No me digas que no has desayunado antes de venir aquí.

Zephyran hizo un amago de acercarse; pero yo fui más rápida. Me abalancé sobre él, tirándolo al suelo. Mis manos hicieron presión sobre sus brazos contra el frío mármol. Sentía la sangre palpitar en la yugular, la vena de su garganta. Escuchaba los latidos frenéticos de su corazón. Su cuello estaba totalmente desprotegido. Y comencé a acercarme, con los colmillos fuera, esperando a recibir su trofeo.

—¡Camille! Escúchame por favor, tienes que hacerlo. Estoy aquí. Es la abstinencia de sangre la que te está llevando a comportarte de este modo.

Capítulo 21. Soy su presa



Zephyran

Vi como Camille cogía el vaso de sangre con el miedo reflejado en sus pupilas. Estuve a punto de decirle que no iba a pasar nada; hasta que vi cómo se quedaba paralizada, como si estuviese inhalando el olor metálico de la sangre. El púrpura de sus ojos refulgió con el brillo de la mirada de una auténtica depredadora. Sus colmillos asomaron entre sus labios y se llevó el vaso de forma abrupta a la boca. Dio un trago veloz. Y lo sentí: estaba malditamente perdido.

Yo no tenía el poder de persuasión de Ovraal; y ahora estaba solo con la vampira, encerrado en el salón de entrenamiento. Una criatura, de base, más fuerte que yo, pues los vampiros están dotados de una fuerza sobrenatural. Se levantó de golpe, la silla sonó al chocar contra el suelo. Agarró la mesa con fuerza, sus ojos se clavaron en los míos. No había ni rastro de la bondad de Camille en esos ojos. Era la mirada salvaje de una cazadora. Y yo era su presa.

«Piensa, piensa, piensa» me fustigué.

—Cam, ¿qué es lo que te pasa?

Inútiles palabras soltadas vagamente en el aire. Ella parecía no haber escuchado absolutamente nada. Impulsó la mesa hacia adelante, rápidamente reaccioné apartándome. El ruido de la mesa

contra el mármol danzó tras mis pasos. Suspiré por el sonido, no se había roto. No quería tener que explicar a mis padres que había destrozado una reliquia familiar; qué idiotez pensar en eso cuando mi vida corría grave peligro.

Debía conseguir que me escuchase. Sabía que era muy difícil; pero posible. Y ella era mi aishiteru; de alguna manera eso debía de facilitar las cosas. Una pregunta sencilla, cuya respuesta conocía: no había llenado su estómago de sangre antes de venir; por eso nos encontrábamos en aquella situación.

—Cam, ¿me escuchas? No me digas que no has desayunado antes de venir aquí.

Mis palabras volvieron a caer en el vacío. Traté de acercarme, quizás el contacto la haría entrar en razón. Pero, en un visto y no visto, se lanzó hacia mí y me tiró al suelo. Sentí la presión de sus manos contra mis brazos. El corazón se me aceleró. Otro día en otro tiempo, más adelante, esta situación podría tener un final totalmente diferente; pero aún era pronto. Todavía no estábamos preparados.

No me atrevía a respirar más fuerte de lo normal para no alterarla; pero sentía como mi corazón se había acelerado. La proximidad de mi aishiteru y las alarmas de peligro se habían fusionado en una danza desenfrenada de latidos. Movió la barbilla ligeramente hacia la izquierda. Sabía que estaba escuchando mi corazón, y aquello solo estaba empeorando las cosas. El sonido que hacía el bombeo de la sangre le recordaba que yo contenía aquello que su cuerpo anhelaba.

Comenzó a acercarse, mi cuello estaba totalmente desprotegido, sus colmillos más largos que nunca. Tenía mis brazos amarrados, sus manos aún los presionaban; todo su cuerpo descansaba sobre el mío, sus piernas se enroscaban en mis muslos. No podía moverme. La única opción que me quedaba era mi propia magia, y me negaba a usarla; debía evitar hacerle un solo rasguño. Solo podía emplearla para distraerla. Una vez más, traté de que prestase atención a lo que le decía.

—¡Camille! Escúchame, por favor. Tienes que hacerlo. Estoy aquí. Es la abstinencia de sangre la que te está llevando a comportarte de este modo.

Pero ella continúo acercándose a su objetivo: mi garganta. Hice fuerza con los brazos, tratando de resistirme. Por un momento pareció reaccionar; se quedó totalmente quieta, sus ojos se clavaron en los míos. ¿Había conseguido que me viese? No tenía ni idea; pero actuaría como si fuese así.

—Eso es, soy yo Zephyran Oakleaf. El príncipe de Dusterkeit. Un ángel negro.

Comencé a decir todo lo que se me cruzaba por la cabeza. Ella seguía inmóvil. Su agarre sobre mis brazos flaqueó, entonces aproveché para liberarlos con cuidado. Su atención aún seguía en mi mirada. Se levantó suavemente, hasta quedar a horcajadas sobre mis muslos. Imité su movimiento, colocándome cara a cara con ella.

—Bien, Cam, ¿puedes responderme? —pregunté, posando las manos en sus hombros.

Sus ojos púrpura se clavaron el los míos, por poco tiempo. Su mirada se desvió veloz hacia mi cuello. Antes de que pudiese reaccionar tenía su rostro pegado a la yugular. La agarré, forcejeando con ella para tratar de liberarme; pero apenas pude moverla unos milímetros. Sentí sus colmillos rozar mi garganta. Debía de estar haciendo uso de la fuerza vampírica, pese a que aún no supiera emplearla cuando estaba perfectamente consciente.

Una idea fugaz me pasó por la cabeza, justo antes de sentir como sus colmillos se clavaban en mi yugular. Si no actuaba rápido iba a dejarme tan seco como un murciélago churruscado. No había tiempo de procesar lo que había sentido cuando ella había entrado en contacto directo con mi piel.

Capítulo 22. Cazadora entre vibraciones



Camille

Mis colmillos se clavaron en su cuello, reclamando su sangre como el trofeo que siempre debía haberme pertenecido. Mi cerebro me cantaba canciones sobre vampiros que tenían derecho a reclamar la sangre de cualquier ser vivo con el fin de alimentarse. Las seguía hipnotizada, sin ser muy consciente de lo que estaba haciendo. Hasta que sentí el sabor de su sangre, como algo antiguo y poderoso; sabía a roble, mezclado con la brisa del mar en una noche estrellada.

Sentí la esencia de su oscuridad acariciándome los colmillos. No, todo mi cuerpo. La oscuridad danzaba por cada parte de mi ser, rodeándome, haciendo una melodía. Una vibración, como aquella que llevaba sintiendo desde que había pisado Dusterkeit, pero mucho más intensa, llegó a mi corazón. Como una canción cuyas notas tenía que desentrañar mi propia alma mágica. La vibración era mucho más fuerte que en ninguna otra parte.

Y entonces, como si aquella fuese la cura, volví en mí. Sentí un sabor metálico que hablaba de bosques antiguos y mares con estrellas. No, no podía ser. Abrí los ojos como platos al ver que mis labios estaban posados en el cuello del ángel negro. Y, lo que era

peor, mis colmillos estaban clavados hasta su mismísima yugular. Me despegué de golpe, sintiendo como su sangre manchaba mis comisuras.

—Cam, has vuelto. Se ha pasado el efecto de la abstinencia de sangre —murmuró esperanzado el príncipe, sin moverse de su sitio.

Miré hacia abajo, temiendo lo peor. Vi que estaba sentada a horcajadas sobre él y que sus corrientes de oscuridad se desplazaban en espirales alrededor de mi cuerpo. Me levanté, sin pensármelo dos veces, y extendí la mano para ayudarle a levantarse.

—Yo… —balbuceé, siendo consciente poco a poco de lo que había hecho.

¿Habría algún tipo de castigo por haber atacado al mismísimo príncipe de Dusterkeit? Y encima ¡haberme bebido su propia sangre!

—Lo siento, de verdad —Alcancé a decir.

—No pasa nada, Cam. Estoy bien —contestó, cogiendo mi mano para levantarse con agilidad.

—Pero he bebido de tu sangre —verbalicé preocupada.

—Me he dado cuenta, gracias —contestó con una nota cómica en la voz—. No te preocupes. Desde el momento en que acepté entrenar contigo, sabía los riesgos que corría. Eres una vampira y tienes que acostumbrarte a beber sangre para que la abstinencia de ella deje de hacer acto de presencia.

Traté de ignorar lo cerca que estábamos. Me sentía tan mal que me daba vergüenza respirar su propio aire. Era la segunda vez que metía la pata bebiendo de la sangre de alguien. Pero esta vez había sido EL PRÍNCIPE. Y encima había bebido de su cuello. No podía haber elegido una extremidad, como en el caso de Ovraal. ¿En qué estaba pensando mi instinto cazador, o lo que quiera que fuese lo que me dominaba cuando estaba como poseída por la sed de sangre?

—Aun así, te pido perdón. Si hubiese sido plenamente consciente jamás te habría mordido.

—Lo sé, tranquila. Pero, ¿sabes? Tengo una ligera idea del motivo por el cual te has descontrolado.

—Sorpréndeme.

—¿Has desayunado?

Negué con la cabeza; y la culpabilidad inundó mi rostro.

—Lo que me temía. Ahí tienes la respuesta. El entrenamiento consume muchas energías y nos da más hambre de lo normal. Si vienes sin desayunar, siendo una vampira novata, el síndrome de abstinencia de sangre tiene unas probabilidades muy altas de aparecer. ¿Ovraal no te dijo nada?

—Se puso muy pesado con que desayunase; pero no le hice caso. Me levanté con el estómago revuelto —admití, recordando la pesadilla que me había quitado el apetito—. De haber sabido que esto pasaría, habría desayunado un vaso bien cargado de sangre. No volverá a suceder.

—Supongo que no quiso explicarte el motivo de su insistencia para no asustarte —opinó, dándome un ligero apretón en el hombro—. No te preocupes, confío plenamente en ti. ¿Y qué es lo peor qué puede pasar? Ya hemos visto el resultado, y aquí seguimos los dos, vivitos y coleando.

Dejé escapar una pequeña sonrisa. Sabía que estaba tratando de animarme. Pero eso no impedía que me siguiese sintiendo mal por lo que había hecho. No iba a volver a ir a entrenar, ni a ningún sitio, sin desayunar.

—Eso me gusta más —Sonrió—. Bueno, creo que has tenido suficiente por hoy.

—Si esto no hubiese pasado, continuaríamos con el entrenamiento —Afirmé convencida.

—Puede que un rato más. Ahora nunca lo sabremos —Me guiñó un ojo—. Has avanzado mucho, aunque aún nos quede camino por recorrer. Con esto es más que suficiente por hoy.

—Está bien.

No iba a contradecirle. Era el príncipe, y seguro que tenía cantidad de cosas que hacer en Palacio. Como para perder el tiempo discutiendo conmigo sobre si entrenábamos más o menos tiempo. Tampoco quería que sonase como una exigencia y se sintiese obligado a hacerlo.

—Vamos, te llevaré a casa —anunció, mientras echaba a andar en dirección a las puertas de la sala.

Al salir del palacio, como esperaba, no vimos a Ovraal por ninguna parte. Tampoco notaba que nada hubiese cambiado. ¿Estarían ya instaladas las salvaguardas por todas partes? Zephyran pareció leerme la mente.

—Tu forma de mirar la fachada, en todas las direcciones posibles, me indica que estás buscando las salvaguardas.

—Puede ser. —admití.

—No hace falta que sigas haciéndolo, no son visibles. El enemigo, cuando trate de entrar y no pueda hacerlo, sabrá que algo se lo impide. Y ahí terminará todo.

—Entiendo. Creo que me quedan muchas cosas por aprender.

—Poco a poco. No sufras por ello; es normal. Vamos fuera. Ovraal ya debe de haber llegado a casa.

Cuando cruzamos la plaza de los Orígenes, noté que el rostro de Zep se crispaba; pero rápidamente recuperaba el aspecto de siempre. Mis nuevos sentidos inmortales parecían gritarme que estaba inquieto por algún motivo. Lo miré, estableciendo una conexión entre nuestras miradas. Sus ojos zafiro nunca dejarían de sorprenderme, las corrientes de oscuridad titilaban por sus iris.

—Oye Cam. Hay algo que me gustaría que supieses.

—¿Qué pasa?

Mi cuerpo se tensó. No tenía ni idea de qué podía querer decirme. Se hizo un silencio en el que parecía estar ordenando sus palabras. Probablemente no duró más de un minuto; pero a mí se me hizo eterno.

—Me gustaría que supieses lo que hice cuando aquella criatura nos atacó el otro día en la sala de música.

—La mataste —recordé, sin entender a dónde quería llegar.

—Sí, es una forma suave de narrar lo que le provoqué a ese monstruo.

Lo miré extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Estas corrientes de oscuridad —Las invocó—. No son mi único poder.

Puso las palmas de sus manos mirando hacia arriba. Vi como la oscuridad nacía de ellas y le rodeaba los brazos. ¿Y qué si no era su

único poder? ¿Qué había de malo en que hubiese usado otro de sus poderes para matar a un monstruo en defensa propia?

—Me salvaste —rememoré en tono apaciguador—. Nos salvaste, mejor dicho. ¿Qué es eso que tanto te cuesta decirme? Puedes confiar en mí.

Instintivamente le apreté la mano con la mía. Sentí la suave caricia de su oscuridad en el dorso; era una sensación agradable. Sus ojos se desviaron a nuestras manos. Pensando que la había apoyado más tiempo de la cuenta, la aparté rápidamente, sin decir nada.

Zep escaneó los alrededores, como si estuviese constatando que no hubiese nadie que pudiera escuchar lo que iba a decir a continuación. Después, su mirada se posó en la mía. Abrió la boca para hablar. Mi corazón se aceleró, expectante ante lo que pudiese soltar.

—Puedo destrozar almas —admitió. Y pude ver el brillo torturado en sus pupilas.

Quizás aquella afirmación debería haberme aterrado. Quizás debería haber hecho que saliese corriendo lo más lejos que pudiese. Si quería, él podría hacer pedazos mi propia alma. Sin embargo, no me preocupaba lo más mínimo. Confiaba plenamente en él y, lejos de transmitirme miedo, me transmitía seguridad y confianza.

Pero ¿qué podía responderle? A juzgar por su expresión, parecía que no fuese un poder del que se enorgulleciese. De todas formas, ¿quién se divertiría partiendo almas ajenas por ahí? ¿Y qué quedaba de un ser mágico en un mundo como este después de rompérsela?

—Era un monstruo, y nos estaba atacando —Eso lo explicaba todo.

—Siento no habértelo dicho antes. No es algo que cuente a los cuatro vientos.

—¡Eh! —le interrumpí con voz calmada, y reproduje sus palabras en el salón de entrenamiento—. No pasa nada, Zep. Entiendo que es una magia con una gran responsabilidad y que no la usas a la ligera.

No quise ahondar en que se notaba a simple vista que era un poder que de alguna manera parecía perturbarlo. Y eso lo hacía más humano; si se podía usar esa expresión con ángeles negros.

—Sí, es una gran responsabilidad —coincidió—. Entonces, ¿no te doy miedo después de conocer esta parte de mí?

—Ni un poquito. Me fío de ti, sé que no me vas a hacer daño, como también sé, sin que me digas nada, que solo usas tu poder sabiamente.

—Gracias por tu confianza. Creo que es una de las cosas más valiosas que puede entregarte una persona.

—Tienes razón.

—Yo también me fío de ti. Hacía tiempo que no confiaba tanto, y en tan poco tiempo, en una persona.

—Lo mismo digo.

Capítulo 23. La oscuridad también puede ser buena



Camille

El hecho de que Zephyran me hubiese confesado que destrozar almas era uno de sus poderes, solo me había demostrado que él confiaba en mí, tal como sus actos me habían ido mostrando.

Al llegar a casa hablé con Ovraal. Me contó que había instalado las salvaguardas. Le hablé acerca de Kaia y de los progresos con mi magia. También le relaté lo sucedido; él lamentó no haberme insistido más para que desayunase.

Me pasé el resto del día encerrada con Seika, dando vueltas a todo lo que había pasado aquella mañana. Mientras, jugaba a lanzarle un murciélago de cuerda; él no tenía problema en perseguirlo por toda la habitación, hasta que lo cazaba y me lo devolvía. Sus vueltas y revueltas eran las mismas que mi cabeza estaba dando a todo lo de aquel nuevo mundo mágico.

Trascurrieron cuatro largas semanas, en las que Zephyran y yo habíamos acordado que centraríamos los entrenamientos tan solo en mi propio poder; la búsqueda de los vampíricos, con Kaia, la dejaríamos para más adelante. Durante ese tiempo, comprobamos que las salvaguardas de Palacio parecían funcionar correctamente; pues no se habían vuelto a producir más ataques indeseados. Lo

cual, en cierto modo, me había dado un poco de tregua para relajarme. Quien quiera que me estuviese buscando no había movido más fichas en el tablero.

Por otra parte, después de haber tenido que rebuscar en mi interior tantas veces para encontrar mi poder, le había perdido el miedo. Aprendí a mantener mi don en diferentes zonas del cuerpo, por lo que ya había adquirido la capacidad de saber a dónde quería mandar mi magia.

El entrenamiento de hoy había sido una recopilación de todo lo aprendido hasta la fecha. El ángel negro me había hecho dirigir mi magia a las manos, a los brazos, a las piernas, y a cualquier parte del cuerpo que se le pudiera pasar a uno por la cabeza, incluso a la propia cabeza. Había aprendido a la perfección que mi poder era una parte de mí, que no iba a hacerme daño.

—Es suficiente por hoy —anunció Zephyran con una nota de orgullo en su voz—. Tengo que darte la enhorabuena. Has logrado establecer una perfecta comunicación con tu poder. El próximo paso será aprender a manejarlo.

Ya había sentido las vibraciones de mis células en numerosas ocasiones, como si estuviesen tratando de transmitirme el lenguaje de su ADN. Ahora aquello no me parecía tan lejano e inalcanzable como en los primeros días. No obstante, sabía que me llevaría bastante trabajo. Y todo parecía cuadrar con la teoría que Ovraal había lanzado al aire sobre mi magia.

—Muchas gracias. Aunque creo que gran parte de mi mérito se debe a mi entrenador, ¿no crees?

—Conque un entrenador, ¿así es como me ves? —preguntó, acortando la distancia entre nosotros.

Sentí como la fuerza de aquella vibración interior aumentaba. Tenía la sensación de que sabía cuál era la causa; pero me negaba a admitirlo en voz alta. Estaba lejos de mi alcance, y lo mejor era que no me hiciese ideas raras.

—No, también eres mi amigo —contesté, dando un paso atrás.

—Ajá, ya veo. ¿Qué te parece entonces si tu amigo te invita a pasear por los jardines de Palacio esta noche? Me gustaría que conocieses los rincones más bonitos, como el lago —propuso,

señalando al ventanal en el que se vislumbraban las aguas a lo lejos. Me pareció ver algo moverse sobre ellas en la distancia; pero lo achaqué al agotamiento.

—Acepto. Más vale que las salvaguardas que instaló Ovraal continúen funcionando.

—Tranquila, en el último mes no se ha vuelto a avistar nada nuevo. Creo que es un buen momento para volver a encontrarnos aquí por la noche.

—Supongo que tienes razón.

—De todas maneras, yo nunca bajo la guardia. Por si eso te hace sentir mejor.

Asentí en silencio.

—Vamos, te acompañaré a casa. Esta noche te paso a buscar.

Estaba un poco cansada de no poder salir a ninguna parte sin una «niñera», ya fuese Ovraal o el príncipe. Aunque, teniendo en cuenta que aún no sabía cómo usar mi poder para defenderme, tenía el suficiente sentido común para no rechistar. En los libros que había consumido en el mundo humano, que ahora se me hacía tan lejano, la prota siempre se metía en graves problemas cuando desobedecía ese tipo de advertencias.

—¿Crees que queda mucho para que no tengáis que estar turnándoos, Ov y tú, para ver quién carga con el muerto? —pregunté con una nota de comicidad.

—No es ninguna carga, Cam. Y cada vez queda menos. Cuando te quieras dar cuenta, ya habrás aprendido a usar tus poderes y a defenderte por ti misma. Has progresado mucho este mes. Y, por cierto, ¿Ov? ¿En serio?

—Tantas semanas viviendo con él me han permitido encontrar un apodo útil, ¿sabes?

—Ya veo. No todo el mundo tiene la suerte de vivir con uno de los brujos más poderosos de todo Dusterkeit; y además osa ponerle un apodo.

—Pues fundaré un club llamado «Los protegidos de Ov» para sus futuros huéspedes —Bromeé.

—Me gusta como piensas.

—Oye, cambiando de tema, ¿puedo traerme a Seika esta noche?

—Por supuesto, tu bola de pinchos está invitada a la velada en el jardín.

—¡Eh! Ten un poco de respeto con mi erizo oscuro —me quejé, golpeándole suavemente en el brazo.

—Mis disculpas pequeña chupasangre.

—Algunos apodos ni siquiera son originales —Lo fulminé con la mirada.

Una nota de diversión danzó en sus iris. En las últimas semanas se había acostumbrado a llamarme así, solo para molestarme.

—Quedas disculpado al-te-za —añadí, haciendo énfasis en cada sílaba de la última palabra.

—Vale, tú ganas.

Cuando llegué a casa disfruté de una buena comida, con varios vasos de sangre, en compañía de Ovraal. Le conté mis avances en el entrenamiento. Decidió celebrarlo con un postre que, al parecer, ya tenía preparado previamente; como si esperase que hoy fuera el día adecuado.

—Pelo gris, he preparado una de las mayores delicias del mundo vampírico para festejar tus avances.

El erizo oscuro al escucharlo rodó rápidamente, hasta chocar contra una de las patas de la mesa.

—Oye Sei, ten cuidado —lo reprendí con suavidad—. ¿Estás bien?

El animal emitió un ruidito de alegría, y después se quedó mirando expectante al vampiro.

—Eres de lo que no hay —suspiré.

—Él sabe lo que es bueno —opinó Ov animado—. Como iba diciendo, aquí está el postre más esperado: tarta tres sangres con tres chocolates. Y Seika también puede degustar su pequeña porción.

El brujo sostenía un pequeño cuenco para mi erizo en una mano y una gran tarta de seis capas en la otra. Se parecía a la de tres chocolates del mundo humano, solo que entre cada piso de cacao se intercalaba otro de sangre.

—Gracias por prepararla, está buenísima —respondí, tras devorar un cuarto de la tarta.

Seika dormía, con el estómago lleno y el cuenco vacío a su lado. Ya me había acostumbrado a que la dieta de un erizo oscuro fuera totalmente diferente a la de un erizo normal del mundo humano.

—Es un placer. Guardaré las porciones restantes en la nevera por si luego queréis repetir en la cena. Eso sí, no le ofrezcas un trozo al príncipe esta noche. A los ángeles negros no les gusta ingerir sangre.

—¿Por qué sabes que he quedado con él? ¿Me has leído la mente? —pregunté indignada.

—Para nada, pelo gris. Ya te dije que no volvería a hacerlo sin tu permiso. Es solo intuición, desarrollada a lo largo de milenios.

—Vale, no voy a preguntar en qué consiste esa intuición.

Me miró con una amplia sonrisa.

Me pasé toda la tarde nerviosa, sin saber muy bien en qué emplear mi tiempo. Tenía ganas de salir esa noche. Lo achaqué a la curiosidad que acumulaba, desde que había llegado a Dusterkeit, por saber cómo eran algunos de los rincones del Jardín del Plenilunio. Cuando la Luna comenzaba a vislumbrarse en el cielo, ya tenía desparramados por toda la cama multitud de conjuntos de ropa, de los que había ido a comprar con Ovraal en mis primeros días.

Seika rodaba, dando vueltas alrededor de mi cama, ajeno a mi sufrimiento.

—Que bien te lo pasas —solté, tras la que sería la vuelta número ciento cincuenta.

Él emitió un ruidito de felicidad en respuesta.

—Captado. Y creo que ya sé lo que me voy a poner. Es una suerte tener la capacidad de verme reflejada en el espejo, aunque aún no tenga ni la más mínima idea de por qué.

Elegí un vestido de terciopelo negro palabra de honor, ceñido y con una abertura que me subía casi hasta el muslo. Era largo y me llegaba casi hasta las botas, también negras y de cordones. En el cuello me puse una gargantilla negra de encaje de flores. Me di delineador negro en los ojos y me pinté los labios de rojo. Todo el atuendo contrastaba con mi piel marmórea y mi melena platino. Me miré al espejo conforme.

En ese momento, Ovraal llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Sí?

—Pelo gris, el príncipe Zephyran está en el salón esperándote.

—Voy.

Atrapé a Sei entre mis brazos, cuando iba probablemente por la vuelta trescientas veinte, y me dispuse a abrir la puerta.

—¡Qué guapa te has puesto! —exclamó el vampiro, tras echarme un rápido vistazo.

—Gracias. Me apetecía ponerme elegante, ya que mi destino esta noche no es ir a entrenar —me justifiqué, siguiéndole al salón.

—No veo nada malo en ello —Me guiñó un ojo.

Al llegar al salón me encontré al príncipe de pie frente al sofá. Él también había elegido el negro, aunque creo que nunca lo había visto con un color que no fuera ese. Llevaba unos pantalones y una camisa en la que, como siempre, se veía el escudo real.

—Buenas noches, Cam. Estás preciosa —Su voz sonó aterciopelada.

Estaba segura de que, si continuase creyéndome humana, me habría sonrojado. Sí, los vampiros también podíamos hacerlo; aunque era más difícil.

—Gracias —contesté, quedándome sin más palabras.

Seika se revolvió entre mis brazos para observar al ángel negro fijamente. Y terminó subiéndose a mi hombro, donde sabía que se acomodaría el tiempo que fuese necesario.

—Parecéis dos príncipes oscuros en toda regla, vais a juego —comentó Ovraal, haciéndose el gracioso.

Lo fulminé con la mirada.

—Lástima que no sea una princesa, ¿no?

—Vamos, no le hagas caso —intervino Zep, tirando de mi brazo en dirección a la puerta—. Nos vamos, Ovraal. Te la traeré de vuelta de una pieza.

—Nunca lo he dudado —contestó el aludido—. ¡Qué os divirtáis!

Por el camino, Zephyran me aseguró que nada que hubiese visto antes se parecería a la zona del jardín en la que se ubicaba el lago. Y lo creí; las vistas desde los ventanales de la sala de entrenamiento parecían darle la razón. Me fijé en que, a nuestro alrededor, los

vampiros y ángeles negros que nos cruzábamos por la ciudad nos miraban asombrados. Aunque ya empezaba a acostumbrarme a sus miraditas; lo mejor era ignorarlos.

Cuando llegamos al palacio de las Tinieblas, Zephyran correspondió al saludo de los guardias de la entrada y les comunicó que iba a dar un paseo por el jardín del Plenilunio conmigo. Se mantuvieron impertérritos, a diferencia de los habitantes de Noctis cuando nos veían juntos. Caminamos, teniendo una agradable conversación, hasta llegar a la escultura de la Luna Nueva que tan bien conocía.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta que lleva semanas rondándome por la cabeza?

—Adelante, soy todo oídos.

—¿Por qué tenéis un satélite llamado Luna al igual que el de la Tierra?

—No soy yo el que pone los nombres de los cuerpos celestes. Aunque supongo que porque nuestro planeta es como una proyección oscura de la Tierra. Ocupamos posiciones similares en dimensiones de mundos totalmente diferentes. Quizás quisieron que permaneciese en nuestra cultura un nombre que nos recordase que no estamos solos, que hay más dimensiones con más planetas.

—Interesante. Y mientras tanto, algunos humanos en la Tierra aún viven creyendo que están solos en el universo o que habitan en la única dimensión posible.

—Bueno, dejando la astronomía a un lado, tengo una propuesta para ti.

—¿De qué se trata?

—Esta zona del jardín del Plenilunio creo que ya la conoces bastante bien de las veces que has venido a Palacio. Dadas las grandes dimensiones que tiene, me gustaría hacerte más ameno y divertido el paseo —me reveló, y la diversión se dejó entrever en su rostro.

Sin que dijese nada ya me imaginaba lo que iba a proponerme. Sin embargo, no quería ser yo la que lo pronunciase en voz alta.

—Sorpréndeme.

—Me gustaría mostrarte los jardines desde el aire. Así tardaremos menos en llegar a la zona del lago que en mi opinión es, con mucha diferencia, la más bonita. Y las vistas aéreas hasta allí son espectaculares y diferentes a lo que uno puede captar desde la tierra. ¿Me dejarías llevarte? Bueno, a ti y a tu pequeño erizo.

Ahí estaba su propuesta, danzando entre nosotros. Miré a Seika, que permanecía en mi hombro; aunque no sabía hablar, siempre parecía entender todo lo que decíamos. Sus ojos estaban puestos en el príncipe, como si su respuesta fuese afirmativa. Era un traidor; hacía que toda la responsabilidad recayese sobre mí.

Miré a los ojos zafiro del ángel negro. Tenía que admitir que la idea era tentadora. Y que ya había cogido la suficiente confianza con él como para que pudiese importarme menos que cargase conmigo en el aire. No obstante, sentí un cierto nerviosismo recorrer mi sistema, aun así…

—Acepto tu propuesta. Me muero de curiosidad por ver el lago.

—No se hable más entonces —concluyó. Y noté como algo parecido a la satisfacción recorría su rostro. Los sentidos inmortales empezaban a serme realmente útiles en mi día a día para captar mejor las emociones y sentimientos de los demás.

Sin darme opción a decir nada más, acortó en segundos la distancia que nos separaba y me abrazó por la cintura, levantándome del suelo con una facilidad sorprendente. Presentía lo que venía a continuación, y por instinto me agarré a su cuello con fuerza. No quería terminar estampada en el suelo, manchando el césped verde azulado del único color primario que le faltaba a sus tonalidades, el rojo. Seika se aferró con más fuerza que nunca a mi hombro.

Sentí como mis pies se despegaban del suelo y el corazón se me aceleró. Había soñado cantidad de veces con que podía volar; la sensación de libertad que me invadía en todas esas ensoñaciones era impagable. No era mi primera vez, pero sí la primera que lo disfrutaba; aunque no debía olvidar que, en este caso, no era yo la que tenía el control del vuelo.

—Agarraos fuerte —pidió Zephyran contra mi oído, el del mismo lado en que el erizo se agarraba con fuerza.

Seika emitió un ruidillo, que parecía una mezcla de emoción y susto.

—Eso hago —respondí, sabiendo que no lo soltaría bajo ningún concepto.

—Bien, mi advertencia iba especialmente dirigida a tu erizo. Ya que a ti te tengo bien agarrada. Comencemos el paseo.

Observé como sus alas batían con fuerza, levantando una leve brisa que hacía que mi pelo platino volase por detrás de mi cabeza. No tardamos en ganar altura, hasta quedar a unos cincuenta metros del suelo. Volví la cabeza para poder ver el mundo que se alzaba por debajo de nosotros. Desde ahí podía ver la escultura de la Luna Nueva como una gran mota de luz que destacaba sobre el césped.

El ángel negro se movía a una velocidad que hacía que el viento nocturno sobre la cara fuese agradable. El paisaje a nuestros pies era espectacular, aunque no podía girar la cabeza lo suficiente para ver lo que teníamos justo delante. Me volví hacia él para poder ver la verdadera Luna sobre nosotros. Cuando sus ojos entraron en contacto con los míos esbozó una amplia sonrisa.

—Veo que te gusta lo que ves.

—Las vistas son preciosas; aunque tengo que admitir que me gustaría poder ver de frente a dónde nos dirigimos.

Su gesto no cambió. Observé como por encima de sus alas relumbraba la Luna en cuarto creciente, destacando entre infinidad de estrellas. Parecía más alcanzable desde el aire, aunque aún estuviese seguramente a miles de kilómetros.

—Eso lo podemos solucionar rápido. Puedo darte la vuelta para que veas lo mismo que veo yo.

—Y eso, ¿cómo vas a hacerlo exactamente sin que me estampe contra el suelo?

—Girándote con mis propias manos.

Sentí la calidez de su contacto. Sus brazos seguían rodeando mi cintura.

—Entonces dejaré de poder sujetarme —razoné. No muy contenta con la idea.

—Como te dije antes, te tengo bien agarrada. Incluso aunque me soltases ahora mismo, no voy a dejarte caer. Lo prometo. Solo tienes

que confiar en mí.

Se hizo el silencio. Había dejado de prestar atención al paisaje para mirar a sus ojos zafiro. Unas corrientes de oscuridad casi etéreas comenzaron a salir por detrás de sus alas. Sentí una sensación agradable en el momento exacto en el que empezaron a serpentear por mi espalda. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Él pareció darse cuenta de mi reacción, pero no dijo nada.

—Supongo que tu oscuridad no va a impedir que me caiga.

—Pero yo sí lo haré —murmuró. Y sentí su esencia golpear contra mi rostro.

—¿Por qué a mí no me hace daño tu oscuridad? —pregunté, cambiando de tema.

—Porque solo le hace daño a quien yo quiero. Puede ser el arma más letal; pero también una dulce oscuridad que causa sensaciones agradables.

No lo negaría, pero tampoco lo admitiría en voz alta. No sabía dónde me dejaría eso.

—Vale, lo he captado. Gracias por la aclaración.

—Bueno. Estamos cada vez más cerca de nuestro destino. Si no te decides rápido te perderás la sensación de ser casi tú la que está volando.

No sabía qué clase de espíritu maligno había poseído mi alma cuando me encontré respondiéndole.

—Enséñame lo que es volar de verdad.

—Suéltate de mi cuello —me pidió. Posó una de sus manos sobre mis brazos, y, rápidamente, la devolvió a mi cintura para sujetarme.

No sé qué me dio la fuerza para hacerlo. Quizás la oscuridad que danzaba bajo mi cuerpo, aunque no funcionaría como amortiguador, de alguna manera me había transmitido seguridad. O tan solo era la confianza ciega en él que había desarrollado. Sabía que no me soltaría. Quité las manos lentamente, sintiendo como si se me quedasen vacías.

Zephyran me giró con agilidad y noté como sus manos se aferraban con fuerza sobre mi tripa. Aquel gesto hizo que algo desconocido recorriese mi interior. Sentí su rostro a un lado, junto a mi larga melena.

—Si no quieres que nos choquemos, será mejor que te recojas la melena al otro lado. Se me están metiendo tus pelos en los ojos.

—Lo siento —respondí. A la vez alcé las manos para colocarlo en el lado opuesto a su cara.

Seika emitió un gruñido al sentir las cortinas gris platino sobre sus pinchos. Le pedí perdón y percibí como se recolocaba para esquivarlas.

—Así mejor. ¿Qué tal vas?

—Estoy perfectamente, creo. Gracias.

—Aprovecha los últimos minutos de vuelo, que ya queda poco para llegar a nuestro destino.

Decidí prestar atención al paisaje, que había estado ignorando. Y me di cuenta de que el palacio de las Tinieblas desde arriba era precioso. Era como un manto de estrellas con montañitas, que en realidad eran torres, alzándose imponente hacia el cielo entre el césped. A nuestra derecha se veía el lago, en cuyo centro destacaba una gran bola de luz blanca que representaba la luna llena.

Extendí los brazos en cruz, sintiendo como si el aire fuese una parte intrínseca de mi ser. No tenía alas, pero la forma en la que me había colocado Zep me hacía sentir como si fuese yo misma la que volaba. Y aunque yo no era la que decidía la dirección, él se acercaba cada vez más al lago, que era justo a donde ambos queríamos ir. Por eso no notaba que fuese él el «conductor».

Era agradable sentir sus brazos sobre mi estómago; me daba la seguridad de que no iba a caerme. Y, aunque no habíamos hablado prácticamente durante el trayecto, no me había hecho falta. Era uno de esos silencios que, lejos de ser incómodos, transmitían calma y paz, porque sabías que no era necesario llenarlos con palabras. Eran para disfrutar con todos los sentidos de las sensaciones que regalaba la vida.

Me di cuenta de que cada vez estábamos más cerca del lago. Perdíamos altura poco a poco. Estaba segura de que podía bajar a alta velocidad en picado, y no lo estaba haciendo únicamente para que no me fuera desagradable el aterrizaje.

—Ya hemos llegado Cam —anunció Zep, rompiendo el silencio.

En cuanto mis pies tocaron el suelo, Sei correteó por mi cuerpo hasta llegar al césped y emitió ruiditos de felicidad, como si hubiese echado de menos notar algo bajo sus patas. O quizás se había cansado de lidiar con mis pelos. Me di cuenta de que los brazos de Zep no se habían movido de su sitio; me volví para mirarlo a la cara. Él pareció darse cuenta, y me soltó sin decir nada.

—Gracias por el paseo. Ha sido increíble —admití.

—Un placer, pequeña chupasangre.

—Puede que arruines la noche solo con esas dos palabras —lo amenacé, dándole un toquecito con el dedo en el pecho.

—Entonces tendré que arriesgarme.

Dejé escapar un fuerte suspiro y miré a Seika, para comprobar si quería seguir a pie o volver a mi hombro. Había comenzado a andar en dirección al lago.

—Parece que algunos lo tienen muy claro —opinó Zep, poniéndose a mi altura—. Anda, vamos. A este paso se irá la luna antes de que lleguemos.

Anduvimos unos diez minutos, hasta quedar junto a la orilla del lago. Me detuve para coger aire con fuerza y Zep se paró junto a mí. El lago era realmente precioso y enorme. La escultura de la Luna Llena se encontraba justo en el centro. En sus aguas había cantidad de puntos amarillos que parecían estrellas; pero estaba segura de que, si existían las luciérnagas en Dusterkeit, ellas eran las responsables.

Entonces algo negro comenzó a asomar por un lateral de la luna. Y dejé escapar un chillido, temiendo que se tratase de uno de esos monstruos que nos habían atacado con anterioridad.

—¿Qué es eso? —pregunté preocupada.

Capítulo 24. Los misterios del Jardín del Plenilunio



Zephyran

Haber llevado a Camille entre mis brazos hasta el lago me había dejado bien claro que estaba jugando con fuego. Pero, ¿qué podía decir? Era masoca. Y por mucho que estuviese prohibido, mi corazón sorteaba esa tradición. Quizás mis padres y yo no solo íbamos a ser la primera dinastía reinante en promover la igualdad entre especies, sino que también estaríamos destinados a dar un mensaje aún más fuerte. Incluso antes de conocer a Cam, ya teníamos pensado acabar con esa absurda ley; pero íbamos modificando todo poco a poco, para que la gente se acostumbrase. En realidad todo lo hacían mis padres; pero mi opinión era valorada por ellos, casi como si tuviese su mismo poder.

Y es que ¿acaso estaba mal lo que yo sentía por Camille? La magia era más antigua y poderosa que cualquiera de nosotros, y ella era la que nos había unido. Al principio había tratado de no darle importancia; pero cuanto más tiempo pasaba con la vampira, más se intensificaba lo que sentía. Quizás alguien pueda pensar que la magia nos condena y nos ata a otra persona; pero no tenía nada que ver con eso. Nuestra magia sabía, incluso antes que nuestros propios corazones, quién era la persona a la que íbamos a elegir para pasar el resto de nuestra vida inmortal.

El chillido de Cam me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué es eso?

Observé como una sombra oscura, que pertenecía a alguien que conocía demasiado bien, se asomaba entre la estatua de la Luna Llena.

—Tranquila es un amigo mío.

La anátida oscura se aproximaba, volando veloz hacia nosotros. Tras él salieron más de los suyos, que nadaban en nuestra dirección por el estanque. Parecían bailar, entre las luciérnagas que daban aún más luz al lago.

—¿Son patos? —preguntó sorprendida.

—Bueno, aquí se les llama más bien anátidas oscuras; pero sí, puedes llamarlos así.

Mi amigo de plumas se paró frente a Cam, que lo observaba con curiosidad.

—¡Cuaaaaack!

Ella pegó un saltito hacia atrás, llevándose una mano al pecho.

—¡Qué susto! Eso no me lo esperaba.

—Camille, te presento a Cardan. Ard si te resulta más sencillo. Es muy ruidoso, le gusta llamar la atención. Y estoy seguro de que, para el resto de su especie, es como el rey del estanque. Todos lo admiran.

Ella analizó su plumaje oscuro. Tenía el cuerpo marrón y gris, y el cuello blanco con motas negras. El pico y las patas negros, como el carbón. Su cabeza era verde oscuro; sobre ella, destacaba un gran pompón de plumas grises con motas negras, que solía llamar la atención de todo el mundo la primera vez que lo veían.

—¿Qué le pasa en la cabeza? ¿Está enfermo?

Ard parpó indignado, y giró la cabeza para observarla con atención, fijando en ella uno de sus ojos marrones.

—Para nada. Siempre ha tenido un pompón de plumas sobre la cabeza. Es el único de todo el estanque que lo tiene. Creo que por eso es tan presumido y todos lo siguen; además de por su fuerte personalidad. Pero ahí fuera hay más como él, con un pompón sobre su cabeza.

—Nunca había visto uno igual. Eres muy bonito, Cardan —Se volvió hacia mí—. ¿Puedo acariciarlo?

—Por supuesto que sí, le encanta que lo hagan.

Ella deslizó la mano por su plumaje, con delicadeza.

—¡Qué suave!

Cardan fijó la vista entonces en Sei. El erizo, al notar que estaba siendo observado, se acercó a él. Aunque era pequeño a su lado, no se achantó.

—Parece que Seika quiere jugar contigo —dijo Cam, y se volvió hacia mí de nuevo—. ¿Pueden?

—Claro, a esta anátida le encanta jugar.

Y en cuanto pronuncié la última palabra, unas corrientes de oscuridad con plumas negras comenzaron a danzar en torno a Cardan. La vampira, que aún tenía su mano en el aire a escasos centímetros del pompón de plumas, se movió hacia atrás sobresaltada. Seika gruñó.

—Pensaba que no podía atacarme —dijo, sin dejar de mirar a mi amigo de plumas.

—¡Cuaaaack!

—Son sus poderes. Puede generar pequeñas corrientes de oscuridad con plumas danzando por ellas. Al igual que pasa con las mías, solo pueden hacer daño a quién él quiere.

Acorté la distancia que había entre nosotros, hasta colocarme justo detrás de su espalda. Su aroma a vainilla y frutos del bosque inundó mis fosas nasales.

—Y te aseguro que, si quisiese hacerte daño, ya habría disparado esas plumas en tu dirección —proseguí.

Me percaté de que Seika se había colocado a dos patas, justo delante de los pies de Cam, en una pose que parecía defensiva. Y unos pinchos negros se sostenían en el aire, como si esperase un movimiento en su dirección para lanzarlos.

—Vale, haber empezado por ahí —contestó, relajándose notablemente—. Sei, ¿qué estás haciendo?

—Me parece que está usando sus poderes para defenderte.

—Vamos, no nos va a hacer nada. Lo ha dicho Zep —le aseguró, echándome un vistazo rápido.

El erizo le hizo caso. Comenzó a moverse hacia Cardan.

—Así que estos son tus poderes Sei. Al menos ya los he descubierto.

—Yo aún no cantaría victoria. Puede que sea capaz de hacer más cosas, y aún no sabes el efecto que causan esas púas en sus enemigos —la contradije.

—Buena observación. ¿Y Cardan tiene todos tus poderes, como si fuese un mini tú en forma de pato?

No pude evitar reírme con su comentario.

—Te diría que soy único; pero me ibas a contestar que soy un creído. Por lo que solo te diré que no; que yo sepa, lo que estás viendo ante tus ojos es el único poder que tiene mi querida ave.

—Sí, te has librado del adjetivo despectivo con el que te iba a coronar. Gracias por la información —apuntó, con la mano nuevamente en el aire sobre las corrientes de Cardan—. ¿Puedo atravesarlas sin más?

El erizo se había colocado a su derecha y estaba olisqueando a la anátida. Aún con sus pinchos en el aire, pero más relajado.

—Sí, acarícialo.

Cardan no atacaba a nadie a menos que yo se lo dijese, o que supusiera una gran amenaza para él. Era bastante sociable.

Observé conforme como la vampira acariciaba su cabeza, atravesando su oscuridad sin incidentes.

—Nunca antes había acariciado a un pájaro. Está suavito por todas partes —opinó tras unos minutos.

—Sí, es un tacto agradable el de sus plumas. ¿Dejamos a Ard y a Sei jugando y damos un paseo por el lago?

—¿Cómo sabes que no se harán daño?

—Ven —le pedí, cogiéndola del brazo y empujándola suavemente hacia atrás para que me siguiese.

Nos apartamos unos pasos y nos quedamos observándolos unos minutos. La anátida miró al erizo con un desafío implícito en sus ojos. Sus corrientes de oscuridad se bifurcaron varios metros por encima de su cabeza. Las plumas comenzaron a moverse lentamente hacia Sei, quien, a su vez, elevó aún más sus pinchos.

—Pero, ¿qué están haciendo?

Antes de que pudiese contestar nada, los pinchos de su amigo comenzaron a atravesar todas las plumas de Cardan que iban pasando a su lado.

—Juegan usando sus poderes. En el mundo humano no sé cómo lo harán vuestros animales; pero aquí les encanta usar su magia.

Las plumas comenzaron a salir a más velocidad hacia Seika, que respondía lanzando pinchos también más veloces. Ambos se iban moviendo de un lado a otro, como si estuviesen en un campo de batalla. Metí las manos en los bolsillos, para sacar un saquito lleno de insectos deshidratados que me habían facilitado en las cocinas del palacio.

—Aquí tenéis comida para cuando os canséis —Me agaché para vaciar los «apetitosos bichos» en el césped.

Los animales me echaron un rápido vistazo y continuaron con su juego.

—Que amable por tu parte —susurró Camille.

—Es lo menos que podía hacer.

—¿Damos ese paseo por el lago?

Sonreí en respuesta. Nos despedimos de Sei y Ard y fuimos caminando lentamente, hasta quedar a escasos centímetros de la orilla del lago. Las anátidas continuaban nadando alegremente entre los pequeños puntos de luz titilante. La Luna brillaba sobre nosotros reflejándose en el agua, rivalizando en luminosidad con la escultura que la representaba.

—Es muy bonito el paisaje que nos dejan las luciérnagas en el lago, ¿verdad?

—Sí, es como un pequeño trozo de cielo con estrellas perdido en tu jardín.

Me gustaba como se veía el pelo de Cam bajo las estrellas, como si tuviese luz propia. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro marmóreo. Estaba realmente preciosa con ese vestido negro que contrastaba con su piel. Ella me cogió de la mano, y tiró de mí con una súplica en su mirada.

—Quiero caminar junto al lago. ¿En algún punto se ve más la escultura de la luna?

—Siento decirte que ocupa exactamente el centro del lago; pero podemos pasear el tiempo que quieras.

Me gustaba cuando sonreía. Cuando con mis palabras podía hacer que, de alguna manera, fuese mejor para ella vivir en este mundo al que la habían devuelto tras arrancarla de la Tierra, el hogar de su corazón, aún a pesar de sus raíces. Odiaba pensar que había una gran responsabilidad sobre sus hombros, sin que ella pudiese hacer nada para evitarla.

«Ella es la Salvación y la Perdición del pueblo al mismo tiempo. Encuéntrala antes de que lo haga el enemigo». Rememoré una vez más las palabras de los vampiros videntes. Ya la había encontrado. El problema era que había comenzado a importarme demasiado, y que no me gustaba pensar que en ella recaía el destino de Dusterkeit.

La vampira caminaba alegre, bordeando el lago y disfrutando de las vistas que le regalaba, ajena a los pensamientos que consumían mi mente. Yo la seguía, observando la alegría refulgir en sus ojos púrpura, en silencio. Debía hablarle de la grieta y de que tenía que marcharme; pero no sacaba el valor para destrozarle aquel momento de felicidad.

De repente se detuvo, con el lago a sus espaldas. Me acerqué en silencio, colocándome justo enfrente. Estaba tan cerca que agaché la cabeza para poder mirarla a los ojos. No se movió. Dejé que mi oscuridad nos envolviese. Camille era mi aishiteru. Me fijé en sus labios, tentado a dar el paso. Apenas corría el aire entre nosotros. Ella continuaba quieta, mirándome como quien mira por primera vez el mundo.

Capítulo 25. El cielo está roto



Camille

Estábamos tan cerca que podía oler su esencia a roble. Era perfectamente consciente de que me tenía envuelta entre sus corrientes de oscuridad. También de que sus labios estaban a escasos centímetros de los míos. Pero me había quedado paralizada ante la evidencia. Era como si él hubiese despertado en mí un sentimiento hacía tiempo olvidado. Algo, que formaba parte de mi ser inmortal, antiguo y más poderoso que yo, parecía pedirme desesperadamente que lo escuchase. No estaba preparada para admitirlo.

Di dos pasos hacia atrás y sentí las corrientes oscuras rozar mi espalda; un escalofrío me la recorrió, en respuesta a aquella agradable sensación. Él me sonrió sin decir nada. Pedí desesperadamente, a cualquier ser superior de aquel mundo que pudiese escucharme, que el príncipe dijese algo o iba a volverme loca con aquel silencio. Porque yo había perdido la capacidad para encontrar las palabras.

—Camille —comenzó. Y di gracias al cielo, cualquiera que fuese, por escuchar mis plegarias. Aunque no por mucho tiempo—. Hay algo más sobre Dusterkeit que debes conocer.

Había dejado de mirarme para poner sus ojos en el norte. Seguí la dirección de su mirada; pero no vi nada.

—¿Qué es lo que pasa?

—Desde hace un tiempo, hay una grieta que parte en dos los cielos, al norte de Noctis.

—¿Y eso que significa?

Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo; por muy mágico que fuese aquel mundo, no parecía nada bueno. Como si notase mi temor, su oscuridad acarició suavemente mi espalda. Zephyran volvió a fijar sus iris azul zafiro en mí.

—Significa que, desde que está aquí, me he visto obligado a ordenar a mi ejército realizar inspecciones constantes para ver lo que ocurre alrededor. Son como unas corrientes oscuras que dividen el cielo en dos en esa área. Y a veces se producen ataques de monstruos que, según los rumores, se llevan a gente de nuestro lado. Yo he visto como mataban a mis soldados con mis propios ojos.

—Eso es terrible. Yo… siento que hayas perdido parte de tu gente —alcancé a decir con la voz entrecortada—. ¿Y por qué está ahí?

No sabía si quería conocer la respuesta. De todas formas, aunque me negase a querer saber para qué me necesitaban los habitantes de Dusterkeit, no cerraría los ojos ante algo que estaba preocupando al príncipe y que parecía ser un peligro tan inminente para la ciudad.

—Nadie sabe cuál es la causa —se calló de repente. Y sentí que estaba evitando decir algo—. Los vampiros y los ángeles negros que viven en la zona de la grieta no quieren caer en su influjo; han comenzado a mudarse alarmados por los rumores, y porque la tierra bajo ese cielo negro no es fértil.

Mis ojos se abrieron de par en par ante estas revelaciones. ¿Qué es lo que estaba pasando en la ciudad de Noctis? Y lo que era peor, ¿por qué tenía la terrible sensación de que yo era la llave de sus problemas? Dos preguntas se quedaron atascadas en mi garganta: ¿qué había querido decir y se había callado? y ¿en qué podía ayudarles yo con mis poderes?

—Seguro que podemos encontrar una solución —solté, callando todo lo demás.

Y busqué mi poder en mi interior. Un manto espeso de magia recorrió todas y cada una de mis células; yo lo había invocado. Sentí su material genético palpitando, invitando a ser leído, tirando de mi

ser. Aquella sensación me daba seguridad; sabía que algún día descubriría lo que tenían que contarme mis células. Descubriría cómo manejar mi poder.

—Sí, yo nunca me rindo —me aseguró. Y aquel comentario revolvió todo mi interior, magia incluida—. Por eso he decidido que voy a ir a visitar a los vampiros videntes, para que me den una explicación de todo esto.

—¿Los vampiros videntes? ¿Y esos quién son? Lo de videntes me da una idea, pero…

—Son seres casi tan antiguos como el mar y la tierra. Han vivido miles de acontecimientos a lo largo de millones de años. Y en su cabeza pueden ver los hilos del destino, que llevan a los acontecimientos futuros.

Abrí la boca de par en par. No sé lo que esperaba oír; pero eso no.

—Entonces, tienen que tener la respuesta a todos los problemas.

—No es tan sencillo sacarles información —reveló inquieto—- Estaré fuera alrededor de una semana. Mientras tanto, podrás entrenar con Kaia tus poderes como vampira.

Sentí cómo un pequeño vacío se instalaba en mi interior. ¿Iba a irse durante una semana y me iba a dejar ir sola a su palacio? Tenía a Ovraal, lo sabía; pero no podía pensar en estar en el palacio de las Tinieblas sin la compañía de Zephyran. Se me hacía difícil de imaginar. Y con Kaia no tenía nada de confianza, aunque el día que me la presentó me había parecido maja.

—¿No puedo acompañarte? —Se me escapó la pregunta, sin que fuera capaz de hacer nada para evitarlo—. Quizás podría ayudarte de alguna manera.

El ángel negro se acercó a mí antes de responder.

—Camille, me encantaría que me acompañases —aseguró, posando su mano en mi mejilla. El tacto de sus dedos era cálido—. Pero, aún no sabes manejar tus poderes. Salir de Noctis en esas condiciones sería muy peligroso para ti. No puedo correr ese riesgo.

Aquello me entristeció; pero en el fondo sabía que tenía toda la razón.

—Lo entiendo.

—Tranquila, Kaia cuidará muy bien de ti en mi ausencia. Le diré que te pase a recoger mañana a la hora de siempre.

—No quiero ser una carga para ella.

—No eres una carga. Ella está encantada de poder ayudarte. Y algo me dice que os llevaréis muy bien.

Conversamos hasta más de medianoche, mientras paseábamos en torno al lago. Incluso Seika y Cardan terminaron alcanzándonos y siguiendo nuestros pasos, mientras jugueteaban entre nuestras piernas. A veces olvidaba por completo el lago, con su resplandeciente escultura de la luna llena, y tan solo me centraba en el chico de ojos zafiro.

A la vuelta el ángel cargó conmigo, volviéndome a proporcionar la sensación de estar volando con los brazos en cruz. Sus alas como si fuesen extensiones de mi espalda, de no ser por la reconfortante sensación que me transmitía el contacto de su cuerpo detrás de mí. Era la seguridad de estar volando en compañía y sentir esa sensación de libertad. O de eso quería convencerme.

El erizo oscuro había decidido ir agarrado con todas sus fuerzas a uno de mis brazos, para evitar pegarse con mi melena.

Esa vez Zep me llevó volando hasta la mismísima puerta de la casa de Ovraal, aterrizando a escasos metros de ella. Seika volvió a su habitual sitio en mi hombro, en cuanto lo vio libre de pelos asesinos.

—Gracias por cargar conmigo de vuelta a casa —le agradecí, tras volverme para estar cara a cara con él.

—No ha sido nada. Gracias a ti por concederme esta visita por el jardín del Plenilunio.

Hizo una rápida reverencia, inclinando la mitad del cuerpo hacia adelante.

—No ha sido nada —repetí sus palabras—. Ha sido una gran noche, aunque, como me sigas haciendo reverencias de esa manera, voy a empezar a plantearme si quiero seguir pasando el tiempo contigo. No me gusta que los habitantes de tu ciudad se me queden mirando.

—Es divertido irritarte —Se defendió. Sabiendo que la amenaza no iba en serio.

—Vale, prín-ci-pe —contesté, arrastrando las sí-la-bas.

—Oh, por ahí no vayas.

—¿Y si no qué?

—Usaré mi oscuridad contra ti, con fines que no voy a revelar —Me dedicó una amplia sonrisa.

—Eso es jugar sucio. Cuando sepa usar mis poderes te vas a enterar.

—Estaré el primero a la fila para ver lo que eres capaz de hacer con ellos, pequeña chupasangre.

Lo miré desafiante.

—Me quedaría aquí toda la noche a ver quién gana en esta batallita verbal; pero he de terminar de hacer los preparativos para salir mañana, cuando caiga la luna.

Dio dos pasos en mi dirección.

—Vale, aquí estaré esperando a que vuelvas. Será mejor que entre ya también, o el fisgón de Ovraal saldrá a buscarme.

No era la primera vez que nos quedábamos hablando en la puerta y el vampiro hacía su aparición estelar, diciendo cualquier tontería que se le pasase por la cabeza. A veces incluso invitaba a entrar a Zephyran, y yo no quería retrasarlo más en su viaje.

—Buena observación. Sé que no la necesitas, porque vas a bordarlo; pero buena suerte en el entrenamiento de mañana.

Sin verlo venir, extendió sus brazos y me dio un abrazo. Pasé las manos por detrás de su cuello, siguiendo su gesto. Sei emitió un ruidito, recordándome que estaba ahí, para que no lo aplastase.

—Gracias —susurré contra su oído—. Yo también te deseo suerte en tu viaje y tu visita a los vampiros videntes. Espero que me cuentes lo que averigües con todo lujo de detalles cuando vuelvas.

—Gracias, Cam. Lo haré.

Se despegó, y sentí como una caricia de aire frío por el cuerpo. ¿Se podía saber qué me estaba pasando?

Me acerqué a la puerta, ignorando aquella sensación. Abrí y me volví hacia el príncipe para despedirme.

—Hasta pronto, Camille.

—Buenas noches, Zephyran.

Capítulo 26. Manual de instrucciones vampíricas o Kaia



Camille

Me desperté sobresaltada al ver la cara de Ovraal en algún punto donde debería estar el techo.

—¿Y a ti qué te pasa, que no puedes despertarme como las personas normales? —me quejé, apartando las sábanas de golpe.

—No sé a qué llaman normal los humanos; pero mi cara no habría sido lo primero con lo que te habrías topado si hubieses escuchado mis voces. Llevo diez minutos llamándote.

—¿Ahora resulta que soy humana?

—No, pero esa frase es típica de los humanos. Se nota que has crecido con ellos.

Salté de la cama al suelo, y observé que Seika llevaba un rato comiendo algo que parecía savia de algún árbol y frutas silvestres. Me había costado coger el sueño, ya que había estado dando vueltas a todo lo que me había dicho el príncipe: la grieta y los vampiros videntes. Sabía que no tenía necesidad de dormir; pero, después de haber creído que era humana la mayor parte de mi vida y haberle cogido el gusto, se me hacía raro no intentarlo al menos.

Aunque no tenía mucha idea de la geografía de Dusterkeit, suponía que Zephyran ya debía de estar fuera de Noctis; hacía tiempo que la luna se había puesto en el cielo. Estaba impaciente por saber qué descubriría; y a la vez sentía una cierta inquietud. Sabía que era poderoso; pero ¿habría enemigos en su viaje qué pudiesen atacarlo? Tendría que soportar estar unos días sin saber nada de él.

Rebusqué en mi interior, y me di cuenta de que la pequeña vibración, que solía sentir desde la casa de Ovraal, había disminuido bastante; apenas era perceptible, como un eco lejano. ¿Tendría algo que ver con mis poderes?

—Camille he venido a por ti, porque Kaia está al caer.

Miré el reloj y resoplé. Tenía que prepararme en tiempo récord si quería estar lista para cuando la vampira llamase a la puerta. Agradecí al brujo que me hubiese despertado, y me dejó sola en la habitación para cambiarme. El día anterior le había contado lo de la partida de Zep y que entrenaría con Kaia. Él me había confirmado la existencia de la grieta, y parecía saber lo mismo que el príncipe.

Elegí ropa cómoda para que no fuese un estorbo en el entrenamiento. Me despedí de Seika, que jugueteaba con una pelota en su cojín de murciélago, y me precipité a la cocina a beber varios vasos de sangre. No tenía tiempo de ingerir nada sólido; pero ya había aprendido que la sangre era fundamental si no quería tener un ataque de abstinencia. Ahora la tomaba con regularidad, desde que me levantaba hasta que anochecía, y no había vuelto a sufrir más percances.

Al poco de terminar de beber llamaron a la puerta. Corrí para abrir; pero el brujo se me adelantó y me lo encontré apoyado en la misma, con una sonriente Kaia en el umbral. Llevaba puesto el traje de entrenamiento con el que la había conocido. Pero esta vez, su larga melena azul estaba suelta, a excepción de unos mechones que tenía trenzados a cada lado de la cabeza, hasta perderse por detrás.

—Buen antelunio —saludé, colocándome a su altura.

—Hola, Camille. Le decía a Ovraal que te traeré de vuelta sana y salva en cuanto terminemos el entrenamiento.

—Justo de eso estábamos hablando, pelo gris. Y yo le decía que los amigos del príncipe Zephyran son mis amigos. Sé que elige muy bien las personas en las que puede confiar.

Sentí una punzada en el pecho al escuchar su nombre.

—Y yo no soy una criatura mágica cualquiera —aseguró la vampira, con una nota de diversión en la voz. Dio media vuelta alzando una mano en el aire—. Vamos, aún tenemos que llegar a Palacio.

Me di cuenta de que los mechones de su pelo que iban hacia atrás confluían en el centro y se unían formando una trenza.

—Me gusta tu peinado —comenté, tratando de sonar amable.

—Me caes bien, ¿lo sabías? —Correspondió, soplando polvo invisible de la mano que antes había alzado.

Ovraal dejó escapar una risilla.

—Bueno, yo os dejo con vuestras cosas. Voy a aprovechar para adecentar la casa. El polvo no se limpia solo.

Se despidió y cerró la puerta, dejándome a solas con Kaia. Comenzamos a andar en dirección al palacio, por un lugar de la ciudad que ya me conocía como la palma de mi mano, de recorrerlo tantas veces.

—¿Sabes? Vives con un vampiro muy, muy guapo —opinó la vampira rompiendo el silencio.

La miré sorprendida, sin saber que decir. ¿Estaba hablando en serio? Quizás solo trataba de romper el hielo.

—¿Te gusta?

—Es la primera vez que lo veo, así que no. Tan solo comento lo que ven mis ojos.

—Ajá, no os conocíais entonces.

—En persona no. Pero es muy popular, es un brujo muy poderoso.

La miré, como queriendo decir que con el tiempo todo era posible. Ella pareció suponer lo que estaba pensando.

—Me imagino lo que tienes en mente; pero es imposible que haya nada entre nosotros. Incluso aunque me gustase.

—¿Y eso por qué? —pregunté movida por la curiosidad.

—¿Vives con él y no te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué?

—De que es gay.

La miré sorprendida. No es que hubiese visto nunca a Ovraal en compañía de nadie, como para saber su orientación sexual; tampoco me importaba cuál fuese. Yo respetaba todas las formas de sentir, y él era uno de mis mejores amigos en aquel mundo lleno de desconocidos.

—No lo sabías. Bueno, no pasa nada. Hablemos de lo que realmente importa. Zephyran me ha contado que habéis avanzado mucho en vuestros entrenamientos.

—Sí, aunque aún no se manejar mis poderes.

—No pasa nada. La gente con magia poderosa es la que más tarda en aprender a dominarla. Yo tengo fe en ti —aseguró, poniendo un brazo en jarra y fijando sus ojos rosa en mí.

—Gracias por la confianza.

No me atreví a preguntar qué era lo que hacía que confiase en mí, sin siquiera conocerme.

Alcanzamos la plaza de los Orígenes. Me di cuenta de que la vibración, que siempre se intensificaba al llegar a ese punto, ahora no lo hacía. No solo no lo hacía, sino que seguía siendo el mismo eco de fondo que había sentido en casa de Ovraal. Sentí como si hubiese perdido una parte fundamental de mi interior. Desde que había llegado a Dusterkeit, esa sensación siempre me había acompañado, ¿por qué se había convertido en poco más que susurros danzantes en mi interior?

Entramos en Palacio. La desilusión por la ausencia de Zephyran se entremezcló en mi interior con esa pena porque la vibración, que siempre me acompañaba, fuese muy poco perceptible. Kaia ya estaba entrando en la sala de entrenamiento cuando sentí una especie de caricia en el corazón, que me hizo sentir mejor. Parecía provenir de las vibraciones que acompañaban a mi cuerpo; ¿podían hacer eso?, ¿tenía que ver con mis poderes?

—Bueno, Camille. Ha llegado la hora de poner a prueba tus habilidades como vampira.

Kaia me sacó de mis pensamientos. Lo dejaría para más tarde. La seguí en silencio hasta el centro de la sala. Me gustaba su forma de andar, era como si tuviese claro que era capaz de remover el mundo con su mera presencia. Como si supiese que ella era una pieza importante para que este funcionase.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté cuando nos detuvimos en el centro de la sala.

—Primero viene la parte más aburrida, la teórica —comenzó y sus colmillos asomaron—. Creo que hay cosas que ya has descubierto por ti misma en el tiempo que llevas viviendo en Dusterkeit. Como que no es necesario tener una dieta únicamente hematófaga, pero que necesitas la sangre para sobrevivir. Especialmente tú; necesitas beberla de forma regular y diaria, al haber estado fuera es como si fueses una vampira que acaba de nacer. Que dormir no es necesario, pero ayuda a recargar fuerzas, también lo habrás descubierto.

—Sí, lo sé. Creo que lo de la abstinencia ahora lo tengo controlado.

—Lo de que no puede darnos la luz de helios, o del sol terrestre, y lo del ajo son mitos humanos que puedes ir borrando de tu mente. También lo de que nuestro cuerpo está frío. Es verdad que no podemos vernos reflejados en los espejos —No la quise interrumpir para decirle que yo era una excepción; prefería guardar ese dato para mí—. Y sí, todos los vampiros tenemos superfuerza y supervelocidad, y con eso es con lo que te voy a ayudar yo estos días. Verás que es mucho más sencillo que lo que has estado trabajando con Zephyran, ya que son poderes básicos.

—Es un gran consuelo saber que esto será mucho más sencillo.

«¿Qué podría salir mal?» pensé tratando de infundirme ánimos. Sabía prácticamente todo lo que me había contado y sin embargo no pude evitar preguntar.

—¿Por qué Ovraal siempre está frío?

—Algunos vampiros con muchísimos años de edad así lo prefieren; pero no es la norma general.

Asentí en silencio.

—Bien, ahora que lo teórico está explicado, vamos a empezar aprendiendo a usar la supervelocidad. Empezaremos el

entrenamiento aquí; pero luego saldremos al jardín, ya que podemos alcanzar una velocidad de unos ciento cincuenta kilómetros por hora, y este espacio no es adecuado para ello. Empezaremos con algo sencillo. Corre hasta la pared, y yo graduaré mi velocidad para ir a tu lado.

Asentí, sin entender cómo una velocidad humana iba a llevarme a otra paranormal. Pero le hice caso y comencé a hacerlo; ella se puso a mi altura sin ningún esfuerzo y me guiñó un ojo.

—Vale, así estaremos en movimiento y será más sencillo. Cuando lleguemos a la pared, daremos vueltas en círculos. No te preocupes, porque la resistencia vampírica a este ritmo es muy alta, y podemos aguantar muchísimo tiempo así. Notarás que no te cansas.

Asentí, empapándome de sus conocimientos.

—Ahora tienes que pensar que la velocidad es una parte de ti. Siéntela en cada fibra de tu cuerpo, hazla tuya. Que se adueñe de tu interior, e impúlsate hacia adelante sintiendo el movimiento en tus células. Gobierna esa sensación y tómala para acelerar e ir cada vez más rápido.

Me repetí sus palabras en la mente y traté de integrarlas. Intentaba empujar mi cuerpo a una mayor velocidad, pero no conseguía subir el ritmo. No tardamos en llegar a la pared, y dar unas cuantas vueltas en círculo. Seguimos así hasta que me di cuenta de que, quizás, lo que pasaba era que en el fondo me daba miedo estamparme contra la pared, no poder controlar la velocidad.

—¿Puedo salir despedida y destrozar la pared si no manejo bien mi cuerpo?

—Es difícil, pero sí. Aunque eso no pasará, porque estoy aquí para cazarte.

Dediqué unos minutos a pensarlo.

—Vale, me sirve de consuelo.

Al cabo de media hora tratando de subir el ritmo, me di cuenta de que había comenzado a ir más rápido. Sentía la velocidad en el cuerpo; lejos de lo que pensaba, era una sensación agradable. Era como si ese trozo de mí siempre me hubiese pertenecido. La velocidad, aunque no fuesen alas, también otorgaba una cierta sensación de libertad.

—Eso es —Celebró Kaia dando palmas—. Pero ten cuidado con la pared.

Giré en el último momento, al ver que la colección de espadas de la sala estaba demasiado cerca. Y me centré en dar vueltas y vueltas sin sentir nada más. Despejando la mente de cualquier pensamiento.

—Cincuenta kilómetros por hora —canturreó la vampira. ¿Es que tenía un velocímetro integrado en la cabeza?

—¿Cómo?

—Experiencia de muchos años. Vamos a frenar y al jardín. Hoy será un día muy productivo.

Me explicó cómo reducir la velocidad, lo cual fue muy sencillo al lado de lo que había sido ganarla. Y salimos al jardín del Plenilunio a practicar las velocidades más altas. Comenzamos junto a la escultura de la Luna Creciente. Kaia me dijo que escogiera la ruta que quisiese por el jardín, y que ella seguiría mi paso como antes.

Al principio no lograba pasar de la velocidad que había alcanzado en la sala de entrenamiento. El jardín del Plenilunio me recordaba demasiado a Zephyran; cuando pasamos el lago, las imágenes del día anterior desfilaron rápidamente por mi cabeza. ¿Qué estaría haciendo el ángel negro en ese preciso instante?

—Camille, te noto distraída —apuntó Kaia, sacándome de mis pensamientos. Su mirada escrutadora hizo que volviese a concentrarme plenamente en el ejercicio, tratando de superarme a mí misma.

Al cabo de un rato, sentí como si hubiese roto una barrera de velocidad. Fijé la vista al frente para no llevarme nada por delante. Si ir a cincuenta kilómetros por hora era liberador, la velocidad que llevaba en esos momentos era como entrar en otro mundo. Y mi cuerpo parecía reaccionar a ella como si mis células cantasen una melodía.

Además, mi vista parecía perfectamente adaptada, ya que veía claramente todo lo que había a mi alrededor, aunque durase poco tiempo en mi campo de visión.

—Ciento veinte kilómetros por hora. Enhorabuena, Cam. Ahora, que parece que lo has cogido, ¿qué tal una carrera? De aquí al lago —propuso señalando a lo lejos.

—Vamos —Le dediqué una sonrisa.

Y corrimos hasta el lago. Sentía como el viento golpeaba mi rostro en una sensación agradable, mientras mi pelo volaba al ritmo de mis pasos. Las estrellas en lo alto iluminándonos el camino. Casi podría haber sido perfecto, de no ser porque seguía sintiendo que algo faltaba en mi interior, ahora que las vibraciones sonaban tan lejanas. Aun así, quise dedicar una sonrisa al mundo cuando frené a escasos centímetros de la orilla del lago.

—Empate —Escuché a la vampira a mi derecha—. Eres realmente buena. Quiero la revancha.

Y así fue como terminamos dando tantas vueltas al jardín, haciendo una carrera detrás de otra, que perdí la cuenta; y terminé olvidando que hacía unas horas ni siquiera era capaz de dominar aquella habilidad intrínseca en mi ser. No sé quién ganó más veces a quien, ni cuántas conversaciones fugaces intercambiamos en el proceso; solo sé que terminamos tiradas en el césped, riéndonos y sintiendo el principio de una nueva complicidad. Kaia iba a caerme bien después de todo.

Los dos días siguientes volvimos a practicar la supervelocidad, y sentía que lo tenía dominado. Kaia había tenido razón cuando dijo que aprender a usar la magia vampírica sería muy sencillo, al lado de manejar mi propio poder. Habían pasado tres días en total, y la vibración que siempre me acompañaba seguía igual de tenue, o incluso algo más lejana que el primer día. Empezaba a preocuparme; pero no me atrevía a preguntar a nadie si ellos sentían lo mismo que yo.

En cuanto a Zephyran, no había tenido noticias de él. Y aunque me lo estaba pasando muy bien con Kaia, tenía ganas de que regresase y me contase lo que había averiguado en su visita a los vampiros videntes.

Volví a la realidad cuando Kaia me agarró del hombro, pasando la mano por detrás de mi cabeza a modo de abrazo. Llevaba su largo pelo azul suelto en todo su esplendor. La Luna sobre el cielo indicaba que ya hacía tiempo que había anochecido. Y nosotras estábamos sentadas junto al lago. Era agradable poder volver a entrenar de noche, después de que Ovraal se hubiese quedado tranquilo con que

sus salvaguardas funcionaban; seguían sin producirse ataques. No sabía si era buena señal que estuviese todo tan tranquilo. El no encontrarme con nadie que pretendiese hacerme daño aliviaba sobremanera mi sensación de sentir que me estaban buscando.

—Sabía que me caerías bien y me sacarías de mis días de aburrimiento. Cuando termine de enseñarte lo que sé, me gustaría poder seguir quedando contigo.

—Me parece una muy buena idea —respondí, contenta de tener una nueva amiga.

—Genial, pues ya sabes dónde encontrarme cuando te apetezca un día de chicas —sonrió ampliamente—. Admito a Zep, si me proponéis un buen plan.

Me reí en respuesta.

—Yo estaré en casa de tu apuesto Ovraal, si me buscas.

Me soltó, y puso los brazos en jarras indignada.

—¿Qué te tengo dicho? No va a haber nada entre nosotros. Y hay candidatos mejores en mi lista.

—¿De verdad? ¿Quién son esos candidatos?

—Para el carro. ¿Qué hay de ti y el príncipe Zephyran? Porque no pasa desapercibido para nadie que algo se cuece entre vosotros —Contraatacó.

Estaba segura de que de haber sido humana me habría sonrojado. ¿Para nadie? ¿Quién era nadie? ¿Y por qué sentía un cosquilleo en el estómago? No podía dejarme llevar por esa sensación.

—¿Quién lo dice, si puede saberse? —Piqué, tratando de sonar desinteresada.

—Sin ir más lejos, el otro día, cuando le estaba tomando las medidas a la reina Sereen para un nuevo vestido, me dijo que habían abolido la ley que impedía el emparejamiento entre ángeles negros y vampiros.

Mi boca se abrió de par en par.

—Vale, vamos a ir por partes. ¿Está PROHIBIDO? O sea, no os juntáis entre ángeles y vampiros… ya sabes… como pareja.

—Estaba. Han abolido esa ley —Me miró divertida—. La verdad a mí me parecía algo arcaica y sin sentido. Pero hay gente a la que no

le cae tan bien ese tipo de uniones, parece que viven en la prehistoria. Los reyes llevaban años detrás de quitar esa ley, tantos como los que llevan instaurando otras normas para promover la igualdad entre especies.

—Vale. ¿Y dónde entro yo en esa ecuación?

—Ha sido Zephyran el que les ha convencido de que esa fuese la siguiente ley a cambiar. Aunque sea un príncipe tiene una gran influencia sobre sus padres.

¿Se podía morir uno de sentir tantos murciélagos perforándole el estómago? Sí, en Dusterkeit se decía murciélagos en lugar de mariposas. Y los míos parecían gigantes y equipados con bolas de demolición. Un momento, ¿qué estoy diciendo?

—Y cómo sabes que fue Zep, ¿tienes trato con la reina? —pregunté la otra cosa que me moría por saber.

—Llevo muchos años haciéndole vestidos. Cuando algo le preocupa o le hace ilusión, a veces me lo hace saber —dijo, como si fuese lo más normal del mundo—. Pero tranquila, yo te apoyo al cien por cien —Me apretó el hombro—. Y estoy segura de que la mayor parte de los dusterienses piensan como yo. Te voy a revelar un secreto, pronto será el baile del solsticio de verano en el palacio. Zephyran te pedirá que lo acompañes.

Me quedé blanca, si es que se podía estar aún más pálido que un vampiro. ¿Me estaba tomando el pelo?

—Oye, no puedes estar hablando en serio.

—Te lo juro por los Animales Guardianes.

En aquel momento no se me ocurrió preguntar con la tensión de la situación. Sonó a criaturas muy importantes que debían de infundir un cierto respeto en ella, ya que usó un tono solemne sin una gota de diversión en su voz. Así que decidí confiar en lo que decía.

—Está bien, te creo. Si me lo pide tendré que…

Kaia soltó un gritó y se llevó las manos a la boca. Me sobresalté, y me incliné para descubrir qué era lo que había en el lago que le llamaba tanto la atención. Y entonces lo vi, su reflejo no estaba en la superficie, pero el mío sí. La reflexión en el agua debía de regirse por las mismas leyes físicas o mágicas que en los espejos. Un

escalofrío me recorrió el cuerpo al ver mi forma perfectamente nítida, sin ninguna otra que la acompañase.

—¿Cómo es eso posible? —señaló mi imagen.

—Yo… —Traté de explicarme, sin saber muy bien qué decir.

—Cuando afirmé que no nos podíamos reflejar en el espejo no dijiste nada.

Recordé las palabras de Ov «Si alguien te pregunta por ello, di que es un hechizo que Ovraal ha puesto sobre tu cuerpo. Porque la gente teme aquello que no comprende, y no vamos a arriesgarnos a llamar más la atención». Podría hacerlo, decirle eso y todo terminaría. La vampira pensaría que tan solo estoy hechizada y no le daría más vueltas.

Sin embargo, estaría mintiéndola. Y no se trataba de una extraña, era Kaia la amiga de Zep, la misma que en tres intensos días de diversión había empezado a sentir como mi propia amiga. Y el brujo había dicho que se fiaba de la gente de confianza del príncipe. Suponía que él elegía muy bien con quién se juntaba, por la cuenta que le traía.

—Siento no habértelo dicho antes. Aunque no puedo explicarte por qué me pasa esto. Ovraal tampoco lo sabe, y me dijo que a los demás les contase que él me había hechizado para que pudiese verme reflejada. Pero a ti no puedo mentirte. Por favor, no se lo digas a los demás, no quiero que esto me traiga problemas.

—Tranquila —respondió. En sus ojos rosa sentí la comprensión—. Esto no saldrá de aquí. Aunque, para matar el tiempo durante siglos, he leído muchos libros antiguos de la biblioteca de Palacio y tengo una teoría que podría explicarlo.

—¿De verdad? ¿Y de qué se trata?

—Camille —y la seriedad de su tono no me dio buena espina—. Es una pregunta delicada, pero ¿sabes quién es tu padre?

Capítulo 27. La Fortaleza Eterna



Zephyran

Llevaba tres días de viaje por el territorio entre los ríos Bat y Ghost; justo la región de Dusterkeit por la que menos me gustaba moverme, ya que los cielos eran completamente negros. Era una oscuridad cerrada que parecía engullirte con ella, solo atenuada por los pequeños astros titilantes que podían verse cada cierto tiempo y que daban una tenue luz al paisaje.

Los primeros días había tenido que atravesar el Bosque Espejismo, escuchando el ulular constante de los búhos oscuros y totalmente alerta ante cualquier amenaza que pudiera presentarse. Volar tenía sus ventajas, ya que reducía el número de criaturas que podrían alcanzarme.

Unas horas después de partir había sentido en mi interior la tristeza de Camille, como un manto sobre mi corazón. Su pesar debía de ser tan grande que me lo había transmitido inconscientemente, sin tener ni idea de que, al ser su aishiteru, yo era capaz de sentir sus emociones como si fuesen las mías propias. Nuestros corazones estaban conectados, y por ello también lo estaban nuestros sentimientos. A través de un latido conseguíamos comunicar al otro cómo nos sentíamos. Solo podía hacerse de forma consciente; pero eso siempre que la criatura mágica supiese que el

otro era su aishiteru. Camille no sabía identificar en su interior lo que la unía a mí. Si la intensidad de sus sentimientos era muy fuerte, probablemente los podía empujar hacia mí sin saberlo.

Por eso, con mi siguiente latido le mandé alegría, calidez y consuelo. Su tristeza se removió al recibirlo, y sentí como, de alguna manera, había aliviado su desazón. Durante toda la travesía no había dejado de rememorar lo cerca que había estado de sus labios aquel día junto al lago. Podría haberla besado; pero sentía que ella no estaba preparada, y no quería precipitar nada. Aquello podía esperar.

Al principio había estado preocupado por mis sentimientos hacia ella; pero había terminado aceptándolos. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más fuertes se volvían. Mientras esperaba a que estuviese lista, había movido una pieza más para allanarle el camino, convenciendo a mis padres de que aboliesen la maldita ley que prohibía el enlace entre ángeles negros y vampiros. Era una de las normas que llevaba tiempo queriendo eliminar en pos de la igualdad.

El canto de un pájaro me sacó de mis pensamientos. Había llegado al Valle del Renacer, donde habitaban los fénix de fuego negro e incandescente; volaban en círculos, y camuflándose con facilidad entre la negrura del cielo. Era un poco irónico que el valle llevase el nombre de re-nacer y su cielo fuera el más negro de toda la geografía. Aunque tal vez no lo era tanto, teniendo en cuenta que vivíamos en un mundo de oscuridad.

Caminé lentamente y me fijé en los zorros de luz, que olisqueaban el terreno, desplazándose de un lado a otro. Cada uno tenía tres colas que agitaba en el aire. Ellos sí que eran blancos y emitían luz propia. Las leyendas contaban que sus nueve ancestros habían renacido cada uno de una de las colas de un kitsune fallecido mucho tiempo atrás; todos los actuales descendían de aquellos. Tampoco es que mucha gente hubiese tenido la suerte de ver al Kitsune Guardian; seguramente los afortunados podrían contarse con los dedos de una mano.

Ninguna de aquellas criaturas me haría daño si no me identificaban como una potencial amenaza, por lo que podía respirar tranquilo. Los vampiros videntes tampoco necesitaban protectores, ya que podían acabar con cualquier ser con tan solo un pestañeo.

Ya podía ver el final del valle del Renacer, que conectaba con la Bahía Lux. El ruido del Mar Astral rompiendo sobre la arena era perfectamente percibido por mis oídos inmortales. Y ahí, imponente, destacando incluso sobre el propio cielo, estaba la Fortaleza Eterna, hogar de los vampiros videntes. Un enorme trozo de piedra, arrancado del suelo hacía milenios. Se sostenía en el aire tan solo por la fuerza de telequinesis de aquellos seres, de cuyo poder era capaz de alimentarse infinitamente sin causarles el más mínimo agotamiento.

No quedaba ni rastro en el suelo de que alguna vez la fortaleza hubiera estado allí. La erosión había borrado su pista. Se podía ascender hasta el castillo volando o a pie por la larga escalera que ayudaba a los que no podían hacerlo, y que aparecería en cuanto notasen mis intenciones de subir. Los hilos del tiempo les informarían de quién se acercaba a sus puertas.

—«Zephyran Oakleaf, el príncipe de Dusterkeit quiere entrar en esta morada» —Sonó una voz de ultratumba que traía el propio viento.

Se oyó un crujido y las escaleras se materializaron, salvando el gran vacío. La roca de los peldaños parecía tener los días contados, lo que no me daban ninguna confianza, por mucho que los vampiros videntes se empeñasen en recibir a la gente de esa manera. Agradecí tener alas y emprendí el vuelo; observaba el musgo que poblaba la piedra, para distraer mi mente durante el ascenso.

Aterricé en el suelo arenoso y contemplé por un momento la majestuosidad de la Fortaleza Eterna que se extendía ante mí. Ni un solo pájaro parecía atreverse a volar cerca. Tan solo las estrellas acompañaban a las torres en todo su recorrido vertical. Toda edificación era de color negro, que parecía hacerse nuboso, etéreo, en algunos niveles. Las torres se enroscaban sobre sí mismas dándole un aspecto tétrico. En el centro una gran bóveda techaba la sala donde los vampiros recibían a las escasas visitas.

El silencio reinante en aquel trozo de roca parecía hecho a propósito para intimidar a todo el que pusiese un pie sobre él; pero conmigo no surtía ese efecto. Tan solo se escuchaba el ruido de mis pisadas. Seguí caminando hasta pararme ante el portón de entrada.

Observé la aldaba con forma de cráneo; había que tocar dos veces para entrar, por si te habías arrepentido por el camino. Una forma más de intimidar a los visitantes. Ellos podían leer perfectamente nuestras decisiones en los hilos del tiempo, sin necesidad de que se las comunicásemos. Les gustaba jugar con nosotros, como piezas en un gran tablero; estaba seguro.

Dos toques, y el portón se abrió con un chirrido ensordecedor. No me inmuté. Un vestíbulo del que salía una música tenebrosa me recibió. A izquierda y derecha sendos pasillos; Al frente dos escaleras de caracol, que se perdían de vista detrás de la propia pared de la sala; y entre ellas una plataforma cuadrada, esperando a ser pisada.

—«Pisa la plataforma móvil si tienes valor» —De nuevo una voz de ultratumba. La burla se entreoía en sus palabras.

Me subí sin pensármelo dos veces, y observé las inscripciones antiguas, indescifrables para mí. El cuadrado no me dio ni dos segundos, empezó a subir a una velocidad sobrenatural que no permitía fijarse en nada de alrededor. Me mantuve firme, pensando en si alguna vez alguien habría salido despedido por los aires en ese trayecto. La fortaleza debía de medir unos doscientos metros de altura, y ellos aguardaban en la cúspide.

Frenó en seco. Cualquiera habría salido despedido hacia adelante; pero yo me mantuve inmóvil, producto de toda la fuerza que había ejercido para no humillarme ante ellos. La nueva estancia estaba prácticamente a oscuras, iluminada solo por la gran bóveda del techo, que permitía, tan solo parcialmente, el paso de la luz de las estrellas.

Frente a mí los tres vampiros, más viejos casi que la creación del propio mundo. Uno podía leer el tiempo, otro el espacio y el otro las decisiones de las criaturas que habitaban el tiempo y el espacio. Los tres habían hecho una especie de simbiosis de poderes; podían acceder a las magias de los otros y ver los hilos del destino. Pasado, presente y futuro estaban a su disposición, como libros abiertos. Nosotros quedábamos desnudos ante su inevitable poder. Lo único que no podían robarnos eran nuestros propios pensamientos, inexistentes en su visión del espacio tiempo; tan solo percibían las consecuencias del tiempo, del espacio y de nuestros actos.

Sus ojos estaban blancos, sumidos en los mares de la existencia.

—«Bienvenido Zephyran Oakleaf» —sonó la voz solemne del vampiro del medio, el que controlaba el tiempo.

Llevaba una túnica azul, llena de relojes con las manecillas en diferentes posiciones. Abrió los ojos al mundo terrenal, sus iris contenían todos los colores del arco iris.

—«Cuéntanos qué te trae por aquí» —carraspeó el de la izquierda, el que poseía el espacio. Una solicitud irónica, teniendo en cuenta que veía el futuro.

Su túnica roja, llena de los accidentes geográficos que conforman el mundo: montañas, ríos, mares...

Sabía que debía dejar intervenir a los tres antes de hacerlo yo. Aguardé a escuchar retumbar la voz psíquica del último por todo el espacio.

—«¡Como son estas criaturas vivas!, que ansían constantemente el conocimiento de lo que les va a pasar a continuación. Dinos querido, ¿qué es lo que te perturba?» —atronó el que podría considerarse más compasivo, pues tenía circulando por su mente las decisiones de todos los seres vivos, las que nos hacían ser lo que éramos; observándonos podía vivir nuestras vidas. Eso, quizás más que cualquiera de sus hermanos; ya que él era la fuente de ese poder, el que primero lo había sentido de forma individual.

Su túnica morada, con multitud de criaturas pintadas a través de la tela.

Los ojos arco iris de los tres, ahora posados en mí. Podía sentir la carga de sus miradas ancestrales.

—Siento perturbar vuestra lectura eterna del mundo, Sus Excelencias. Sé que ya lo hice hace poco; pero la situación me lleva a necesitar nuevas respuestas.

—«¿Qué ha cambiado entonces para que vuelvas a nosotros príncipe?» —preguntó el del tiempo.

Debía elegir bien mis palabras, si quería sacar alguna respuesta útil.

—La situación en Noctis con la grieta del cielo se está descontrolando. Sus monstruos han arrancado a soldados de mi lado, y se rumorea que se lleva a habitantes de la ciudad.

—«La grieta que se ha abierto en los cielos es el resultado del desequilibrio entre la luz y la oscuridad» —contestó el del espacio.

—¿Desequilibrio entre la luz y la oscuridad? —repetí; sin entender a dónde querían llegar—. ¿Por qué?

—«Ella es la Salvación y la Perdición del pueblo al mismo tiempo joven Zephyran» —gruñó el de los actos.

Otra vez esa frase. Me perturbaba revelarles que Camille estaba conmigo; pero ellos ya lo sabían de todas maneras. Y quizás así me dijesen algo más.

—La he encontrado, La vampira que puede ayudarnos está en mi ciudad.

—«Camille Dageraad, es tu aishiteru» —afirmó el del tiempo.

¿Dageraad? ¿Ese era su apellido? No conocía el apellido de Ahrienia. ¿Llevaría el de su padre?; pero nadie sabía con quién se había juntado ella para concebirla. La palabra aishiteru retumbó en mi cabeza.

—«Terminarás matando por ella. La pondrás por encima de todo a cualquier precio» —prosiguió.

¿Y de qué me servía esa maldita información? Ya se estaban yendo por las ramas. Ni siquiera sabía de qué estaba hablando. Tenía que centrarme en lo importante.

—Y ahora que la he encontrado —repetí, intentando que me hiciesen caso—. ¿Cómo puedo ayudarle a salvar Dusterkeit? ¿Cuál es su misión? ¿Puede ella cerrar la grieta?

Todo tenía que estar conectado, de alguna forma debía estarlo.

—«La grieta la creó alguien que hechizó su nombre con un localizador. No te corresponde aún conocerlo. Jugó con lo que no debía creyéndose un dios y rompió el equilibrio. Él sigue siendo una amenaza» —La voz del del espacio se expandió por el aire.

Mi cabeza rápidamente ató los cabos. No podía ser una mera coincidencia. Su nombre no podía pronunciarse.

—¿El que perseguía a Ahrienia la creó? Por eso quería a Camille. La necesita para algo.

—«En efecto, fue él mismo. Y quiere a Camille Dageraad para sus propios fines. Considera un regalo la información de hoy, príncipe; te hemos ofrecido demasiado. Vuelve con Camille cuando sepa manejar

sus poderes, y no antes; entonces os daremos las respuestas que buscáis» —aseguró el del tiempo, y los arcos iris en sus ojos parecieron refulgir.

—Muchas gracias por todo, Sus Excelencias —Hice una reverencia sobre la plataforma, de la que no había salido en ningún momento.

—«Vuelve cuando estéis preparados» —Se escucharon las tres voces al unísono. Y esa era toda la despedida que iba a obtener.

La plataforma comenzó a bajar frenética, de vuelta a la planta baja.

Tan pronto como abandoné aquel lugar espeluznante, me permití pensar en lo que me habían revelado. La Luna sobre mi cabeza anunciaba que ya había anochecido. El perseguidor de Ahrienia, su asesino, el que había pretendido arrebatarle a Camille, era el mismo que había creado la grieta. Los atacantes de Palacio, que parecían buscar a la vampira, estaba seguro de que venían enviados por él. La grieta generaba un desequilibrio, del que tenía pinta que solo Camille nos podría salvar. Y encima, el propio ser de nombre desconocido era una amenaza en sí mismo.

Traer a Camille ante ellos no me hacía ninguna gracia; pero si era la única opción que teníamos para descubrir las respuestas… De hecho, ella parecía la razón de que me hubieran revelado nuevas piezas del rompecabezas. No le había dicho a Camille que el motivo por el que había ido a ver a los vampiros videntes era porque la había encontrado a ella; ni tampoco que sospechaba que, de alguna manera, todo estaba relacionado. Simplemente porque sentía que no estaba preparada para asumir su destino. Notaba en el aire su miedo a preguntar cada vez que se decía que era la salvadora. Tarde o temprano, tendría que hacerle frente. La ayudaría a sobrellevarlo. No estaba sola.

Me esperaba un viaje de vuelta de unos días, y volvería a encontrarme con Camille. Tenía ganas de ver a la vampira, de contarle lo que había averiguado y de enseñarle a usar sus poderes. Por motivos muy diferentes a los que la sociedad requería de la salvadora, deseaba que fuese capaz de protegerse por sí misma cuanto antes. Era una pieza valiosa en la actual partida en la que

estaba sumergido el mundo; por eso la perseguían. Y era mi aishiteru.

Capítulo 28. Tierra, trágame



Camille

La pregunta de Kaia retumbó en mi mente. Había vivido mucho tiempo con la idea en la cabeza de que mis padres adoptivos, Freya y Erik, eran mis únicos padres, y los quería como si fuesen de mi misma sangre. Incluso ahora, atrapada en Dusterkeit, los echaba de menos; por eso no me gustaba recordar que mis posibilidades de volver a verlos parecían haberse reducido a cero. Eso decía Ov.

Cuando descubrí que ellos no eran mis verdaderos padres, pasé tardes enteras preguntándome por la identidad de los auténticos. En teoría habían muerto en un accidente de tráfico; pero aquello resulto ser una gran mentira. Sin embargo, en la actualidad había dejado de buscar respuestas a preguntas que no tenían solución. Cuando me dijeron que mi verdadera madre era Ahrienia, consideré un regalo saber su nombre y quién había sido. Sentí desasosiego al descubrir que la habían asesinado; aunque eso tampoco cambiaba mucho las cosas: había crecido pensando que mis verdaderos padres, igualmente, estaban muertos. El responsable de su asesinato era el que, sin duda, había hecho que mi vida cambiase. Era con él con quién tenía cuentas pendientes; cuando descubriese quién era.

Por eso nunca pasó por mi mente preguntar quién era mi padre. Suponía que también estaba muerto, al igual que mi madre.

Los ojos rosa de la vampira escrutaron mi rostro. Percibí en el aire que se sentía culpable por hacerme aquella pregunta.

—No, no sé quién es mi verdadero padre. Al único que conozco es a mi padre humano, Erik.

Las lágrimas por su recuerdo amenazaron con desbordarse por mis ojos; pero me contuve. No quería hacer a la vampira sentirse mal.

—No pasa nada.

Y me dio un largo abrazo. No era tan fácil ocultar las emociones a los seres inmortales, después de todo.

—Camille —prosiguió, separándose lentamente—. En Dusterkeit nadie sabe quién fue el ser que se juntó con Ahrienia para tenerte. Nunca se lo quiso decir a nadie. Con el tiempo, hubo rumores de que había tenido una relación con un ángel negro llamado Reth; mucho antes de que tu nacieses. Recuerdo haber visto su mirada apagada alguna vez; sé que terminaron dejándolo. Supongo que lo escondió porque era una relación prohibida por la ley.

La miré perpleja. ¿Mi verdadera madre había mantenido una relación con un ángel negro? Reth; su nombre retumbó en mi mente como un dato valioso más acerca de mi madre. Yo no podía ser su hija; una unión entre ángel negro y vampiro, por pura genética, no podía dar un vampiro. Sería un híbrido entre ambas especies.

—¿Y dónde está ese tal Reth ahora?

—Nadie sabe qué fue de él. Tranquila —Me apretó el hombro suavemente en señal de consuelo.

Una parte de mí quería conocer su paradero, solo para saber un poco más de la vida de mi madre. Pero él no podía ser mi padre; las evidencias estaban a la vista.

—¿Qué hay de tu teoría? —le recordé.

—Los libros antiguos cuentan que los hijos nacidos de ángeles negros y vampiros son híbridos, con las características de ambas especies. Eso podría explicar que tú pudieses reflejarte en el espejo, que tuvieses genes de ángel negro.

Enmudecí. No podía ser. Ovraal tampoco me había hablado de esa posibilidad, y él tenía muchísimos años.

—Lo que no me cuadra es que pareces una vampira de pies a cabeza. Los híbridos, según los libros antiguos, poseen unas alas membranosas que les permiten volar.

—No es mi caso —Señalé mi espalda suspirando ruidosamente. Recordé la pesadilla en la que me habían nacido alas y la descarté de inmediato como una coincidencia; a la vista estaba que no las tenía—. Ojalá consiguiera saber por qué yo puedo ver mi reflejo en el lago.

Aquello me relajó notablemente. Pero seguía sin explicar por qué podía verme reflejada. Cuando llegase a casa pillaría a Ovraal por banda y le hablaría de la conversación que había tenido con Kaia.

—Olvida lo que te dije; a veces hablo sin pensar. Eso de que no tengas alas desencaja toda la teoría. Perdona por haberte hecho recordar…

—No pasa nada —la corté. Odiaba que se sintiese mal por algo de mi pasado de lo que ella no era responsable—. He aprendido algo nuevo gracias a ti. Te doy las gracias, por esto y por enseñarme a manejar los poderes vampíricos.

—Es un placer poder ayudarte Camille. Además, hace que mis días sean más entretenidos —Deslizó los dedos lentamente por su pelo, una y otra vez.

Sonreí.

—Se está haciendo un poco tarde. Quizás sea mejor que vuelva ya a casa.

—Vamos —contestó, levantándose y sacudiéndose el césped de los pantalones—. Te acompañaré.

La imité.

Kaia alzó la cabeza en gesto desafiante y puso un brazo en jarra. Sabía que iba a sugerir algo.

—Podemos estrenar tu recién aprendido poder, volviendo a velocidad vampírica a casa. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea perfecta.

Así que eso hicimos. Echamos una carrera desde la orilla del propio lago, pasando rápidamente la entrada del palacio y la plaza de los Orígenes, a cuya fuente apenas presté atención esta vez, recorriendo las abarrotadas calles de la ciudad que nunca dormía y frenando en seco en la puerta de la casa de Ovraal. Nos despedimos, tras fijar la hora del día siguiente, y esperó hasta que

abriese la puerta para guiñarme un ojo y desaparecer de vuelta al palacio.

Cuando llegué al salón me quedé congelada ante la escena. Sobre el sofá de terciopelo negro, un vampiro con el pelo plateado estaba sentado a horcajadas sobre Ovraal. Y lo peor, sin camiseta con sus marcados abdominales al descubierto. Di las gracias a un poder superior porque sus pantalones, aunque desabrochados, aún reposaban sobre sus caderas.

Sus rostros se volvieron a la vez al detectar mi presencia, los colmillos de ambos asomados. Los ojos azul celeste del desconocido destellaron. Los había pillado en medio de algo que no era de mi incumbencia. La tierra podría tragarme en ese preciso instante, y nunca antes le habría estado tan agradecida.

—Pe-pe-perdón yo… ya me voy… a mi habitación.

Di un pasó y, en el instante siguiente, sentí en mi muñeca el brazo de Ovraal, también a medio vestir. Pegué un respingo. Malditos vampiros y su velocidad. Su acompañante ya se había levantado y me observaba con curiosidad.

Y que el cielo estrellado de Noctis me perdonase; pero ver a ambos sin camiseta, mirándome con cara de circunstancias, solo hacía que desease desaparecer aún con más fuerza. Y no porque me atrajesen lo más mínimo —no era esa mi forma de ser—, sino porque no hacían más que recordarme, con tan solo tener los ojos abiertos, que yo ahí sobraba.

—Camille, lo siento. Parece que se nos ha ido de las manos.

—Es tu casa —respondí. Como si no fuese lo más obvio del mundo—. Puedes hacer en ella lo que quieras.

—Ovraal —lo llamó el desconocido con una voz grave.

El aludido se volvió y atrapó su camiseta que danzaba por el aire en su dirección. Ambos se vistieron rápidamente, y di gracias por ello a quien hubiese escuchado mis plegarias. Ov le hizo una señal al del pelo plateado, que se acercó a nosotros.

—Camille, quiero presentarte a Shedyel.

—Puedes llamarme Shed —Se presentó, tendiéndome la mano.

Se la estreché de vuelta.

—A mi puedes llamarme Cam. Encantada de conocerte.

—Ovraal me ha hablado mucho de ti.

Quise preguntar qué sabía, pero las palabras se me quedaron atascadas en alguna parte. Ya les había robado suficiente tiempo; no quería alargarlo más.

—Me alegro —Sonreí en dirección a Ov—. Bueno yo os dejo y me voy a mi habitación. Estoy muy cansada.

—¿No quieres tomar algo con nosotros, pelo gris? —preguntó el brujo.

—No, de verdad. Ahora mismo solo me apetece dormir. Pero muchas gracias por la oferta.

Ovraal debió captar algo en mi mirada, porque no insistió. Me apresuré hacia mi habitación y cerré la puerta para otorgarles mayor privacidad. Seika, que estaba jugueteando con el murciélago de cuerda lanzándolo al otro extremo de la habitación, emitió un ruidito al verme y corrió a recibirme.

—¡Sei! —exclamé, dándole un abracito, con cuidado de no clavarme sus pinchos.

Respondió animado y le di cuerda al murciélago, para que pudiese jugar a perseguirlo. Y eso fue lo que hice, una y otra vez, mientras me preguntaba quién sería ese tal Shedyel. Por cómo se miraban los dos, tenía pinta de ser alguien muy importante para Ovraal. Y aquello hizo que un pensamiento fugaz en Zephyran atravesase mi mente. ¿Dónde estaría? ¿Cómo le iría? ¿Habría conseguido lo que había ido a buscar?

Cuando el erizo se cansó de jugar, me acosté pensando en lo que me había dicho Kaia. La pillada desagradable me había impedido hablar con el brujo; pero al día siguiente lo haría. Y de paso le sacaría información acerca de quién era Shedyel y qué era exactamente lo que le había contado de mí.

Me dormí con unos ojos zafiro presentes en mis pensamientos.

Capítulo 29. Pulsos vampíricos



Camille

Al día siguiente me levanté sabiendo que disponía de bastante tiempo hasta la hora del entrenamiento, ya que Kaia y yo habíamos quedado por la tarde. Abrí la puerta ruidosamente, por si aún seguía Shedyel en casa y estaban haciendo algo que no querían que yo descubriese.

Pegué un salto hacia atrás del susto, al ver a Ovraal al otro lado de la puerta. Lo fulminé con la mirada, llevándome la mano al corazón.

—¿Lo haces a propósito?

—Para nada —Sonrió ampliamente, enseñándome los colmillos—. Había venido a traerte el desayuno a la cama para disculparme por lo de anoche.

Reparé en que llevaba una bandeja repleta de pastas y dos vasos de sangre. Además de un cuenco con comida para Seika, que depositó con cuidado en el suelo.

—Ya te dije que no hay nada que perdonar. Es tu casa. Yo solo soy una intrusa.

El erizo correteó entre mis piernas, cogió el cuenco con la boca, tiró de él hasta su colchón y se asentó para empezar a comer. Se me

escapó la risa sin poder evitarlo; no tenía remedio. El vampiro se rio también, y enseguida se puso serio antes de responderme.

—No digas eso. Soy tu amigo, y esta habitación es tuya mientras quieras vivir aquí.

—Gracias —contesté con sinceridad. Una calidez se instauró en mi corazón—. Y también por prepararme el desayuno.

Le cogí la bandeja.

—¿Shedyel?

—Se fue al caer la luna.

Sus ojos verdes hablaban por él.

—¿Vamos al salón y desayunamos juntos? Me gustaría hablar contigo después.

Asintió. Dejé la puerta abierta, por si luego el erizo quería ir al salón con nosotros. Aunque parecía estar de lujo en su colchón, lleno de comida que había desperdigado por todas partes. Luego tendría que limpiarlo.

Desayunamos sentados en el sofá, manteniendo una conversación agradable. La sangre dulce de cérvido era mi preferida, y las pastas estaban buenísimas.

—¿Qué es eso que querías hablar conmigo? —preguntó Ov cuando terminamos de recoger.

Le dediqué una mirada pícara. La conversación seria podría esperar.

—Así que Shedyel ¿eh? ¡Qué calladito te lo tenías!

El brujo no se achantó y me miró con orgullo.

—Llevamos un tiempo conociéndonos y quedando.

—¿Se me permite preguntar qué es un tiempo para una criatura que ha vivido milenios como tú?

—Un año entero. Ayer formalizamos lo nuestro y, aprovechando que estabas fuera entrenando con Kaia, lo invité a casa a cenar para celebrarlo.

—Tengo que darte la enhorabuena, entonces. Y luego os pillé en un muy mal momento… —añadí, tratando de aportar una cierta comicidad a la situación, ahora que no estaba tan reciente.

—¿Qué puedo decir?

Me fije en sus ojos. La felicidad parecía danzar por sus pupilas. Dudé si hablarle de mi conversación con Kaia; no quería estropearle el día hablándole de mis problemas.

—Se te ve contento. Y oye, puedes traerlo a casa cuando quieras, aunque esté yo. ¿Lo sabes no? No me incomoda su presencia. Así conozco mejor a la pareja de mi amigo.

—Gracias Camille —Se recolocó en el sofá—. ¿Y tu entrenamiento con Kaia, cómo va? ¿Te enseña las habilidades de los vampiros como lo haría el gran Ovraal? —Se vanaglorió sacando pecho.

Le di un toquecito en el brazo en respuesta.

Le conté todo lo que habíamos avanzado, que había aprendido a usar la supervelocidad y que esa misma tarde utilizaríamos la superfuerza. Kaia era una excelente maestra. Ovraal aplaudió, contento con los avances.

—¡Magnífico! —exclamó. Me dedicó una mirada escrutadora—. Oye y ¿cuándo vas a hablarme de eso tan importante que querías decirme? Creo que Shedyel no es por lo que querías preguntar al principio.

Lo miré, sabiendo que me había pillado.

—Eres muy observador. Sobre la marcha, decidí que quizás no era el mejor momento para molestarte con mis problemas.

Su mirada verde bosque se suavizó.

—Pelo gris, desembucha inmediatamente. Tus problemas nunca han sido una molestia para mí. Te ayudé incluso cuando no te conocía, cuando solo eras la vampira de la que había oído hablar en tantas historias.

Me revolví en mi asiento, recordando que yo tenía un papel que aún desconocía con ese país, que cada vez era menos ajeno para mí. Cada vez me sentía más dentro de él, aunque aún no fuese capaz de llamarlo hogar. Pero sus palabras me hicieron ceder.

—Quiero que seas sincero conmigo. Si no, esta conversación no servirá de nada.

—Tienes mi palabra —Se llevó una mano al pecho.

—Kaia me ha hablado de lo que leyó en libros antiguos de la biblioteca de Palacio. Dice que los vampiros hijos de ángeles negros son capaces de verse reflejados en el espejo.

Hice una pausa y observé su rostro impertérrito, que no revelaba nada de lo que estaba pensando.

—También dice que ellos tienen alas membranosas. Yo no las tengo; pero…

Tenía que descartar esa posibilidad, estar completamente segura de que no era ese el motivo por el que me reflejaba en el espejo. Y Ovraal era el ser más antiguo que conocía, el que más podía saber al respecto. Una parte de mí también quería confirmar que no me había ocultado nada.

—Ya sé a dónde quieres llegar pelo gris. En teoría no es posible que tú seas un híbrido. Como bien has dicho no tienes alas membranosas. Por eso no te hablé de ello cuando viste tu reflejo en el espejo.

—¿Y qué hay de la relación de mi madre con Reth? Kaia también me habló de eso.

El rostro del vampiro se puso serio.

—No es posible que seas su hija; naciste mucho después. Tu madre te crio ella sola. Quien quiera que fuese tu padre la abandonó, o no se sabe lo que fue de él.

—Está bien.

—¿Más tranquila?

Asentí lentamente y él sonrió.

Algo no terminaba de cuadrarme; pero el vampiro había dicho que sería sincero. Así que tenía que creerlo. Quizás era algo que debería investigar por mi cuenta algún día. Y algo me decía que ese tal Reth podría tener información al respecto. Pero ni siquiera sabía dónde encontrarlo. Ni podía ir en su busca con tanta gente protegiéndome. Cuando se arreglasen todos los problemas que tenía por delante, y aprendiese a usar mi magia, sería un buen momento para empezar a buscar.

En ese instante, recordé que Shedyel había dicho que Ov le había hablado mucho de mí. Y sentí la necesidad de saber qué era exactamente lo que sabía. Si era tan importante para mi amigo como sus ojos habían revelado, entonces probablemente lo sabría todo. Era también la excusa perfecta para cambiar de tema.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que le has contado a Shedyel sobre mí?

En ese momento Sei irrumpió en el salón y comenzó a dar vueltas hecho una bola de pinchos, rodando en torno a la mesa que estaba junto al sofá.

—Parece que tienes compañía —Sonrió, echando un rápido vistazo al animal—. Espero que no te moleste, le he contado todo. No dirá nada —Se apresuró a añadir, analizando mi reacción—. No podía esconderle algo tan grande, y quería que fuese consciente de lo importante que era lo que hacemos.

No podía culparlo. Tampoco es que me importase quién lo supiese. Solo lo escondía porque ellos me habían hecho ver que era lo mejor, y no quería ser un blanco fácil. Algún día, la gente terminaría averiguándolo. Y tendría que hacerme cargo de las consecuencias.

—Lo entiendo. Tu confías en él y eso me basta.

Algo parecido al agradecimiento cruzó sus facciones.

Al caer la tarde Kaia me vino a recoger, y echamos una carrera hasta la entrada del palacio. Aún no podía manejar mis poderes, pero al menos tenía eso. Podía correr más rápido que el viento si cualquiera se me acercaba; y debería de servir, si era alguien que no tenía características vampíricas. Eso de alguna forma me relajaba. Ya no estaba tan indefensa. Podía huir; pero todavía no podía defenderme.

Frente a la fachada de las estrellas titilantes y las imponentes torres me giré, para encontrarme con una Kaia totalmente erguida. Su pelo trenzado a sus espaldas, la diversión brilló en sus ojos rosa.

—Bien hecho, hemos vuelto a empatar. Vamos dentro.

Sonreí y asentí.

Se dirigió a los guardias con sus andares elegantes, y estos le abrieron la puerta sin hacer preguntas. Zephyran debía de haber dejado indicado lo que haríamos en su ausencia. Aunque a Kaia seguro que ya la conocían de sobra; vivía ahí. Y a mí ya me habían visto bastantes veces.

No me pasaron desapercibidas las miradas de respeto que le dedicaban algunos guardias en el pasillo. Ni como ella parecía seguir caminando sin prestarles mucha atención. Me pregunté si sería simplemente su carácter fuerte, que entraba por los ojos con solo mirarla, o habría algo más que ellos admiraban de ella.

Entonces me di cuenta de que no tenía ni idea de cuáles eran los poderes que diferenciaban a Kaia del resto de las criaturas de Dusterkeit; su magia propia. Y no pude evitar preguntárselo, en cuanto las puertas de la sala de entrenamiento se cerraron a nuestras espaldas.

—Kaia.

—Dime. Si me sigues mirando así voy a tener que hacer algo para solventarlo.

Se cruzó de brazos y sus ojos rosa se clavaron en los míos.

—¿Así cómo?

—Como si fuese alguien digno de admirar, como si te infundiese muchísimo respeto. Igual que el resto de habitantes de Palacio.

Las mismas palabras que había usado Zep, para referirse a los que en otro mundo se les habría llamado súbditos o sirvientes.

—¿No es así como te gusta que te miren? —pregunté con voz divertida.

—¿Ellos? Sí. Me gusta que la gente no se pase un pelo conmigo, que sepan a quien tienen delante —respondió, moviendo los brazos con las manos extendidas para señalarse a sí misma de arriba abajo—. Pero ¿tú? Tú no, Camille. Eres mi amiga.

—Lo siento.

Sopló un mechón suelto que se le había escapado de la trenza.

—Es igual. ¿Qué es lo que ibas a decirme antes?

La miré fijamente antes de preguntar.

—¿Cuál es tu magia? Esa que solo tú puedes conjurar.

—Puedo manejar la naturaleza. Las hojas pueden desprenderse de los árboles y venir a mí para usarlas a modo de lanzas, los rayos pueden elegir como destino el que yo ordene, las flores pueden seguirme, el agua puede escapar de los lagos hasta colonizar mis manos, puedo helarla si quiero.

La miré con la boca abierta de par en par. ¿La habrían visto usar su poder los demás?

—Eso suena como algo muy poderoso.

—No más que de lo que serás capaz de hacer tú, cuando aprendas a usar tus poderes.

—Eso habrá que verlo. Aún no he mostrado nada —repliqué, sin dejar de mirarla.

—Pronto lo harás.

No quería hablar de mí. Quería que me contase más de su magia.

—¿Puedes invocar algo de la naturaleza sobre esta sala?

Señalé al suelo de mármol.

—No puedo usar nada que no esté ya a mi disposición en la naturaleza; no puedo crear. Ahora mismo podría llevarme el césped del jardín y estamparlo contra el cristal, o arrojar contra él una gran ola de agua del lago para que se rompa. Pero no creo que nada de eso le hiciese ninguna gracia a Zephyran, o a sus majestades.

Me eché a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Se cruzó de brazos.

—Nada solo me imaginé la escena. Y a Cardan enfadado, abalanzándose sobre nosotras por estropear su lugar de descanso.

—No quieras ver a esa anátida oscura cabreada —aseguró, y después me guiñó un ojo—. Bueno no hemos venido a hablar de cómo destrozar el palacio de las Tinieblas.

Los ojos zafiro de Zep se tomaron la licencia de aparecer en mis pensamientos, ante el nombre de su palacio.

—No, claro que no —respondí, tratando de ignorar a mi cabeza—. ¿Qué toca hoy?

—Hoy te enseñaré a manejar la superfuerza vampírica. Teniendo en cuenta el ritmo al que has aprendido a usar la supervelocidad, antes de que vuelva el príncipe habrás dominado tus habilidades vampíricas.

—Soy toda oídos.

Esperaba tener la misma suerte que con los entrenamientos de los días anteriores.

—Bien, vamos a echar un pulso.

—¿Un pulso? Me ganarás, ¿cómo va a ayudarme eso exactamente?

La miré extrañada.

—De esa forma podré saber la potencia que estás empleando y enseñarte a graduarla, ya que tu fuerza recaerá directamente sobre mí. Es pura física.

—Bueno, eso tiene un cierto sentido —admití.

—Vamos, utilizaremos la mesa del fondo.

Comenzó a caminar, y vi que se dirigía al lugar en el que me había abalanzado sobre Zephyran. El recuerdo de estar sobre él, tras haberlo mordido, inundó mi cabeza. Me quedé quieta; no quería volver a sentarme sobre esa mesa. Kaia pareció notar que no la estaba siguiendo. Se detuvo y se giró en mi dirección con un brazo sobre la cadera.

—¿Qué pasa? —preguntó, y añadió tras analizar mi rostro—. Parece que acabases de ver un fantasma.

No tenía ganas de explicar el motivo por el que no quería ni acercarme a aquella mesa. No deseaba intensificar esos pensamientos en mi cabeza.

—No quiero destrozar la mesa si me paso de fuerza —argumenté en cambio; aunque era parcialmente verdad.

—No vas a romper nada, mis reflejos están para impedirlo.

—Aun así, prefiero echar el pulso en el suelo. Parece mucho más duro y resistente que la mesa.

La vampira se quedó en silencio un momento, analizando la situación. Después desapareció, y apareció frente a mí.

—Algo me dice que hay más motivos por los cuales no te apetece sentarte en esas sillas ni usar la mesa. Pero no voy a presionarte. Hagámoslo en el suelo.

Se tumbó sobre el mármol y la imité. Ser un vampiro tenía sus ventajas; podía sentir la baja temperatura de las baldosas, pero no el frío. Apoyó el codo izquierdo contra el mármol y movió la mano hacia mí en una invitación silenciosa. Hice lo propio con la derecha y agarré su mano con fuerza. A pesar de los motivos de Kaia, me parecía la forma más surrealista de aprender a utilizar la fuerza vampírica.

—¿Y ahora qué? Toda fuerza que pueda emplear contra ti en estos momentos va a ser como si fuese humana.

Me miró divertida.

—Ahora vienen las indicaciones —Apretó mi mano; no parecía estar esforzándose mucho—. Tienes que sentir tus músculos, nota como se cargan y extrae toda la fuerza de ellos. Están preparados para levantar hasta siete veces tu peso. Eso sin entrenarlos; si lo hicieses, la cifra aumentaría. Las personas son como plumas para nosotros —Su rostro desafiante—. Vamos. Haz fuerza; yo graduaré la mía, como un contrapeso, cuando vea que superas la meramente humana.

El movimiento de su brazo sería la señal de que estaba yendo por el buen camino. Eso quería decir. Así que me concentré en hacer lo que decía. Apreté su mano, rebuscando el poder de mis músculos en mi interior. Pasaron unos diez minutos; y su brazo no se había movido ni un milímetro.

—No puedo —murmuré, no muy convencida de estar haciéndolo correctamente.

—Claro que puedes; pero no saldrá a la primera —contestó, tratando de animarme.

El tiempo corría. Seguí intentándolo una y otra y otra vez. Sin éxito. Bufé, sin entender qué hacía mal. Kaia sugirió que hiciésemos pulsos usando fuerza humana, para que entrase, sí o sí, en contacto con mis músculos. De modo que eso hicimos. Lograba desplazar su brazo, en algunas ocasiones más que en otras; pero al final siempre ganaba ella.

Una hora después, sentí el calor fluir por mi brazo. Y me concentré en él, en hacerlo mío. Era una parte de mí, así que lo integré; hice saber a mis células que era nuestro, que lo aceptasen. Mis músculos parecieron reaccionar entonces, y tiré al suelo el brazo entero de Kaia en un parpadeo.

—Vaya, enhorabuena. Esta vez has ganado tú. Pero porque has empleado parte de la fuerza vampírica —me felicitó, alegre con el resultado.

Su comentario me confirmó que mis pensamientos habían seguido la dirección correcta para hacer que mi poder funcionase.

—Parece que le he pillado el truco.

—Bien. Volvamos entonces a la idea inicial del contrapeso, y comprobémoslo.

Asentí.

Kaia dejó de nuevo su mano en el aire, esperando a que ejerciese mi fuerza sobrenatural sobre ella. Encaminé mi mente en la misma dirección que hacía unos instantes. Y la mano de la vampira cayó sobre el suelo de mármol.

—Sí, lo has pillado. Aunque me has enviado toda la fuerza de forma descontrolada.

Entonces pasó a explicarme cómo debía graduarla. Y estuvimos un buen rato echando pulsos hasta que logré elegir la potencia exacta que quería sacar de mis células hacia ella. Con todo el tiempo que llevábamos entrenando, agradecí que la resistencia vampírica fuese mucho mayor que la humana. Aún me sentía llena de vitalidad.

—Pasemos a la parte divertida —anunció, al cabo de una hora larga. Sus ojos rosa refulgieron—. Ahora que sabes dominar la fuerza, echemos pulsos de verdad.

Eso hicimos. Aunque debo admitir que la fuerza no se me daba tan bien como la velocidad. Kaia me ganó veinticinco pulsos seguidos antes de que consiguiera derrotarla por primera vez. De alguna manera, ella tenía que haber entrenado su fuerza, a pesar de dedicarse a diseñar y coser los vestidos de la reina. Su brazo era como un muro infranqueable, que costaba derribar. Tenía clarísimo que, en el entrenamiento inicial, había hablado en serio cuando dijo que usaría el suyo como mero contrapeso.

—¿De dónde sacas tanta fuerza? —pregunté suspirando, después de treinta y muchos intentos y una única victoria.

—Años de entrenamiento. Nunca me ha gustado ser una criatura indefensa, y quería llevar mi fuerza un poco más lejos de la media vampírica.

Se levantó sacudiéndose la ropa, aunque no había ni rastro de polvo. Los habitantes de Palacio debían de limpiar con muchísima frecuencia. Me levanté, suponiendo que esa parte del entrenamiento había finalizado, y analicé mi ropa en busca de suciedad; sin éxito.

—¿Y ahora qué? —pregunté expectante.

—Suficiente por hoy. ¿Te vienes un rato a mi cuarto?

—Vale, ¿todos los trabajadores de Palacio dormís aquí? —pregunté con curiosidad. Ya sabía por Zep que ella vivía ahí.

—Sí, muchos de los que trabajamos aquí tenemos nuestro propio lugar de descanso. Aunque otros prefieren vivir fuera con sus familias.

Abandonamos la sala de entrenamiento. Mientras recorríamos el largo pasillo con ventanas a las estrellas, Kaia me contó que los dormitorios de los habitantes de Palacio a los que más veces requerían los reyes se encontraban en la segunda planta.

Conforme subíamos las escaleras —esas que parecían hechas de polvo de estrellas— para alcanzar la segunda planta, no pude evitar preguntarme dónde estaría la habitación de Zephyran y cómo sería. También si los reyes andarían cerca. No me sentía preparada para hablar con ellos en esos momentos.

Observé que el suelo de esa planta estaba cubierto por una alfombra morada de terciopelo, en la que de vez en cuando aparecían estampadas las cuatro fases lunares. Los ventanales con vistas a las estrellas estaban a un lado, y al otro había cantidad de puertas. Me pregunté si todas ellas conducirían a habitaciones de los seres que trabajaban ahí.

Kaia se detuvo ante una puerta de madera del mismo color que su pelo. Se echó la trenza hacia atrás y rebuscó en sus bolsillos, hasta dar con una llave. Me fijé en que la cabeza de la misma tenía forma de flor, y toda ella parecía estar salpicada de diferentes tonos pastel de pintura.

—Bonita llave.

—Pues ya verás cuando entres —contestó, alzando la cabeza orgullosa.

Le sonreí. No tenía remedio. Abrió la puerta y extendió el brazo, invitándome a entrar primero. Le hice caso, escuché la puerta cerrarse a mis espaldas; pero estaba demasiado ocupada contemplando lo que tenía ante mí. La estancia era enorme y estaba repleta de cosas; e incluso así tenía mucho espacio libre.

Contra la pared había una gran cama con dosel. Todas las cortinas estaban plegadas, excepto una que dejaba ver sus elementos decorativos, todos ellos relacionados con la naturaleza. Frente a la cama un gran ventanal, a través del cual se podían ver las estrellas y la Luna.

Sentí como la vampira se detenía a mi lado.

—¿Te gusta? Las cortinas las he tejido yo.

La miré sorprendida.

—Pues se te da de lujo.

—Ahí es donde entreno —indicó, dando unos pasos.

Señaló el lado derecho de la habitación, donde había un estante con multitud de pesas y un banco acolchado.

—Y ahí es donde leo.

A la izquierda, contra la pared, una amplia estantería repleta de libros, junto a ella un sillón verde lima de terciopelo; a su lado se extendía una hilera de macetas con plantas, cubriendo la mayor parte de ese lado del cuarto. Ninguna de ellas era conocida para mí; debían de ser autóctonas de Dusterkeit, ya que sus flores parecían sacadas de un cuento de hadas.

Me acerqué a una planta de estambres verdes y flores azules como zafiros. Alcé la mano para acariciar uno de sus puntiagudos pétalos, que parecían hechos de terciopelo.

—No la toques —Alzó la voz Kaia, colocándose en un instante a mi lado—. Es somnífera, puede hacer que duermas durante diez años.

—¿Y cómo tienes esto en la habitación?

—Me gusta cuidar cosas peligrosas —reveló, deslizando los dedos por su trenza.

—¿En serio?

—Bueno, en parte —contestó. Y una amplia sonrisa se instaló en su cara—. Solo puedo manejar las cosas de la naturaleza que están a mi alcance, ¿recuerdas? Puedo guardarme cualquiera de estas flores en los bolsillos para usarlas en combate contra mis enemigos. Y para mí, gracias a mis poderes, no suponen ningún peligro; son totalmente inocuas.

Y entonces comprendí, aún más, por qué todos la temían, si tenía esa clase de cosas en la habitación… Recordé las flores Shi, de las que me había hablado Ovraal alguna vez.

—¿Tienes flores Shi en algún lado de tu habitación?

—Son demasiado letales, y no sé cómo funcionan. Si cualquiera supiese usarlas reinaría el caos en la población —Comenzó a pasearse, y deslizó uno de sus dedos por una planta morada.

—Esta puede dejarte paralizada diez minutos. Y esta —siguió, colocando entre sus manos la corola de una flor igual a los lirios del mundo humano, pero con los pétalos y los estambres con los colores de una galaxia— puede dejarte ciega durante un día entero. Esa otra, azul celeste y blanca, que crece a su lado almacena agua, que más tarde puede escupir cómo hielo, si se lo ordeno con mi magia.

La miré con la boca abierta.

Ella continuó su recorrido, hablándome de flores de múltiples tipos, con las consecuencias devastadoras que tenían sobre los individuos. Hasta que nos cansamos y nos tumbamos cada una en un lado de su amplia cama. Y terminamos hablando de todo y nada a la vez.

El tiempo se me pasó volando, sin permitirme pensar en nada más, hasta la hora de marcharme. Cuando llegué a casa me di cuenta de que Ovraal había aceptado el mensaje que yo le había dado, pues Shedyel y él hablaban alegremente en el sofá. Así que me sumé a ellos, entre risas y una cálida conversación. Bebimos té vampírico, de ese que tanto le gustaba hacer a mi amigo. Me di cuenta de que, aunque yo aún no pudiera considerar aquel mundo como mi hogar, tenía más amigos de los que nunca había tenido en el mundo humano. Y nadie me juzgaba por mi aspecto, ni por ser yo misma.

Sentí cómo algo vibró en mi pecho en respuesta. Como si mi propio corazón estuviese feliz y fuese un ente independiente de mí y me hubiese contestado «Sí, es aquí, en este lugar».

Capítulo 30. Una canción agradable



Zephyran

El camino de vuelta se me hizo más agradable que la ida. Mientras recorría el bosque Espejismo no podía dejar de pensar en esa emoción que me había transmitido Camille a través de uno de sus latidos. Un nuevo sentimiento, totalmente diferente al que me había llegado cuando me había marchado. Uno de tal intensidad que inconscientemente había vuelto a dejarlo pasar con sus pulsaciones para que yo lo pudiese recibir.

Sobrevolaba el bosque con cuidado de no toparme con criaturas peligrosas, mientras el canto de los búhos oscuros pasaba totalmente desapercibido para mi corazón. Había una canción, una melodía que sonaba en mi cabeza por encima de todas las demás. Mi aishiteru estaba satisfecha y feliz con Dusterkeit y su gente.

Sí, solo podía sentir a través de los latidos emociones y sentimientos; pero había algunos que los inmortales podíamos captar como una sensación totalmente diferente a cómo la percibían los humanos. Y aunque no era la emoción de sentirse en casa, palpitaba como si estuviese cerca de convertirse en ella.

¡Mi aishiteru! Qué bonitas sonaban esas dos palabras en mi cabeza.

Así que le envié con mi próximo latido mi propia sensación de felicidad. Para que supiese cómo me sentía. Para que algún día en la inmensa eternidad, cuando estuviésemos los dos juntos y tranquilos en estas tierras, pudiese recordarle que yo había reaccionado a su bienestar enviándole un poco de mí. Para que supiese que aún en la distancia estaba con ella; aunque ella aún no fuese capaz de comprenderlo.

Capítulo 31. Hacía tiempo que lo sabía



Camille

Los días sucesivos de entrenamiento Kaia llevó más lejos las aplicaciones de la superfuerza. Me hizo levantarla a ella con una sola mano, me hizo levantar numerosos muebles, e incluso me hizo realizar ejercicios controlados con sus pesas de más kilos. Fue más arduo para mí que el entrenamiento de velocidad, ya que usar la fuerza tampoco era algo que me pareciese divertido. La velocidad era otro rollo; poder sentirse libre, o echar carreras, era algo increíble.

Cuando la semana de ausencia de Zephyran estaba llegando a su fin, tenía dos cosas claras. La primera, que al menos ya podía defenderme; aunque aún no pudiese usar mis poderes específicos, con la superfuerza no estaba tan indefensa contra mis enemigos. La segunda, que la vibración, que había comenzado a sentir casi imperceptible, estaba volviéndose más intensa desde que la semana había comenzado a llegar a su fin. Y no tenía ni idea de por qué podía ser.

Kaia y yo estábamos tiradas en el amplio suelo de mármol de la sala de entrenamiento, con la cabeza apoyada sobre nuestros brazos. La luz de la luna bañaba nuestros pelos.

—Ahora, que ya dominas las habilidades vampíricas que todos nosotros tenemos en común —comenzó a hablar la vampira, rompiendo el prolongado silencio—, he estado pensando que podría enseñarte una cosa más. Aunque mañana probablemente regrese Zephyran, podemos alternar sus entrenamientos con los míos.

No tenía ni idea de con qué podía ayudarme, si no quedaban más poderes por explorar.

—Tú lo que quieres es que siga ahorrándote horas de aburrimiento —respondí divertida.

—Puede ser… —Sonó misteriosa. Se recostó sobre los codos—. Bueno, ahora en serio, lo único que quiero es que puedas defenderte del mayor número de maneras posibles.

Me senté con las piernas cruzadas y la miré con curiosidad.

—Vale, dime de qué se trata; me estás dando mucha intriga.

Se levantó de un salto y señaló la pared que estaba cubierta de espadas de todo tipo. Supe lo que quería incluso antes de que lo formulase.

—¿Qué te parecería que te enseñase a usar un arma?

Dudé por un momento. Si en Noruega alguien me hubiese sugerido aquello, mi respuesta habría sido un no rotundo. Estaba totalmente en contra del uso de armas. Pero en aquel mundo…, en aquel mundo donde mi supervivencia no parecía estar tan asegurada, con un enemigo invisible persiguiendo mi sombra… Cuantas más cosas tuviese para defenderme, mejor sería para mí.

Me levanté para ponerme a su altura antes de contestar.

—Quiero que me enseñes.

El orgullo palpable en su rostro.

—Bien, ¿cómo te gustaría que fuese tu futura arma?

Caminó en dirección a la pared repleta de ellas. La seguí en silencio para poder verlas de cerca.

—¿Qué tal una espada?

Alzó la cabeza en dirección a las espadas que poblaban ese lado de la estancia.

—Creo que preferiría usar algo más pequeño y mucho más manejable. Algo que además pueda esconder con facilidad.

—Te pareces a tu madre en eso —susurró—. Algo dentro de mí me decía que esa iba a ser tu elección.

Se acercó y posó sus manos en mi muñeca. Sus ojos escrutando mi reacción. No sabía qué decir; no recordaba a Ahrienia, y me habían hablado bastante poco de ella. De alguna manera esa carga pesaba dentro de mí.

—Ayer me colé en una sala de armas en la que solo se almacenan aquellas que tienen un mayor valor histórico —reveló, sin apartar su mirada de la mía—. Sé que debí haber pedido permiso; pero tenía una corazonada. Y sé que Zephyran estará de acuerdo conmigo cuando se lo contemos.

—¿Qué has cogido?

Me impacienté.

—Una daga que Ahrienia pidió que custodiásemos en el palacio. Zephyran me ha contado que le encargó cumplir su deseo de que te perteneciese, si alguna vez le pasaba algo a ella.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Mi verdadera madre había dejado algo para mí. Había quedado atrapada en el mundo humano muchos años. Y, de alguna manera, mi madre había sabido que podría regresar. Me había dejado algo de ella, algo para poder recordarla.

—¿Dónde está? —Fue todo lo que logré articular.

—En mi habitación, por supuesto —afirmó, poniendo los brazos en jarra, conforme consigo misma.

—Llévame, por favor.

Una vez en su cuarto, me senté en su sillón verde lima. La vampira, de pie frente a mí, me entregó una pequeña caja rosa de terciopelo. Tenía incrustado un cartelito de madera en el que rezaba «Daga donada por la gran sanadora, Ahrienia». Deslicé los dedos por las letras, como si aquello pudiese revelarme más de mi propia madre.

—Vamos, ábrela —me instó la vampira.

No dudé en levantar la tapa y contemplar lo que había en el interior. Observé que el grabado de un ADN ocupaba por completo la empuñadura. Su hoja estaba reluciente. Agarré el arma por la

empuñadura para poder observarla de cerca; y me di cuenta de que, cerca de uno de sus filos, tenía grabada una inscripción en un idioma que no entendía.

En el otro hueco de la caja descansaba una vaina de color esmeralda. Después de varios minutos, que se me pasaron como segundos, guardé el objeto de nuevo en su sitio. Miré a Kaia, que había permanecido muy quieta sin decir nada; como dándome tiempo para analizar lo que tenía ante mis ojos.

—Es muy bonita —alcancé a decir.

—Sí que lo es.

—¿Me vas a enseñar a usarla hoy?

—No, hoy ya has entrenado suficiente. Mañana por la mañana, cuando estés despejada y antes de que llegue el príncipe Zephyran, te enseñaré a usarla. Tengo una propuesta de desconexión mucho mejor para pasar un ratito de la noche, antes de que regreses a casa.

Kaia y sus planes improvisados de última hora. Me preguntaba con qué me sorprendería esa vez. Y su respuesta fue lo último que esperaba oír.

—Yo te he enseñado mi cuarto y las maravillosas plantas que cultivo. Quiero que me muestres algo que tu disfrutes —Puso los brazos en jarra y se inclinó hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos—. Zephyran me ha hablado de lo bien que tocas el arpa. Quiero escucharte interpretar la misma pieza que le mostraste al príncipe.

—¿Estás segura?

No tenía claro si quería enseñar esa parte de mí misma a más personas.

—Por supuesto que sí —contestó irguiéndose—. Me muero de curiosidad por escucharte. Yo no sé tocar ningún instrumento; pero admiro la música y lo que nos puede hacer sentir.

Dudé por un momento. Terminé asintiendo lentamente con la cabeza. Al final, ella me había mostrado sus plantas, y yo ya había tocado delante del príncipe. No podía hacerle el feo a la vampira con distinciones entre ellos.

Así que fuimos a la sala de música. Una vez allí, mientras caminaba hacia el escenario, vi que todo estaba impecable, como si jamás se hubiese producido allí ninguna lucha. Cuando, en realidad, ya nunca podría mirar aquel lugar con los mismos ojos que al principio; me maravillaba y me aterraba a partes iguales. Como si el fantasma de aquella noche, tiempo atrás, pudiese volver y atacarnos.

Me senté junto al arpa. Trataba de concentrarme en mi pieza favorita, ignorando cualquier pensamiento que pudiese invadir mi mente. Miré a Kaia, que se había sentado bien recta y con una pierna cruzada por encima de la otra, expectante por mi actuación.

Agarré el arpa. También esta vez quedé fascinada por su florido capitel y sus cuerdas, que parecían hechas de multitud de diminutas estrellas grises con brillo propio. Cogí aire y rebusqué las notas en mi mente. Comencé a tocar. Aún en ese momento, acostumbrada a los sentidos inmortales, percibí como el sonido que escapaba de sus cuerdas era mágico; parecía venir de otra dimensión. Me deleité en cada nota y en cada silencio; formaban la partitura imaginaria que tenía en mi cabeza, y que tan bien conocía.

Miré a Kaia. Sus ojos abiertos como platos, dando paso a un gesto de orgullo de amiga, como si esperase algo así. Sonreí en respuesta; incapaz de decir nada mientras me dejaba llevar por el sonido de mi instrumento, amplificado por aquella sala.

Recordé la inscripción de la puerta que había leído el primer día y que había quedado grabada en mi memoria «La música es el sonido del alma, cuando el corazón no puede hablar».

Y ahí, sumergida en las notas que daban el sonido que mi alma buscaba expresar en ese momento, me di cuenta de que no era la misma sensación la que recorría mi cuerpo cuando miraba los ojos rosa de Kaia, contenta con el espectáculo que le estaba dando, que cuando me perdía en los ojos zafiro de Zephyran. El príncipe cuyas corrientes de oscuridad hacía tiempo que habían dejado de generar miedo en mi corazón.

En aquel espacio poblado de música atemporal, me di cuenta de la melodía que estaba contestando mi corazón en respuesta a aquel sonido. Me di cuenta de que no solo echaba de menos al príncipe

porque fuese mi amigo. No, era algo más grande el sentimiento que recubría las paredes de mi corazón.

Sí, la inscripción tenía razón. La música es el sonido del alma, cuando el corazón no puede hablar. El mío sí podía; pero no había querido escucharlo, y tenía que dejar de hacer eso. Cuando, mientras las notas seguían ocupando la estancia, lo único en lo que pensaba era en que la última vez era el príncipe quien había estado ahí para recibirlas.

Hacía tiempo que lo sabía; pero no había querido escuchar a mi corazón. Era hora de que fuese valiente y admitiese que, en realidad, estaba enamorada del heredero a la corona de Dusterkeit.

Capítulo 32. Hogar, dulce hogar



Zephyran

Cuando regresé al palacio de las Tinieblas, supe enseguida que Camille estaba en su interior por la fuerte vibración que rodeaba a mi corazón. Era una sensación cálida y agradable a la que ya me había acostumbrado. Iba saludando a los habitantes de Palacio al pasar; sabía exactamente dónde encontraría a la vampira. Antes de ir a mis aposentos, a descansar tras el largo viaje, quería encontrarme con sus ojos púrpura y ver cuánto había avanzado con sus entrenamientos en mi ausencia.

Los guardias me abrieron las puertas de la sala de entrenamiento, tras saludarme como siempre. Ingresé en su interior, y me quedé atónito ante la escena. Era lo último que esperaba encontrar. Camille estaba de espaldas, con una daga, bien conocida por mí, en su mano izquierda. Frente a ella mi querida amiga Kaia, con la suya propia apuntando en dirección a Cam.

No tardaron en darse cuenta de mi presencia, y ambas se detuvieron. Camille se volvió en mi dirección, pero no se movió. Sus ojos púrpura refulgieron a la luz de las estrellas, en una invitación silenciosa para que fuese yo el que se acercase. Parecía sorprendida con mi presencia.

—Buen antelunio a las dos. He llegado unas horas antes de lo previsto. ¿Interrumpo algo?

—No, ya casi habíamos terminado. Se acerca el mediantelunio —respondió la del pelo rosa.

Me acerqué a Cam y le di un abrazo. Sentí como su cuerpo se tensaba, pero alargó los brazos por detrás de mi cuello y me lo devolvió. Algo parecía haber cambiado en ella. Más tarde lo descubriría; no delante de Kaia.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —murmuró soltándose. Igualmente podía sentir sus nervios.

—Es una historia muy larga —Miré a Kaia, que me dio un rápido apretón de manos—. Pero os la contaré.

—Conmigo puedes ahorrarte los abrazos —Me guiñó un ojo—. Yo me voy ya y os dejo solos; así aprovecho el tiempo extra para dedicarlo a un vestido que me pidió la reina para el baile. Cuando te venga bien, te pasas por la sala de costura y me cuentas a mí esa historia.

Comenzó a andar en dirección a la puerta, y puse un brazo en su hombro para detenerla.

—No tan rápido. Primero tenéis que explicarme qué hace Camille con la daga de Ahrienia.

La chica con el pelo de luna me miró sorprendida, como si no esperase que fuese a reconocer el arma.

—Kaia me la entregó —contestó. No me pasó desapercibida la mirada de arriba abajo que me dedicó.

—Príncipe, Camille aprendió muy rápido a manejar la velocidad y la fuerza vampíricas —intervino Kaia, deslizando sus dedos con nerviosismo por su trenza rosa—. Pensé que era el momento de entregarle la daga cuando me dijo que le gustaría aprender a usar una.

No me extrañaba nada que Kaia le hubiese dado a Camille la daga sin consultarme. Ella era impulsiva, actuaba primero y pensaba después. Sin embargo, no tuve ninguna duda de que había hecho lo correcto cuando me volví hacia la alumna, y la vi tan contenta con el arma en sus manos.

—No te la había entregado antes porque estaba esperando a que llegase el momento adecuado —expliqué, sin dejar de mirarla. Orgulloso de que ya fuese capaz de utilizar sus poderes vampíricos—. Enhorabuena por tus avances.

—No pasa nada, lo entiendo —contestó con una amplia sonrisa—. Y muchas gracias.

—Kaia —Me volví hacia mi antigua amiga—, a ti tengo que agradecerte haber cuidado de ella en mi ausencia, y haberle enseñado a usar los poderes vampíricos.

—Es un placer, Alteza. Me cae bien la chica —Alzó la cabeza—. Había pensado que podía adiestrarla con la daga de vez en cuando, entre vuestros entrenamientos, para que ella pueda manejar su propio poder.

—Me parece una idea excelente —Sonreí mirando a ambas—. Si eso es lo que habéis decidido, yo estoy de acuerdo.

—Genial, ¿puedo irme ya? El vestido a medio hacer me espera con ansias —Se impacientó Kaia.

—Sí, puedes marcharte. Cuando tenga un rato me pasaré por la sala de costura para contarte esa historia.

Kaia se fue a velocidad vampírica; solo las puertas cerrándose a sus espaldas nos indicaron que ya no estaba en la sala.

—Bueno, tenemos muchas cosas de las que hablar —dije, mirando hacia la vampira que había robado mi corazón.

Ella me miró a su vez, como quien contempla el mundo después de meses encerrado. Algo reptó por mi cuerpo en respuesta, entendiendo qué era lo que le pasaba. Más tarde, habría tiempo para eso más tarde. Aún con la confirmación en sus ojos no quería asustarla.

—Soy toda oídos Zep —murmuró.

Mi nombre en sus labios sonaba demasiado bien.

—Antes de contarte lo que pasó en mi viaje a tierras de los vampiros videntes, querría saber qué tal te fue con Kaia, narrado de primera mano por ti.

Así que me relató todo lo que habían hecho en mi ausencia. Cómo había aprendido a manejar la supervelocidad y la superfuerza. Cómo habían terminado en el cuarto de Kaia, con esta mostrándole

sus plantas; o en la sala de música, con Cam tocando el arpa. Me declaraba culpable por haberle dicho a Kaia que la chica tocaba tan bien. Incluso aprovechó para hablarme de Ovraal y Shedyel; al parecer el brujo ahora tenía pareja. Sentí que Cam había conectado con Kaia. Pero lo que más me llenó fue sentir en sus ojos una alegría genuina mientras me narraba todo. La misma que había notado a través de los latidos de mi corazón.

—Veo que no te has aburrido en mi ausencia —bromeé, acercándome un poco más a ella; hasta que su olor a vainilla me inundó.

Ella sonrió en respuesta.

—Me debes tu historia con los vampiros videntes. Quiero saberlo todo. Cómo son ellos y qué te dijeron.

—Tienes razón —contesté, apartándole de la cara un mechón platino—. Es mi turno de contarte una larga historia.

Le conté de los tres seres con poderes sobre el tiempo, el espacio y las decisiones; de cómo habían unido sus poderes y de la Fortaleza Eterna.

Le hablé de la frase que me dijeron «La grieta que se ha abierto en los cielos es el resultado del desequilibrio entre la luz y la oscuridad». Le dije que me habían revelado que la grieta la había creado la criatura que había matado a Ahrienia, la misma que había tratado de llevársela a ella.

Que aquel ser de nombre desconocido jugaba a ser dios con la grieta; pero que, además, por sí solo ya era una amenaza. Que aún la quería a ella. Que los vampiros videntes habían dicho que nos darían las respuestas que buscábamos cuando ella aprendiese a manejar sus poderes. Pero que tendría que venir ella conmigo a visitarlos.

Había visto como sus ojos se habían ido llenando de determinación conforme le contaba todo. Como había terminado apretando los puños con fuerza. Y como sus ojos púrpura se habían bañado de una furia silenciosa.

—Cuando aprenda a manejar mis poderes iremos a ver a esos vampiros videntes, y nos darán sus respuestas. Yo haré lo que haga falta para ayudaros, a vosotros, a Dusterkeit. He decidido dejar de

esconderme de mi destino; quiero que me cuentes qué sabes sobre mi papel en este mundo.

La miré sin dejar que el asombro calase mi rostro. Habían cambiado muchas cosas en ella durante mi ausencia. Estaba preparada para saberlo todo. Y no pude negarle lo que quería.

—La realidad es que tú eres la salvadora de la que siempre nos hablaron. Pero también eres el arma más poderosa para nuestro enemigo. Si te atrapa, serías la perdición para todos.

—¿Quién es vuestro enemigo? —preguntó sin amilanarse.

—Nadie conoce su nombre, pero se dice que, desde hace mucho tiempo, su palacio está al sur del país, en Dusternis. Nadie se atreve a pasar del monte Karanlik; el que lo hace no vuelve con vida. Hemos vivido en una paz temporal con él; mientras aguardábamos tu regreso, después de que le quitara la vida a Ahrienia. Y ahora, que sabemos que también la grieta es obra suya, constatamos que no ha estado parado este tiempo. Él también aguardaba tu regreso.

—Los monstruos que vinieron a Palacio —Un ligero temblor se apoderó de su voz— probablemente fueran enviados por él. Me estaban buscando, y le hemos confirmado que estoy aquí. El vampiro que huyó…

—Le ha informado de que estás aquí —completé la frase que había dejado en el aire—. Has llegado a la misma conclusión que yo.

—Y supongo que también tengo un papel con esa horrible grieta.

—Por lo que dijeron los vampiros videntes, tengo el presentimiento de que sí.

Se mantuvo en silencio durante un tiempo que se me hizo eterno. Pero no dije nada, esperé a que asimilase el peso que tenía sobre sus hombros. Sabía que era demasiada información en muy poco tiempo, y que no era algo sencillo.

—Pero no han vuelto a aparecer en Palacio —dijo al fin.

—Las salvaguardas de Ovraal han funcionado.

—Sí, pero tampoco me han buscado fuera de aquí. Quizás estén esperando a un momento concreto. Si ese ser lleva en Dusternis mucho tiempo sin manifestarse nada más que con la creación de la grieta, tal vez esté aguardando algo para regresar de nuevo.

Lo que decía tenía mucho sentido.

—Sí, puede ser. Pero si viene, todos estaremos aquí para protegerte.

Me abrazó en respuesta. Pase un brazo por su cuello, mientras le daba suaves caricias por la espalda, en un intento de aliviar su palpable malestar.

Se despegó un poco para mirarme a la cara. Sentí la fuerza de la vibración de nuestros corazones, más intensa con nuestra cercanía. Ella también debía de estarla notando; pero no decía nada.

—¿Sabes cuál es tu apellido? —pregunté, haciendo que se separase de mí.

—Sí —Me miró extrañada—. Camille Solberg, mis padres decían que significaba algo así como sol y montaña.

—No, tu nombre es Camille Dageraad.

—¿Es el apellido de mi padre de sangre? —preguntó; como quien busca una gota de esperanza en un mar.

—No lo sé, podría serlo. Nadie sabe con quién te tuvo Ahrienia. Tampoco conocemos el apellido de tu madre.

Asintió en silencio.

—¿Cuándo me enseñarás a manejar mis poderes? —Una nota de impaciencia tiñó su voz.

Le sonreí y le di un leve apretón en el hombro.

—Si me lo permites, cuando haya descansado de este largo viaje. Los vampiros tenéis suerte de no necesitar dormir de la misma manera que los ángeles negros. Al anochecer podemos empezar si te parece bien.

Ella me miró arrepentida.

—Tienes razón. Acabas de volver de un viaje de una semana. Puedo esperar más tiempo si lo necesitas.

—No, tranquila. Al anochecer está perfecto.

Capítulo 33. Supernova



Camille

Había decidido ser valiente y dejar de esconderme de mi destino, de mi papel en este nuevo mundo, tan diferente de aquel otro en el que me había criado. Este lugar que tantos buenos ratos me estaba dando y que era en realidad mi hogar, aunque me costase admitirlo. Por eso le había pedido a Zephyran que me contase lo que sabía de mi papel en Dusterkeit.

Aún no tenía claro cómo me hacía sentir el saber que yo era la salvadora para ellos; sobre mí recaía esa gran responsabilidad. Por si fuese poco, era como un arma de doble filo; porque también le servía a nuestro enemigo para sus fines, que no podían ser nada buenos. Esto último, la posibilidad de ser la perdición, me inquietaba aún más que el saber que me estaban buscando.

En el camino a casa, Zephyran me había confesado que el hecho de haberme encontrado fue el único motivo de su visita a los vampiros videntes. Y que no había sido tan explícito, antes de su partida, porque yo entonces desconocía mi papel en Dusterkeit, y aún no había pedido que me lo revelasen. Que los vampiros videntes, tras tener noticia de mi llegada, hubiesen soltado más información era muy perturbador.

Al parecer, tanto Ovraal como Zephyran, me habían estado contando la verdad un poco maquillada, ahorrándose darme detalles hasta que yo manifestase que estaba preparada. «Que estaba lista

para cargar sobre mis hombros la responsabilidad de ser la salvadora». Esas habían sido las palabras de Ov, cuya historia del enemigo sin nombre coincidía con la de Zephyran.

Lo peor, nadie sabía qué era exactamente lo que yo tenía que hacer para salvarlos, aparte de cerrar la grieta y derrotar a su enemigo. ¿Cómo? Ni idea, tendría que descubrirlo. Y no iba a negar que los vampiros videntes eran una jugosa esperanza.

Mientras tanto debía poner todos mis esfuerzos en aprender a manejar mis poderes, que tan importantes parecían ser y que me moría de ganas por descubrir. Y debía cruzar los dedos para que no volviesen a por mí más monstruos.

Una cosa más. Desde que Zephyran había regresado a Palacio, las vibraciones habían vuelto a su lugar, a sentirse dentro de mí igual que al principio. Cuando estaba entrenando con Kaia, había notado claramente cómo se incrementaban conforme Zep se acercaba a nosotras. Y, de modo indudable, cómo fueron aún más potentes cuando me había abrazado.

Quizás se debiera a que todas las criaturas de Dusterkeit sentían esas vibraciones con la presencia del príncipe; aunque era algo absurdo, porque entonces los reyes deberían de transmitir una sensación similar. Por otro lado, lo que más sentido tenía era que fuese a causa de los sentimientos que tenía por el príncipe. Ya había llegado antes a esa misma conclusión, justo cuando me miró a los ojos en la sala de entrenamiento nada más llegar; seguro que había notado cómo me había tensado. Pero no podía decirle nada, por mucho que me animase Kaia. No sabía lo que él sentía.

La única pieza que no encajaba era que había sentido las vibraciones desde el primer día, junto a la fuente de la plaza de los Orígenes. Estaba convencida, casi por completo, de que eran las mismas que sentía en estos momentos; ahora eran más lejanas desde casa de Ovraal, pero no tanto como cuando él había abandonado Noctis. ¿Sabría la magia más que nosotros mismos? No podía ser, quizás estaba equivocada y había confundido sensaciones. Había que tener en cuenta que al principio tan solo estaba acostumbrándome a mis sentidos inmortales.

Cogí la daga de Ahrienia, ahora mía, para desviar mis pensamientos sin respuestas. La deslicé entre mis dedos, teniendo muy presente que había pertenecido a mi madre de sangre. Zep había sabido que esa arma estaba destinada a ser mía, y había estado esperando el momento adecuado. Era verdad que lo entendía; no le guardaba rencor, no estaba enfadada. Debía de ser difícil saber cuándo entregar algo tan valioso

Incluso Seika se había detenido a observar la daga, como si reconociese a quién había pertenecido. A veces deseaba poder comunicarme más con el erizo. Parecía que él sabía muchas más cosas que yo sobre Ahrienia y nuestro pasado. Pero era absurdo, la pérdida de memoria tenía que haberle afectado a él también.

En cuanto al entrenamiento con Kaia, había ido bien; pero aún tenía que mejorar mucho, no era fácil apuntar a un objetivo en movimiento. Era un arma de corto alcance, que bajo ningún concepto podía lanzar; el enemigo podría arrebatármela y usarla contra mí. Debía acercarme demasiado para ejercer daño. Una gran desventaja.

—¿Estás lista para aprender a manejar tus poderes? —preguntó el ángel negro.

Estábamos en el centro de la sala de entrenamiento, la luna iluminándolo todo. Nadie más que nosotros bajo su luz.

—¿Esto es seguro? —pregunté.

Si algo salía mal…

—¿Qué quieres decir?

—Si de verdad puedo modificar el ADN. Si hago algo que no sepa revertir… O que no pueda revertirse.

—Sobre ti misma debe poderse —aseguró, sin una nota de duda en su voz—. Nuestro propio poder, da igual cual sea, no puede alterarnos de una forma irreversible. No puede hacernos daño, ¿recuerdas?

Asentí algo más tranquila. Lo que decía tenía sentido.

—Vale, confió en ti.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—¿Y ahora qué?

—Hoy aplicarás tu poder únicamente sobre ti, ya que no sabemos si sobre los demás es reversible. Vamos a tratar de modificar el ADN de tus manos.

—¿Qué hago con ellas? —Lo miré extrañada.

—Piensa en algo que pueda servirte para defenderte, unas garras por ejemplo. Mi idea de tu poder es que tus pensamientos deberían de guiar a tus células sobre lo que deben mutar. Tú deberías ser capaz de leer su código genético y de poder modificarlo a tu antojo.

A pesar de que ya llevaba un tiempo en Dusterkeit, y de que había sentido mi propio poder a lo largo de mi cuerpo, aquello me parecía más ciencia ficción que otra cosa. Pero era real, y tenía que confiar en mi poder, en mis células, si quería aprender a manejarlo.

—Vale, lo intentaré —respondí, alzando las manos hacia adelante para observarlas. Como si aquello pudiese darme alguna pista.

Llamé a mi poder para que fuese hasta mis manos y este obedeció. Aquello era sencillo, ya sabía hacerlo; la parte difícil venía después. Rebusqué en mis células, tratando de desentrañar cómo podía hacer que mi corriente de magia modificase su ADN oscuro. Pensé en mis uñas; algo debía cambiar en mis genes para que se modificasen y pasasen a ser algo diferente.

Al cabo de un buen rato sentí un cosquilleo en las uñas. Y vi que habían cambiado de color; se habían vuelto moradas.

—Creo que estoy haciendo algo mal, porque esto no es lo que quería.

—Tranquila, es un progreso. Intenta devolverles su color original.

Lo intenté; pero en lugar de eso se volvieron azules, luego verdes, luego rosa. Resoplé y las miré frustrada.

—Algo me dice que, hasta que aprendas exactamente el camino que has de seguir con tu magia hasta tu destino, lo que se producen son mutaciones no controladas por ti.

Incliné ligeramente la cabeza y lo miré extrañada.

—Quiero decir que tú controlas a dónde va la mutación, sí; pero no controlas qué es lo que pasa en ese lugar. Intenta encontrar el camino por el que tu magia hace lo que hace.

Unas corrientes de oscuridad se instalaron a su alrededor, y comenzaron a danzar hacia mí. Nos envolvieron a ambos, trazando

círculos lentamente, sin acercarse demasiado a mi cuerpo.

—Cuando hago esto, yo le indico a la oscuridad el camino que ha de seguir.

Una corriente se desvió y reptó hacia el techo de la sala. La seguí con la mirada hasta que la hizo desaparecer.

—Piensa que eres tú la que mandas, no tu magia. Tú decides. No dejes que ella tome el control de lo que ha de suceder antes de que tú lo hayas ordenado.

Bien. Tenía unas nociones básicas de genética, del funcionamiento del ADN humano y de cómo se producían las mutaciones. Sin embargo, estaba en un mundo mágico donde quizás hubiese cosas similares; pero seguramente también multitud de diferencias. Para empezar, el material genético era ADN oscuro, no humano. ADN de criaturas mágicas con poderes. ¿Cómo estaba escrita en el código genético la magia?

Miré mis uñas, aún de color rosa chicle. Quizás tenía que ver mi poder de forma menos superficial. Era necesario navegar en las profundidades del mismo, para que me guiase por el camino que quería seguir. Tras varios intentos, se me ocurrió que debía dirigir mi poder a los genes que controlaban la reproducción de las células de mis uñas; así se harían más largas. Pensaría en la forma afilada de las garras, para guiar su crecimiento en esa dirección.

Sentí de nuevo ese cosquilleo, y mis uñas comenzaron a crecer; pero no adquirieron la forma que yo quería. Era como si no me las hubiese cortado en mucho tiempo. Y aún seguían de color rosa.

—Esto no funciona; mi magia hace lo que quiere —bufé.

—Tenemos tiempo para enseñarle a que haga lo que tú quieres —comentó, acercándose un poco más a mí. Su oscuridad aún rodeándonos.

—¿No te cansas de invocar oscuridad?

—No supone ningún esfuerzo para mí dejarla correr por el aire.

—Me gustaría revertir el largo de mis uñas, antes de que vuelva a intentarlo y crezcan tanto que no sean cómodas.

—Tenemos tijeras —dijo sin más—. Pero me parece bien probar ahora con la reversión de lo que has hecho.

Pensé en que volviesen a su estado inicial; pero mis manos no reaccionaron. Después de un largo rato, llegué a la conclusión de que una opción era actuar sobre los genes que harían que se separasen y desapareciesen las células de las filas más alejadas de la base de mis uñas.

Cuando logré que volviesen a estar igual que al principio, salvo por el maldito color rosa chicle, dejé escapar un sonoro suspiro.

—Creo que hay algo que no estoy pillando, algo que no estoy haciendo bien. No logro que recuperen su color original.

—Bueno, mientras lo averiguas, todos creerán que te las has pintado. ¿Qué te parece si lo dejamos por hoy?

Lo miré, no muy contenta con la idea; pero ya estaba bien entrada la noche. Y seguramente él querría dormir, después de su largo viaje.

—Vale.

Ese día y los sucesivos en los que me acompañó a casa, percibí como la sensación de cercanía se iba incrementando entre nosotros. En cuanto a mis poderes, no hubo grandes avances; parecía estar estancada en hacer crecer y decrecer mis uñas, sin poder devolverles su color original.

—Creo que tu problema es que estás pensando demasiado —opinó el ángel, después de diez noches—. Pero no te preocupes; encontraremos la solución.

Se acercó y deslizó uno de mis mechones por detrás de mi oreja. Un escalofrío recorrió mi piel con su contacto. Quería decirle que no sabía cómo se hacía para no pensar demasiado, que no podía evitarlo. Ya que no había ningún manual de instrucciones, no tenía otro remedio que desentrañar el camino. Pero me contuve cuando se acercó otro poco más y una de sus alas rozó mi brazo.

—¿Te apetece dar un paseo por Noctis? —Su voz sonó grave y aterciopelada—. Quiero enseñarte un lugar muy bonito.

Asentí lentamente, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Él me cogió de la mano y caminamos en un silencio agradable hasta dejar atrás el palacio de las Tinieblas y su jardín. Las calles, como de costumbre, estaban llenas de gente, sobre todo vampiros.

Andaban rápido de un lado a otro; pero muchos se quedaban quietos mirando nuestras manos unidas.

Zephyran pareció notarlo, y enseguida invocó una pequeña corriente de oscuridad, que se deslizó por mi mano como una caricia. Era una sensación agradable. Yo no tenía una magia que pudiese responderle, así que, me limité a darle un leve apretón en la mano.

Observé las casas, de lo más variopintas, que se extendían por las callejuelas en las que nos habíamos aventurado. La mayoría de fachadas eran negras o púrpura, pero la arquitectura de cada una era un mundo. Alguna vez habéis mirado las casas pensando quién vivirá en su interior, cómo serán y cómo les irá su vida. Era algo que solía preguntarme en Noruega cuando paseaba; pero aquí en Dusterkeit, un país lleno de criaturas mágicas, las posibilidades se ampliaban mucho.

—Te noto muy pensativa —rompió el silencio el ángel.

Y le conté mis pensamientos sobre los edificios que nos rodeaban. Me dedicó una leve sonrisa.

—Tienes mucha imaginación, pequeña chupasangre.

—Voy a pasar por alto que me has llamado así solo porque me estás llevando a un lugar bonito, príncipe —contesté con una nota de desafío en la voz.

—¡Oh, vaya! Entonces parece que estamos en desempate otra vez, ya que me has llamado príncipe y el lugar bonito es una papeleta. Así que vamos 2-1, y voy perdiendo.

—No veas cuánto lo lamento —dramaticé, llevándome la mano libre a la cara.

Él me dio un golpecito con el ala en la espalda en respuesta. Si ese era mi castigo, podría acostumbrarme a él con facilidad. Antes de que pudiese decir nada más, Zep se detuvo ante el puente más bonito que había visto en mi vida.

Una exclamación admirativa se escapó de mis labios sin poder contenerme.

—Parece que es de tu agrado.

—¿Qué es de mi agrado? Es una auténtica pasada.

—Vamos a cruzarlo y verás —contestó, adelantándose unos pasos y tirando ligeramente de la mano que aún me agarraba.

Asentí y lo seguí, pisándole los pies. Las barandillas eran transparentes. A lo largo de ellas y de toda la estructura se encendían y apagaban puntitos intermitentes de múltiples colores, como si fuesen planetas iluminados en una galaxia. La mejor parte era el suelo, parecía que estuvieses pisando el propio espacio, lleno de galaxias y estrellas, como una explosión de colores.

A lo lejos, cerraban el horizonte unas grandes montañas nevadas. El puente parecía orientado a propósito, de tal manera que por un lateral se veían las montañas y por el otro la ciudad.

—Son las montañas Hoshi —murmuró Zep, al percatarse de la dirección de mi mirada—. En ellas nace el río Blood. Si te fijas bien, puedes ver tres tipos de cielo diferentes, indicándote exactamente dónde nace el río. A nuestras espaldas, el fiel cielo de Noctis sería el cuarto.

Zephyran tenía razón. Al este reconocí el cielo rosáceo anaranjado estrellado que Ovraal me había enseñado el día que visitamos el valle de la Muerte. Al oeste se extendía un cielo entre azul y morado, como un crepúsculo humano lleno de estrellas. Y, donde ambos cielos se juntaban, se formaba un degradado en el que se entremezclaban todos los colores dando una combinación muy particular; ahí debía de ser donde nacía el río Blood.

—Lo veo, vuestros cielos son increíbles, alteza —contesté, con una nota de diversión en la voz.

—Muy graciosa, pequeña vampira. Asómate y verás otro de los secretos que encierra este puente.

Pequeña vampira sonaba mejor que pequeña chupasangre, no rechistaría. Me acerqué más a la barandilla y me asomé a contemplar el espectáculo que me ofrecía el lago bajo nuestros pies. Entonces me di cuenta de que, bajo sus aguas, había unas criaturas que se parecían vagamente a las medusas del mundo humano en la forma de moverse. Pero eran más bien como esferas transparentes que emitían multitud de puntitos de luz. Cada uno de un color: azules, verdes, rosa, rojos.

En el momento exacto en el que dos de ellas entraron en contacto, emitieron una dulce nota.

—¿Qué son? Pensaba que aquí todos los animales eran de color negro.

—Lo de que son de color negro es una generalización; la realidad es que hay multitud de criaturas. Hay mucha fauna oscura; pero puedes encontrar también seres que no pertenecen a ella. Estos son aéteres, criaturas marinas con el poder de emitir luz de diferentes colores. Cuando chocan entre ellas, se comunican emitiendo un sonido muy similar al de la música de un instrumento.

—Aéteres… —repetí. Sin dejar de escuchar la melodía que se estaba formando en las aguas a nuestras espaldas—. Pero, esto es un lago. Has dicho criaturas marinas.

—Lo llamamos lago por su aspecto; pero, en realidad, sus aguas son saladas, como las del mar.

Posó una mano junto a la mía en la barandilla del puente.

—¿Te cuento un secreto?

—¿Sí?

—Las leyendas narran que, cuando alguien se detiene en este puente y escucha a los aéteres cantar, puede pedir un deseo y este le será concedido.

—Hasta hace un tiempo las leyendas habían sido solo leyendas para mí, al igual que la existencia de los vampiros y ángeles negros —admití, volviéndome para mirarle a los ojos—. Sin embargo, después de este tiempo en Noctis estoy más dispuesta a creer en esas leyendas.

Él se volvió también. Sentí como sus alas se movían ligeramente, generando una agradable brisa.

—De modo que así es como piensas ahora, Camille.

Asentí lentamente.

Me observó durante unos segundos, que se me hicieron eternos. Hasta que sentí como un cosquilleo en las muñecas y vi que una pequeña corriente de oscuridad estaba deslizándose por mi brazo. Multitud de ellas habían comenzado a rodearme; pero Zephyran no se había movido ni un milímetro.

—¿Qué? —pregunté, en una necesidad imperiosa de romper el silencio.

—Si pudieses pedir cualquier deseo a los aéteres, ¿cuál sería?

No quería decir lo que estaba pensando.

—¿Y tú? —respondí en cambio.

Vi como acortaba aún más la distancia entre nosotros. Sus ojos azul zafiro parecían contener una promesa silenciosa susurrada a las estrellas. Un mar de estrellas, eso era su mirada. La melodía de los aéteres de fondo. Sentí como el corazón se me aceleraba, latidos frenéticos que parecían querer escapar de mi pecho. Sus labios a menos de un centímetro de los míos. Me acerqué como si el mundo fuese a acabarse si no lo hacía.

Entonces, nuestros labios se tocaron. Y, en ese preciso instante, sentí como la vibración de mi interior explotaba como una supernova consumida, desplazando su fuego por mi torrente sanguíneo.

Capítulo 34. Dulce Oscuridad



Zephyran

Podía escuchar la melodía de los aéteres como una danza de fondo que hablaba de deseos hechos realidad, sin necesidad de ser conjurados en voz alta. Había fuerzas más poderosas que las propias estrellas que bañaban el cielo, que hacían que el pelo de Camille brillase como una luna en la tierra. Ella abrió la boca en una invitación silenciosa; yo le correspondí. Podía sentir los atronadores latidos de su corazón cerca de mi pecho, mientras nuestras bocas se descubrían por primera vez.

Mi mano apoyada con cuidado sobre su cadera, sus brazos aferrados con fuerza a mi cuello. Había empezado como un beso tímido y terminó arrasando con todo, incluidas las barreras de mi corazón. Podía sentir su corazón, sí; pero también podía sentir como el mío tronaba en respuesta. Era un espiral de latidos respondiéndose entre ellos. El lenguaje de los corazones de dos aishiterus que habían decidido dar el primer paso.

Mis alas la envolvieron, como si aquel fuese un momento solo para nosotros. Dejé que mi oscuridad saliese a raudales de mí, como una marea de todo aquello que no podía expresar con palabras. Ella abrió los ojos, y el purpura de su mirada se posó en los míos; como si hubiese notado mi oscuridad, que ahora se deslizaba suavemente por sus brazos hasta perderse en su espalda. Separó sus labios con

cuidado de los míos, como si fuese un tesoro que debía cuidar. Sus manos aún aferradas a mi cuello cuando habló.

—Dulce oscuridad —susurró; sus iris brillantes. Recordando lo que le había dicho una vez cuando sobrevolábamos los jardines—. Tus corrientes, las siento así sobre mí cuando me acarician la piel.

Y una de sus manos viajó hasta acariciar una de mis corrientes oscuras. Una bifurcación hizo volutas sobre su dedo.

—Es precioso —reconoció, sin dejar de juguetear con ellas.

Quería decirle que ella también lo era; pero la sensación de una presencia cercana puso todos mis sentidos alerta. La mirada de Camille estaba puesta de pronto a mis espaldas. Eché las alas hacia atrás y me giré, siguiendo la dirección de sus ojos.

—Parece que os he pillado en muy mal momento.

Una vampira, que conocía muy bien, nos miraba desde la entrada del puente con un brazo apoyado sobre su cadera.

—En mi defensa, diré que no tenía ni idea de que habíais venido aquí —añadió, levantando ambas manos hacia arriba—. Estaba agotada de coser y me apetecía dar un paseo. Los aéteres siempre me dan ideas inspiradoras para futuros diseños.

Se hacía la dura; pero podía sentir su culpabilidad reptando por su cuerpo.

—¿Qué es lo que has visto exactamente? —preguntó Camille, antes de que pudiese decir nada.

Kaia vaciló antes de responder.

—Todo no, gracias a Drácula; pero vuestras caras hablan por vosotros.

Camille empezó a reírse ruidosamente.

—Lo siento —se disculpó— Es que esa expresión vuestra me hace mucha gracia.

—Bueno, puedo ver a los aéteres otro día…

—No —la interrumpió Cam—. Quédate con nosotros. De todas maneras, ya es tarde y debería regresar a casa.

Podía percibir como Camille no quería que su amiga se sintiese mal. Yo también la habría invitado a quedarse en cuanto hubiese terminado de hablar. Pero ella se me había adelantado, interrumpiendo a Kaia.

—Estoy con Cam. No te vayas; disfruta de los aéteres —Alcé una mano en dirección al lago.

Kaia nos miró durante un momento, dudando si debía hacernos caso. Al final, cruzó el puente acercándose a nosotros.

—Está bien, me quedaré.

Los tres nos asomamos por el puente para contemplar a los famosos aéteres. Camille a mi izquierda, Kaia a mi derecha. Ambas reían mientras comentaban cuál era su favorito, dependiendo del color que emitiese. En ese momento entendí la complicidad que había entre las dos vampiras. Y vi que, con Camille, Kaia a veces parecía otra persona, risueña y receptiva, como si su coraza de chica dura se cayese.

—Debería volver ya —anunció Camille.

—Vamos, te acompaño —contesté, pasándole una mano por la cintura.

Asintió.

—¿Te vienes Kaia? —preguntó Cam.

—Yo me quedaré contemplando los aéteres un ratito más. Aún no he encontrado la inspiración que buscaba, entre tanta risa.

—Suerte con ello.

Nos despedimos de ella y comenzamos a andar en dirección a casa de Ovraal. Podría explicarle que éramos aishiterus, pero sentía que era demasiado pronto. Ella había dado un paso, había sentido que estaba preparada en el fondo de mi ser. Pero decirle aquello… podría inquietarla. Lo haría cuando sintiese que era el momento adecuado.

El puente de los aéteres estaba más cerca de la casa de Ovraal, ya que estaba en el lado sur de la ciudad, por debajo de la plaza de los Orígenes. Por eso no tardamos mucho en llegar.

—Gracias por este bonito paseo —murmuró junto a la puerta de entrada.

—No tienes que dármelas.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente de despedida.

—Buenas noches, Camille.

Ella alzó la cabeza y me dio un rápido beso en los labios.

—Buenas noches, Zephyran.

El camino de vuelta lo hice volando. Estaba convencido de que ese día podría irme a dormir tranquilo; pero estaba muy equivocado. Cuando aterricé en las puertas del palacio, Kurai me interceptó antes de que pudiese pasar al interior.

—Alteza, ¡es terrible! —exclamó; su pelo rubio empapado por el sudor—. Tenéis que venir al territorio bajo la grieta, ya he mandado allí un ejército.

Observé que sus ropas estaban empapadas de sangre negra, y temí por lo que pudiese estar pasando. ¿Otro ataque en el área de la grieta? Debí haber contado con ello; todo había estado demasiado tranquilo desde la última vez que habíamos ido a inspeccionarla.

—He venido aprovechando la supervelocidad en cuanto he tenido ocasión, y justo me he topado con vos. El resto sigue luchando.

—Vamos. No hay tiempo que perder.

Volé tras él, que bajó la velocidad para que pudiese seguirlo. El camino se me hizo eterno, angustiado por lo que podría estar pasando en la grieta. No le había pedido detalles a Kurai; cualquier minuto era muy valioso en una batalla.

Cuando llegué me encontré con dos ejércitos luchando. Podía diferenciar fácilmente al mío, ya que en el otro…, unos parecían muertos vivientes y el resto eran monstruos. La magia danzaba por el aire, secundada por las espadas. No eran muchos, calculé unos quinientos.

—Todos ellos han venido de la grieta —murmuró Kurai. Como única explicación antes de perderse en el caos de la batalla.

Deje que la oscuridad me envolviese como una barrera defensiva, para poder estudiar el campo de batalla. Quien se acercase sufriría los daños correspondientes. Los muertos vivientes eran como ángeles y vampiros a los que la vida les había abandonado; pero seguían moviéndose, como controlados por una fuerza superior.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al percatarme de que, entre los muertos vivientes, había una cara conocida para mí. Era uno de los vampiros que la grieta me había arrebatado, esa mano que lo había arrancado de mi ejército… Un monstruo con la boca llena de filas de dientes afilados saltó en el aire dispuesto a dar un bocado a

mi brazo. Sus ojos lechosos se posaron en mí; disparé hacia él una ráfaga de oscuridad que entró con facilidad por su boca, abierta para mí. Sentí como algo se partía y cayó al suelo, sin alma.

No me gustaba usar ese poder; pero la ira recorría mi cuerpo, con las peores sospechas en mi cabeza. Seguí volando por encima, lanzando corrientes de oscuridad a diestro y siniestro y matando monstruos.

Entonces vi otros tres rostros conocidos, y mis peores temores se confirmaron. Las mismas criaturas de Noctis que la grieta se había llevado, muertas y sin vida —lo había visto con mis propios ojos, a veces demasiado cerca—, regresaban como vampiros y ángeles negros, de piel oscura y cuarteada y con la voluntad de moverse.

Habían sido mis compañeros. Pero ya no. Tenía que meterme eso en la cabeza, mientras no dejaba de estrellar mi oscuridad contra todo el que pillaba.

Sentí un grito sobre mi cabeza. Miré hacia arriba. Entonces lo vi. Vi como uno de mis ángeles negros era atrapado por una gran mano en descomposición que se asomaba por la grieta. Volé en su dirección; pero sabía que no sería lo suficientemente rápido. Un crujido de huesos partió el mundo cuando aún estaba a media distancia; y luego nada. La cabeza del ángel cayó a un lado, inerte.

Lancé multitud de corrientes en dirección a la mano; se retrajo hacia atrás, sin soltar a mi soldado. La seguí hasta que se introdujo de vuelta en la grieta, donde la oscuridad los tapó. Consideré que acercarme más sería peligroso. Observé el vacío en el interior de la grieta. Una oscuridad muy diferente a la mía, una que parecía dispuesta a devorar cualquier cosa que entrase en su interior.

Escuché los lamentos ensordecedores que provenían de la grieta. Escuché como uno de ellos era la inconfundible voz del soldado que acababa de morir ante mis ojos. Entonces, una cruel realidad se asentó en mi cabeza. Esos lamentos debían de pertenecer a la gente que arrebataba de Noctis. Quizás era el presagio de que sus cuerpos iban a volverse muertos vivientes. ¿Los transformaría la propia grieta, o lo haría el enemigo sin nombre? Lo que tenía claro, después de la visita a los vampiros videntes, era que era obra de ese ser.

Volví a bajar y arremetí contra todos los monstruos que pude, mientras veía danzar la magia de mis soldados a mi alrededor.

—¡Qué alguien aparte a los caídos para darles un entierro digno! —clamé entre el ruido de la batalla—. Si no, los monstruos de la grieta se los llevarán. Volverán como muertos vivientes y se enfrentarán a nosotros.

Sentí como la voz se corría por las filas del ejército. Vi como algunos vampiros dejaban de luchar para correr veloces, con todos los caídos que podían cargar de un viaje en sus brazos.

Golpeé una, y otra, y otra vez. Hasta que me encontré frente a uno de los vampiros con los que más confianza había tenido en mi ejército, un amigo. Sentí como algo se partía dentro de mí al asimilar que tendría que luchar contra él. Su fuego voló hacia mi oscuridad; sus poderes elementales consistían únicamente en eso.

Ejercí fuerza a modo de defensa. Y no pude evitar hacer un intento por descubrir si quedaba algo de mi amigo en él.

—Ailen, soy Zephyran, ¿no me recuerdas? Antes de Kurai, tú eras el segundo al mando de este ejército, que estás tratando de destruir.

—Sé quién eres —sonó su voz rasgada y antinatural—. Yo nunca he dirigido a esa escoria. Y te sugiero que no trates de buscar a ningún amigo tuyo en estas cáscaras vacías. Somos entes oscuros que damos vida al cuerpo de los muertos, arrebatándoles sus almas. Todo gracias a nuestro señor.

La sorpresa me hizo vacilar, y su fuego avanzó sobre mi ataque hasta quedar cerca de mi cuerpo. Reaccioné, volviendo a desatar la oscuridad hacia él, moviendo su fuego de vuelta a dónde provenía.

—Vamos, sé que eres muy fuerte. Nuestro amo nos ha hablado de ti. ¿Eso es todo lo que sabes hacer? ¿No puedes matarme porque llevo el rostro de tu estúpido amigo?

Escupió al suelo con desdén.

Quería matarlo y a la vez estaba paralizado. Estaba perdiendo el tiempo forcejeando con él, mientras el resto de los soldados a mi alrededor peleaban con todas sus fuerzas.

Entonces, Kurai apareció por detrás leyendo mi expresión torturada. Alzó una mano, y un fuerte viento se estampó contra el ente. No eran muertos vivientes, eran entes oscuros en el cuerpo de

los caídos. La realidad revolvió mis entrañas, mientras veía como la espada de Kurai cortaba la cabeza del cuerpo oscuro del que una vez había sido mi amigo. Pero ya no quedaba nada de él que rescatar.

—Alteza, ¿estáis bien? —preguntó, con una nota de preocupación en la voz.

—Sí —contesté. Aunque no era verdad, ni por asomo—. Acabemos con esto.

Nos dispersamos y continuamos luchando contra monstruos y entes oscuros. Ya quedaban pocos por derribar. Seguí arremetiendo contra ellos, una y otra vez. Sentía la furia recorrer mis venas. Mientras, no dejaba de pensar en que el responsable de la creación de esos entes oscuros pagaría por ello.

Terminé agotado; pero no me detuve hasta que el último hubo caído.

Capítulo 35. La canción del ADN



Camille

Me desperté cerca del mediantelunio, recordando lo que había pasado la noche anterior. El príncipe Zephyran y yo nos habíamos besado, y ni de lejos había sido un simple beso. Los besos hablaban, y en él nos habíamos transmitido todo lo que no podía decirse con palabras. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al recordar como la vibración, que llevaba sintiendo desde que había llegado a Noctis, se había intensificado hasta ser como una canción que recorría mis propias venas. ¿Quedaba alguna duda ya de que estaban relacionadas con el ángel negro? Sin duda no.

Observé que el colchón de murciélago de Seika estaba vacío. Seguramente habría abandonado la habitación, en cuanto hubiese notado que yo no tenía intención de levantarme, para ir a reclamar a Ovraal su desayuno. Me incorporé rápidamente y fui en busca de ambos.

Ovraal estaba recostado en su sofá de terciopelo, con los pies encima de la mesa de enfrente. El erizo oscuro entre sus brazos, disfrutando de una sesión de caricias en la barriga. Su cuenco vacío en el suelo, impecable, sin nada que revelase cual había sido su desayuno.

Dejé escapar un largo suspiro, haciendo notar mi presencia.

Ovraal se volvió en mi dirección, una sonrisa pícara en su rostro.

—Vaya, vaya. Por fin se ha despertado alguien que tiene mucho que contarme.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, poniendo los brazos en jarras.

—Os vi al príncipe y a ti en la puerta —aclaró. Como si eso lo explicase todo.

Lo miré sin saber qué decir.

—No te preocupes, no era ninguna sorpresa. Me preguntaba cuánto tiempo más tendría que pasar hasta que me encontrase algo así —comentó. Seguía deslizando los dedos por la tripa de Seika, que emitía ruiditos como si la conversación no fuese con él—. Dime, ¿desde cuándo lleváis así, pelo gris?

Parecía que tenía un imán para que todos me pillasen con las manos en la masa. Primero Kaia y ahora Ovraal. Me acerqué, hasta colocarme justo enfrente de la mesa en la que reposaban sus pies.

—Quizás sea una gran sorpresa para el brujo supremo, pero ayer fue la primera vez que sucedió algo así —Lo observé, analizando su rostro—. ¿Y por qué tampoco era una sorpresa?

—Hay que estar ciego para no darse cuenta de cómo os miráis, de lo que hay entre vosotros. Y encima, el príncipe hace poco consiguió acabar con la ley que abolía el emparejamiento entre ángeles y vampiros. Rojo y en vena, sangre. Deja de mirarme como si quisieses matarme. Como tu amigo, me alegro mucho de que seas feliz con él.

—Solo ha sido un día —remarqué; suavizando el gesto ante su acusación.

—No importa, no será el último.

Se levantó, dejando a Seika en el suelo. No me dio opción de decir nada más, pues fue al armario de sangre a gran velocidad. Lo seguí y me quedé parada, observando cómo la servía en un gran tazón de porcelana y volvía con él entre las manos. El erizo se recostó entre mis pies, mientras tanto. Me agaché para recogerlo y dejarlo en mi hombro; emitió un ruidito de conformidad en respuesta.

—Ten, futura princesa. Tu desayuno está listo —comentó con una nota de diversión.

—Eres muy gracioso, ¿lo sabías? —ironicé, sin rechazar lo que me ofrecía.

Me lo bebí de un trago y, sin decir nada más, me dirigí a los armarios a rellenarlo.

—Bebe todo lo que quieras, pelo gris. Pero, mientras tanto, ¿me contarás cómo va el entrenamiento? —preguntó en tono conciliador.

No estaba enfadada con él. Solo odiaba que bromease diciendo tonterías; cuando lo que había pasado un día no representaba lo que pasaría todos los demás. Acepté su invitación y nos sentamos en el sofá, a hablar de mis entrenamientos con Kaia para aprender a manejar la daga. El día que se la enseñé a Ov, me había confirmado, en cuanto la había visto, que se trataba de la daga de Ahrienia. No necesitaba ninguna certificación nueva de nadie; pero que todos lo dijeran me hacía sentir, cada vez más, lo importante que era para mí, por pertenecer a mi madre en ese mundo.

También le hablé de mis entrenamientos con Zephyran para manejar mis poderes. Ovraal le había dado la razón al príncipe en que debía pensar menos y escuchar más, a mi propia magia en concreto.

No dejé de dar vueltas a esa idea en todo el antelunio. Ni siquiera mientras me preparaba para la noche de entrenamiento con el ángel negro. Cuando terminé de vestirme, rebusqué entre mis armarios una larga cinta negra que servía para hacer lazos en el pelo, pero que no pensaba emplear con el fin para el que estaba destinada.

Después del último entrenamiento de dagas con Kaia, había decidido llevar la mía siempre encima; me hacía sentir más segura. Y ese sería el primer día en el que comenzaría con esa costumbre. Cogí el arma envainada con cuidado y la até a mi pantalón negro de cuero. La cinta negra era perfecta para que la daga se quedase ahí fija, sin moverse. Podía sentir su peso sobre mi muslo, lo suficientemente cerca para poder desenvainarla rápidamente si era necesario.

Zephyran no tardó en venir a recogerme, en cuanto la luna hizo su aparición en el cielo. Dejaría a Sei en el salón con Ov y Shedyel.

Este último le había comprado al animal un trozo de un material cuadrado, que en esos momentos recubría una de las paredes del salón, lleno de pinchos de mi erizo. Shedyel había asegurado que estaba hecho de un material especial a prueba de pinchos. Y yo solo esperaba que de verdad lo fuese; no quería saber nada si la verdadera pared del salón de Ovraal tras ese material terminaba llena de agujeros.

—¡Qué os divirtáis jugando con esa pared extraña! —exclamé cuando abandoné el salón.

Sei emitió un ruidito, que indicaba que iba a disfrutarlo al máximo. Estaba a dos patas sobre la mesa de Ov, con los pinchos en el aire esperando a lanzar más.

Ambos vampiros me guiñaron un ojo, mientras cantaban al unísono y de forma aterradora.

—¡Qué te diviertas tú en tu entrenamiento con el príncipe Zephyran!

Les saqué la lengua y me marché sin decir nada más. Sonreí para mis adentros. Esos dos no tenían remedio; eran tal para cual.

La diversión se esfumó de mi rostro en cuanto vi la cara que traía Zephyran. Como si algo terrible hubiese sucedido. Podía sentir con mis sentidos inmortales el pesar que llenaba su ser. Aun así, agachó la cabeza para darme un corto beso, como un agradable gesto de cariño.

—¡Buenas noches, pequeña chupasangre! —exclamó. Y el pesar se esfumó de su rostro tan pronto como hubo aparecido.

—¡Buenas noches, príncipe! —exclamé guiñándole un ojo.

—¿Eso que llevas atado a la pierna es tu daga? —preguntó confuso.

—Sí, mi nueva y fiel compañera inseparable. ¿Vamos?

Asintió y comenzamos a andar en dirección al palacio de las Tinieblas. La gente nos miraba; pero, por ese día, había decidido pasar completamente de ellos. Podían emplear su tiempo en cosas más productivas que en mirar perplejos con quien estuviese o dejase de estar su príncipe. Quise preguntarle en varias ocasiones qué era lo que le pasaba; pero me abstuve, ya que las calles estaban abarrotadas de gente y no me parecía muy prudente.

En cuanto cerró la puerta de la sala de entrenamiento, no perdí el tiempo.

—¿Qué ha pasado? Tenías muy mal aspecto cuando te vi en el umbral de la casa de Ov.

—Estaba esperando a que esa puerta se cerrase para hablarte precisamente de eso.

Mi corazón se sacudió en respuesta, temiendo algo terrible.

—¿Y bien?

—Ayer un ejército de unos quinientos soldados caídos de la grieta luchó contra mi propio ejército. Una tropa formada por monstruos; junto a ellos combaten entes oscuros, no son muertos vivientes. Todos están dirigidos por él.

Abrí la boca de par en par por la sorpresa. Sabía quién era él, aunque no conociese su nombre, no necesitaba más detalles. Me acerqué a Zep y apreté ligeramente su brazo invitándolo a continuar. Y entonces me contó todo; lo escuché pacientemente, sin dejar de deslizar mis dedos por su brazo en señal de apoyo, hasta que hubo acabado.

—Así que ese vampiro oscuro, que vimos aquel día en la sala de música, era un ente oscuro que se había metido en el cuerpo de una persona que murió. Los rumores eran ciertos —Una nota de pánico caló mi voz.

—Sí, y yo los conocía. Conocía a muchos de ellos —susurró, la tristeza calando su voz—. Eran soldados que lucharon conmigo otras veces en las que se produjeron ataques en la grieta. Pero nunca antes habían sido tantos. Uno era mi amigo, Ailen. No fui capaz de matarlo —confesó; como si aquel dato lo desgarrase por dentro—. Fue él, o quien quiera que fuese la cosa que estaba en su interior, el que me habló de los entes oscuros. Dijo que todo era gracias a su señor.

Lo abracé con fuerza, y posé la mano sobre su pelo negro, acariciándolo en señal de consuelo. Sus corrientes de oscuridad se liberaron, como si fuese una necesidad para él. Sentí su tacto al rozar mis brazos, y continuaron moviéndose, hasta perderse por multitud de zonas de la sala de entrenamiento.

—Pagará por ello —murmuré contra su oído—. Cuando sepa usar mis poderes, cuando sepa como destruirlo, no dudaré. Lo que está haciendo es imperdonable.

Zep apretó sus manos contra mi cintura, en silencio.

—Yo tampoco habría podido matar a un amigo —continué, hablando con la verdad—. Aunque no hubiera quedado nada de él en el cuerpo que me estuviese atacando. No podría.

—Kurai lo mató. Mi segundo al mando. Él lidera al ejército cuando yo no puedo.

—Kurai fue un buen soldado —susurré sin soltarlo— No te culpes por nada de lo que pasó ahí, no es culpa tuya. Tu amigo, que fue poseído por un ente oscuro, ahora puede descansar en paz, ahora que su cuerpo ha sido liberado. Ese debe ser nuestro pensamiento.

—Gracias, Camille. De verdad.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste. Y eso es todo lo que importa. No lo olvides.

—¿Quién crees que hace que los entes oscuros posean los cuerpos? —preguntó, algo más tranquilo.

Me despegué lentamente para mirarlo a los ojos. Observé que las corrientes de oscuridad se habían extendido por toda la sala, como una gran nube negra. Ahora comenzaban a retraerse de vuelta a su portador, como una pequeña descarga de emociones que volvía a su ser.

—Los lamentos, que parecen pertenecer a los que mueren, sugieren que es la grieta la que lo hace por si sola —cavilé—. Pero no creo que sea tan sencillo, supongo que, de alguna manera, lo hace nuestro enemigo. No sé cómo, pero lo descubriremos.

—Tienes razón, yo tengo la misma sospecha.

—¿Hay alguna periodicidad en los ataques?

—No, hacía tiempo que no sucedía nada en la grieta ni en Palacio. He aumentado la vigilancia en torno a ella, y he dado claras órdenes de evacuación a toda la población que vivía en un ratio cercano a la misma, facilitándoles nuevos hogares. También he avisado a todos de que no dejen a ningún muerto cerca; evitaremos dar más cuerpos a esos entes oscuros.

—Me parece una muy buena idea. Oye, ¿cuántas bajas hubo? —pregunté; reparando en que no me había dicho nada.

Su rostro se tensó.

—Treinta y nueve caídos, y veintiséis heridos. Los segundos ya están en la sala de sanadores, recibiendo los mejores cuidados. Anoche informé a todas las familias de los caídos, y esta mañana se hizo la despedida en Palacio.

—Lo siento… —susurré.

Me dedicó una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, cambiando de tema. Creo que deberíamos ponernos ya con tu entrenamiento.

—Tú mandas, eres el entrenador —contesté guiñándole un ojo—. Mis uñas aún están rosa chicle esperando a que las deshaga de esto.

—Volvamos con las manos y arreglemos esas uñas —Una sonrisa sincera asomó por su rostro.

Agradecí que pudiese hacerlo, después de todo por lo que había pasado la noche anterior. Tenía que aprender a manejar mis poderes; eso seguro que permitiría que me dejasen luchar junto a ellos. Yo también quería ayudarlos a defender la ciudad. Si el príncipe lo hacía, siendo parte de la realeza, yo podría hacerlo como él. Pero no sería tan tonta de sugerirlo cuándo aún no tenía pleno control sobre mi poder.

—Me parece bien. ¿Garras?

Asintió.

—Recuerda lo que te dije ayer, respecto a no pensarlo todo tanto.

Claro que lo recordaba, no había dejado de hacerlo en todo el día. Así que dejé la mente completamente en blanco, manteniendo tan solo un pequeño hilo de instrucciones que le indicase a mi poder lo que debía hacer. Garras; largas, afiladas y consistentes, como las de muchos mamíferos. Eso era lo que necesitaba que mis manos hiciesen para mí.

Rebusqué en mi interior, viajando hasta las células de mis uñas. La magia crepitaba en ellas, igual que en el resto de mi cuerpo; era una parte de mí y debía hacerlo. Pero ahí era más fuerte que en ninguna otra parte, ya que estaba haciendo que viajase hasta ahí.

«Quiero hacer garras» pensé de nuevo, como si fuese un diálogo con mis propias células.

Esperé, sin dejar de rebuscar, hasta que lo sentí. El ADN de mis células estaba respondiendo a mis órdenes. Era como una canción suave y envolvente, que danzaba entre los genes, susurrándome cuáles debían silenciarse, encenderse o simplemente modificarse para reconfigurar todo. Me dejé llevar por ese camino, y sentí un fuerte cosquilleo en mis uñas.

Comenzaron a alterarse, ante la atenta mirada de Zep, hasta que mis manos estuvieron coronadas por unas garras rosa. No me había deshecho del rosa; pero es que no había dado esa orden. Entonces lo pensé; quería que fuesen negras, y volví a escuchar la canción en respuesta a mis pensamientos. El negro reemplazó al rosa.

Así que ese era el problema. Yo tenía que guiar a mi poder, dándole unas instrucciones; pero después tenía que escuchar la canción del ADN que desataba mi magia. Entonces me di cuenta de que yo no era la que tenía que pensar en qué genes tenía que alterar. Eran mis propias células las que me indicaban el camino.

—¡Lo he conseguido! —grité. Eufórica tras haber logrado desentrañar el misterio que escondía mi propio poder—. Creo que le he pillado el truco. Tenía que pensar menos, tenías razón. Mi magia me enseña el camino para modificar algo como yo quiero.

Zephyran me miró con el orgullo por mi logro patente en su rostro.

—Bien, Cam, sabía que lo conseguirías. Ahora solo tienes que revertirlo; el camino es el mismo. Demuéstrame lo que sabes hacer.

Asentí contenta.

«Quiero que mis uñas vuelvan a estar como estaban al principio» pensé. Volví a dejar que mi magia me guiase, que el ADN de mis células hablase. Y las garras desaparecieron.

Repetimos el mismo ejercicio varias veces para asegurarnos de que había conectado con mi poder. Las garras aparecieron y desaparecieron con facilidad, adaptándose a mis pensamientos.

Después probamos cosas nuevas. Cambié el color de mis ojos a verde, amarillo, rosa, azul verdoso… Los colores posibles en los iris de las criaturas mágicas eran muchos más que los de los humanos.

Cambié mi color de pelo, de nuevo con cantidad de posibilidades. Sin embargo, exceptuando las garras, ninguna de esas cosas me servía para defenderme.

En los sucesivos entrenamientos de la semana, Zep y yo imaginamos las cosas que podría moldear en mi cuerpo para defenderme. Para mí era difícil, ya que el ADN oscuro no funcionaba igual que el humano; para empezar, tenía cantidad de posibilidades sobrenaturales.

Cada día que pasaba entrenando, tenía más claro que mi poder siempre podría guardar sorpresas; no sería posible abarcar todas las formas en las que era capaz de modificar mi cuerpo en unos pocos entrenamientos. Pero no importaba, cuando llegase el momento de usar mi magia, podría tirar de la imaginación para saber lo que podría necesitar en una situación determinada.

Así descubrí que podía endurecer mi piel, de tal forma que fuese muy difícil penetrarla, para evitar mordiscos. Podía afilar mis dientes para desgarrar; aunque me parecía menos repulsivo hacerlo con las uñas. Podía alargar un brazo para alcanzar algo lejano o hacer algún movimiento sorpresa.

El quinto día decidimos hacer un descanso, y pasé los tres siguientes entrenando el manejo de la daga con Kaia. Habíamos comenzado a entrenar con las armas envainadas para evitar hacernos daño de verdad, mientras simulábamos numerosas situaciones en las que el atacante era simplemente un vampiro desarmado o un vampiro con un puñal.

—¿Y qué tal va todo con el príncipe Zephyran? —preguntó Kaia. Saltaba en el aire para después caer en picado, tratando de simular atravesarme el corazón.

Me moví a velocidad vampírica esquivando con facilidad su golpe.

—¿Eso lo preguntas por curiosidad genuina de amiga, o era tu método para distraerme y ganar el enfrentamiento?

Aproveché que acababa de caer en el suelo para atacarla por detrás. Toqué suavemente su espalda a la altura del corazón con la punta envainada.

—Muerta —murmuré.

—Ambas cosas —contestó a lo anterior, volviéndose hacia mí—. Vale, hagamos una minipausa.

—¿Para escuchar mi historia con el príncipe? —cuestioné, elevando las cejas interrogativa.

—Porque llevamos atacándonos una hora sin descanso; pero sí, también para que me lo cuentes todo con detalles —Me guiñó un ojo y se sentó en el suelo de mármol de la sala de entrenamiento—. Has mejorado mucho con la daga. Eres una rival digna.

—Ayer ya me hiciste ponerte al día —le recordé, sentándome a su lado—. Y gracias por el cumplido.

Ya me había acostumbrado a la facilidad de Kaia para sentarse en el suelo en cualquier parte.

—Bueno, ayer es ayer, y hoy es hoy. Seguro que habéis hecho algo desde nuestro último entrenamiento.

—Dimos un paseo por el jardín del Plenilunio cuando acabé nuestro combate mortal con las dagas —dramaticé.

—¿No os cansáis de recorrer esos jardines?

Últimamente era algo que solíamos hacer con frecuencia. Pero eso no lo hacía aburrido.

—No, la verdad. Es agradable recorrerlos con él.

—No creo que solo paseéis sin más.

—Claro que no —Puse los ojos en blanco—. Hablamos mientras tanto.

—Síiii, seguro que solo solo habláis —respondió, haciendo énfasis en las últimas palabras.

La fulminé con la mirada.

—Va a ser verdad que te aburres mucho en Palacio —La piqué, dándole un pequeño codazo en el hombro.

—Pues últimamente no, la verdad. Ahora que está más cerca el baile del solsticio de verano tengo muchas cosas que hacer. Y tengo una grandiosa idea para ti.

—¿Cuándo es el baile?

—En dos semanas. ¿Aún no te lo ha pedido Zephyran?

Negué con la cabeza. Seguro que tenía sus motivos para no haberlo hecho todavía. Aunque una pequeña parte de mí se

preguntaba si quizás se había arrepentido de la idea de pedírselo a una plebeya. Pero Zephyran no era así, y yo lo sabía.

—Seguro que te lo dice pronto.

—Bueno, y cuál es esa idea que tenías para mí —Me impacienté.

—Yo haré tu vestido.

—Pero has dicho que tenías mucho trabajo. No quiero ocasionarte más problemas —contesté. A pesar de que la oferta era increíble, no quería ralentizar a mi amiga.

—Por eso no te preocupes. Alguna ventaja tenía que tener no necesitar dormir para los vampiros, ¿no? No admito un no por respuesta —aseguró, apuntándome con el dedo.

—Vale, vale, está bien. Tú ganas.

—Genial, mañana en el antelunio pásate por mi habitación y te tomaré las medidas. Ya tengo diseñado como será. Vas a ir espectacular.

—Vale, me matas de la curiosidad —confesé—. Pero tendré que soportar la intriga; porque, conociéndote, no me dirás nada.

—Así es —respondió con una sonrisa. Haciéndose la misteriosa.

—Bueno, llevaré té de casa de Ovraal. Así desayunamos juntas.

Capítulo 36. Un curioso descubrimiento



Zephyran

Había pasado una semana y no había vuelto a producirse ningún ataque en la zona de la grieta. Me inquietaba desconocer el patrón de los ataques; pero con las vigilancias que había puesto debía bastarme por el momento. La buena noticia era que los heridos se habían recuperado ya, o estaban en proceso de hacerlo y por el buen camino. Cada vez estábamos más cerca de poder visitar a los vampiros videntes. Tal vez nos diesen respuestas que nos permitieran hacer frente al problema desde otra perspectiva distinta a luchar, que, por ahora, era la única posibilidad. Si no daban esas respuestas… me preocuparía más tarde por cómo encontrar una solución sin su ayuda. Porque la encontraría, costase lo que costase.

Cam había progresado tanto aprendiendo a manejar sus poderes que había dedicado los últimos días de la semana a utilizar la daga con Kaia. La había ido a recoger al tercer día, a la hora en que solían terminar para dar un paseo con ella. Cam me había recibido entusiasmada, lanzándose a mi cuello y plantándome un beso en la boca. A lo que Kaia había reaccionado simulando una arcada, y después nos había guiñado un ojo. Esa chica no tenía remedio.

Al final de cada entrenamiento, Cam y yo habíamos cogido la costumbre de pasear por el jardín del Plenilunio. Nos tumbamos en

el césped a contemplar las estrellas y la luna llena sobre nosotros. Estábamos tirados junto al lago de Cardan, con los brazos extendidos, la mano de Cam agarrando la mía. Su pelo platino extendido alrededor de su cabeza, brillando como un astro con luz propia. Igual que ella.

—¿Te imaginas que pudiese volar por mí misma? —preguntó con voz soñadora.

—Me gustaría poder decirte que en este mundo, tan mágico al lado del humano en el que te criaste, es posible. Pero no creo que modificando el ADN puedas crear unas alas, igual que no puedes hacer una aleta de pez en tu espalda.

Cam se quedó en silencio, como si estuviese dándole vueltas a la idea. La miré analizando su rostro. Parecía concentrada.

—Tienes razón. No puedo crear aletas, porque sería una creación de cero, no una modificación —susurró, mirándome aterrada.

—¿Qué te pasa? —pregunté preocupado.

Miré alarmado en todas las direcciones; pero no había ninguna amenaza cerca.

—Que he descubierto que en mi ADN sí hay alas.

—Eso no es posible… —murmuré, apretándole la mano con fuerza.

Pero entonces vi, totalmente atónito, como algo emergía de su espalda. No eran alas llenas de plumas, como las mías. Sino dos grandes alas negras membranosas; como las de los murciélagos, pero más anchas y alargadas. Tenían el mismo tamaño que las mías.

—Te dije que tenía alas —reafirmó con un hilo de voz—. Sé lo que significa esto.

Ambos lo sabíamos. Su madre era una vampira, así que su padre solo podía ser un ángel negro. Sus alas deberían haber aparecido antes, pero sus poderes también. Quizás el haber pasado mucho tiempo en el mundo humano había retrasado las cosas para ella.

—Tranquila —susurré. Me incorporé, me acerqué a ella y le expuse mi teoría.

—Pero creía que los híbridos tenían sus alas siempre a la vista.

—No sé quién te ha dicho eso, pero no es verdad. Pueden sacar u ocultar sus alas según les apetezca; es como una transformación

rápida. Eso les ha permitido también mantenerse ocultos, cuando la ley prohibía el emparejamiento entre ángeles negros y vampiros. Lo único que podía hacer que los descubriesen era…

—Su reflejo en el espejo —completó ella, sin moverse de su sitio—. Por eso podía reflejarme en el espejo y en el lago. Y Ovraal y Kaia lo descubrieron y no me dijeron nada.

Sentí el sentimiento de pesadumbre ante la traición correr por sus venas.

—Quizás pensaron que ya deberías haber sacado tus alas de ser así. Y por eso no le dieron importancia. Llevas mucho tiempo aquí.

—No lo sé…, ¿debería esconderlas? —La duda danzó en sus ojos púrpura.

—No. Eres preciosa, con alas o sin ellas.

Me acerqué más a ella, hasta quedar sostenido en el aire. Una pierna a cada lado, haciendo fuerza con los brazos para no aplastarla.

—¿Ves mis alas? No son mejores que las tuyas por ser una criatura de una única especie. Y no permitiré que en este lugar nadie se burle de ti por tenerlas.

Me agaché hasta darle un suave beso en los labios.

—Puedes mostrarlas o guardarlas, como más te apetezca. Pero no lo hagas por lo que piensen los demás.

Comencé a dejar pequeños besos en su cuello, ella se estremeció en respuesta. Seguí por su ala izquierda, dejando uno detrás de otro. Ella se mantenía en silencio, recibiendo cada gesto de cariño. Yo no paré hasta coronar sus dos alas con el aprecio que merecían.

—Gracias —susurró. Me dio un golpecito en la flexión del brazo, me pilló totalmente desprevenido y caí sobre ella, quedando nuestras caras a escasos milímetros.

—Olvidas que soy una vampira, y que tu peso no puede aplastarme —murmuró. Una lágrima deslizándose por su rostro.

—¿Qué te pasa? —pregunté preocupado.

Levanté una mano para limpiarle los ojos con delicadeza.

No sentía que hubiese pena en su interior, ni siquiera a través de nuestra unión de aishiterus; aun así, verla llorar me había alarmado.

—Que soy feliz en este mundo en el que parece que por fin me aceptan tal y cómo soy. Y tú lo haces todo más fácil.

Entonces apoyó una mano contra mi mejilla y me besó, diciéndome aquello que no me decía con palabras. El mundo desapareció ante mí con el roce de sus labios. Sentí los latidos de mi corazón reaccionando a su dulce contacto. Invoqué mis corrientes de oscuridad para que esta la arropase por todo su cuerpo, incluidas sus alas recién descubiertas.

Ella reaccionó estremeciéndose, como si fuese la mejor sensación del mundo.

Escuché un aleteo por encima de mi cabeza y después el sonido de alguien, que conocía demasiado bien.

—¡Cuaaack!

Al parecer teníamos una especie de imán para que nos interrumpiesen.

Me incorporé en búsqueda de mi anátida oscura. Cardan estaba en el césped a escasos centímetros de la cabeza de Cam, observando sus nuevas alas.

La vampira se sentó y miró a Ard con curiosidad.

—Parece que no soy el único al que tus alas le parecen bien —comenté mirando al animal.

—¿Bromeas? —preguntó algo aturdida.

Negué con la cabeza.

—¿Y cómo se supone que lo sabes?

—Llevo muchas décadas con él. Las mira igual que miraba las mías. Le gusta que la gente que le cae bien tenga alas.

El pato se subió a una de sus rodillas buscando atención. Cam comenzó a acariciarlo.

—Vale, me has convencido —contestó con una amplia sonrisa—. Si las guardo, ¿entonces me odiará?

—¡Quién sabe! —bromeé.

Me senté junto a ella y me quedé observándolos un buen rato. Era una estampa adorable, que podría seguir mirando durante una eternidad.

Entonces lo supe. Era el momento ideal para hablarle del baile del solsticio de verano. Sin importar la compañía de mi amigo emplumado.

—Camille —Capté su atención.

Sus ojos se posaron en los míos. Ard me miró, aún con la mano de la vampira sobre sus plumas.

—¿Qué pasa?

—Quería hablarte de una tradición que existe en Noctis, desde que mis padres llegaron al trono. Es un baile que se celebra el día del solsticio de verano, dentro de dos semanas. Se festeja el buen tiempo y las cosechas, pero también la unión de todos los habitantes de Noctis. Acuden vampiros y ángeles negros de todo Dusterkeit, y pueden ir acompañados de sus mascotas. Por supuesto, estás invitada; así entrarás directamente. Aunque puede acceder quien quiera, previo control de la guardia real, para evitar problemas.

—¡Guau! ¡Suena increíble! Así que puedo llevar conmigo a Seika.

—Así es. Cardan siempre va al gran salón acompañado del resto de los patos del estanque. Y aprovecha para arrasar con los platos de bichos en la mesa de comida para animales.

La vampira soltó una carcajada.

—Así que te encanta comer, ¿eh? —celebró, mirando al responsable.

—Por supuesto, cada invitado puede ir solo o acompañado —proseguí, volviendo a captar su atención—. Pero muchos van con una pareja de baile. Y me gustaría que tú fueses la mía.

Sus ojos púrpura brillaron ante la propuesta.

—Me encantaría ir contigo; pero, ¿seguro que está bien visto que una simple plebeya como yo sea la acompañante del príncipe de Dusterkeit?

Puse la mano bajo su barbilla y se la elevé con delicadeza para que me mirase a los ojos.

—No eres una simple plebeya —«Eres mi aishiteru, y tendrán que acostumbrarse a la futura princesa si ella desea serlo» quise decir; pero no podía soltar eso, aún no—. Eres la chica que ha conquistado mi corazón.

Entonces me besó, con el pato parpando entre nuestros cuerpos.

—Iré contigo —murmuró apartándose. Ahora Ard tenía la cabeza ladeada y nos miraba con atención—. Que le voy a hacer si mi corazón le pertenece a un principito que se pasea por ahí con la oscuridad danzando a su alrededor.

Sonreí en respuesta.

—Ahora es mi turno de sorprenderte. ¿Sabes que ya conocía la existencia de este baile?

La miré perplejo.

—Y mi vestido para él ya está diseñado —añadió. Revelando a la culpable con una única frase.

—Kaia… —Me carcajeé—. ¿Qué te dijo esa vampira exactamente?

—No mucho, solo que existía y era dentro de dos semanas. —contestó encogiéndose de hombros—. Ni siquiera sabía por qué se celebraba. ¿Ovraal irá?

—Sí, todos los años asiste. Le encantan las celebraciones más que a un búho la oscuridad.

—Eso quiere decir que estaremos todos juntos —contestó animada—. Kaia, Ovraal, Shedyel, tú y yo.

Asentí.

—Será increíble. Qué ganas de que llegue el día.

Capítulo 37. Una amiga de verdad



Camille

Cuando me desperté, mi cabeza todavía estaba dando vueltas al hecho de que me habían salido alas. Eso quería decir que era una híbrida, que mi padre era un ángel negro; aunque no tuviese ni la menor idea de quién era. ¿Y si ese tal Reth sí que era mi padre en realidad, pero mi madre lo había escondido?, porque por aquel entonces los emparejamientos entre ángeles negros y vampiros estaban prohibidos.

Por esos derroteros iban mis pensamientos, mientras me miraba en el espejo con las alas extendidas. Seika estaba en su cojín de murciélago, mirándome como si se le acabase de aparecer el mismísimo conde Drácula en persona. Yo solo podía pensar que parecía un murciélago de alas gigantes.

¿Y cómo me había dado cuenta de que las tenía? Fue después de haber aprendido a manejar mi poder sobre mi cuerpo, a moldear el ADN. Había recorrido las células de mi espalda, intentando buscar en su canción, lo que me había dicho Zephyran. Y tenía razón; no podía generar algo que no estaba en mi ADN, no podía crear aletas. Pero mis alas sí que estaban ahí. Sentí que había unas células invisibles, o dormidas, que guardaban la información para generar alas que podían aparecer o desaparecer.

Ovraal llamó a la puerta, y me las guardé rápidamente. No quería que de primeras me viese en mi recién descubierto aspecto.

—¡Buen antelunio, pelo gris! —saludó animado—. Te he dejado sobre la mesa de la cocina dos termos cargados de mi maravilloso té.

Anoche al regresar a casa me había encontrado con el brujo, y le había contado que había aprendido a manejar mi magia. Pero también le había dicho que iba a ir con Kaia, a tomar el té mientras me medía para el vestido de baile que me había diseñado. Decía que era una afortunada por poder llevar puesto algo que había diseñado la diseñadora que hacía los preciosos vestidos de la reina Sereen. Yo no tenía ni idea de cómo eran esos vestidos, pero me fiaba de su criterio. Finalmente, había asegurado que él prepararía el té que tomaríamos con su propia, exquisita y magnífica receta; palabras textuales suyas.

—Muchas gracias, Ov —respondí, siguiéndolo en dirección a la cocina.

No disponía de mucho tiempo para hablar con el vampiro, antes de que Kaia pasase a buscarme. Sí, ya era capaz de manejar mis poderes; pero, hasta que no supiese todo lo que había que saber, mi amiga y Zep continuarían viniendo a recogerme. Aún no dominaba como dirigirlos y emplearlos sobre los demás; esa era su respuesta.

De cualquier manera, quería que me contase lo que sabía de los híbridos antes de abandonar la casa. Así que, tras tomar un vaso de sangre de cérvido con cereales junto a él en su sofá, me levanté y lo miré fijamente a los ojos; antes de dejar que mis alas se extendiesen a mi espalda en todo su esplendor.

—¡Por el amor de Vlad! —gritó, cayendo de culo contra el suelo.

Y quizás su reacción genuina fue lo que hizo que no me enfadase con él, a pesar de lo que dijo a continuación.

—¿Sabías algo de esto?

—Tenía mis sospechas —confesó, poniendo mala cara—. Sé que vas a pensar que te he mentido; pero tampoco lo tenía tan claro. Y no quería preocuparte hasta que no fuese algo definitivo.

—¿Definitivo como ahora? —bromeé en señal de paz, tratando de rebajar la tensión.

—Sí, eres una híbrida —contestó, levantándose y mirándome a la cara.

—¿Puedes decirme algo que no sepa, ahora que ya he descubierto lo que soy? Entonces estaremos en paz.

—Los híbridos pueden tener más genes de ángel negro o de vampiro. Pero en tu caso, tienes más de vampiro; porque es la forma que más ha permanecido dentro de ti. Incluso en el mundo humano, cuando me dijiste que te encantaba comer sangre. Y ya al llegar aquí, al tardar en aparecer las alas.

—¿Las alas tardaron en aparecerme porque soy más vampira que ángel negro?

—Sí, por eso y porque estuviste en el mundo humano. Eso retrasó la salida de tus alas, al igual que retrasó el aprendizaje de tu magia.

—¿Cuánto tiempo llevas sospechando que soy esto? —pregunté, señalándome con ambas manos de arriba abajo.

—Desde que vi que podías verte reflejada en el espejo.

—No sé por qué me lo temía. Aunque, la verdad, prefiero dejarme de etiquetas absurdas de híbrido y no híbrido. Para mí soy una vampira y punto.

—Me parece bien. Elegir la mejor de las dos especies siempre es una buena opción —bromeó.

—¿Y de verdad crees que Reth no es mi padre, aun viendo esto?

Era el momento de que confesase si sabía algo que me hubiese ocultado antes.

—Bueno, eso le da más papeletas para serlo —dudó—. Quizás se veían en secreto. No tengo respuesta para eso.

En ese momento llamaron a la puerta, y oculté mis alas por precaución. No quería enseñarle mi descubrimiento a mi amiga hasta que no estuviésemos en su habitación, libres de las miradas de curiosos. No sabía si estaba preparada para mostrárselas al resto del mundo exterior.

—No importa. De todas maneras, nadie sabe a dónde ha ido ese tal Reth —susurré—. Luego nos vemos, ¿Vale? Me voy con Kaia.

Me despedí de Ovraal dándole las gracias por el té, cogí los termos y salí disparada en dirección a la puerta. Con un

pensamiento en mente «algún día, cuando todo estuviese menos confuso y acabase con el entrenamiento de manejo de mi magia, hallaría la forma de saber qué había sido de ese tal Reth. Y encontraría las respuestas que se habían ido con mi madre».

—¡Hola! —saludó animada mi amiga.

A pesar de que no íbamos a entrenar, iba vestida con ropas similares.

—Hola Kaia, te gusta demasiado el cuero —apunté, comenzando a andar.

—No sabes hasta qué punto. Nunca puedes prever cuándo vas a necesitar pelear con alguien. Y estas prendas son ideales para eso.

—Visto así, puede tener sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo.

—Cambiando de tema. Me encanta tu peinado, como siempre. ¿Además de tejer y diseñar, ese es tu arte oculto?

Llevaba la melena suelta; pero su pelo hacía una especie de ondas a cada lado de la cabeza, que confluían en una larga trenza central, atada por un bonito lazo granate.

—Si quieres que te peine para el baile, solo tienes que decirlo —contestó cruzándose de brazos—. Y sí, tengo un gran repertorio de peinados.

—¿Peinado y vestido en un todo incluido? Me gusta como suena la idea.

Me miró con una amplia sonrisa

—Pues no se hable más, entonces.

Cuando llegamos a la habitación de Kaia dejé los termos en una mesita blanca, que había junto a su enorme cama, y me tiré sobre esta, dejando escapar un largo suspiro.

—¿Quieres comer primero, o hacemos lo del vestido? —pregunté sin moverme de mi sitio.

Sabía que acababa de desayunar; pero siempre había hueco para un buen té de Ovraal.

—Primero el trabajo y después la recompensa —Me señaló con el dedo—. Y será mejor que te levantes de ahí cuánto antes y me hagas caso, o tendré que usar una de mis plantas letales contigo.

Sabía que no hablaba en serio, así que me reí sonoramente. De todas formas, me levanté hasta ponerme a su lado.

—Eres terrible, ¿no te lo han dicho?

—Me lo dicen a menudo.

—Bueno y qué es exactamente lo que tengo que hacer.

—Simplemente quedarte quieta mientras te tomo un montón de medidas; quiero que el vestido se ajuste perfectamente a ti.

No me dio opción de responder. De cualquier manera, aquella parecía una misión fácil de cumplir. Fue veloz a la estantería y regresó con una cinta métrica rosa en la mano.

—Normalmente hago esto en la sala de costura; pero allí no podríamos hablar de lo que nos apetezca a gusto. De modo que lo haremos aquí.

Se acercó a mí y me pasó la cinta por el cuello.

—No te muevas, ni hables ahora —advirtió.

Le hice caso y observé como cogía la medida. Después desapareció. y reapareció con un cuaderno y un bolígrafo que usó para apuntar varias cosas.

—Bien, ahora necesito que te quedes en ropa interior; para tomar medidas exactas, la ropa entorpece.

Asentí y la obedecí, desvistiéndome rápidamente.

—Menos mal que los vampiros no tenemos frío.

—Los ángeles negros no tienen la misma suerte —Me guiñó un ojo.

La fulminé con la mirada; pero me ignoró.

—Vale, sigamos con el ancho del hombro —caviló, desplazando la cinta a una nueva posición.

No tenía ni idea de costura. Así que observé en silencio como tomaba unas cuantas medidas más, de zonas que ni se me había ocurrido que fuesen medibles para fabricar un vestido a medida. Al cabo de un buen rato Kaia rompió el silencio.

—Puedes hablar, mientras te estés quieta; hace rato que no afecta a mi trabajo que muevas la boca. Cuéntame algo interesante.

Pasó la cinta por mi cintura.

—Ayer Zephyran me invitó al baile del solsticio de verano —anuncié con una amplia sonrisa.

—¡Vaya! ¡Por fin se ha dignado a pedírtelo! Ya empezaba a pensar que lo dejaría para el último día —dramatizó, sin quitar la vista de las medidas que iba tomando.

—Quizás solo estaba buscando el momento adecuado —murmuré.

—¿El momento adecuado?

Me cogió la mano para estirarme el brazo y deslizó la cinta. A estas alturas tenía el cuaderno lleno de anotaciones.

—Sí, ya sabes, un lugar bonito para pedirlo.

—¿Y a dónde te llevó? ¿A vuestros maravillosos jardines? —canturreó.

—Te contaré cómo fue cuando acabes de tomar las medidas. Necesito que estés sentada, no sea que te desmayes —bromeé, con parte de verdad.

Para poder hablarle de cómo había sido mi noche con Zephyran, primero necesitaba contarle que había descubierto que tenía alas. Y algo me decía que Kaia no sabía tanto como Ovraal sobre los híbridos; ella no podía habérmelo estado ocultando, como él. Me negaba a pensar en esa opción.

—Si crees que esa podría ser mi reacción, realmente debió de pasar algo digno de ser contado.

—Ni te imaginas… —musité. Ya impaciente porque terminase con todas esas medidas que la hacían parecer un robot, ejecutando una orden detrás de otra.

No contestó, y prosiguió moviendo la cinta de un lado a otro a lo largo de mi cuerpo.

—¿Con quién irás tú al baile?

Sentí cómo se tensó de manera casi imperceptible.

—Ya lo verás.

—¿Te pasas los días preguntándome qué tal me va con tu príncipe y no puedo saber con quién vas a ir tú?

—Creo que el príncipe es más tuyo que mío. Y no es eso. Prefiero que sea una sorpresa.

La miré escéptica; aunque sus ojos estaban sobre la cinta, que en esos momentos reposaba sobre una de mis piernas.

—No tengo muy claro que ese sea el verdadero motivo.

—Puede que haya más; pero no es porque no confíe en ti, ¿vale?

Asentí. No quería presionarla. En dos semanas descubriría quién era el responsable de que mi amiga, apenas alterable, se hubiese tensado mientras me tomaba medidas.

—Ya casi hemos acabado —afirmó al fin, al cabo de un buen rato.

—Genial, el té de Ovraal nos espera.

Diez minutos más tarde, Kaia estaba sentada en el sillón verde lima, con el termo entre sus manos, y yo en el borde de su cama, con el mío.

—Kaia, hay algo muy importante que tengo que decirte.

—¿De qué se trata? —contestó, pasando una de sus manos por su pelo rápidamente.

—Quiero que seas totalmente sincera cuando te pregunte al respecto, ¿vale?

—Siempre digo lo que pienso —contestó. Como si fuese obvio.

—Bien.

Entonces, rebusqué en mi interior y dejé que mis alas apareciesen en todo su esplendor a mis espaldas. Sin dejar de mirar a Kaia, que había apoyado el termo en el brazo del sofá para levantarse y mirarme. Con la boca abierta de par en par.

—Que me devoren los murciélagos si lo que veo no es cierto —gritó. Y nunca antes la había visto tan alterada—. ¿Esto significa lo que creo que significa?

—¿Qué?

—Yo pensaba que los híbridos no podían guardar sus alas. Quiero decir, ¿esto es resultado de algo que has hecho manipulando el ADN con tu poder?, o ¿de verdad eres…

—Una híbrida —terminé por ella—. Sí, eso es lo que soy. Esto no tiene nada que ver con mi magia de moldear el material genético. No puedo crear algo de cero.

Se llevó las manos a la cabeza. Batí ligeramente las alas.

—Por eso te reflejabas en el lago —murmuró, tratando de calmarse.

Asentí.

—En los libros que leí en la biblioteca no se mencionaba que las alas membranosas pudiesen ocultarse.

Su reacción ya me había dejado claro que Kaia siempre me había dicho la verdad. A diferencia de Ovraal, no me había ocultado nada. Su frase solo lo confirmó; por si quedaba alguna duda. Me levanté y le di un abrazo.

—Gracias por haberme dicho todo lo que sabías aquella vez.

Ella paso las manos por mi cuello con cuidado.

—Es difícil devolverte el gesto cuando tienes unas enormes alas a la espalda, ¿sabes?

Sonreí.

—Pero yo nunca te mentiría —añadió, volviendo a sentarse en el sofá y dando un trago al té—. Eres mi amiga.

Me senté y le di otro sorbo a mi bebida.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso. Y, por cierto, quiero dejar claro que ante todo soy una vampira. No pienso autodenominarme híbrida; así que, mejor no me llames así.

—Me gusta tu elección —Un brillo de orgullo cruzó sus ojos rosa.

—De cualquier manera, Ov dijo que tengo más genes de vampira que de ángel negro —aclaré. Como si eso lo justificase todo.

—No podía ser de otra manera. Los vampiros mandamos —Me guiñó un ojo. Era igual que Ovraal con la bromita—. ¿Cómo lo supiste?

Entonces se lo conté. Y le hablé de la noche que había pasado con Zephyran, y de cómo me había pedido ir al baile. Sintiéndome afortunada por tener una amiga como ella, en aquel mundo cada vez más familiar para mí. Sintiendo que, desde el principio, había aceptado salvar aquel mundo, porque esa era mi forma de ser; aunque hubiese pasado un tiempo esquivando saber lo que los demás ya sabían. Cada día cobraba más sentido asumir mi papel, tan solo para que todas las personas que me importaban en ese lugar permaneciesen ilesas.

Por mí, por ellos y por nuestro mundo. Encontraría el camino.

Capítulo 38. Los monstruos pueden dar muchos dolores de cabeza



Zephyran

Camille había avanzado mucho en sus entrenamientos. La parte que quedaba podía ser la más sencilla, o la más complicada; según como se mirase. Era sencilla, porque ella ya había aprendido a moldear el ADN; la parte complicada venía al pensar que tenía que repetirlo, pero sobre otro individuo. Las bases eran las mismas; aunque el objetivo era bien diferente.

Y no, no tenía pensado ofrecerme voluntario como sujeto experimental. Estaba dispuesto a hacer muchas cosas por ella; pero esa no. ¿Y por qué? Pues porque no sabíamos si, sobre sujetos distintos a la propia Camille, las manipulaciones del ADN serían reversibles o no. No quería pasar el resto de mi vida con las garras de un oso, o la piel tan dura que pudiese descalabrar la cabeza de cualquiera que se chocase contra mí.

Eso me había llevado a tener que decidir qué elegiría como sujeto de pruebas. No era algo que hubiese resuelto a última hora, sino que llevaba tiempo pensándolo. Desde que había descubierto cuál era el poder de Cam y qué tenía que hacer para ayudarla a aprender a usarlo y a exprimirlo al máximo.

Para hacerme con esos monstruos, había tenido que ir a cazarlos al caer la noche a las montañas Cáligo, al norte de Noctis. Los había dejado encerrados en el sótano del palacio, en la zona de los calabozos, esperando a que llegase el día en el que esas bestias pudiesen ayudar a Cam. Había atrapado a tres, solo por si era necesario utilizar más de un sujeto.

Esta mañana había dejado lista la jaula con uno de ellos en la sala de entrenamiento; para que, cuando llegásemos Camille y yo, nuestro objetivo, ya estuviese preparado para recibir su magia. Sé que suena muy cruel; pero, cuándo descubráis lo que es capaz de hacer nuestro sujeto experimental, quizás cambiéis de idea.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó la vampira. Miraba, no muy convencida, hacia la jaula que ocupaba el centro de la sala.

—Hoy vamos a comenzar con la última parte del entrenamiento. Aplicar tu magia sobre los demás.

—¿A quién le voy a modificarle el ADN? —preguntó insegura.

—Como no sabemos si es reversible, él será el primero en recibir tu magia —anuncié, señalando a la jaula.

—¿Quieres que manipule el material genético de un ser vivo, sin saber si va a volver a ser lo que era?

—No hay otra forma de dar este paso. Solo otro ser vivo puede ayudarnos a saber cómo funciona tu magia sobre los demás.

Me miró con mala cara.

—Créeme, soy el primero al que le parecería injusto; de no ser porque el ser que he elegido, si pudiese, se lanzaría a devorarte en cuanto le abra la puerta de esta jaula. Sin pensárselo dos veces.

Sentí como el miedo inundaba su ser, y me arrepentí por las palabras empleadas.

—Tranquila, no puede hacerte daño. Está atado, y puedo matarlo fácilmente si trata de hacer cualquier cosa.

Se cruzó de brazos y dirigió su mirada a la jaula, tratando de escudriñar qué criatura se escondía entre los barrotes.

—¿Qué es? ¿Qué es lo que puede hacerme?

—Es un aikern. Un monstruo capaz de partir los huesos de cualquier criatura que pille desprevenida, tan solo enroscando su larga lengua alrededor de la parte del cuerpo que quiera destrozar.

Una vez su lengua se posa sobre ti, en cuestión de minutos, tus huesos se parten en infinidad de trocitos. Cuando te encuentra indefenso, te devora sin dejar ni los huesos —Me acerqué a ella para que dejase de mirar al monstruo—. Y emite unos chillidos demasiado molestos para las criaturas con los oídos tan desarrollados como nosotros.

Sabía que era más fácil entrenar con un búho oscuro, un zorro o cualquier otra criatura indefensa; pero eso no sería justo. Tenía que usar monstruos que mereciesen ese destino. Ellos nos atacaban sin compasión, cuando pisábamos su territorio.

—Suena como a algo que querría tener muy lejos —musitó. Como si el aikern pudiese oírla—. Pero es cierto que, el saber que él me destrozaría si pudiese, es un incentivo para manipular su ADN sin remordimientos.

—Bien captado.

—¿Y puede saberse de dónde ha salido este monstruo? —Puso los brazos en jarra—. Déjame adivinar, ¿del valle de la Muerte?

Negué divertido.

—No todo lo que mata está en ese lugar. Este ser habita en las montañas Cáligo —Me miró como si le hablase en lengua antigua—. Son las montañas que bordean el norte de la ciudad.

—Demasiado cerca.

Casi pude sentir el escalofrío que recorrió su espalda.

—Quizás, pero no salen de ahí. Son demasiado cobardes como para invadir una ciudad llena de ángeles negros y vampiros. Prefieren atacarnos cuando atravesamos su territorio, y estamos distraídos o en minoría.

El alivio cubrió su rostro.

—Eso suena mejor.

Sonreí.

Se acercó, quedando a una distancia prudencial de la jaula.

—Bueno y…, ¿cómo se supone que voy a entrenar con esa cosa encerrada ahí? Ese aikern.

—Sacándolo —Señalé la jaula—. ¿Estás preparada?

La perdí de vista. Y al segundo noté un cálido beso en la mejilla.

—Ahora sí —canturreó.

Le di un beso en la frente y un cálido apretón en la cintura, en señal de apoyo.

—Bien, comencemos.

Saqué del bolsillo del pantalón la llave del candado que cerraba la puerta de la jaula y me arrodillé para abrirla. En cuanto la puerta se desplazó, el aikern salió veloz al exterior.

Se volvió para mirarnos, tras percatarse de que tenía dos presas justo a sus espaldas. Sus grandes ojos rojos se posaron en nosotros, y su boca alargada se curvó en una siniestra sonrisa, llena de dientes afilados; la saliva goteaba por sus comisuras. No era muy grande, pues nos llegaba más o menos por las rodillas. Su cuerpo era una gran bola de pelo azul celeste de la que tan solo asomaban los ojos y la boca sin labios; algunas calvas permitían ver varios de sus órganos a través de la piel translúcida. Tenía dos patas negras, iguales que las de los patos oscuros, pero mucho más gruesas, y casi tan largas como el cuerpo. Por último, los brazos se asemejaban a las patas delanteras de cualquier felino salvaje; y estaban coronados por unas garras afiladas, tan puntiagudas como sus dientes.

Hizo el amago de mover los brazos; pero se dio cuenta de que no podía hacer nada, pues estaban atados entre sí.

—Es espeluznante —susurró Camille. Se había aferrado a mi brazo, observando el espectáculo—. Menos mal que está atado. Pero su lengua…

En ese momento, como si la hubiese invocado, el monstruo sacó su fina y larga lengua puntiaguda. Pero emitió un chillido muy agudo y molesto al percatarse de que estaba enrollada y atada con una cuerda, para que no pudiese atacar.

—Eso también lo había previsto.

—Tiene alas —observó Cam.

Las alas del aikern se habían desplegado a su espalda. Eran negras y membranosas; pero estaban llenas de agujeros. Yo no había hecho nada; así eran las alas de todos los de su especie. Y, pese a ello, volaban. Los agujeros les permitían brillar a la luz de la luna y las estrellas; con los movimientos de las mismas y sus insoportables chillidos se comunicaban entre sí.

—Va a venir —apuntó Cam, colocándose a mi lado y extendiendo las manos en señal de ataque.

Batió las alas en un intento de despegar. Sin éxito.

—No puede hacer mucho —respondí, sin dejar de mirar a la criatura. Solo por si acaso tenía algún as en la manga—. Lleva una cadena muy pesada atada a una de sus patas, eso le impide volar.

—Fantástico, ¿puedo intentar mutar algo en él ya? —se impacientó—. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

—Cuando quieras.

—Que comience el espectáculo entonces —contestó, armándose de valor.

Sentí como la valentía se entremezclaba con su miedo a través de los latidos de su corazón. Desde que me había besado, podía notar sus emociones con una mayor facilidad; como si eso hubiese abierto puertas que ni ella supiese que existían. Tenía que decirle que era mi aishiteru; pero aún no era el momento adecuado.

Cam se colocó justo delante de mí y comenzó a andar en dirección al monstruo.

—Bien, pequeño destozahuesos, veamos qué puedo hacer contigo.

Se detuvo y se concentró. Sabía que estaba buscando en su interior su poder para invocarlo. El monstruo la miró desafiante; pero, sorprendentemente, no se movió de su sitio.

—No funciona —murmuró, al cabo de unos cinco minutos de su batalla de miradas con el monstruo.

—¿Qué es lo que sientes?

Traté de indagar dónde estaba el problema.

—Simplemente que no puedo acceder a su ADN. No me habla como lo hace el mío.

Dediqué unos minutos a reflexionar. Tenía que poder alterar el material genético de otras criaturas. Si era tan peligrosa como para considerarla la salvación y la perdición al mismo tiempo, su poder no podía reducirse tan solo a ella misma. Tenía que tener un efecto sobre los demás.

—Sigue intentándolo —le pedí—. Quizás el camino sea diferente cuando se trata de otro ser vivo.

Asintió sin volverse, aún con la vista puesta en el monstruo. Ninguno habíamos despegado los ojos de la criatura. Esta sacó la lengua de nuevo y chilló potentemente tras varios intentos de liberar sus ataduras. La vampira seguía mirándolo totalmente concentrada. Sin mover un solo músculo; pero removiendo todo en su interior, en busca de la clave para usar su magia contra ella.

Media hora después, comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo. Parecía pensativa y frustrada a la vez.

—¿Estás seguro de que puedo hacer algo sobre él?

—Sí, estoy convencido de ello.

—Algo está fallando, hay algo que nos está pasando desapercibido.

Entonces el aikern enseñó los dientes de más; abrió y cerró sucesivas veces la boca. Y miró a la vampira, como si hubiese descubierto algo que nosotros no.

Entonces lo supe; pero estaba demasiado lejos para hacer nada. Me había confiado; mientras Cam se había ido acercando paso a paso a la criatura, yo me había quedado en mi sitio.

El aikern saltó con la boca abierta. No tenía lengua; pero sus dientes podían desgarrar. No podía volar con ese peso; pero sí dar pequeños saltos. Su mente estúpida había logrado llegar a esa conclusión, después de un tiempo buscando una alternativa para darnos caza.

—Cam, cuidado con sus dientes —grité, corriendo en su dirección.

La vampira esquivó al monstruo, haciendo uso de su velocidad. Este se giró, ignorándome por completo, y volvió a saltar; volé para atraparlo. Sin embargo, Cam fue más rápida, como vampira que era. Agarró con fuerza sus brazos; cuando yo estaba a escasos centímetros de él. Sonó un crujido que reverberó en la estancia; huesos rotos. Había usado su fuerza, no una fuerza normal.

Vi como sus ojos se encendían en señal de victoria. Como si hubiese descubierto algo que yo todavía no alcanzaba a comprender. Me detuve en el aire, confiando en ella. Sabía que podía defenderse sola, y que estaba a punto de sorprenderme con algo.

Ya no era la vampira indefensa que había llegado a Dusterkeit hacía unos meses. Ya no necesitaba ser salvada. Con su magia podía defenderse; incluso sin necesidad de usar la daga que reposaba sobre su muslo, y que sabía que la hacía sentir más segura.

—Lo tengo —gritó eufórica.

Volé hasta colocarme justo a su espalda, y juraría haber visto un destello de terror en los ojos morados del aikern. Morados, sus ojos eran morados. Había encontrado el modo de hacerlos mutar.

—Necesito tocar a la criatura que quiero modificar para que mi magia funcione. Solo así tengo acceso a su ADN.

Caminé hasta colocarme a su lado.

—Un puente, eso es. Tu poder necesita una conexión con el otro individuo para ser capaz de penetrar en él y funcionar.

Cam asintió contenta.

Entonces los dientes del aikern se volvieron redondos, perdiendo su capacidad de desgarrar.

— Aprender a usar mi poder sobre los demás es más sencillo. Es el mismo mecanismo que dentro de mí, solo necesito encontrar las diferencias en su material genético. La canción distintiva que resuena en su interior, los fragmentos comunes también. Él, como nosotros, tiene ADN oscuro; pero su abanico de posibilidades es distinto.

—Todos tenemos ADN oscuro en este lugar —aclaré—. Tu poder funciona con todos y cada uno de nosotros.

—Entiendo —murmuró.

—Y aquí pasa igual que con los cambios del ADN sobre ti misma. Podemos hacer cantidad de pruebas; pero, a la hora de la verdad, verás las diferencias entre cada especie a la que te enfrentes. Tendrás que ser rápida pensando, sabiendo qué puedes cambiar en tu adversario para defenderte.

Se concedió unos segundos para mirarme a los ojos. El aikern emitió un chillido tratando de que lo soltase

—Prueba a restablecer algo de lo que has hecho. Comprobemos si es reversible —le pedí, haciendo caso omiso de la criatura.

—No pienso devolverle la capacidad de desgarrarnos con sus dientes —respondió, mirando al aikern fijamente—. Pero probaré con sus ojos.

La vampira se concentró, y estos volvieron a adquirir su tono rojo sangre. Probó unas cuantas cosas más: alargando y acortando su pelo; cambiando el grosor de sus patas; silenciándolo, quizás inhabilitando sus cuerdas vocales, y dándole voz de nuevo.

—Puedo hacerlo —afirmó, contenta con sus avances—. De nuevo es igual que cuando lo hago sobre mí, contando con las diferencias que existen en él.

La miré sonriente. Orgulloso de que hubiese aprendido por fin a manejar su poder.

—Un momento.

Escuché un crack y supe que había reparado sus huesos.

—Tampoco quiero pasarme con él. Espero que, con esa advertencia, le haya quedado claro que yo también puedo hacer lo mismo que él. Y no vuelva a tocar a nadie más.

—¿Lo has curado? —pregunté boquiabierto.

—Que yo sepa no —Negó enérgicamente con la cabeza— Solo he hecho algunos cambios en sus células para que se reconfiguren.

Asentí. La creía. Ella sabía más que yo de su poder. A veces las cosas no eran lo que parecían.

—Creo que ya has entrenado suficiente por hoy —murmuré contra su oído.

Dejé que mis corrientes de oscuridad la rodeasen, dándole pequeñas caricias.

—¿Qué propones? —preguntó, sin dejar de mirar al monstruo.

Podía sentir cómo su corazón se había acelerado.

—Devolvámoslo a la jaula, y celebremos esa victoria tuya.

—Nuestra, tú me has ayudado para llegar hasta donde estoy hoy.

—El esfuerzo es tuyo —susurré contra su pelo.

Cuando el aikern estuvo encerrado, comenzó a juguetear con mi oscuridad entre sus dedos. Su risa era como una melodía para mis

oídos. Mis ojos buscaron los suyos, ella me miró desafiante y desapareció.

En realidad no había desaparecido, tan solo había comenzado a correr a velocidad vampírica. Quería que la atrapase. Alcé el vuelo; ella era un borrón que brillaba a juego con la luz de la luna. Volé en diagonal; era el camino más corto. Sabía que iba rápido; pero no todo lo rápido que su cuerpo le permitía. Si no, me habría sido imposible cazarla en cuanto llegué a la esquina de la habitación. Su cuerpo chocó contra el mío, sin el tiempo suficiente para frenar del todo.

—Vaya, como en los viejos tiempos —susurré, posando mi frente en la suya.

—Eso es trampa —replicó. Su olor a vainilla inundó mis fosas nasales. Olía demasiado bien—. Se supone que tenías que perseguirme por detrás. No atajar, colocándote justo delante de mi trayectoria. No me habría chocado.

—No me digas —Puse la mano en su cintura y la conduje a la esquina de la pared; mi oscuridad siguiendo sus pasos—. Ya estás delante tú.

Me sacó la lengua; pero no hizo amago de apartarse. Tan solo apoyó su espalda contra la pared. Sus ojos púrpura se posaron en los míos; sentí como refulgían.

Apoyé la mano contra la pared, justo encima de su cabeza.

—¿Qué es lo quieres? —pregunté.

—¿Tú que crees? —Una nota de diversión llenó su voz.

No me dio tiempo a reaccionar. Agarró mi camisa con delicadeza y tiró de mí, haciendo uso de su fuerza vampírica, hasta que nuestros cuerpos chocaron. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío; mi corazón se aceleró. Sin poder aguantarlo más, le di lo que estaba buscando. Nuestras bocas se unieron, y el mundo se fundió bajo nuestros pies.

Capítulo 39. No estás sola



Camille

Ya había pasado una semana completa después de mi primer entrenamiento con un aikern. Eso quería decir que quedaba menos para el baile, que se celebraba dentro de seis días. Estaba bastante nerviosa, ya que nunca había asistido a uno; menos aún a uno de ese calibre. Y nada menos que acompañada del príncipe del lugar. Cuando pasaba tiempo con Zep, olvidaba esa parte de él; éramos dos seres iguales, a pesar de la diferencia de clase social. Sin embargo, sabía que, para la gente, sería la chica que acompañaba al príncipe. Después de habernos visto por la ciudad juntos en numerosas ocasiones, estaba segura de que muchas miradas irían hacia nosotros.

En cuanto a lo que había hecho con mi tiempo en la última semana. Los dos días siguientes al primer entrenamiento con un aikern, Zep me trajo otros dos más, uno cada día. Decía que era más seguro usar un monstruo diferente cada vez; de paso, se repartían entre ellos el papel de ser mis víctimas de modificación genética. Con los tres probé las mismas cosas que con el primero; pero también otras diferentes. El resultado fue el mismo; podía modificar su ADN sin dificultad, y en todos los casos la alteración era reversible. Y, algo especialmente importante: si yo cambiaba algo de ellos, ese algo no volvía a ser como al principio, a menos que yo así lo desease. Por lo que la modificación podría ser irreversible, si yo

decidiese no devolverles su estado original. Ayer habíamos ido a visitar a los monstruos. El que usamos el primer día aún conservaba los dientes redondeados, tal y como se los había dejado al principio.

Eso llevó a Zephyran a decirme que podíamos tomarnos una pausa antes de pasar a la última fase del entrenamiento. Así fue como volvió a entrar en acción Kaia, con la que volví a ejercitarme con la daga los siguientes cuatro días. Creo que ya se me permitía decir que podía manejar mi arma a la perfección. Y no hacía falta decir que seguiría siendo como una extensión más de mi propio cuerpo, amarrada a mi muslo con la cinta de siempre.

No solo estaba nerviosa por el baile, sino también porque sabía que, cuando acabase esta semana, seguramente ya no tendría más entrenamientos con Zephyran. Eso decía él, que confiaba en que estos últimos entrenamientos fuesen tan solo una pequeña prueba de verificación de que había asimilado la utilización de mi magia sobre otros sujetos. Lo cual significaba que, en cuanto pasase el día del baile, partiríamos a visitar a los vampiros videntes. Para conocer por fin las respuestas que andábamos buscando. Desde el último ataque que se había producido en la grieta, no había vuelto a haber más incidentes.

La Luna ya hacía tiempo que había hecho su aparición en el cielo, dando paso a la noche. Y me hallaba en el jardín del Plenilunio con Zephyran, tumbados en la hierba verde azulada, ambos con las alas extendidas; la punta de mi ala derecha rozando la izquierda suya Me había dicho que el día de hoy quería dedicarlo a otra cosa, antes de pasar a la última fase del entrenamiento de mi poder sobre otros. Me daba mucha curiosidad; pero, por otro lado, me suponía qué era lo que quería hacer.

—¿Estás lista para lo que voy a proponerte? —preguntó, rompiendo el silencio.

Silencio relativo, porque se escuchaba el sonido de los patos que nadaban por el estanque a nuestros pies.

—¿Qué otra opción me queda? —bromeé, volviéndome hacia él.

Se levantó de un salto y extendió la mano, ofreciéndome ayuda para levantarme. Se la cogí, y ascendí con agilidad.

Le dediqué una amplia sonrisa, mientras peinaba con las manos mi larga melena gris platino. Sus ojos registraron mi gesto.

—¿Vas a decirme ya en qué consiste esa propuesta, o has decidido matarme de la curiosidad?

—Las alas que tienes a tu espalda quizás te den una pista muy buena —contestó en tono misterioso.

—¿Quieres enseñarme a volar?

Una parte de mí lo había sospechado.

—Sí, solo si tú quieres. Podemos sobrevolar los jardines únicamente, para que los demás no puedan verte.

Él sabía que yo había estado indecisa en cuanto a mostrar, o no mostrar, al mundo mis alas. Sin embargo, en los últimos días, había decidido que me daba absolutamente igual quién me viese. Era más cómodo andar sin alas, por lo que no las sacaba mucho a relucir; pero había dejado de ser por miedo a ser vista.

—No me importa que me vean. He decidido aceptarme tal y cómo soy —contesté. Comencé a hacerme una trenza en el pelo. Suponía que, para volar, era mejor no tener posibles obstáculos en mi campo de visión.

—Me gusta mucho como suena eso —apuntó, con un brillo de diversión en sus ojos zafiro—. Empezaremos en el jardín entonces; y cuando le pilles el truco, veremos Noctis desde el cielo, si te parece.

Asentí conforme.

—Ya verás como volar es mucho más sencillo que todo lo que has hecho hasta ahora. Es algo prácticamente innato.

Así fue como comenzamos con la clase de vuelo. Inicialmente me puso a batir las alas, para elevarme a poca altura y después descender. Ascender era fácil, mi cuerpo subía con facilidad en cuanto aleteaba; el problema era mantenerme en el lugar que yo quería, me tambaleaba un poco a los lados. Pero, después de media hora, eso ya estaba corregido y ascendía y descendía a la par de Zephyran, que seguía mis movimientos, manteniéndose siempre justo frente a mí.

Después me enseñó a mantenerme en un sitio fijo en el aire, tan solo batiendo las alas. Y por último, comenzamos a volar de verdad, combinándolo con diferentes aterrizajes. Zep había tenido razón con

lo de que era fácil; una vez entendí lo básico, todo lo demás me salía solo.

—Me siento como un avión —anuncié, después del quinto aterrizaje.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado.

—Ah, perdona —Me disculpé nada más tocamos el césped—. Son unas grandes máquinas voladoras que usan los humanos para viajar por el aire de un lado a otro en la Tierra.

—Interesante, pues ya he aprendido algo nuevo de los humanos.

Sonreí en respuesta. Sintiéndome humana por un segundo, y recordando después que era una vampira. Ya me había acostumbrado, pero mi cabeza a veces patinaba. No era fácil cambiar la percepción de uno mismo tras años de existencia en unos meses.

—¿Un paseo por el aire en la ciudad? —preguntó, ofreciéndome la mano.

Se la agarré y la apreté ligeramente en respuesta.

Entonces ascendimos, sin soltar nuestras manos, hasta que el jardín se mostraba como una vista panorámica bajo nuestros cuerpos. Y volamos, hasta que el fondo de los jardines se cambió por montones de edificios y motitas, que correspondían a vampiros y ángeles negros que caminaban por la ciudad. La brisa nocturna era agradable, e invitaba a seguir volando. La ciudad vista desde arriba era espectacular.

Y allí, a kilómetros de altura, me sentía libre; como si una parte de mí siempre hubiese pertenecido al viento. Quizás siempre había soñado con volar; porque una parte de mí había sabido, antes que yo, que el aire y las alturas también eran un lugar para mí. Me volví hacia Zep, sabiendo que no había obstáculos cerca.

—Es un sueño hecho realidad para mí, poder volar —Alcé la voz para que me oyese a través del viento.

—Quizás los aéteres cumplían más de un sueño —Me guiñó un ojo.

Entonces algo negruzco que volaba a las espaldas de Zephyran captó mi atención. Salió de entre las montañas Hoshi. Estaba demasiado lejos; pero podía ver sus partes. Tenía cabeza de águila,

alas gigantes y patas también de ave; pero su parte trasera era como la de un león, con una larga cola. Mis conocimientos de mitología me permitieron identificarlo. Era un grifo.

—¡Zep, mira eso! —exclamé, señalando en su dirección.

Él se volvió; pero antes de que pudiese ver al animal, este había desaparecido entre las montañas.

—No veo nada —contestó confuso, sin dejar de escudriñar las montañas—. ¿Qué es lo que has visto?

—Había un grifo, era negro y muy grande.

—¿Estás segura de que has visto eso? —preguntó, volviéndose bruscamente hacia mí. Su voz teñida de sorpresa.

Había sido poco tiempo; pero no tenía ninguna duda.

—Estoy completamente segura —murmuré—. ¿Por qué?

—Porque es un Animal Guardian.

Recordé el juramento de Kaia, del cual no había querido indagar más, y me estremecí.

—¿Qué es un Animal Guardián?

—Se dice que en torno a los cinco templos de Dusterkeit moran los diez Animales Guardianes. Dos por cada templo. Sin embargo, algunos consideran que son solo leyendas, ya que existen pocos avistamientos.

De pronto el aire a mi alrededor estaba muy frío, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Las leyendas dicen que solo los afortunados tienen la suerte de ver alguno. Pero que, si alguien ve más de uno a lo largo de su vida, podría ser un presagio de que ha de ir a visitarlos en busca de respuestas. Sin embargo, no hay registros de nadie que haya hecho tal cosa.

Solo había visto uno, por lo que aquello me relajó un poco. Quizás solo había sido una afortunada; pero, teniendo en cuenta que mi papel en ese mundo era el de salvadora, igual no era solo una bonita coincidencia.

—Me parece que ambos hemos llegado a la misma conclusión —anunció, registrando mi inquietud.

—No parece solo una simple coincidencia —verbalicé.

Zep asintió, y apretó mi mano con delicadeza.

—Tranquila, se lo diremos a los vampiros videntes. Y si no nos dan respuestas, visitaremos el templo del grifo. Sea lo que sea, estoy contigo en esto. Encontraremos el camino juntos, y nos enfrentaremos juntos a ello.

—Juntos —musité, asintiendo con lentitud.

Y de alguna manera, aquella palabra me hacía sentir que no estaba sola. Que a pesar de ser la que tenía el papel de salvadora, tenía su apoyo.

Capítulo 40. Magia en el corazón



Camille

Después de los entrenamientos de la semana pasada, en los que había quedado perfectamente claro que era capaz de defenderme por mí misma, Zephyran me había dado la licencia para poder ir sola hasta Palacio. Ovraal y Kaia se habían mostrado de acuerdo. Aunque el ángel negro y yo hoy habíamos quedado en la plaza de los Orígenes, solo porque la fuente era un bonito punto de encuentro.

La noche acababa de caer y la hora a la que habíamos quedado estaba peligrosamente cerca. Nada que un vampiro no pudiese solucionar con su velocidad. Se me hacía raro ir sola, sin nadie que fuese mi sombra; pero mantenía todos los sentidos alerta ante cualquier amenaza que pudiese presentarse. Solo por si acaso. Porque tampoco nadie había vuelto a intentar darme caza, lo que se me hacía muy extraño. Debían de estar esperando el momento adecuado. Estaba segura.

En cuanto al grifo que vi la noche anterior, había tenido una conversación con Ovraal esta mañana. Nunca antes había visto al vampiro tan sorprendido. Después de contarle todo como diez veces, con pelos y señales para que le quedase claro lo que yo había visto, había asegurado:

—Camille, no es normal que uno de nosotros se encuentre con un Animal Guardián. Teniendo en cuenta tu papel en este mundo, me juego los colmillos a que existe un motivo para que se haya dejado ver por ti.

Después repitió las mismas palabras de Zep acerca de las leyendas.

—Mantente alerta por si ves un segundo Animal Guardián —me advirtió—. Si no, veremos lo que tienen que decir esos molestos vampiros milenarios con sus acertijos. Pero no creo que sea cuestión de suerte que lo hayas visto… No lo creo…

El príncipe apareció ante mis ojos cortando mis pensamientos.

—¿Qué tal tu paseíto hasta aquí? —preguntó. Cuando frené a escasos centímetros de su cuerpo.

—A velocidad vampírica es solo un suspiro —Le guiñé un ojo.

Cuando llegamos a la sala de entrenamiento, miré en todas direcciones en busca de una jaula con una nueva criatura tan terrible como los aikerns; pero estaba completamente vacía. Me volví totalmente confundida hacia Zep.

—¿Y los sujetos con los que vamos a experimentar con mi magia hoy?

—Aquí lo tienes.

Se señaló a sí mismo.

—¿Me estás hablando en serio? —Lo miré perpleja.

—Por supuesto que sí. Como te dije es un entrenamiento de verificación. Ya hemos visto que lo que haces es reversible, ahora solo vamos a cambiar de especie para ver de lo que eres capaz.

Quería preguntarle si se había vuelto loco; pero mi cara de circunstancias le revelaba mis pensamientos por mí.

—Vamos Cam, confío en ti —Deslizó su mano por mi brazo— Sé que no vas a hacerme daño. Tu poder no va a hacer nada que tú no quieras, ahora que lo tienes bajo control.

Dicho de esa forma tenía sentido, pero aun así…

—¿Y si sale mal? —Mi voz sonó preocupada.

—No va a salir mal, ¿confías en mí?

La mano que había deslizado por mi brazo terminó en mi cara, levantándola con cuidado para que lo mirase a los ojos.

Asentí.

—Entonces hazlo, y verás como todo sale bien.

Aparté su mano con suavidad, y le di un rápido beso en los labios en respuesta.

—Está bien —accedí.

Me dedicó una amplia sonrisa y sus ojos parecieron rutilar, a la luz de las estrellas que se colaba a través de los ventanales.

Tenía razón. Podía controlar mi poder y sabía perfectamente lo que hacía; por eso había accedido. Sin embargo, el miedo a que algo inesperado pasase era lo que me había echado hacia atrás. Pero confiaba en él, y él llevaba en ese mundo mucho más tiempo que yo; por lo que descarté de mi cabeza ese pensamiento.

El príncipe me miraba impaciente. Suponía que esperaba notar algo dentro de él cuando mi magia le inundase alguna parte de su cuerpo. No me llevó mucho decidir qué podía cambiarle que fuese totalmente inocuo para él. Sus brazos estaban bien definidos y se notaba que había entrenado la fuerza, pero podía hacer que su músculo creciese aún más. Podía aportarle mucha más fuerza de la que tenía.

—Tengo que tocarte para que funcione —le recordé. Mis manos sostuvieron las suyas en el aire.

Y con ese pensamiento me puse a trabajar. El sonido que me devolvía el ADN de su cuerpo era totalmente diferente al mío y al de los aikerns. De alguna manera, era mucho más fácil hacer la magia fluir a través de él; como si el hecho de que se entregase voluntariamente afectase a mi flujo de poder. Era una sensación agradable, que parecía calentar mi corazón en respuesta.

—Siento un cosquilleo en los brazos —anunció pensativo.

Sonreí cuando mi trabajo terminó.

—Listo.

—Oh, ya veo lo que has hecho. ¡Me has dado más fuerza! —exclamó, con la voz teñida de sorpresa.

Asentí.

—Esto podría ser muy útil para jugar con Kaia y contigo a vuestros jueguecitos vampíricos —se guaseó—. Aunque no quiero beneficiarme de algo que no me ha dado la naturaleza. Me refiero a que no me gustaría quedarme así para siempre —aclaró, al darse cuenta de cómo podría interpretarlo yo.

—Te entiendo. Cuando quieras pelear con nosotras te devuelvo esto —Le guiñé un ojo, mientras revertía el efecto de mi magia.

Después probé sobre él más cosas nuevas que se me fueron ocurriendo. Le cambié el color de ojos, el largo del pelo, la flexibilidad de sus brazos… Todas las modificaciones inocuas que se me fueron ocurriendo. Hasta que nos cansamos y decidimos salir a volar. Que no se perdiese la práctica de batir mis alas.

Aquel vuelo transcurrió sin incidentes de criaturas mágicas; pero no libre de sorpresas. Cuando sobrevolábamos la zona del puente de los aéteres, Zep terminó con la tranquilidad que me había acompañado durante todo el paseo.

—Me pregunto quién tendrá un vestido más impresionante en el baile, mi madre o tú —Me guiñó un ojo divertido.

Mi mundo se partió en trocitos en ese mismo instante. Quizás era la cosa más obvia del mundo, que los reyes asistiesen al baile del solsticio de verano; pero mi cabeza no se había parado a pensarlo. Y conocerlos era algo que imponía un cierto respeto; teniendo en cuenta que eran los reyes, y que eran los padres de Zephyran.

—¿He dicho algo malo? —preguntó tras mi silencio.

—No, es solo que acabo de interiorizar que tus padres irán al baile —admití—. Y siento que tengo que dar la talla ante ellos.

—No te preocupes por eso. Mis padres adoran interactuar con su gente. Y ya les he hablado de ti. Están deseando conocerte.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Qué les has hablado de mí?

—Tranquila no les dije que eres la salvadora. Tú decides cuándo quieres contárselo a los demás, y si quieres hacerlo.

Ya me había acostumbrado a que nadie supiese quién era en realidad y se vivía bien así; aunque sabía que tarde o temprano tendría que contárselo a los demás. Suponía que se lo debía; tenían

que ser conscientes de que había esperanzas para su mundo frente a su enemigo.

—Gracias por guardarme el secreto ¿Qué les dijiste entonces?

—Les hable de nosotros y de lo que soy cuando estoy contigo —aclaró. Y pude captar su sentimiento de orgullo a través de mi percepción inmortal.

—Zep… —susurré agarrando su mano.

—Camille —Se detuvo suspendido en el aire, y me paré justo enfrente para poder mirarlo a los ojos—. Nunca antes me he sentido así con nadie. Y quiero que sepas que te quiero.

Podía escuchar como los latidos de mi corazón se habían acelerado en mi pecho ante su declaración.

—Yo también te quiero Zephyran —musité acercándome a él.

Lo abracé y desmaterialicé mis alas, para estar más cómoda. Como aquel día en que él me había llevado en sus brazos a través de los jardines del palacio de las Tinieblas. En cuestión de segundos se dio cuenta y pasó los brazos a través de mi cintura, apretándome con fuerza; como si pudiese caerme en cualquier momento.

Y nos fundimos en un beso con la fuerza de las palabras que no habían sido pronunciadas. Su corazón latiendo con vigor contra el mío. Una felicidad inconmensurable llenó de vida cada latido de mi corazón; como si la vibración que sentía siempre que estábamos en contacto se hubiese vuelto de los dos. Quizás era más de los dos de lo que yo nunca me había parado a pensar hasta ese momento.

Capítulo 41. Antes del baile



Camille

Cuando llegué a la sala de entrenamiento al día siguiente, me encontré a Kaia plantada en el centro del recinto con sus habituales ropas de cuero, una larga trenza a un lado y los brazos cruzados.

—Me han dicho que puedes modificar nuestro ADN —canturreó.

Miré a Zep con la pregunta en la mirada.

—Hoy es ella el sujeto de pruebas —resumió.

—Veamos qué puedes hacer conmigo. Estoy impaciente —anunció la vampira, toqueteando con rapidez la trenza con la mano.

Ese día usé mi magia sobre Kaia, y descubrí que sonaba diferente en ángeles negros y vampiros; pero no tan diferente como cuando la usaba en monstruos. Además, con Kaia había una gran diferencia con respecto a Zep. Notaba su disposición para que usase mi magia con ella; porque ella también se entregaba voluntariamente. Como si el pensamiento diese a sus células la orden de estar dispuestas, mi poder fluía de forma más sencilla que con el monstruo. Aun así, no había notado esa calidez en el corazón. Sospechaba que era algo que solo sucedía con Zephyran, por los sentimientos que nos unían.

Kaia se lo pasó de diez, viendo como su cuerpo cambiaba de aspecto. Ella no se limitaba solo a observar, también hacía peticiones para ver cómo se veía su cuerpo con cada modificación. Zep se pasó todo el entrenamiento observándonos, con un gesto de diversión.

Al día siguiente por la mañana, Ovraal quiso ser también el receptor de mi magia en su propia casa; y comprobé que, efectivamente, sonaba similar a Kaia. Era como si la canción que me susurraba el ADN se pareciese más cuanto más similares fuesen los materiales genéticos que modificaba. Cada especie tenía su propia canción, lo confirmé nuevamente al hacer una pequeña modificación temporal sobre Seika. Y Zephyran era diferente, por lo que representaba para mí.

Ese mismo día probé a cambiar a la vez el ADN de Kaia y de Zep; queríamos saber si era posible, o solo podía tener un único objetivo a la vez. La respuesta fue afirmativa, podía hacerlo. Ese día lo terminamos exhaustos, sobre todo Zep que no tenía las capacidades de no cansarse de los vampiros. Tirados en círculo sobre el mármol, con los brazos extendidos y las cabezas en el centro. Después de haber aprovechado mi magia para introducir a Zep en nuestros juegos vampíricos.

—Con el día de hoy damos por finalizado tu entrenamiento para aprender a manejar tu magia —anunció Zephyran, apretando mi mano con fuerza—. Enhorabuena por haber pasado todas las fases.

—¡Enhorabuena amiga! —exclamó Kaia, apretando mi otra mano.

Los demás días pasaron demasiado rápido, alternando mis vuelos con Zep con las sesiones de entrenamiento de daga con Kaia. Ambas a modo de refuerzo de algo que ya tenía dominado.

Y así había llegado hasta hoy, que caminaba nerviosa de un lado a otro por la habitación de Kaia. Sabiendo que tan solo quedaban dos horas para el baile y que bajaríamos juntas, ya que ella tenía que peinarme y entregarme el vestido; de paso, se había empeñado en maquillarme. Seika descansaba sobre el sillón lima de la vampira, ajeno a mi impaciencia y nerviosismo.

Ovraal iría a Palacio más tarde, con Shedyel.

Con Zephyran y el misterioso acompañante de Kaia nos encontraríamos en la propia sala donde se celebraría el baile. Kaia había dicho que traía mala suerte que tu acompañante viese tu atuendo antes de pisar el gran salón.

Kaia extendió con cuidado el vestido sobre la cama, captando toda mi atención. Miré el resultado con la boca abierta de par en par.

Parecía sacado de un cuento de hadas. Alzó la cabeza, pagada de sí misma y contenta con su trabajo.

—Tus manos hacen magia —murmuré—. Eres una genia.

—Lo sé. Y en más de un sentido —contestó divertida—. ¿Vas a seguir mirándolo, como si se te hubiese aparecido Drácula, o vas a ponértelo? Tengo mucho trabajo contigo todavía, y luego me tocará prepararme a mí.

Capítulo 42. El baile



Zephyran

Había llegado al gran salón con el tiempo suficiente como para supervisar lo que habían hecho los habitantes del palacio de las Tinieblas encargados de decorarlo. Las mesas ya estaban dispuestas, formando una fila al lado de cada una de las paredes; de tal manera que el centro de la sala quedaba completamente despejado para el baile.

La mesa de los animales era fácilmente reconocible, colocada justo a la izquierda de la puerta de entrada. Y lo era porque Cardan ya se encontraba paseando de un lado a otro de la mesa, con todos los patos del estanque en procesión tras él. En cuanto los camareros sirviesen su comida, sabía de primera mano que se lanzarían todos a comer; como vampiros a la sangre. Además, era la única mesa que no disponía de platos ni cubiertos; por motivos obvios.

Mis padres, los reyes, siempre eran los últimos en llegar. La tradición decía que el príncipe tenía que abrir el baile, y después todos danzarían a su alrededor. Y cuando la Luna despuntase en el cielo, los reyes podrían entrar con su luz y dar paso a la segunda parte; en la que eran ellos los que bailaban junto a nosotros.

Los camareros traían la comida cuando el baile del príncipe estaba llegando a su fin y los invitados ya danzaban a su alrededor. Y después ellos también se sumaban a la fiesta. Habría comida para todos, animales, vampiros y ángeles negros. Con los camareros

entraban infinidad de luciérnagas al gran salón, que se dedicaban a volar sobre nuestras cabezas, dándonos la sensación de estar bailando entre las estrellas.

Como fiesta de inicio de verano, todas las paredes estaban decoradas con cantidad de ramas, pobladas de flores de todos los colores. No estaban muy juntas, entre ellas se podían ver claramente las paredes. Columnas negras enmarcaban grandes paneles decorados, como si fuesen trozos de cielo estrellado con pequeños planetas intercalados.

En el techo colgaban sendas lámparas de araña, desde las que nos alumbraban velas de verdad; pero era una luz mágica inagotable. El suelo estaba hecho de madera pintada de color malva. Por último, al fondo había un escenario con instrumentos y algunas sillas a su alrededor; donde ya estaban dispuestos los músicos. Quién quisiese podía parar la música para tocar su propia pieza, con el permiso de los músicos. Y tenía planes muy concretos en mi cabeza sobre cómo usar aquella sección.

El ruido de las puertas captó mi atención; los guardas apostados en la entrada daban paso a todos los invitados. Algunos entraban sin necesidad de control; entre ellos logré identificar a Ovraal, acompañado de un vampiro en el que reconocí a Shedyel, y a muchos de mis soldados. El día del baile tenían permiso para turnarse entre ellos la vigilancia, y poder asistir todos en algún momento.

Otros invitados pasaban por un control en el que se aseguraban de que eran de fiar. Así el salón fue llenándose de vida y de un murmullo creciente. Muchos se acercaron a saludarme, unos se paraban más que otros. Me preguntaba dónde estarían Kaia y Camille. Ovraal y su pareja no tardaron en acercarse.

—Buenas noches, príncipe Zephyran —saludó, haciendo una corta reverencia. Después se acercó a mi oído—. Sé que las odias, pero no esperarás que delante de tus habitantes de Palacio me comporte como un maleducado en el día de hoy.

—Por esta vez te lo pasaré —Le guiñé un ojo.

Shedyel hizo otra reverencia algo más pronunciada.

—Encantado de conocerte. Me han hablado mucho de ti.

—¿Ah sí? —contestó algo cortado.

—Todo cosas buenas, guapo. No te preocupes —le aseguró el brujo, pasándole el brazo por el cuello.

La música comenzó a sonar indicando el inicio de la celebración; era una canción suave y envolvente. Ni rastro de las vampiras. Pero nadie bailaba hasta que yo no lo hiciese; así que continuaron charlando alegremente, con las copas de bebidas de fruta, sangre o alcoholes que los camareros ya habían comenzado a servir. La comida, como ya he dicho, venía después.

De pronto, todo el mundo guardó silencio, como si estuviesen conteniendo la respiración, sus miradas posadas en la puerta de entrada. Mi corazón se aceleró, indicándome lo que estaba sucediendo. Las voces comenzaron a sonar de nuevo; pero yo solo podía mirar a la chica que caminaba lentamente hacia mí, acompañada de Kaia. Llevaba un vestido azul celeste con amplia falda que le llegaba hasta el suelo; debía de tener varias capas debajo, pues tenía mucho volumen. Por toda la falda multitud de puntitos brillaban con cada uno de sus pasos, como pequeñas estrellas; y, según como le diese la luz, parecían adquirir los colores del arcoíris.

La parte de arriba estaba hecha de un encaje que formaba flores y se ceñía a su cuerpo. Estaba coronado por un escote corazón y se sujetaba con dos finos tirantes. Un tenue tul lo hacía prácticamente trasparente en los laterales y debajo de su pecho.

Llevaba su pelo gris platino suelto, salvo por dos pequeñas trenzas que le salían de cada lado de la cabeza y confluían detrás. Conforme se acercaba, me di cuenta de que llevaba al cuello un colgante fino de plata, del que pendía un cristal azul verdoso con forma de corazón.

Sus ojos púrpura se encontraron con los míos; se había dado pintura negra en los parpados y en la parte baja de los ojos. Y sus labios estaban pintados del color de la sangre. No se había dado más maquillaje; con su piel marmórea parecía más vampira que nunca. Seika iba posado sobre su hombro.

—Hola.

Su voz me sacó de mi ensimismamiento.

Me acerqué para plantarle un beso en los labios.

—Hola, estás preciosa.

—Gracias, tú también estás increíble.

Seika se bajó y correteó en dirección a la mesa de los animales con Cardan.

—Como la sigas mirando así, voy a tener que ir a por una fregona para limpiar tus babas del suelo —bromeó Kaia, acercándose, para saludarme con una rápida reverencia—. Buenas noches Zephyran.

—Buenas noches, Kaia. Tan graciosa como siempre… —ironicé.

Ella llevaba un vestido granate de terciopelo, ajustado, con una falda de tela fina hasta los pies abierta a la altura del muslo izquierdo. La decoraban pequeñas flores dispersas; conociéndola, no descartaba que fuesen reales y tuviesen sus efectos empleadas correctamente. En su caso, era la parte de arriba la que brillaba de color dorado.

Hice una señal a uno de mis soldados para que me entregase algo que necesitaba para comenzar el baile de apertura. Mientras tanto mantuve una conversación con los cuatro. Noté que la mirada de Kaia se desviaba, de manera fugaz y casi imperceptible, en una dirección concreta. Uno de mis vampiros soldado más leales se acercó, la agarró de la cintura y le dio un rápido beso en la cabeza.

—Tanta bromita y mira que calladito os lo teníais los dos.

—Me pareció que el baile del solsticio de verano era un buen momento para anunciar que estamos juntos —Se defendió Kaia. Y nos miró uno a uno hasta detener la vista en su amiga—. Este es Aerian.

Cam cruzó una mirada con Kaia, que solo ellas podían entender.

—Encantada de conocerte —declaró plantándole una mano.

Unos minutos más tarde regresó el soldado que se había marchado siguiendo mi orden. Se colocó en el centro del círculo que habíamos formado y abrió el cofre que llevaba entre sus manos.

—Alteza, las coronas.

Cogí la que estaba destinada para Cam y me acerqué a ella. Le echó una mirada perpleja, y pareció atar cabos rápidamente.

—Por eso me mediste la cabeza —Miró a su amiga en busca de una explicación, en un mudo reproche porque no se lo hubiese

dicho.

—Zephyran quería explicarte todo —musitó justificándose.

Los demás de nuestro círculo guardaron silencio, como si supiesen que no debían revelar nada. El resto de invitados en la sala pareció enloquecer. Le puse la corona plateada, llena de cristales que rutilaban a la luz de las velas. Me apresuré, para que nadie le dijese nada. Ellos sabían lo que eso significaba, pero la vampira no.

La cogí con delicadeza de la mano.

—Me pones la mía, por favor.

Su mano pareció temblar en respuesta, pero no vaciló. Cogió con ambas manos la corona con pequeñas piedras azules incrustadas. Me agaché y me la puso en la cabeza. El soldado que las había traído se marchó con rapidez.

—Que comience el baile del solsticio de verano —Alcé la voz para que todos pudiesen oírlo.

Agarré a Camille por la cintura y los músicos empezaron a tocar una balada, llena de promesas. Su mano se posó en mi cuello.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? —cuchicheó contra mi oído—. Porque no sé nada de vuestras costumbres, pero estoy segura de que esto no es una coronación. Aunque he leído los suficientes libros de fantasía en la Tierra como para saber qué significa algo.

Cogí su mano libre y comenzamos a movernos al ritmo de la música.

Sabía que lo que estaba haciendo era una completa locura. Y al principio no había tenido claro si era el momento adecuado; por eso le había encargado a Kaia que tomase las medidas, solo por si acaso. Pero en los últimos días había notado que Camille estaba lista para saber la verdad; ya estaba cansado de tener secretos con ella. Se lo debía. No quería tan solo bailar con ella y suscitar dudas y murmuraciones. Preferí que a nadie le cupiese ninguna duda de lo que éramos.

—Sí, puedo explicártelo —susurré también.

Por suerte, la música impedía que escuchase cualquier tipo de comentario. Todos estaban lejos observando nuestro baile. Ellos ya sabían lo que significaba; aun así, la habían aceptado.

—Dime entonces qué está pasando, vas a matarme de curiosidad.

La música hizo un crescendo, anticipando lo que estaba a punto de confesarle.

—Pasa que no quiero tener más secretos contigo, Camille. Y creo que ya estás preparada para saber una cosa más de nuestro mundo.

Sin dejar de moverse, sus ojos púrpura se fijaron en los míos, como dos amatistas refulgentes. Se mantuvo en silencio, esperando.

—No te lo he dicho antes porque creo que es algo difícil de asimilar para alguien que viene de la Tierra.

—¿Qué está pasando Zep? —se impacientó.

La gente ya se había unido a nosotros en el baile y los camareros habían desaparecido tras las puertas en busca de la comida. Ahora que la gente no estaba tan pendiente de nuestras miradas era el momento ideal; pero quería que fuese perfecto.

—Dame unos minutos —le rogué. Le di un pequeño beso en los labios—. Quiero que se te quede una fotografía memorable del momento para toda la eternidad.

Los camareros regresaron con bandejas de comida, acompañados de infinidad de luciérnagas, que comenzaron a volar por todo el salón haciendo que brillase como si estuviésemos sobre una galaxia. Cuando la gente nueva comenzó a lanzar exclamaciones de sorpresa en respuesta a las luciérnagas, decidí que era el momento.

—¡Es precioso! —exclamó Cam, mirando a los insectos que no dejaban de bailar su propia danza sobre nuestras cabezas.

Como si ya lo supiesen (de alguna manera sí lo sabían) algunas luciérnagas se posaron sobre su corona; una nueva fuente de luz que intensificó el brillo de los cristales. Lo que hizo que destacase, aún más de lo que ya destacaba con su pelo platino y su dulce mirada. Ella sonrió y me miró.

—Les estoy diciendo que te elijo a ti, que eres mi aishiteru —confesé al fin.

Sentí como se estremecía ante esta declaración, que solo entendía a medias.

—¿Qué significa aishiteru? —preguntó, alzando la cabeza y posando su mirada sobre la mía.

Capítulo 43. La leyenda de las luciérnagas



Camille

Zep estaba impresionante con el traje azul marino a juego con sus ojos zafiro. Los pantalones de lino se ajustaban con estilo a su figura. Destacaban los bordados de las solapas de su refinada chaqueta, alas y colmillos entrelazados acompañando al escudo real. Tras ella, la pulcra y elegante camisa, de seda o algo parecido, lucía botones que simulaban las fases lunares. Parecíamos el día y la noche; el celeste de mi vestido entremezclándose con su añil. Lo irónico era que yo, una vampira, representase al día. Aunque, pensándolo bien, a los vampiros de Dusterkeit podía darles sin problema la luz del sol; yo misma lo había comprobado, cuando aún vivía en la Tierra.

Le había colocado su corona plateada; las piedras azules incrustadas destacaban sobre su pelo negro. Había bailado con él, sintiéndome una princesa de cuento. Mientras seguía tratando de descifrar el significado de la que yo misma lucía, y que me había colocado con tanto cuidado. Las luciérnagas danzaban entre nuestras cabezas. Pero yo no podía hacer otra cosa que fijar la vista en sus ojos zafiro. Su última revelación había hecho que mi corazón se desbocase. Aún más. Si es que era posible.

—Verás. En este mundo nuestro corazón está conectado al de la persona que amamos. No son simples órganos, ellos saben mucho antes que nosotros quién es nuestro verdadero amor —Desplazó nuestras manos unidas al espacio entre nuestros corazones, remarcando sus palabras—. Al principio, tan solo podemos saberlo porque sentimos una fuerza en el espacio que es más intensa conforme nos acercamos a esa persona. Ya cuando los sentimientos comienzan a surgir, empezamos a poder notar a distancia las emociones y sentimientos del otro; a través de un latido viajan del uno al otro. Transmitirlas es algo voluntario; pero, en tu caso, desconocías que podías hacerlo. Inconscientemente me las mandabas, cuando eran muy intensas, a través de tus latidos.

Apretó mi mano con suavidad. Estaba segura de que me había quedado más blanca de lo que ya estaba. No tenía la boca abierta de par en par porque no quería llamar la atención de todos. Conforme iba hablando, las cosas comenzaban a cobrar sentido en mi cabeza. Todo lo que había notado, desde la primera vez que sentí una vibración en la plaza de los Orígenes hasta cómo esta se había alejado cuando Zep se había marchado unos días.

—Aquel día…, ese que me sentía algo triste…, cuando habías ido a ver a los vampiros videntes —Susurré, sin apartar la vista de su rostro—. Fuiste tú el que mandó una sensación de consuelo a través de nuestros latidos.

Zep asintió.

—Necesitaba ayudar, aún desde la distancia…

—Gracias —murmuré, juntando mi frente contra la suya.

—¿No estás enfadada por no habértelo dicho antes?

—No. Entiendo que era algo difícil. Y que no podías decírmelo de primeras cuando acababa de llegar del mundo humano, donde las cosas funcionan de manera diferente.

Seguimos bailando en silencio, mientras rememoraba todo lo que había vivido sin tener ni idea de lo que significaba; pero que ahora iba cobrando sentido en mi cabeza, poco a poco.

—Por eso, cuando usé mi magia contigo, notaba una calidez agradable en el corazón

—Sí, yo también lo noté. Y supongo que, de alguna manera, mi oscuridad también te transmite sensaciones diferentes a las que les pueda transmitir al resto.

Recordé lo bien que se sentía el contacto con sus corrientes oscuras. Entonces las invocó y comenzaron a danzar en torno a nosotros. Siguieron nuestros pasos a lo largo del salón. Y me dejé llevar por aquella sensación agradable. Con las luciérnagas siguiendo nuestros pasos, daba la sensación de que volábamos entre las estrellas. Mientras, dejaba que su reciente revelación me calase y se asentase dentro de mi ser.

En realidad, aquello no cambiaba mucho las cosas. Ya que era una formalización mágica de lo que yo ya sabía que sentía. Probé a usar la conexión de nuestros corazones. Fluía sola, a diferencia de todas las demás magias que había tratado de usar por primera vez. Ahora que lo sabía, me preguntaba cómo no me había dado cuenta antes de que podía hacer eso. Y le mandé felicidad, sosiego y aceptación a través de mis tres siguientes latidos.

Él respondió con algo parecido a alegría, amor y apoyo. Podía notar perfectamente como calaba mi corazón con cada una de sus emociones. La música parecía seguir nuestros pasos en aquella danza, en la que estábamos descubriéndonos por primera vez; de todas las formas en las que se podía transmitir amor en este mundo.

Entonces recordé la corona y quise saber más.

—Antes dijiste que les estabas diciendo a todos que me eliges a mí —Volví ligeramente la cabeza al resto del salón, viendo a Ov bailar con Shedyel en una mirada rápida—. ¿De qué manera lo saben?

—Cuando el príncipe entrega una corona a la que va a ser su pareja antes del inicio del baile significa que ha encontrado a su aishiteru —Su voz sonó aterciopelada y sus ojos brillaban a la luz de las velas—. No podía no coronarte, y que bailase contigo ante sus ojos sin que supiesen lo importante que eres para mí, Camille. Y tendrán que acostumbrarse a su futura princesa, si ella desea serlo.

Sentía que el corazón iba a explotarme en el pecho de un momento a otro. No sabía cómo podía haber dudado alguna vez de que los vampiros estuviesen vivos. La palabra princesa sonaba como

algo que jamás se me hubiese pasado por la cabeza; sonaba a una responsabilidad enorme, en la que ahora no quería permitirme pensar. No porque no quisiese, sino porque ahí y ahora quería disfrutar de ese momento. Pero podría serlo cuando llegase el momento.

—Yo no sabía lo que era el amor de verdad hasta que te conocí —admití. Acerqué los labios a los suyos, mis colmillos se asomaron sin que pudiese controlarlo—. Te amo, Zephyran Oakleaf, y seré tu princesa en este reino y en los que hagan falta; siempre que me enseñes cómo serlo.

—Te amo, Camille Dageraad. Para ellos ya lo eres, desde el momento en el que te puse esa corona sobre la cabeza; aunque no haya habido una coronación oficial todavía. Para ello, tú tenías que aceptarlo primero. Te enseñaré todo lo que necesites saber, como siempre he hecho —Su mano se apretó un poco más en mi cintura—. Juntos contra el mundo.

—Juntos contra el mundo —repetí contra su boca.

Nuestros labios colisionaron, sellando nuestras palabras. Nuestros pies se detuvieron. Puse mis manos bajo su nuca para poder aferrarme a su cuello. Las luciérnagas se posaron en mis brazos. Y el tiempo se detuvo, a merced de nuestras caricias. No sé cuánto tiempo pasamos besándonos, solo que comencé a sentir el sabor de roble entremezclado con el de brisa marina en una noche estrellada.

Un *déjà vu* me recordó que era el sabor de su sangre, y me percaté de que mis colmillos habían hecho dos pequeñas heridas en su boca.

—Me gustan tus mordisquitos, puedes seguir Cam —susurró contra mis labios.

Succioné en respuesta; había algo placentero en absorber un pequeño trocito de él. Su mano se posó en mi nuca, como si quisiese más.

En ese momento un fuerte cambio de la melodía nos sacó del trance. Sonaba majestuosa, celestial y omnipresente. Zep se apartó de golpe y su mano buscó la mía. Se la di; mientras me aseguraba de que no quedase en su boca ningún rastro de lo que había estado haciendo. Me la apretó con fuerza.

—Es la canción que anuncia la llegada de los reyes —musitó.

Me tensé en respuesta. Miré en todas direcciones; trataba de localizar a la gente que conocía, en un intento de tranquilizarme. Todos estaban mirando a la puerta de entrada. Kaia estaba muy quieta, con Aerian a sus espaldas; Ovraal y Shedyel justo detrás de nosotros; y a lo lejos Cardan y Seika en la mesa de los animales. Incluso ellos habían dejado de comer.

Me fijé en el cielo. La Luna debía de haber salido hacía poco, estaba completamente llena. Entonces las puertas se abrieron, y dos figuras cogidas de la mano aparecieron en el umbral. Comenzaron a caminar, saludando con la mano libre a todos los asistentes, que comenzaron a hacer reverencias en señal de respeto conforme pasaban a su lado.

La reina tenía el pelo rubio platino, tan claro que casi parecía blanco. Sobre su cabeza una corona plateada, con incrustaciones de agua marina y con las fases de la luna en cada una de las puntas. Su cuerpo delgado parecía delicado, a pesar de las grandes alas negras que asomaban a su espalda. Llevaba un vestido precioso de color azul verdoso, que parecía simular un bosque en pleno apogeo.

El rey tenía el pelo azul marino, sobre el que descansaba una corona azabache con incrustaciones de zafiro. Su cuerpo parecía el de un guerrero, como si alguna vez hubiese formado parte del ejército. Su traje púrpura parecía un crepúsculo en movimiento.

Cuando llegaron a mi altura, sentí como las miradas de todo el mundo estaban posadas sobre mí. Comencé a agacharme para hacer una reverencia, pero Zephyran me detuvo.

—Una vez tienes la corona, tú no te arrodillas —susurró, en un tono apenas audible.

La reina me miró, sus ojos azules como un mar cristalino, y me dedicó una sonrisa. Después lo hizo el rey; sus ojos eran del color del oro líquido entremezclado con motas marrones. Les sonreí en respuesta.

La música celestial cogió fuerza. Sin decir nada, los reyes comenzaron a bailar. Se movían con agilidad por la pista, como si hubiesen estado entrenando toda su vida para ese momento.

Aunque suponía que el hecho de ser inmortales les había dado muchos años para perfeccionarse.

Durante un buen rato la gente no hizo más que mirarlos maravillada. Yo misma lo hacía. Era un espectáculo digno de ser grabado para la posterioridad. Ella se movía con la gracia de un cisne, él la recogía tras sus vueltas como si fuese su tesoro más preciado. Se sincronizaban de tal manera que, las grandes alas, que ambos tenían en su espalda, no se tocaban en ningún momento.

El registro de la canción cambió; parecía invitar a la gente a sumarse al baile. Así que todos comenzaron a moverse a lo largo del salón. Zep y yo nos sumamos, hasta que, después de unas dos canciones, la gente comenzó a dividirse entre bailar o comer.

—Quiero ver a Seika —le pedí, cogiéndolo de la mano y tirando en dirección a la mesa de los animales.

Cardan estaba con las patas sobre un plato lleno de bichos haciendo «cuack» sonoramente. A su lado, Seika con un plato de frutas del bosque similares a los arándanos. El resto de patos del estanque caminaba sobre la mesa, picoteando de un lado y de otro. Había más animalillos aprovechando el festín.

Seika emitió un ruido de conformidad cuando vio que quería saber cómo se encontraba. Pasamos un rato acariciando a los animales, y después continuamos moviéndonos por el salón.

Ovraal y Shedyel charlaban junto a una mesa repleta de comida, con sendas copas de sangre brindando en el aire.

—¿Disfrutando de la fiesta, pelo gris?

—Es una pasada —contesté, acercándome a la mesa para picar unas pastas y coger una copa con sangre de ciervo.

En ese momento sentí como el aire se movía a mi espalda y me giré asustada, encontrándome a Kaia y su amplia sonrisa.

—Lo siento, vi que estabais todos juntos y me apetecía unirme a la fiesta.

—¿Y Aerian? —pregunté extrañada.

—Se le acabó el descanso. Los soldados de Palacio que están de servicio tienen permiso para turnarse entre ellos y poder asistir al baile; pero no pueden estar toda la noche. Alguien tiene que vigilar

—aclaró. Cogió un racimo de uvas y se lo llevó a la boca. La miré con pena—. No sufras por mí, ¿y tú qué tal?

Zep estaba hablando con Ovraal y Shedyel, por lo que me tomé la libertad de mantener con ella la conversación que llevaba queriendo tener desde que la había visto con Aerian.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, si estabais juntos?

—Sé que parece que suelto mis emociones a los cuatro vientos —comenzó, en un tono apenas audible—. Pero cuando me pillo por alguien, prefiero esperar antes de decir nada. He tenido algunas malas experiencias en el pasado, y me cuesta verbalizarlo. Lo siento.

—No pasa nada, entiendo tus motivos —Traté de cambiar de tema para no incomodarla—. Oye, todavía no me has dicho si esas flores que llevas en el vestido son inofensivas.

—Puedes pensar lo peor —contestó con una amplia sonrisa, deslizando los dedos entre sus mechones libres de pelo rosa—. Siempre hay que estar preparada, ¿recuerdas?

Nos reímos sin poder evitarlo.

—Por cierto, la corona te favorece mucho, princesa.

—Aún no soy una princesa —repliqué. Sonaba demasiado raro en mi cabeza —. Pero gracias por el cumplido.

—Algún día lo serás.

Sentí en mi espalda una mano fuerte que conocía demasiado bien.

—Es hora de que te presente a mis padres —murmuró contra mi pelo.

Asentí, de pronto demasiado nerviosa como para pronunciar una palabra.

Nos despedimos de mis amigos, asegurándoles que luego volveríamos para continuar con la diversión, y nos dirigimos hacia el hueco que había a la derecha del escenario. Sus padres estaban entre dos negras columnas, con la pared estrellada a sus espaldas; como símbolo del reino de la noche eterna sobre el que reinaban.

Zep me llevaba agarrada de la cintura; su agarre se volvió más fuerte conforme nos acercábamos.

—Todo saldrá bien —susurró—. Verás como mis padres te van a encantar. No olvides que, aunque sean reyes, son personas como tú

y como yo.

No supe si fueron sus palabras o la sensación de sosiego que mandó a través de mi corazón; pero, de alguna manera, consiguió calmarme un poco. Emití un latido con agradecimiento en respuesta.

Los reyes nos observaban sonrientes, hasta que estuvimos lo suficientemente cerca como para poder hablar. Supuse que habían elegido ese sitio, que parecía el más aislado de la gente, para poder hablar tranquilos; aunque la música sonaba más alta ahí que en ninguna otra parte de la sala.

Me di cuenta de que en el vestido de la reina se habían posado algunas luciérnagas, dándole aún más realismo al bosque que recubría su cuerpo. Mientras, trataba de no perder la atención de la melodía, que en cierta forma también contribuía a que me relajase. Zep me dio un pequeño apretón en la cintura, en señal de apoyo, antes de comenzar a hablar

—Madre, padre, quiero presentaros a mi aishiteru, Camille —Su voz se volvió solemne.

La reina, que ahora también tenía luciérnagas en el pelo, como si supiesen que era inofensiva, fue la primera en hablar.

—Es un placer conocerte por fin, Sereen —Alzó la mano en mi dirección.

Dudé si buscaba que se la estrechase; pero decidí arriesgarme y junté mi mano con la suya. Ella me sonrió; su mano estaba muy suave.

—El placer es mío, Majestad —respondí. Me sentía rara por no hacer una reverencia; pero las palabras de Zep se habían quedado clavadas en mi mente.

—Oh, por favor, no es necesario que nos llames así. Ahora que estás con nuestro hijo, para nosotros serás como una hija más.

Asentí. Algo se revolvió dentro de mí ante su cercanía. Mi madre de sangre estaba muerta, y a la adoptiva, a la que había querido como si lo fuese, no podría volver a verla jamás.

—Gracias —Alcancé a decir, tratando de no perderme en mis pensamientos, sabía que podrían notar mi pesar con facilidad con su percepción inmortal.

—Zwarteziel —La voz grave del rey me hizo volver de golpe a la realidad—. Es un honor poder ver en carne y hueso a la mujer que ha elegido nuestro hijo.

—Encantada de conoceros a los dos.

Su carácter hacía que pareciesen uno más. Nada denotaba su poder sobre todo el país, salvo la corona que ambos portaban sobre su cabeza.

—Hijo, ¿le has contado lo de las luciérnagas a Camille? —Quiso saber el rey.

Miré a Zep interrogante.

—Las leyendas dicen que las luciérnagas que habitan en Palacio son estrellas caídas que se han reencarnado en estos pequeños insectos gracias a la magia. Y ellas, que vienen desde el cielo, pasan más tiempo posadas en las personas que perciben como las que gobiernan sobre Dusterkeit y son merecedoras de ese honor, igual que las estrellas gobiernan el firmamento. Los dusterienses dicen que, si la realeza Oakleaf no llevase corona al baile del solsticio, sería igualmente fácil de identificar para los nuevos; tan solo por la cantidad de luciérnagas que deciden posarse sobre ellos durante el baile.

—Así es —apoyó la reina, con su voz delicada como fino cristal—. Y parece que ellas ya te han aceptado.

Zep alzó un dedo sobre mi cabeza, y una luciérnaga voló de mi pelo a su dedo.

—Mira tu vestido.

Me giré ya que frente a mí no había notado ningún animal. Y me di cuenta de que en la pequeña cola en que finalizaba mi vestido se habían posado multitud de ellas; y aún había alguna más conforme ascendía mi mirada, entre los puntos de luz iridiscente de mi falda. Los miré a los tres sin saber que decir, totalmente sorprendida.

—Yo…

—No es necesario que digas nada, es un hecho —Sonrió la reina—. Ya encontraremos tiempo para hablar contigo, en otra situación menos festiva y con una tarde por delante. Zep nos dijo que quería hacerte una petición antes de que finalizase el baile del solsticio de verano.

Miré al príncipe en busca de respuestas.

—Me gustaría que tocases el arpa hoy.

Me volví hacia los músicos, que estaban tocando una pieza tranquila. Una chica estaba junto al arpa.

—Pero ellos están tocando.

—En el baile del solsticio, cualquiera que sepa manejar uno de los instrumentos puede pedir permiso para sustituir a los músicos cuando terminan una pieza. Y esta está llegando a su fin.

Entonces entendí por qué la reina, de repente, había dicho lo de que ya habría tiempo para hablar más adelante. Miré a Zep no muy convencida. Siempre me había costado tocar delante de la gente; pero, cuando me paré a reflexionarlo, me descubrí pensando que no me importaba hacerlo. No en aquel lugar, tan diferente a la Tierra, en el que me sentía aceptada. Quizás estaba empezando a ser un poco más mi hogar, después de todo.

—Vale, accedo a tu petición.

Él me dedicó una amplia sonrisa y me dio un rápido beso en los labios. Su mano se posó en mi mejilla.

—Es maravilloso. Que ganas de oírte hacer magia con las cuerdas.

—Estamos deseando escucharte, querida —reveló la reina, con curiosidad genuina.

Zwarteziel asintió, dándole la razón a su pareja.

Las notas dejaron de sucederse y Zep alzó la mano, mientras se acercaba al escenario para captar la atención de los músicos. Quizás no solo habían elegido ese hueco porque había poca gente, sino también para tener un acceso más rápido al escenario. La música se había detenido y todos se habían vuelto en nuestra dirección.

Zep me hizo un gesto desde ahí para que subiese. Me despedí de los reyes y me acerqué con rapidez.

—Buenas noches a todos —comenzó a hablar por un micrófono que había en el centro del escenario—. Hoy me gustaría que tuvieseis el placer de escuchar a mi aishiteru tocar el arpa.

La gente comenzó a aplaudir en señal de aprobación. La palabra aún me sonaba extraña, aishiteru; pero podría acostumbrarme a ella. Los músicos se levantaron de sus asientos, y comenzaron a

bajar del escenario para ir sentándose en las sillas de al lado. La chica del arpa me guiñó un ojo cómplice al pasar. Podía sentir en el aire el apoyo de todos los presentes.

Zep me dio un beso en la frente.

—Suerte, aunque no la necesitas —susurró—. Estaré allí abajo escuchándote.

Bajó tras los músicos. Y me quedé sola ante un público que me miraba expectante. Entre ellos registré a Kaia, ya junto a las sillas; me guiñó un ojo. Ovraal y Shedyel estaban un poco más lejos; pero se acercaban con lentitud observándome a mí, como si no quisiesen perderse ni un poquito de lo que iba a suceder a continuación.

—Muchas gracias a los músicos por permitirme tocar aquí, significa mucho para mí —comencé—. Gracias a Zephyran por sugerírmelo y gracias a vosotros por escucharme. Espero que os guste esta pieza, es una de mis favoritas.

Caminé hacia el fondo del escenario, donde se encontraba el arpa que tan bien conocía de la sala de música, y me senté junto a ella. La pieza que había elegido era *El lago de los cisnes* de Tchaikovsky. Siempre me había parecido mágica, como sacada de un cuento de fantasía. Y no había mejor momento que ese para tocarla.

Miré a Zep, sentado en la primera fila. Un latido de fuerza y ánimo llegó a través de mi corazón. Le contesté con otro que le mostraba la alegría y paz que la música era capaz de transmitirme. Sonrió y posé mis manos sobre las cuerdas. Entonces comencé a tocar, y dejé que la canción me calase hasta lo más hondo de mi ser.

Desconecté de todo, tan solo sintiendo el sonido envolvente que salía de las cuerdas, aún más mágico en Dusterkeit que en la Tierra. Después de varias notas, la gente dejó escapar una exclamación de sorpresa. Y me di cuenta de que las luciérnagas habían comenzado a posarse a lo largo de mi arpa, haciendo que brillase con su luz.

Muchos ángeles negros y vampiros estaban bailando con mis notas; pero otros se habían sentado a escuchar la pieza, con caras que mostraban que estaban completamente maravillados. Kaia estaba entre ellos, y me alzó la mano con el dedo pulgar hacia arriba. Ov y Shed alzaron sus copas, en cuanto mi mirada encontró

las suyas, y brindaron bebiendo sangre, como si estuviesen celebrando.

Me di cuenta de que los reyes también se habían sentado en los últimos asientos frente al escenario; como si no quisiesen que la gente los mirase a ellos en lugar de a mí. Ambos sonrieron en señal de aprobación. No sé cuánto tiempo pasé tocando; solo sé que, cuando terminé, todos comenzaron a aplaudir sonoramente.

Me levanté. Las luciérnagas volaron del arpa a mi posición, danzando en círculos a mi alrededor; como si mi música las hubiese conectado con algo más grande. Caminé hasta el micrófono para dar las gracias. Y, hasta que no bajé del escenario, sus aplausos no cesaron.

Ya abajo, la gente comenzó a hacer fila para felicitarme. Kaia no dejaba de decir a todos que yo era su amiga, y que ya me había escuchado antes tocar así. Zep había sido el primero en darme la enhorabuena; su cabeza ahora reposaba sobre mi hombro, mientras que su brazo me rodeaba la cintura. Esperaba, pacientemente, a que todos acabasen de hablar conmigo.

Cuando llegó el turno de Ovraal y Shedyel, le pidieron a Zep que si podía apartarse un momento. Entonces cada uno se puso a uno de mis lados y me alzaron en el aire eufóricos. Los reyes se mostraron fascinados, y me dijeron que podía tocar en sus fiestas siempre que quisiera.

Cuando la fila terminó, Ov, Shed, Kaia, Zep y yo nos fuimos a una de las mesas, a comer y beber hasta que la Luna casi estaba desapareciendo del cielo, anunciando un nuevo día.

Capítulo 44. La salvadora y los vampiros videntes



Camille

Cuando terminó el baile, casi en el antelunio, Zep se marchó a dormir y yo hice lo mismo. En parte por costumbre, y en parte, porque sabía que tenía que reponer fuerzas para el viaje. Debíamos visitar a los vampiros videntes. Habíamos decidido pasar ese día con los preparativos, dos mochilas con comida y bebida, y tomando un descanso del ajetreado día del baile. Zep, como ángel negro, lo necesitaba.

Me había pasado todo el día bastante nerviosa, ante la idea de que por fin íbamos a ir a visitar a los milenarios vampiros videntes que todo lo sabían. Por fin íbamos a obtener respuestas; en cuanto supiese lo que tenía que hacer, podría empezar a actuar.

Zep pasó a buscarme temprano en el antelunio del día siguiente. Ov y Shed se despidieron de nosotros en el umbral, deseándonos lo mejor en nuestro viaje. Sei en los brazos de Ovraal con cara de pena; le di una caricia de despedida. No podíamos llevárnoslo a la Fortaleza Eterna, por mucho que me pesase; y sabía que Ovraal lo cuidaría muy bien.

Cuando llegamos a la salida de la ciudad, Kaia nos interceptó, en un último intento por tratar de acompañarnos.

—¿De verdad vais a marcharos sin mí? —preguntó cruzándose de brazos.

—Aunque nos encantaría que vinieses —puntualizó Zephyran—. Lo mejor es que vayamos solo Cam y yo. Los vampiros videntes se mostrarán reacios a compartir información si nos acompañas.

—Está bien —Se resignó—. En realidad, tan solo quería despedirme de vosotros antes de que abandonaseis la ciudad.

—Te contaremos todo en cuanto regresemos —le prometí, dándole un abrazo—. Será como si hubieses estado allí con nosotros.

—Como me gustaría poder decir algo a esos vampiros que se creen que todo lo ven y todo lo saben —bufó. Tras separarse de mí le dio un abrazo a Zep.

—Siento desilusionarte, pero la realidad es que todo lo ven y todo lo saben —respondió el ángel negro.

—Pues muy bien por ellos, de todas maneras, se pasan el día en la Fortaleza Eterna esa. No soy capaz de imaginar una forma de vivir más tediosa.

—No te aburras mucho en mi ausencia —le pedí con una sonrisa, quitándole hierro al asunto.

—Lo intentaré.

El viaje era de unos tres días a un ritmo normal; pero a velocidad vampírica podía reducirse a la mitad. Siempre teníamos esa opción, aunque habíamos hecho preparativos de más, porque nunca se sabía lo que podía pasar En cuanto abandonamos la ciudad, un espeso bosque nos recibió.

—Bienvenida al Bosque Espejismo —anunció Zephyran, mirando de un lado a otro en busca de peligro.

Lo peor era el cielo, tal y como Ov me lo había descrito. El de una noche cerrada, totalmente negro; como si acabásemos de entrar en una pesadilla. Y sin luna; con tan solo la luz de las estrellas la iluminación no era muy buena. Zep no tardó en sacar un farolillo de la mochila y usar su oscuridad sobre él para encenderlo. La claridad aumentó notablemente, aunque solo en nuestro entorno inmediato; no tenía un gran alcance.

Los árboles parecían sacados de un cuento de hadas. No eran de ninguna especie que hubiese visto antes, sus ramas se retorcían de múltiples formas y estaban repletos de hojas. De vez en cuando, alguna seta luminosa de múltiples colores se cruzaba en nuestro camino. Eran bastante altas, ya que me llegaban por las rodillas, pero también muy delgadas.

El lugar estaba demasiado tranquilo; tan solo se escuchaban nuestros murmullos y el canto, unas veces lejano y otras más próximo, de los búhos oscuros.

—¿Por qué llaman a este sitio bosque Espejismo?

—En él habitan unas criaturas capaces de hacer que tengas alucinaciones. Prestando atención puedes identificarlas; según el ángulo desde el que las veas, desaparecen, como meros espejismos.

Tras mi corta experiencia conociendo monstruos de aquel mundo, no quería saber cómo eran esas criaturas, ni tampoco qué tipo de alucinaciones proyectaban. Pero consideraba que, tras un rato caminando, ya me había adaptado lo suficiente al bosque como para poder ganar tiempo yendo a velocidad vampírica.

—¿Qué tal si te cojo en brazos y vamos a mi paso, para reducir el tiempo a la mitad?

Aunque ya lo habíamos hablado antes, a él no le hacía especial gracia la idea. Sostenía que, a velocidad vampírica, cualquier obstáculo era más difícil de detectar.

—Tendrás que estar muy alerta, con todos los sentidos —me recordó.

—Lo estaré, no dejaré que nos pase nada. Si lo prefieres, puedo sacar las alas y vamos por el aire. Tú ya me has llevado a mí antes, deja que ahora sea mi turno —Lo miré con los brazos en jarras y una amplia sonrisa.

—Vale —accedió.

Dejé que mis alas membranosas saliesen a mi espalda y me acerqué a él.

—Agárrate fuerte a mi espalda y pliega las alas todo lo que puedas.

Obedeció, y tan pronto como sentí sus cálidas manos contra mi cuello me elevé en el aire. El farolillo entre sus dedos. Comencé

volando no muy rápido, para que se acostumbrase; su peso a mi espalda era como una pluma, gracias a mi fuerza sobrenatural.

—¿Vas bien?

—Sí —murmuró cerca de mi oído.

—Vamos a coger velocidad; agárrate, y no te sueltes por nada en el mundo.

—¡A tus órdenes! —exclamó, la risa tiñendo su voz.

Gané velocidad poco a poco, hasta que los árboles y las setas desaparecían de mi vista tan rápido que no me daba tiempo a contemplar el paisaje.

—¿De verdad ves algo? —gritó Zep, para hacerse oír a través del viento que estaba levantando—. Yo no veo más que borrones, por más tiempo que pasa.

—Mi vista está adaptada a la velocidad. Todo pasa rápido ante mis ojos; pero puedo verlo perfectamente —le expliqué, planeando entre dos árboles, demasiado juntos para mi gusto.

—Desde luego los vampiros son unas criaturas fascinantes —opino animado—. Mi seguridad está en tus manos pequeña chupasangre, que yo no veo ni tres en un murciélago.

—Su alteza llegará sano y salvo a visitar a los vampiros videntes —canturreé devolviéndosela.

Sus brazos alrededor de mi cuello se tensaron.

—Tienes suerte de que tenga que estar agarrado a ti para poder contarlo.

Esquivé unos cuantos árboles más antes de responder.

—Sí, supongo que sí —En tono desafiante.

Y así, entre broma y broma, y con pequeños descansos cada cierto tiempo (había que comer y no quería llevar al límite mi poder vampírico en un sitio en el que las amenazas podían aparecer en cualquier momento) la Luna hizo su aparición en el cielo. Aterricé en un claro despejado, en el que tan solo había setas de múltiples colores bordeando la especie de circunferencia que dibujaban los árboles del borde.

Zep se soltó con ligereza y se colocó frente a mí, para sacar de la mochila algo para cenar. Antes apagó el farolillo, que con la luna ya

no hacía falta, y lo guardó en su interior. Me dio una cantimplora con sangre y se puso a beber jugo de bayas.

—Tengo los brazos entumecidos —confesó, haciendo estiramientos—. Aferrarme a ti con todas mis fuerzas durante el antelunio entero pasa factura.

—Lo lamento —contesté, encogiendo la cabeza en señal de disculpa.

—También hemos ahorrado mucho tiempo. Nos queda poco para entrar en el Valle del Renacer —añadió, restándole importancia a lo anterior.

Sonreí en respuesta.

Después decidimos preparar una fogata y encender fuego para calentar la cena. Dormiríamos allí y la hoguera quedaría encendida por la noche, para dar calor a Zep y ahuyentar a posibles criaturas peligrosas; aunque solo las que pudiesen temer al fuego. Yo me quedaría despierta toda la noche, por si había alguna amenaza.

Nos tumbamos sobre la almohada improvisada de hojas. Las estrellas llenando el cielo negro sobre nuestras cabezas y la Luna en todo su esplendor. Nuestras manos unidas bajo la manta que Zep había traído; yo no la necesitaba, solo le hacía compañía.

—No sé cómo pudiste dormir tú solo en estos bosques durante tanto tiempo —confesé.

Él se volvió, para mirarme antes de responder.

—Dormir en las anchas copas de los árboles, con la oscuridad rodeándome para infundir terror a quien pueda acercarse, es bastante útil.

Miré a sus ojos zafiro. Un brillo de diversión teñía su mirada.

—¿Estás tomándome el pelo?

—Solo un poco. Monté una tienda mágica sobre los árboles.

—¿Por qué no hemos traído esa tienda hoy?

—Porque también se puede dormir así, y porque confío en ti —susurró acercándose. Su ala rozó mi brazo y sentí un escalofrío. Era agradable.

—Me alegro de que confíes tan ciegamente en mí. Supongo que es mutuo —Alcé la mano para deslizarla con cuidado sobre su mejilla—. ¿Tienes mucho frío? No puedo sentirlo.

—Esa suerte que tienes. Estoy bien bajo las sábanas. Y el calor vampírico también ayuda.

—¿Sabes? Siempre había pensado que los vampiros estaban fríos como témpanos de hielo.

—Estabas muy lejos de la realidad —Sonrió, ladeando la cabeza contra mi mano.

—Bueno, siempre he estado creyendo que lo que leía tan solo eran historias, que ninguno de vosotros, de nosotros —me corregí de inmediato— era real. Me alegro mucho de haber estado equivocada.

—Y yo —susurró.

—¿Por qué no vemos un poco más las estrellas?

—Prefiero dormirme contemplando la cara de mi aishiteru —Su voz pareció llenarse con la última palabra—. Las estrellas siempre han estado conmigo; no puedo decir lo mismo de ti.

Mi corazón se removió en respuesta.

—Ahora sí, siempre estaré contigo —le prometí. Bajé la mano que estaba en su mejilla a su corazón, que latía desenfrenado.

Zephyran no tardó en quedarse dormido, sus manos aferradas a mi brazo y su cabeza sobre mi pecho. Sentía que debía levantarme para tener una mejor perspectiva del bosque por la noche; pero no quería despertarlo. Su respiración sonaba tranquila y en paz.

Agudicé el oído y miré todo lo que mi campo de visión me permitía. De vez en cuando, observando al ángel negro dormir, me llenaba el corazón ver a mi aishiteru así. Y me di cuenta de que era la primera vez que dormía junto a mí.

Cuando la luna se marchó, Zep se despertó con ella, como si tuviese un despertador integrado.

—¿Has dormido bien? —pregunté, pasando la mano por su pelo, despeinado contra las hojas.

—Mejor que nunca —Sonrió, apartando mi mano con cuidado para peinarse—. ¿Qué tal tu noche sin dormir?

—De lujo; me siento como si hubiese dormido. Cosas de vampiros —Mi voz sonó cómica.

—Cosas de vampiros muy útiles —Me sonrió y se levantó para echar más troncos a la hoguera, que estaba casi apagada.

Después de desayunar, continuamos con el camino. Y Zep había tenido razón, porque el valle del Renacer no tardó en aparecer ante nuestros ojos. Se notó por el cambio brusco del terreno. El suelo era de un azul verdoso; pero estaba plagado de hierba azul cobalto. Zep confirmó mis sospechas.

—Hemos llegado al valle del Renacer, lo que queda será mejor que lo hagamos a pie y a velocidad normal. No sea que sus criaturas nos consideren una amenaza.

Aterricé en silencio, dispuesta a preguntar de qué criaturas se trataba. Pero en ese momento, unos pequeños zorros blancos de tres colas, que parecían hechos de luz, se detuvieron a olisquear nuestros pies. La tranquilidad de Zep hizo que no entrase en pánico. Eso y que parecían unas criaturas adorables.

—Son zorros de luz —me explicó, cuando ya algunos comenzaban a marcharse y a danzar entre las hierbas azules—. Solo se aseguran de que no somos peligrosos.

—¿De verdad estos animales, aparentemente inofensivos, pueden no serlo tanto?

—Prefiero no comprobarlo —Me sonrió.

Y me contó la leyenda de sus nueve ancestros y el kitsune fallecido. Lo miré maravillada; no me cansaba de escuchar las leyendas de Dusterkeit. Desde luego parecían crías de zorro sin madre; aunque había tantos que no podía ser eso. Y la leyenda lo confirmaba. Quizás eran más pequeños solo porque provenían de colas.

Un grito ensordecedor proveniente del cielo captó mi atención. Alcé la cabeza en busca de la fuente de ese sonido, y vi a dos pájaros negros en llamas; eran como fénix de fuego negro. Se movían en círculos sobre nuestras cabezas.

—¿Esos también están solo controlando que no seamos peligrosos? —pregunté, con una nota de preocupación, mirando a Zep y señalando al cielo oscuro.

—Sí, aunque parezca que van a atacarnos, solo están vigilando. No nos harán daño.

Me dio la mano y me la apretó en señal de que estaba ahí; le devolví el apretón. No muy convencida, seguí caminando con la vista puesta en el cielo, hasta que vi que los fénix se dispersaban, cada uno en una dirección, y parecían solo un poco menos pendientes de nosotros.

—¿Lo ves? Los fénix oscuros ya no están sobre nosotros —apuntó el ángel negro.

—Sí supongo que sí. Quizás no sean los zorros de luz, sino estos pájaros los que terminan con la vida de los seres que consideran una amenaza. Puedo imaginarlos picoteando a alguien y desgarrándolo con sus garras hasta que no queden más que los huesos. Y después a su fuego calcinándolos, si sobreviven antes a él.

—Tienes mucha imaginación —Se rio Zep—. Aunque parece una buena historia de terror.

Escudriñé en la distancia, y me di cuenta de que había algo estático detenido en el aire. Aún estábamos demasiado lejos para poder apreciar lo que era; aunque, con lo que me había contado el príncipe, tenía mis sospechas.

—¿Qué es eso que se ve en el cielo? —pregunté, después de un buen rato caminando.

—La Fortaleza Eterna —me confirmó—. Y según nos acerquemos, si prestas atención, también podrás escuchar el sonido del Mar Astral rompiendo contra la costa.

Asentí y continuamos andando en silencio, como si cualquier voz pudiese escucharse desde la Fortaleza, cada vez más cercana. Los nervios se removían en mi interior, recordándome que cada vez me aproximaba más a los vampiros videntes. No iban a pillarme completamente por sorpresa, ya que Zephyran ya me había hablado de ellos. Sin embargo, no era lo mismo algo contado que algo vivido en tu propia piel.

Le hice partícipe de mi nerviosismo con mi siguiente latido, temiendo romper la quietud del valle del Renacer si emitía un solo sonido hablando, Zep contestó con una sensación esperanzadora y

de apoyo. Pasamos bastante camino así, comunicándonos tan solo a través de los latidos.

Pensé en el nombre del lugar, Valle del Renacer, solo tenía sentido pensando en la historia de los fénix y los zorros de luz, ambos con sus propios renacimientos. Aunque el fuego de los fénix fuese negro, quizás porque renacían en un lugar lleno de oscuridad. Mantuve mi mente ocupada con esos pensamientos, hasta que la fortaleza se hizo demasiado visible, más cercana.

El castillo se alzaba imponente en el aire, sobre el gran pedazo de piedra que parecía flotar por arte de magia; pero ya sabía que se debía a la telequinesis de los vampiros videntes. A estas alturas podía escuchar perfectamente el sonido del Mar Astral rompiendo contra la costa.

—Hemos llegado —anunció Zephyran.

Y en ese preciso instante, unas escaleras de piedra musgosa se materializaron a escasos centímetros de nosotros.

—Las escaleras aparecen cuando los hilos del tiempo les comunican que alguien tiene intención de ascender, para ir a visitarlos.

—¿Hay que subir por aquí? —pregunté, temiendo por la estabilidad de la estructura.

— Me imagino lo que estás pensando. En teoría no hay riesgo de caída, pero a mí también me da respeto pisarlas. Los que volamos no necesitamos usarlas; es solo la forma que tienen los vampiros videntes de darnos el permiso para subir. Nosotros elegimos si a pie o volando.

—Volemos entonces.

Zep alzó el vuelo y lo seguí, prefiriendo que fuese él quién primero pisase aquel terreno; me imponía demasiado pensar que estaba gobernado por unos vampiros que lo veían y lo sabían todo.

Cuando llegamos arriba, aterricé justo a su lado, y mi vista se quedó detenida en la Fortaleza Eterna. Zep no exageraba cuando me había dicho que media unos doscientos metros de altura. Era colosal, y eso le daba un aspecto aún más celestial. No había ni una

sola criatura volando por las inmediaciones, como si les diese terror acercarse. Lo entendía.

Me revolví en el suelo, dándome cuenta de que el terreno de esa parte era más bien arenoso y muy diferente al de abajo.

—Vamos, ya queda menos para llegar —susurró Zephyran animándome.

Mientras caminábamos, observé como las estrellas se entremezclaban con las torres de la fortaleza a lo largo de todo su recorrido. Era tan negra como el cielo que nos cubría; pero en ciertos niveles el negro parecía convertirse en nubes, se volvía etéreo, como si eso le permitiese destacar sobre el negro reinante en los cielos.

Las torres se enroscaban sobre sí mismas y en el centro destacaba una gran bóveda, que parecía una parte importante de la estructura. Había demasiado silencio, ni siquiera se escuchaban los fénix oscuros del cielo.

—Bajo la bóveda se encuentran los vampiros videntes esperándonos, ahí reciben a las visitas —susurró Zephyran—. No te dejes intimidar por el silencio, todo está hecho a propósito para que cualquiera que no tenga intenciones reales de verlos, o no sea lo suficientemente valiente, retroceda por donde ha venido.

Asentí, sintiendo que cualquier palabra sobraba en aquel lugar.

Cuando alcanzamos el portón de entrada, Zephyran agarró la aldaba con forma de cráneo y dio dos toques.

—Es una confirmación de que queremos entrar —Su voz apenas audible—. Ellos ven nuestra decisión en el futuro; aun así, quieren que llamemos.

Asentí.

Un reto a modo de burla, llamar cuando ellos ya sabían lo que queríamos. Zep no lo había dicho; pero estaba implícito.

Un chirrido sonó, y el portón comenzó a abrirse lentamente, dándonos paso al interior. Me puse al lado del ángel negro y entramos a la vez. Aparecimos en un vestíbulo totalmente desierto en el que se escuchaba una música tenebrosa.

A ambos lados extensos pasillos se perdían rápidamente, dejando a la imaginación lo que albergarían. Al frente dos escaleras de

caracol desaparecían tras la pared frontal. Y entre ellas una pequeña plataforma cuadrada.

—Hay que subir a la plataforma —indicó Zephyran murmurando. No obstante, el eco de su voz retumbó por la estancia—. No te asustes, asciende a una velocidad muy alta. Una vez arriba, frenará de golpe, y los vampiros videntes aparecerán directamente ante nosotros.

—Vale, todo irá bien —Alcancé a decir, tratando de rebajar la tensión e ignorar el creciente escalofrío que recorría mi espalda.

—Vamos. Estamos juntos en esto.

Agarró mi mano y caminamos juntos hacia la plataforma. Le mandé un latido de fuerza y valor antes de entrar. Me moría de miedo y una pizca lo atravesó; pero quería decirle que estaba preparada. Dos latidos suyos en respuesta me mostraron que estaba igual que yo, cambiando el miedo por la inquietud.

Una vez sobre la plataforma observé que tenía inscripciones antiguas; no tenía ni idea de lo que significaban. Comenzó a ascender vertiginosamente. Apreté la mano de Zep, tratando de tranquilizarme. Al fin y al cabo, cuando yo era la que iba a velocidad vampírica, no me daba miedo. No lo tendría ahora, ni por el extraño medio de transporte, ni por los vampiros videntes.

Después de un tiempo que se me hizo eterno, un crujido de la plataforma al encajar en el nuevo suelo anunció que habíamos llegado. Agradecí ser un vampiro, pues Zep no había exagerado al decir que frenaría de golpe. Tuve que emplear toda mi fuerza vampírica para no desplazarme ni un centímetro. La estancia estaba prácticamente a oscuras, pasaba muy poca luz exterior de las estrellas y la luna.

Alcé la vista, aún cogida de la mano del príncipe, para ver a los tres vampiros; casi tan viejos como la creación del mundo. Tiempo, espacio y decisiones en una simbiosis de poder común en los tres.

El blanco de los ojos de los tres —Zep me había dicho que significaba que estaban sumidos en los mares de la existencia— cambió de golpe dando paso a sus iris arcoíris, que indicaban su vuelta al mundo terrenal. Los tres echaron un rápido vistazo a

Zephyran, y después clavaron sus ojos en mí. Podía sentir su poder cargando la estancia.

—«Camille Dageraad, has acudido a nosotros al fin» —habló el del tiempo, que vestía una túnica azul, llena de relojes cuyas manecillas indicaban horas diferentes.

Lo observé en silencio. Estaba prevenida de que tenía que esperar a que los tres hablasen antes de hacerlo yo.

—«Veo que el príncipe Zephyran Oakleaf te ha enseñado las normas de conducta» — añadió el del espacio; su túnica roja representaba accidentes geográficos que conforman el mundo como los mares y las montañas.

Volví los ojos hacia el segundo, sin abrir la boca. Quedaba uno.

—«Qué conmovedor y poco común recibir a una pareja de aishiterus. Y no una cualquiera, sino una con un gran papel para con el mundo» —Una risa espectral acompañó las palabras del de los actos, cuya túnica morada tenía multitud de criaturas pintadas a lo largo de la tela.

—«Decidnos qué es lo que habéis venido a buscar, queridos» —pidió el del tiempo.

—Siento perturbar vuestra lectura eterna del mundo, Sus Excelencias. —comenzó Zephyran—. Sé que ya es la tercera vez, y también que sois conscientes de la situación en la que estamos. He venido con la salvadora en busca de respuestas,

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Tal y como me dijisteis, he esperado a venir con ella cuando hubiese aprendido a usar sus poderes —continuó.

—Siento perturbar vuestra lectura eterna del mundo, Sus Excelencias —intervine, imitando las palabras del ángel—. Y es un placer para mí conoceros. Esperamos que podáis ayudarnos con la horrible situación en la que nos encontramos.

—«Vayamos paso por paso, pequeña salvadora. Recibe esta información como un regalo por ser quien eres, y porque el tiempo apremia y es necesaria tu intervención para corregir los flujos del mundo» —contestó el del tiempo.

—Gracias —murmuré. Ignoré cómo retumbaba la palabra salvadora en mi mente—. ¿Qué es lo que he de hacer entonces? ¿Cómo puedo ayudar a nuestro mundo?

—«Tenemos constancia de que has visto ya a dos Animales Guardianes» —anunció el de los actos.

Zep y yo intercambiamos una mirada fugaz, y la sorpresa a través de latidos; a falta de poder abrir la boca de par en par, algo probablemente de mala educación en su presencia. No cuestionaba algo que viniese de ellos; pero ¿cuándo había visto al segundo?

—Sé que vi un grifo, hace poco. Pero no recuerdo haber visto un segundo Animal —admití.

—«El primero lo viste prácticamente nada más llegar a Noctis desde la Tierra. No se lo notificaste a nadie; pero ese animal ya fue desde el principio un presagio de tu destino, Camille Dageraad» —respondió.

Entonces lo supe. El unicornio que había visto en la ciudad de Noctis, aquel día junto a una de las fuentes.

—Vi un unicornio en Noctis la primera vez que la visité con Ovraal —verbalicé. Y la cara de Zep fue una confirmación por sí sola—. Yo no sabía que…

—«Así es, te has dado cuenta rápido. Como también habrás podido deducir que ver a dos Animales Guardianes significa que has de ir a visitarlos» —reveló el del espacio.

—¿Cuál es la finalidad de la visita? —pregunté; incapaz de aguantar un segundo más con la curiosidad.

Había venido a encontrar las respuestas a nuestros problemas, y tenía que hacerlo.

—«Nunca encontrarás la luz si no entiendes que, para que haya luz, primero tiene que haber oscuridad. Ambas se necesitan, una no puede ser sin la otra» —recitó en respuesta.

Eso me recordó a la frase que le habían transmitido a Zephyran la vez pasada, que la grieta era un desequilibrio entre la luz y la oscuridad.

—La grieta y los Animales Guardianes están relacionados —deduje.

Zephyran apretó mi mano recordándome que seguía ahí conmigo. Estaba dejando que fuese yo quien hablase con ellos.

—«Veo que eres una vampira lista. Solo con los Animales Guardianes puedes restablecer el equilibrio luz-oscuridad para cerrar la grieta que el enemigo ha creado» —Intervino el de los actos.

—¿Qué es lo que pueden hacer exactamente los Animales Guardianes por nosotros? ¿Y cómo se supone que vamos a encontrarlos si se dejan ver tan rara vez? —preguntó Zephyran, leyéndome el pensamiento.

—«Para ella» —Me señaló el de la túnica de relojes— «Será como un pasatiempo encontrar a los diez. Dejarán que los vea, ya que ellos necesitan su ayuda, igual que ella necesita la de ellos».

¿Encontrar a los diez? Sentía que mi cabeza iba a estallar de un momento a otro.

—«Camille Dageraad, son cinco parejas de Animales Guardianes, una para cada templo. Debes encontrar a cada pareja, ambas partes son ahora animales oscuros. Pero, para que haya equilibrio, uno debe representar la luz y el otro la oscuridad.

»Debes usar tu poder para saber cuál de los dos tiene las células oscuras, que no le corresponden en absoluto, y mutarlas para que vuelvan a ser células luminosas. Una vez haya luz y oscuridad en las cinco parejas, el equilibrio será reestablecido y la grieta se cerrará» —explicó el de los actos.

El enemigo sin nombre era el responsable de la grieta, según lo que había dicho Zep. Eso quería decir que él había hecho que los Animales Guardianes se encontrasen en este estado.

—Entonces ha sido el enemigo el que le ha hecho esto a los Animales Guardianes —Materialicé mis pensamientos en voz alta.

—«Sí, llevaba muchos siglos tratando de encontrarlos, de burlar sus mecanismos de defensa. Poco a poco fue haciendo que ambos fuesen de oscuridad, hasta que la grieta partió los cielos y generó el desequilibrio luz-oscuridad» —habló el del espacio.

—¿Y para qué alguien en su sano juicio iba a querer hacer eso? —pregunté, sorprendida de la facilidad con la que me estaban dando las respuestas. Debía ser por lo que habían dicho al principio. Porque era la salvadora.

—«La grieta le ha dado el poder de meter entes oscuros en el cuerpo de los caídos, para que formen parte de su propio ejército» —contestó.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante la palabra ejército.

—El enemigo tiene un ejército —Sentí la nota de pánico en mi tono de voz.

Zephyran me apretó la mano de nuevo en señal de comprensión. No me había soltado en toda la conversación.

—«Así es. Y ansia lo que tú tienes para usarlo con los suyos, para su beneficio y perjuicio del mundo. Requiere de tus poderes para hacer a su ejército indestructible con la manipulación genética. Él no puede usar su magia más que para infundir terror; su poder únicamente consiste en la destrucción, acaba con la vida destruyendo las células. Su nombre es Haguddrac; pero no debéis pronunciarlo jamás, si no queréis que os encuentre fácilmente. Solo nosotros escapamos al hechizo sobre sus letras.

»No debes dejar que tus sentimientos nublen tu juicio. Habrá una batalla, porque te buscará; y deberás resistirte y derrotarlo» —Los relojes de su túnica parecieron temblar ante sus frases.

No quería ni pensar en el nombre del enemigo; era mejor olvidarlo antes que cometer un error. El príncipe y yo nos miramos, con la misma pregunta en nuestras mentes. ¿Por qué mis sentimientos iban a nublarme el juicio?

—«Sé lo que estás pensando, Camille Dageraad» —Los relojes parecían estar agitándose, como si previesen el impacto que sus palabras iban a tener en mí—. «Eres la salvadora; la hija que nació de una vampira, que solo podía sanar, y de un ángel negro, que solo puede destruir; dando origen a un poder intermedio, la modificación. Haguddrac es tu padre».

Sentí cómo la vista se me nublaba ante aquella revelación. El asesino de mi madre era mi padre, el mismo del cual tenía que salvar al mundo. El cuerpo comenzó a temblarme descontroladamente, como si ser una vampira no fuese a salvarme de aquella terrible realidad. Me desvanecí, y lo último que sentí fueron los brazos fuertes de Zephyran sosteniéndome ante aquella aterradora realidad.

—Pase lo que pase estoy contigo —susurró contra mi oído—. Nos enfrentaremos juntos a esto.

Abrí la boca para responder; pero el desvanecimiento se llevó mis palabras consigo.

Valladolid, 30 de enero de 2024

Agradecimientos

Llevaba mucho tiempo queriendo escribir un libro en el que los vampiros y ángeles negros tuviesen un papel protagonista. También queriendo crear un mundo de fantasía totalmente inventado. Este proyecto comenzó a escribirse a finales de 2021, aunque le dejé detenido, porque otros libros necesitaban ver antes la luz. Y finalmente, le ha llegado su turno a esta historia. Tenía muchas ganas de publicarla, y a pesar de lo complicado que se me ha hecho a veces sacar tiempo para la escritura, al compaginarla con el doctorado en el laboratorio, el esfuerzo ha merecido la pena. Como ya sabéis los que me conocéis, la escritura y la ciencia son mis dos perdiciones.

Quiero empezar estos agradecimientos dando las gracias a mi familia, mis padres y mis abuelos, por estar siempre ahí para apoyarme. Con especial mención a mi hermano Raúl a quien debía ir dedicado este libro, porque lleva conmigo desde tiempos inmemoriales, y este año ha cumplido sus dieciocho. Y a mi pareja Raúl por estar siempre conmigo, en las buenas y en las malas, te amo demasiado y va a ser que a Zephyran de alguna manera se le ha terminado pegando algo de ti. No me olvido en la familia de los perros Marvel y Duna, que este año les tengo un poco más lejos con la independización y se han quedado con mi madre, pero siguen siendo muy importantes para mí. Yo me he quedado con el chulo de mi pato Cardan, por si a alguien aún le cabía alguna duda de que somos inseparables, por ti va la anátida oscura Cardan.

Gracias también a mis amigos, con especial mención a Raquel, Sandra y Rocío. Y a mi prima Johanna. Vuestro apoyo significa mucho para mí.

Quiero dar las gracias a todas las personas que me han ayudado con el libro. A Lorena (@alsaces_art) porque todo lo que ella hace es arte y la portada que ha hecho no puede ser más bonita, también por su pequeña aportación que cambió la ubicación de los colmillos

en el escudo real. A mi abuelo Julio David, por su gran ayuda y su esfuerzo, con la maquetación y corrección del libro. A mi pareja por hacerme los preciosos dibujos que aparecen al inicio de capítulo para cada personaje y el dibujo del pie de página, dejando con ellos un trocito de ti en el libro.

Y, por último, pero no menos importante, muchas gracias a todos los lectores que me leéis y me lo hacéis saber. Me encanta cuando venís a contarme lo que os ha parecido lo que habéis leído. Y gracias a ti lector, por hacer llegado hasta aquí. Espero de corazón que os haya gustado esta historia que tantos buenos momentos me ha dado.

Tu opinión contribuye al aumento de la visibilidad de mi libro. Si quieres ayudarme, puedes dejarla en Amazon.

Muchas gracias por tu tiempo.

ÍNDICE:

DULCE OSCURIDAD

Prólogo

Capítulo 1. Aurora boreal

Capítulo 2. El príncipe oscuro

Capítulo 3. Nada es como lo conocía

Capítulo 4. La ciudad de Noctis

Capítulo 5. Entre ángeles y vampiros

Capítulo 6. Oscuridad

Capítulo 7. Prohibido

Capítulo 8. ¿Viva o muerta?

Capítulo 9. Siete cielos para un lugar

Capítulo 10. Tres magias rigen el mundo

Capítulo 11. Persecución

Capítulo 12. Encajando piezas

Capítulo 13. Aishiteru

Capítulo 14. Visita nocturna

Capítulo 15. El príncipe de la oscuridad

Capítulo 16. Monstruos

Capítulo 17. Así que eras tú

Capítulo 18. Cambio de planes

Capítulo 19. Un reino de pesadillas
Capítulo 20. Entrenamiento en el antelunio
Capítulo 21. Soy su presa
Capítulo 22. Cazadora entre vibraciones
Capítulo 23. La oscuridad también puede ser buena
Capítulo 24. Los misterios del Jardín del Plenilunio
Capítulo 25. El cielo está roto
Capítulo 26. Manual de instrucciones vampíricas o Kaia
Capítulo 27. La Fortaleza Eterna
Capítulo 28. Tierra, trágame
Capítulo 29. Pulsos vampíricos
Capítulo 30. Una canción agradable
Capítulo 31. Hacía tiempo que lo sabía
Capítulo 32. Hogar, dulce hogar
Capítulo 33. Supernova
Capítulo 34. Dulce Oscuridad
Capítulo 35. La canción del ADN
Capítulo 36. Un curioso descubrimiento
Capítulo 37. Una amiga de verdad
Capítulo 38. Los monstruos pueden dar muchos dolores de cabeza
Capítulo 39. No estás sola

Capítulo 40. Magia en el corazón
Capítulo 41. Antes del baile
Capítulo 42. El baile
Capítulo 43. La leyenda de las luciérnagas
Capítulo 44. La salvadora y los vampiros videntes
Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

Alba Montero Jodra: Nació en 1996 en Valladolid, bióloga y escritora. Le apasiona la ciencia y la escritura, por ello combina la investigación con la creación de sus libros. Pero también le encanta leer, ver anime, los videojuegos y los patos. Su pato Cardan es prueba de ello y su fiel compañero. Autora de fantasía (Saga Océano, Bilogía Eternidad, Dulce Oscuridad) y de prosa poética (Cielo Estrellado: ardiendo como las estrellas; Réquiem de Sirena: hundida sin oxígeno; Sempiterna, Mizu. Compañera de vida; Renacer: florecer entre cenizas; Galaxia de colores: mundo de luces).



Redes sociales

-Instagram: @sunriseadn

-Página de Facebook: Alba Montero Jodra

-Autora de GoodReads: Alba Montero Jodra

-Correo: sunriseadn7@gmail.com

TÍTULOS PUBLICADOS

Saga Océano:





Bilogía Eternidad:



Reino de la noche eterna:



Prosa poética:

